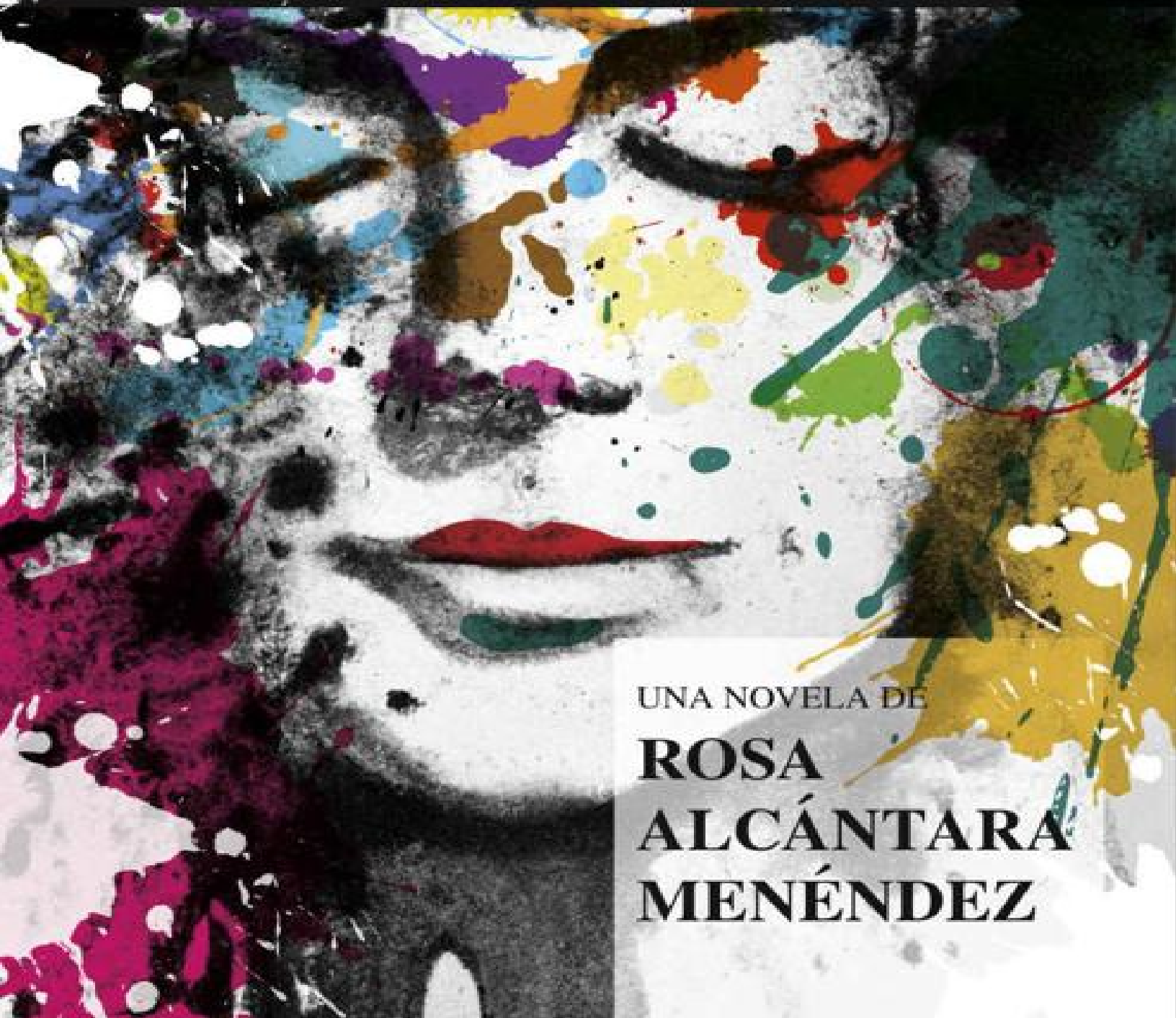
LA MARQUESA D. SAINT-RÉMY



UNA NOVELA DE

ROSA ALCÁNTARA MENÉNDEZ

La marquesa de Saint-Rémy

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2024

Diseño Portada © Marcadeagua 2023

https://www.rosaalcantaramenendez.com

Excepto entornos, personas y hechos históricos reales, los personajes y todas las situaciones de esta novela son ficticios, producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright.*

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Agradecimientos

Sobre la autora

Páginas de interés

Prólogo

París, enero de 1993

LA JOVEN PAREJA entró en el lujoso piso del distrito VII a la hora concertada. No solo estaba a punto de firmar un suculento acuerdo económico, también iba a cambiar por completo su vida a todos los niveles. Mientras recorría el pasillo en dirección al despacho siguiendo a un silencioso mayordomo, los tacones de la mujer resonaban en el pulcro suelo de madera en espiga.

Ese sonido se anticipó en el suntuoso despacho para tensar aún más la expresión dura del marqués. De manera mecánica desvió la mirada a los ojos negros de su amigo François Hubert, que negó con la cabeza reprochándole una decisión tomada desde la rabia.

—Vas a cometer el error de tu vida —dijo François en voz baja.

En otra circunstancia el marqués le habría replicado; sin embargo, dejó el puro en el cenicero de cristal que había en la mesa y se puso en pie sin hacer el amago de acercarse a la puerta. No tenía intención de ser amable; al contrario, iba a imponer sus condiciones sin admitir nada nuevo. Y pese a fiarse de ellos los mantendría vigilados de cerca. Algo irracional o, tal vez, su mala conciencia le incitaba tal precaución.

Poco después quedó gratamente sorprendido frente al matrimonio. Apreció que se hubiesen esmerado vistiéndose, indicaba respeto y voluntad de causar buena impresión, la ocasión lo merecía. Ella llevaba un conjunto de falda y chaqueta en un discreto gris; y el hombre, de apariencia menos altiva, vestía un traje azul marino de poca calidad con corbata y camisa blanca bien planchada.

Luego, a medida que hablaban del acuerdo, el marqués observó cómo la mujer dirigía al hombre con simples miradas o gestos casi imperceptibles.

—¿La casa no estará a nuestro nombre? —preguntó el hombre.

—No —respondió el marqués en tono rotundo. Y, para anular de raíz cualquier pretensión, agregó de manera intencionada—. Todas mis propiedades son mías. Solo las cedo por

temporadas, finitas, y siempre y cuando los acuerdos no se incumplan. No lo olvide nunca.

—¿Y cuánto durará la temporada que nos atañe? —intervino la mujer sin cohibirse por la frialdad de los ojos grises que no se apartaban de ella.

—Quince años.

El ambiente del despacho, ya de por sí cargado por el humo del tabaco, terminó de enrarecerse para acelerar las firmas que las dos partes ansiaban.

Cuando la pareja salió tras una despedida breve, el marqués no se atrevió a dirigirle la mirada a François. Sabía que estaba llorando. Fue a la ventana y contempló las nubes de tormenta en la distancia. No se fijó en la Torre Eiffel. El cielo reflejaba mucho mejor su dolor.

—Me voy —anunció François—. Acabas de dejarme claro que no necesitas a nadie.

Mathieu Saunier-De Rosier, XIX marqués de Saint Rémy, no se dignó a volver la cabeza. En aquel preciso instante la tormenta se cernía sobre él.

Capítulo 1

Dublín, diciembre de 2015

EL RUIDOSO RESTAURANTE *Gallagher's Boxty House* no la decepcionaba nunca. Desde que lo descubrió solía ir un día a la semana, tenía ese halo cautivador de la Irlanda tradicional. Mientras aguardaba en la insignificante mesa donde la había sentado una oronda camarera entrada en años, echaba un discreto vistazo al interior: mesas y bancos de vieja madera, sillas gastadas llenas de familias y turistas, cierta penumbra para camuflar la cuestionable higiene y cuadros colgados en las paredes de cerveza Guinness, estrella de la ciudad y orgullo de los dublineses. Sacó del bolso la novela que solía acompañarla en todas las salidas, *Jane Eyre*, para empezar a leer por donde lo había dejado esa misma mañana en el piso que compartía con dos compañeras de universidad.

Despegó la vista de la novela al escuchar la risa fuerte de una mujer. No tardó en descubrirla. Estaba sentada en uno de los bancos centrales, rondaría los cincuenta años, pelirroja, muy parecida a los dos hombres jóvenes que la flanqueaban. Supuso alguna clase de parentesco entre ellos, quizá fuese la madre.

—Disculpe, señorita —interrumpió la camarera—, ¿le importaría compartir la mesa?

Pese a la estrechez, admitió la sugerencia. Apreciaba la sociabilidad de los irlandeses. Después de pedir el menú del día: sopa de patata y salchichas con verduras, y de darse el exiguo capricho de una copa de vino tinto, volvió a la novela. Leía en aquel instante uno de sus pasajes favoritos, cuando aparece la gitana en Thornfield Hall para leer la buenaventura de los invitados que se alojaban allí por aquellos días.

—El señor Rochester, supongo.

Nada más oír esa voz masculina, con un marcado acento irlandés, levantó los ojos de la novela. Se quedó paralizada. No esperaba topar con las pupilas del azul más intenso que había visto nunca, puro celeste entre revoltosos anillos turquesa y motas de brillante esmeralda. Tampoco, que pertenecieran a un hombre tan guapo, tan rotundo. Era moreno, de rasgos

varoniles acentuados, desaliñado. No parecía preocupado por su apariencia. Llevaba ropa muy usada, opuesta por completo a la que ella vestía.

Con desparpajo, tras quitarse el gorro de lana y un abrigo propio de un patrón de barco, el irlandés se sentó frente a ella.

—Soy Sam O'Malley. Por lo visto, tenemos que comer juntos.

—Yo…, yo me llamo Camille Cluzet —dijo pasado un momento de inseguridad.

Sam notó de inmediato el acento francés, pero como resultaba obvio preguntarle por su procedencia decidió entablar otra conversación.

—¿Te gustan las novelas clásicas?

—Sobre todo esta, es muy especial para mí. Estudio Literatura Inglesa en el Trinity.

A partir de esa respuesta, Sam se interesó por saber más de ella. Estaba hipnotizado por las vetas grises de unos ojos que oscilaban en función de la luz, entregado a la esencia de la feminidad. Grababa en la memoria los rasgos elegantes de Camille, la tersura de su piel pálida que contrastaba con una melena oscura bien peinada, los ademanes cuidados de unas manos con la manicura perfecta de un discreto rosa y la forma seductora de unos labios carnosos hechos para fundirse en ellos.

En cuanto les llegó el menú se quedaron admirados porque los dos habían coincidido, excepto por la cerveza que le trajeron a él. Eso les dio pie a indagar en sus gustos. A continuación, en sus ideas.

—Todos los hombres deberían tomar las riendas de su destino —decía Sam mientras terminaba de masticar—, dejarlo en manos del estado o las instituciones es conformarse con las decisiones que otros tomen no siempre a favor de las naciones. El individualismo debe primar para ser realmente libres.

—¿Conoces las teorías anarquistas de Bakunin?

Sam abrió los ojos como platos.

—Claro que sí, ¿tú también?

Ella asintió sonriendo.

—Pero no las veo factibles. De hecho, creo que nunca lo han sido. Es inviable que las personas podamos subsistir en armonía sin un Estado dirigiéndonos.

—Tenemos un concepto distinto de la "armonía" —dijo con sorna—, aunque tienes razón.

—Lo deseable sería que todos fuésemos más tolerantes.

—Exacto —admitió antes de beber un buen trago de cerveza—, siempre y cuando la tolerancia no llegue al nivel de que las personas inteligentes dejen de opinar para no ofender a los imbéciles.

—Y de que todo el mundo acate las leyes, eso ayudaría mucho a que las sociedades avanzasen de forma regular y civilizada.

—Ahí te metes en un terreno conflictivo porque a veces las leyes no son justas.

Camille distinguió desprecio en esa voz grave.

—Hay que acatarlas para poder convivir. Otra cuestión es el derecho natural, que es el sentido de la justicia que cada uno tenemos, es innato, depende de la educación que hayamos recibido y antepone lo justo a las leyes establecidas por los gobiernos. Como es algo que reside en cada individuo permanece siempre y puede llevarnos a pensar que está por encima de las leyes, pero no es así. Tienes un claro ejemplo en los soldados de cualquier ejército. En determinadas situaciones sus actos son injustos según el derecho natural, en cambio, ellos siempre se pueden escudar en que solo han acatado órdenes de sus superiores basadas en leyes.

—En leyes mal redactadas o anacrónicas.

—Si es así, pueden cambiarse —resolvió simpática, y le dio un sorbo al vino.

—Díselo a los *Sassenach.*…

—Pues sí que me he metido en un terreno conflictivo… —Se limpió la boca con delicadeza —. ¿Y a qué te dedicas, Sam O'Malley?

—¿No quieres oír mi opinión sobre la invasión inglesa?

—No, prefiero conocerte sin odios que me enturbien tu imagen.

—¿Está siendo positiva?

—Excepcionalmente positiva —reconoció sincera.

Durante unos segundos sus miradas quedaron suspendidas en un encuentro fascinante.

—Soy pintor.

—Un artista… Qué interesante —dijo sonriente. Él empezó a contarle las duras vicisitudes de pretender vivir de su arte y la incomprensión por parte de su familia, gente de clase media con la mentalidad de que solo con una carrera universitaria se forjaría un buen futuro. Al escucharle, de manera impulsiva, preguntó—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho —respondió él—, pero les da igual mi edad —añadió adivinándole el pensamiento—; para ellos soy un loco temerario.

—Hay locuras que alegran el alma. Si te hace feliz pintar, pinta —concluyó con seguridad. Ambos sonrieron con los ojos, conscientes de estar sufriendo la sacudida de un flechazo. Esa conexión asombrosa de dos corazones destinados a unirse a pesar de ser dos desconocidos. Por disipar la repentina tensión, preguntó—. ¿No te da la impresión de que ahora todo el mundo sigue los mismos estereotipos de belleza? Me resulta aburrido.

—Es aburrido —afirmó, y le dio otro trago a la cerveza—. Muchas personas, gracias a varios factores como las redes sociales o la globalización, se fijan en los mismos estereotipos y los adoptan buscando ser aceptados en la sociedad. Sin embargo, lo único que logran es hacerse esclavos de las modas, perder dinero y caer en la mediocridad de dejarse conducir como borregos yendo al redil.

—Estoy de acuerdo. Por eso es importante tener un criterio propio que te salve de esa búsqueda de aceptación colectiva que solo va a darte falsa felicidad y mucha frustración.

—Exacto, porque nunca es suficiente y los cambios de las modas se suceden unos tras otros para que la maquinaria del consumo siga a toda velocidad. —Sintió curiosidad por su aspecto y preguntó—. ¿Tú sigues las modas?

—Sí y no. No suelo comprarme nada porque esté de moda si sé que no me favorece, pero si algo de temporada me gusta y me sienta bien sí me lo compro. Tú vas totalmente por libre, ¿no?

—¿Tanto se nota? —preguntó satisfecho.

Ella rio divertida.

Durante varias horas siguieron charlando ávidos por descubrirse, inquietos conversadores como saltimbanquis en la pista central de un circo.

Camille le dio pinceladas de su vida en el Sur de Francia, del temor de sus padres porque siendo tan joven, veintitrés cumplidos en octubre, había decidido estudiar el último curso de la carrera alejada de ellos y cómo desde niña la literatura la cautivó hasta el extremo de pasar las horas muertas leyendo. También sobre la timidez que la ruborizaba ante extraños y con él solo había aparecido en los primeros minutos.

Las horas pasaron volando hasta que no quedó nadie en el restaurante. Entonces se impuso la cordialidad y salieron a la desierta noche.

El frío glacial que azotaba la calle no invitaba a extensas despedidas.

—Ha sido la mejor comida que he tenido nunca —confesó ella—. Toma, te lo regalo.

Le tendió *Jane Eyre.*

—No puedo aceptarlo, me has dicho que es muy especial para ti.

—Algo muy especial, para alguien muy especial; no podría estar en mejores manos.

Sam la observó un instante sin saber qué decirle, enmudecido ante una belleza tentadora.

—Apúntame tu número de teléfono en el libro.

—Guárdalo en la memoria de tu móvil.

—No tengo. Otra de mis rebeldías.

—¿Eres consciente de que estamos en el siglo XXI?

—Sí, para ser exactos a finales de dos mil quince. —Se inclinó un poco sobre ella y añadió —. El mejor doce de diciembre de mi vida.

Esa cercanía a Camille le había desbocado el corazón, pero disimulando el temblor de la mano consiguió anotarle el número en la primera página de la novela.

—¿Me llamarás? —preguntó sin esconder su ansiedad.

Una sonrisa sincera fue el brillo de esperanza que buscaba. Seguidamente, Sam no dudó. Impulsado por una tentación irresistible, no podía apartar los ojos de su boca, le dio un beso suave. El roce tenía intención de tanteo, pero se convirtió en una caricia posesiva llena de

esencias embriagadoras. Aspiraban sus aromas ajenos a estar uniéndose en un precipicio al borde del océano.

Él advirtió al apartarse cómo la pálida piel del cuello femenino se había erizado. Ella tragó despacio pendiente al cambio de tonalidad en sus pupilas, de un azul más oscuro enredadas en el deseo.

—Será mejor que me vaya ahora —dijo Sam echando mano de la poca prudencia que le quedaba.

Se ajustó el gorro de lana en la cabeza y echó a andar calle abajo.

Camille no podía moverse, absorta en la poderosa silueta de ese irlandés que le había robado la voz, las ideas, la timidez. Ante él estuvo desnuda mostrándole el alma, sus más preciados secretos, los sueños imposibles que jamás le confió a nadie. Lo vio alejarse como si contemplara una visión, la mejor de las visiones envuelta en un halo esperanzador. ¿Al fin había encontrado a su señor Rochester?

Capítulo 2

EL TRAYECTO EN tren hasta Bray duraba casi una hora, tiempo suficiente para que Sam repasara segundo a segundo ese día. No podía sentirse más optimista. Estaba impaciente por llegar a su humilde buhardilla alquilada en un barrio bastante tranquilo. Pretendía pintar a Camille a conciencia. Había memorizado con precisión el óvalo perfecto de su rostro, todos los matices de su piel, tersa y brillante como el satén, unos ojos grandes bien enmarcados por cejas oscuras, pestañas largas rizadas con la imperfección de las cosas naturales, nariz recta con diminutas pecas y, cómo no, la boca sugerente que le robó la cordura.

La calefacción del vagón le obligó a quitarse el abrigo, que dejó en el asiento de al lado, sacó del bolsillo la novela y se extasió durante unos minutos en la caligrafía de Camille. Pese a no fijarse demasiado en la sucesión de números, le pareció maravillosa. Se preguntaba qué había sucedido entre ellos, ¿era posible una química tan potente?

Después volvió a meter la novela en el bolsillo del abrigo y se puso a mirar por la ventanilla. La oscuridad no permitía contemplar un paisaje anodino bastante manido para él: vías flanqueadas por árboles, de vez en cuando zonas abiertas con naves industriales y el mar como un desolado páramo húmedo con la marea baja o sacudiendo rabioso la orilla cuando había marea alta y el viento soplaba enérgico.

Empezó a notar los primeros efectos del cansancio, bostezos involuntarios, y apoyó la cabeza en la ventanilla. No tardó en dormirse; era una de las ventajas de ser un ave noctámbula trabajando siempre hasta altas horas de la madrugada.

Al cabo de un buen rato oyó por la megafonía el aviso de la proximidad de Bray. Movió el cuello varias veces y se puso en pie. Fue justo en ese momento cuando advirtió que el abrigo no estaba en el asiento. Echó un rápido vistazo por el vagón; nadie. Era el único pasajero.

Tronando como una mala bestia fue a la pequeña oficina ubicada dentro de la estación. Topó con un funcionario paciente, un hombre enjuto por la insidiosa edad con unas gafas de gruesos

cristales ahumados, que solo le ofreció una única solución, tal vez la menos efectiva: reclamar por escrito. Tras observar al hombre con una mirada asesina, y aun sabiendo que aquello sería una pérdida de tiempo, redactó una reclamación con la descripción exacta del abrigo haciendo hincapié en el valor sentimental que tenía para él la novela que portaba en el bolsillo derecho.

—El abrigo me da igual —insistió por enésima vez—, pero la novela tengo que recuperarla; es imprescindible que la recupere.

—Claro, hijo, pero no tengas muchas esperanzas.

—Quien me haya robado, lo que quería es el abrigo, tirará la novela…

El hombre asintió con la cabeza, luego tamborileó algunos dedos sobre los labios.

—Busca en las papeleras de la estación, quién sabe…

Sam entrecerró los ojos mirándolo con una mezcla de incredulidad y dureza. Dio la vuelta de malos modos y se dedicó a examinar a las pocas personas que estaban en aquella estación pequeña y desangelada: dos señoras de mediana edad sentadas en un banco y un grupo de chicos hablando animadamente en el centro. Fijó los ojos en los chicos, pero no halló nada sospechoso en ellos; ninguno tenía el abrigo.

Salió de allí rezongando insultos contra el mundo. No se lo podía creer. ¡Le habían robado un miserable abrigo!

De camino a su casa trató de recordar los números. Dio con los cinco primeros, a partir de ahí frustrante nebulosa. Se recriminó la falta de atención, el haberse centrado en la caligrafía en vez de en el contenido, o en divagar emocionado con un próximo encuentro. De manera mecánica le sobrevino una intensa sensación de tristeza al estar seguro de haber perdido la mejor oportunidad que la vida le había puesto por delante.

Cuando llegó a su solitario refugio solo tuvo ánimo para tumbarse en la cama. Al cabo de unos minutos miraba el vacío sin voluntad, abstraído en las sombras del techo. Aún escuchaba la voz sedosa de Camille hablándole, veía las vetas de unas pupilas de grises imposibles o los labios perfilando una sonrisa al creer que de verdad volverían a verse.

De pronto, resurgió en él la necesidad de pintarla; lo único que la mantendría intacta en su

memoria y lo mejor para soportar reprocharse un error garrafal. Dejó la cama, cogió de la mesa el cuaderno de esbozar y varios lápices de diferentes grosores.

Apenas media hora después, y habiendo dibujado varias expresiones de Camille, supo que eso no iba a redimirlo. Más bien lo martirizaba. Se preguntó si sería posible olvidarla. Casi al instante tuvo su respuesta: un no rotundo.

Con un lápiz en la mano empezó a planificar cómo la buscaría. Su mente iba a toda velocidad tratando de ordenar los datos que Camille le había dado. La expectativa de encontrarla sí logró acallar su maltrecha conciencia. No contempló la posibilidad de no volver a verla ni quiso planteársela; habría sido ceder al conformismo.

Capítulo 3

EL SILENCIO EN el cementerio de Ansouis era abrumador, ni siquiera se oía el canto de los pájaros mientras el ataúd de René Cluzet descendía por la fosa. Camille sostuvo con firmeza la mano de su madre, Madeleine. Desde su precipitado regreso de Irlanda, en esa circunstancia injusta, trágica, inexplicable y de apabullante ferocidad, apenas había logrado hablar con ella sin sollozos ahogándole la voz.

«Era un buen hombre. Madeleine nunca superará su muerte.»

Constantemente, Camille escuchaba esto en murmullos de todo el mundo. Si bien, no estaba de acuerdo con la última afirmación. El mazazo de la muerte de René a los cincuenta y dos años de un infarto fulminante era la peor prueba a la que se enfrentaba; pero nadie como ella conocía el espíritu luchador de su madre y, por supuesto, no se apartaría de su lado hasta verla repuesta. No estaba sola.

—Vamos, mamá, está empezando a llover.

Camille le habló cariñosa tras el responso del sacerdote. Luego abrió el paraguas y la cobijó tirándole un poco de la mano para evitar que siguiera recibiendo el pésame de más amigos y vecinos. Le parecieron un poco desconsiderados viendo su estado abatido. No se dejó influenciar por algunas miradas de fastidio, consciente de no despertarles mucha simpatía por su carácter retraído.

Antes de cruzar la puerta del cementerio, Camille divisó el elegante Jaguar beige del marqués de Saint-Rémy. No solo ella. De forma inmediata, todo el cortejo fúnebre se dispersó por el camino de los cipreses. Madeleine frenó en seco sus cansados pasos. Toda la afectación que minutos antes le encorvaba la fina silueta y le emborronó de dolor los ojos de tonalidad miel, de repente, había desaparecido para tornarse malestar.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Nada, no te preocupes.

Justo las palabras apropiadas para que Camille hiciera lo contrario. ¿Pero por qué habría de preocuparse por la aparición del que había sido el jefe de su padre durante más de veinte años?

Dominique Satoneé, el leal chófer del marqués, alto, de mediana edad, rasgos rudos y cabello canoso, salió del coche. Llevaba un traje azul marino y gorra. Con estudiada compostura abrió la portezuela del pasajero e inclinó la cabeza en un signo de respeto cuando emergió la corpulenta figura del anciano marqués y le ofreció un paraguas.

Camille no apartó la vista de él. Tenía algo inexplicable que llegaba a hipnotizarla. No la atemorizaba como al resto del pueblo. Tal vez, porque siempre la había tratado con la condescendencia que suelen ofrecer los adultos a los niños.

Mientras el anciano se les acercaba sosteniendo el paraguas y apoyándose en un bastón, podía observarlo con más detenimiento. Notaba en sus andares el peso de los años. Aun así, conservaba el porte distinguido. Vestía un traje oscuro de factura impecable y abrigo largo que disimulaba su sobrepeso y alargaba más si cabe su ya de por sí elevada estatura. El cabello plateado y la barba blanca le dulcificaban los rasgos severos y distraían la atención de unas pupilas extrañamente familiares.

—Señora Cluzet, reciba mi más sentido pésame —empezó diciendo el marqués—, apreciaba muchísimo a René y siempre lo echaré de menos.

—Muchas gracias, señor, pero no tenía que haberse molestado.

El tono arisco de Madeleine sorprendió a Camille, que asistía al encuentro hierática.

—No es molestia, *madame* —replicó el hombre con cierto retintín cambiando el semblante, de amable a cínico—. ¿Me permite acercarlas a su casa?

—No es necesario, preferimos caminar.

—La tarde no está para paseos, *madame*. Acepte mi ofrecimiento por la amistad que nos une.

Camille advirtió cómo su madre tragaba saliva.

En un silencio incómodo llegaron al vehículo. El chófer, presuroso, cogió el paraguas del marqués y abrió una de las puertas traseras. Madeleine se movió con intención de acceder, pero el marqués le sujetó con suavidad el antebrazo.

—Siéntese delante —ordenó—; quiero charlar con Camille, hace mucho tiempo que no nos vemos.

Madeleine forzó una sonrisa y obedeció, nadie le contradecía.

Dejaron atrás el cementerio enfilando el camino de tierra flanqueado por viejos cipreses. El chasquido seco de la gravilla dejó de oírse cuando el coche empezó a circular por la carretera en dirección al pueblo.

Camille apartó los ojos del cuello rígido de su madre, bien visible gracias al pulcro moño que le recogía la melena rubia, para observar la panorámica del castillo de Ansouis, imponente morada del marqués, dominando el contraluz del atardecer bajo la intensa lluvia. Todo a sus pies. El pueblo entero escalonado en la colina, rodeado de viñedos y parcelas de cultivo entre una amalgama de verdes y ocres.

—Tu padre me contó que habías elegido el Trinity College de Dublín para terminar tus estudios. Entiendo que debes hablar inglés bastante bien —dijo el anciano de buen humor. Camille asintió con la cabeza insinuando una sonrisa—. No te gusta mucho hablar, ¿verdad?

—Camille es muy tímida —aportó Madeleine—, señor.

—No me extraña, *madame* —replicó—. ¿A usted sí?

Madeleine apretó la boca hasta hacerse daño. Camille, en cambio, sonreía por dentro recordando lo locuaz que fue con Sam. A pesar de la decepción por no haber vuelto a saber de él, tenerlo tan vívido en ese momento le dio un respiro y logró dispersarle la tensión.

—Camille, ¿serías tan amable de comer mañana conmigo? —preguntó el marqués cuando el Jaguar se adentró en las estrechas calles del pueblo.

—Yo…, no sé si…

Apareció súbito el leve tartamudeo que la afectaba cuando se sentía vulnerable.

—Tenemos otro compromiso —terció Madeleine—, lo sentimos, señor.

—Usted no está incluida en la invitación —dijo el marqués mirándola en actitud amenazadora. Acto seguido, volvió los ojos a Camille y en tono amable agregó—. No admito un no por respuesta. Tenemos una conversación pendiente desde hace demasiado tiempo, no se

puede demorar más.

—¿Seguro que no se puede demorar veintitrés años más?

La malicia de Madeleine aceleró el pulso de Camille.

—No, desgraciadamente, yo no tengo por delante tantos años.

—Deberíamos dejar las cosas como están —murmuró Madeleine.

—No —dijo tajante—. Y no olvide que ni es usted con quien debo tratarlo ni estos son el momento ni el lugar apropiados. Camille, te espero en mi casa mañana a las doce.

La joven asintió sosteniéndole la mirada.

Ni dos minutos después, el chófer detuvo el coche delante de la vivienda de los Cluzet en el centro del pueblo. Era un edificio de dos plantas, coqueto, con la fachada de piedra y dos balcones llenos de macetas con coloridas flores.

La despedida entre el marqués y Madeleine fue cortés pero fría, diferente a la sonrisa encantadora que le dirigió a Camille.

—Creo que me debes una explicación, mamá —exigió en tono severo en cuanto colgaron los abrigos en el perchero del vestíbulo.

—Deberte, no, Mimille. Pero te daré una explicación porque tienes derecho a saber la verdad —resumió tocándole con cariño el brazo.

Tanto el diminutivo como el gesto lograron inquietar de verdad a Camille. Aquello no presagiaba nada bueno.

Capítulo 4

AL CRUZAR EL Liffey aquel sábado tormentoso se le entumecieron todos los huesos, sintió los escalofríos de la fiebre y, aun así, continuó andando a paso rápido hacia el Temple Bar con la esperanza de encontrar a Camille en el restaurante. Sabía que esperaba un milagro. Sobre todo, después de las malas noticias que unos días atrás le dieron en la universidad. Camille había dejado el curso por motivos personales. Solo eso. Ni siquiera accedieron a darle un teléfono o una dirección donde localizarla. Lo entendía; eran las normas, aunque tremendamente injustas. Ese pensamiento le recordó la conversación que tuvo con ella, otra vez. ¿Cuántas veces la había rememorado? ¿Cientos? ¿Miles? ¿Cuántas mientras la pintaba como un poseso?

Entró tiritando al restaurante. Ya en esos momentos era consciente de sufrir una gripe bastante fuerte. No podría quedarse. La misma camarera que les atendió se acercó a él. La conversación fue breve y amable. La mujer les recordaba porque a pesar de estar en una de las mesas más pequeñas y de no conocerse fueron los clientes que más tardaron en comer. Y no había vuelto a ver a Camille desde ese día.

Sam aceptó la derrota con toda la dignidad que pudo mostrar sonriendo apático. Era horrible haber rozado la alegría absoluta, haber soñado con el amor cuando no lo esperaba y ser consciente de que se le había escapado de las manos.

Cabizbajo, refugiado entre las solapas de su nuevo abrigo, puso rumbo a la estación de tren por las viejas calles del barrio. No se fijaba en los ríos que discurrían a gran velocidad, aletargado en el suplicio de la desesperación. A la mala suerte que lo rodeaba debía añadirle el varapalo de hallarse en un estado deplorable, tan malo como naufragar en un torbellino en medio del océano. En esas condiciones no podría ni llegar a la estación para buscar el pobre consuelo de pintar otra vez sus ensoñaciones.

En la escalera de un local en aparente abandono vio un perro pequeño tan mojado como él

mismo en aquel momento. El animal no huyó cuando se sentó a su lado, eran dos vagabundos buscando un poco de calor.

—¿Tú tampoco tienes a nadie? —le preguntó al acariciarle la cabeza de pelo áspero, corto y gris.

El perro lo miró un breve instante. Luego, indiferente a la virulencia de la tormenta, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Estuvo varias horas allí sentado contemplando la lluvia, incapaz de moverse; marcharse significaba aceptar decirle adiós a Camille, y eso lo hundía en un pozo de negrura total. Cuando se le extendió por el cuerpo un adormecimiento preocupante comprendió que debía regresar a su casa. No solucionaría nada abandonándose de aquella manera.

El perro no pareció inmutarse, dormía sereno mientras él bajaba los escalones con cierta inestabilidad. Empezó a andar en dirección al río, despacio por la debilidad en las piernas. De repente, advirtió un rítmico chapoteo a su espalda. El perro le perseguía.

En un primer impulso lo instó a alejarse, ¿qué podía ofrecerle si era el hombre más desgraciado del mundo? Pero en vista de la terquedad del animal, aceptó la compañía con agrado. No podía dejarlo a su suerte. Se consideraba un hombre sensible, y no era su estilo abandonar ni desaparecer.

Dándole vueltas a cómo encajar en su desordenada vida la responsabilidad de un animal, llegó a la estación de Tara y lo cogió en brazos. No pesaba más de cinco o seis kilos. Lo medio ocultó en el abrigo por evitarse otro problema, y la sensación fue la misma que abrazarse a una toalla chorreando. Esa vulnerabilidad le golpeó la conciencia porque, a pesar de que era la viva imagen de la desgracia, había encontrado a un ser más necesitado que él. ¿No era paradójico?

Cuando al fin entró en su pequeña buhardilla de Bray, el perro estaba ya casi seco. Le llenó un cuenco de agua y encendió la calefacción sin demasiada confianza en que caldeara algo la humedad de aquel espacio entre estudio y almacén de lienzos donde no brillaba el orden. En la diminuta cocina buscó una pastilla para la fiebre y se metió en la cama arrebujándose sin fuerzas bajo el edredón. Todo se había derrumbado a su alrededor, incluso dentro de él. Creía delirar

mientras la noche galopaba en otra tormenta. Esta, tal vez, incontrolable y demasiado emocional.

Capítulo 5

CAMILLE NO ESTABA hecha para disimular ni para ser hipócrita. Eso pensaba al arreglarse la melena frente al espejo de su sencillo dormitorio. Mirándose acabó de desengañarse. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué nunca le pidió a Madeleine ver fotos de ella embarazada?

Encajar las piezas de su puzle personal pasaba por ir a la comida con el marqués, su abuelo, padre de Anne Saunier-De Rosier. Había estado toda la noche en vela pensando en ella, horas eternas repitiendo ese nombre: Anne, su madre, la gran ausente, la chica rebelde que renunció a todo por amar al hombre equivocado.

¿Qué le diría el marqués para justificarse? ¿Sentía remordimientos al haber repudiado a su única hija y a ella misma, su única nieta?

Sacó del armario el abrigo beige de paño, la bufanda y salió de la habitación sin hacer ruido por no molestar a Madeleine. El más mínimo estruendo podía romper el frágil equilibrio entre ellas. Era consciente de que la profunda brecha emocional que siempre las había separado empezaba a extenderse como un abismo después de una larga conversación llena de tensiones. El eco de palabras pronunciadas desde el rencor, también aquellas que permanecieron atrapadas en el silencio, solo le permitían rechazar cualquier entendimiento. Escapaba de su alcance como fina arena.

Cuando poco después iba por las pintorescas calles de Ansouis bajo el sol radiante de ese domingo —mitigaba algo el inusual frío polar que azotaba la Provenza— no podía evitar ir reflexionando sobre la complejidad de las relaciones humanas y la fragilidad de los lazos familiares. Apenas palpaba el ambiente navideño ni veía los montones de turistas en las terrazas de los bares, paseando, haciéndose fotos en las fachadas cubiertas de flores o en los comercios de artesanía. Solo dejó sus cábalas al llegar a la cuesta de acceso al castillo. Allí frenó sus pasos. Los tacones y los adoquines eran enemigos íntimos, y la incertidumbre atraía a la prudencia.

El castillo, cuyo origen se remontaba a la época medieval, no tenía un tamaño excesivo. Lo que le daba el aspecto de imponente era su situación dominante en aquel risco, la solidez de las piedras de sus gruesos muros y las dos robustas torres que flanqueaban el arco principal.

Llegó a ese arco notando el lastre de su triste y pesada carga. Se fijó en la enorme puerta de madera maciza, entreabierta, adornada con intrincados detalles tallados que contaban historias de batallas y hazañas legendarias. Luego levantó la vista hacia el blasón de piedra que había encima como testigo mudo del paso del tiempo. Pudo leer: MCCCLXXXIII. Tragó saliva de forma refleja, y se armó de valor. No había marcha atrás, necesitaba conocer las dos versiones de su historia.

Después de hacer un poco de fuerza para mover la puerta, mientras cruzaba el patio empedrado y oía el sonido de sus pasos, apreció el contraste de los tonos cálidos de las piedras de la fachada del edificio con las infinitas tonalidades verdes del cuidado jardín lleno de senderos. ¿Cuántas veces había jugado por esos senderos?

Caminó como un autómata entre la elegante simetría de la arboleda y los cipreses que marcaban la perspectiva de dos terrazas con idénticos parterres de arbustos recortados. La había invadido una sensación nostálgica muy alejada de la felicidad de su infancia. Por suerte, la calma que respiraba gracias a la ausencia de los habituales visitantes y el silencio solo roto por el canto de los pájaros lograron darle un reconfortante empujón.

En la puerta principal del edificio había otra placa, dorada, donde leyó: *Château Lirac*. Fue a tocar en la puerta, pero no le dio tiempo. De manera repentina, se abrió. Un hombre de mediana edad, alto y robusto, uniformado con un traje oscuro, le sonrió con suavidad.

—Buenos días, señorita —saludó. Ella supuso que sería el nuevo mayordomo, el anterior había fallecido en 2014—. Acompáñeme.

El hombre hizo una indicación con la mano, y ella apuntó una sonrisa correcta. En el vestíbulo, al quitarse el abrigo y la bufanda, le echó un vistazo a la escalera que se retorcía entre fríos muros de piedra. No fue capaz de evitar otro ramalazo de tristeza. ¿Cuántas veces había esperado paciente a René sentada en aquellos escalones? Muchas. Tantas como había visto al marqués sin sospechar por qué era amable con ella cuando todo el mundo le temía.

Siguió al mayordomo por un pasillo amplio y luminoso. Había seis puertas de madera tallada y tapices finamente tejidos colgados de las paredes. A medida que lo recorría, pensaba en que todo le resultaba más pequeño a cómo lo recordaba. Posó los ojos en el ventanal del fondo que permitía la entrada de la luz natural para descubrir un rincón diferente del jardín, escondido de miradas curiosas gracias a unos altos setos. Le pareció íntimo y tranquilo. Desde allí la vista se extendía por todos los campos recortados en parcelas rectangulares perfectas.

Cuando habían dejado atrás la mitad del pasillo, pasaron ante una habitación con la puerta abierta y no reprimió el impulso de echar un vistazo rápido. Descubrió el salón más grande, donde se llevaban a cabo las celebraciones, y vio a dos chicas jóvenes del servicio limpiando mientras charlaban divertidas sin medir el volumen de las voces. Después, pasando por la puerta de la cocina, un fino aroma a caldo de pollo le arrancó una leve sonrisa.

El hombre se detuvo ante la puerta de la biblioteca, la instó a entrar y desapareció con sigilo tras una ligera inclinación con la cabeza.

Camille, que conocía bien esa estancia, aspiró el olor a cuero y papel, alzó la mirada hacia los altos techos con artesonados de madera, repasó los miles de libros de la biblioteca, el elegante escritorio macizo de gruesas molduras y zócalo en las patas torneadas, para acabar en el busto de jade del rey Carlos VI que había a un lado de un vade de piel oscura a juego con un cubilete portalápices y un calendario. Todo igual, todo en perfecto orden.

Sintió el impulso de tocar el busto. Tenía un tamaño pequeño, no más de veinte centímetros de altura, y el verde relucía deslumbrando la luz. Nada más sentir el peso de la piedra, le dio la vuelta para observar la base. Era una cajita muy firme hecha con diferentes maderas de varios tonos naturales sin tintes: grises, azulados, amarillos, rojizos y marrones, en una gama amplia desde los más claros hasta el negro. Sin duda, eso le aportaba delicadeza. Las maderas componían patrones minuciosos, figuras geométricas como si se tratara de un rompecabezas. Observándolas tuvo una sensación extraña. ¿Acaso le recordaba algo? De ser así, no supo que era. Trató de recordar moviendo la base, hasta que el sonido de unos pasos al otro lado de la puerta la apresuró a colocarlo en la mesa.

Rápidamente adoptó una pose rígida.

—Estás aquí… —dijo el marqués animado. Mostraba una sonrisa cálida al moverse con agilidad sin el bastón—. Hacía mucho tiempo que no venías, ¿notas algún cambio significante?

—No —respondió con expresión severa—. Pero todo ha cambiado, señor, ya no soy una niña inocente.

—Desde luego que no, te has convertido en una joven preciosa. Me gusta tu estilo, es elegante y actual, te sienta bien.

Camille apreció el cumplido, había cuidado su apariencia para resultar seria —vestía una camisa blanca con un lazo en el cuello y falda larga de cuero—, pero no tenía intención de claudicar tan rápido.

—Creo que no he venido a hablar de moda con usted.

—No, pero la cortesía es importante para suavizar las relaciones.

—Entiendo que lo ha aprendido con el paso del tiempo, porque no siempre ha actuado así.

Los ojos del marqués se convirtieron en dos líneas oscuras. De manera estudiada le ofreció asiento. Él ocupó la silla de respaldo alto del escritorio. Entrelazó los dedos y empezó a hablar:

—Voy a contarte una historia, una historia que quizá sea diferente a la que te ha contado Madeleine, la historia que me ha condenado a la soledad y necesito enmendar antes de morir. —Al oír esto último, Camille frunció el ceño—. Comprendo tu perplejidad, pero ha llegado el momento de afrontar lo que no pude hacer cuando naciste. Ahora siento nostalgia del futuro que no viviré, del tiempo perdido y de las malas decisiones que tomé al no aceptar la elección de tu madre. No fui justo con ella ni contigo… —Sonrió amargamente. No le gustaba recordar el dolor, pero se había propuesto hacerlo—. Mi esposa, tu abuela Sophie, era una mujer excepcional pero frágil por su mala salud… Murió cuando Anne tenía cinco años… Nos quedamos solos, y nos convertimos en inseparables… Es la persona que más he querido en mi vida y la que más dolor me ha causado —reconoció con los ojos vidriosos—. Se rebeló contra mí sin piedad y se alejó olvidándome por completo… Todo empezó a desmoronarse entre nosotros cuando apareció tu padre… —al decir esto, perdió un poco el hilo. Tras unos segundos, continuó

—. Lo contraté para que nos hiciera un retrato, que nunca terminó —puntualizó con rencor—, y me arrebató lo que más quería… No estuve atento a los indicios —admitió tras otra breve pausa —, pasaban juntos los días enteros, se divertían…

—Eran jóvenes y se enamoraron, no cometieron ningún crimen.

—Huyeron como criminales, algo malo debieron hacer.

Camille lo observó fijamente, con la barbilla alzada.

—Tener un hijo no es nada malo, señor.

—No, al contrario, es lo más hermoso que sucede entre dos personas; pero dentro del matrimonio y con la persona adecuada. No te imaginas lo cruel que pueden llegar a ser ciertas personas en según qué clases sociales… —Torció una ligera sonrisa—. Tu padre era un pintor desconocido, no tenía medios para mantener a mi hija ni para formar una familia con ella. Encima, ni siquiera gozaba de buena salud y se lo ocultó para seducirla. Pretendió vivir a mi costa a espaldas de ella como el gran manipulador que era. Pero no lo consiguió. Me pidió ayuda antes de que nacieras, con sus condiciones: si no accedía, no podría verte; chantajista y desagradecido hasta el final, hasta envenenar a mi hija contra mí…

—No estoy segura de que esta sea la versión real de la historia. Por lo que tengo entendido, mi padre, efectivamente, no tenía dinero; pero se enamoró locamente de mi madre, y ella de él. ¿No ha contemplado que, quizá, en el amor de dos personas no medie otro interés?

—No cuando hay una desigualdad tan evidente. Él pretendió ganar la lotería jugando solo con una papeleta. Por fortuna, la vida se encargó de ponerlo en su sitio.

—¿Acaso está alegrándose de la muerte de un hombre joven que dejó sola y devastada a su propia hija y huérfana a su nieta?

—Tú realmente te quedaste huérfana cuando murió mi hija.

Ese tono rotundo molestó a Camille.

—Nunca me he sentido huérfana, hasta hace dos días he tenido un padre y una madre…

—Porque yo así lo quise —soltó con desprecio—. No podía dejarte en ningún orfanato cuando tenías una familia.

—Pero no me crie con usted, ¿por qué si yo no tenía culpa de nada?

—Porque estaba muy dolido con tu madre, no habría soportado verte todos los días. Preferí que tuvieras una familia estable, cercana a mí para poder verte cuando quisiera.

—Cerca pero lejos, es una postura egoísta y cobarde. Usted era mi verdadera familia…

—Soy.

Al escuchar la matización, Camille guardó silencio. Esa matización significativa anunciaba pretensiones. Observó la mirada del marqués, que no transmitía la misma entereza de su voz, y por no continuar con los reproches le preguntó:

—¿Nadie por parte de mi padre se interesó por mí?

—Dudo mucho que estuvieran enterados de tu existencia. Ellos nunca se casaron, vivieron dos años en París como matrimonio sin serlo.

De nuevo, Camille percibió desprecio.

—¿Nunca sintió la tentación de decirme quién era? Me refiero a cuando venía de niña con mi padre.

—Siempre, te pareces tanto a Anne que tenía la impresión de estar viéndola a ella; pero no podía; tenía un acuerdo con René, yo me ocupaba de todos tus gastos, y los de ellos —añadió—, a cambio de que tú tuvieras una infancia feliz. Esta conversación deberíamos haberla tenido cuando cumpliste quince años, pero no ocurrió porque Madeleine me suplicó que la pospusiéramos hasta que ellos te hubieran preparado para minimizarte el impacto; pero fue solo una treta para ganar tiempo… Siempre ocurría algo. Cuando no era por no arruinarte los estudios, era porque estabas enferma… —explicó, atento al gesto de extrañeza de Camille—. No cumplieron; sin embargo, yo no les he fallado ni una sola vez desde que llegaste a sus vidas.

—¿Es ese el motivo de la tensión entre usted y mi madre?

—Tu madre es Anne Saunier-De Rosier, no lo olvides —advirtió severo—. Madeleine Cluzet es solo la mujer que te ha criado. Y sí, la tensión entre nosotros proviene del incumplimiento de nuestro acuerdo. De no ser por René jamás habríamos tenido la pobre relación que mantuvimos a lo largo de los años. Madeleine se encariñó contigo hasta el punto de creerse tu verdadera madre

y olvidar que su cometido estaba limitado en el tiempo.

Camille lo miró fijamente, no recordaba tal cariño. Pero a pesar del dolor, no tuvo reparos en mentirle:

—Ese cariño debería alegrarle, me ha querido y me quiere como solo una madre puede querer a un hijo. ¿Habría preferido otra relación menos cariñosa entre nosotras?

—No, pero me ha apartado de ti a sabiendas de que yo también quería estar contigo.

—¿De verdad quería estar conmigo? —preguntó con un matiz que dejaba entrever dulzura.

—Sí, no lo dudes jamás. Tú eres lo único que me queda de mi querida hija, ¿cómo habría podido ignorarte si sois iguales?

—Tengo otra versión, una que habla de vergüenza y venganza.

—Nunca me he avergonzado de ti, ni de mi hija —puntualizó—, ella era mi orgullo; solo me enfadé muchísimo por su falta de confianza y por su forma de hacer las cosas. Pero no hay nada que el tiempo no sane… Y respecto a la venganza, nunca he sido un hombre vengativo; de haberlo sido, habría hundido a los Cluzet en su propia miseria por privarme de tu cariño. No lo hice por ti, porque eras una niña y no habrías comprendido las circunstancias. En cambio, ahora las cosas son distintas; tú ya eres una persona adulta, yo soy tu abuelo… y Madeleine debe conformarse con quién es realmente.

—Tengo otra perspectiva de las cosas, pero no estoy aquí para discutir con usted.

—¿Qué perspectiva? ¿Qué te ha contado esa mujer sobre mí?

—Sobre usted, poco. Básicamente, que no me quería porque aceptarme le habría supuesto un escándalo.

El marqués negó con la cabeza.

—Maldita embustera… ¿No te ha contado las veces que le rogué que te trajera con más frecuencia? ¿Cuánto dinero le ofrecí para anular nuestro acuerdo? Eso no te lo ha contado, ¿verdad? ¿Sabes por qué? Porque eres una chica lista y habrías deducido que no te quería viviendo con ellos —habló con tanta rotundidad que le temblaron las manos—, sino aquí conmigo, aquí, donde deberías haber vivido siempre…, en tu casa.

A Camille se le nublaron los ojos.

—Todo esto me supera, es demasiado… Solo quiero saber qué espera de mí a partir de ahora.

El marqués insinuó una sonrisa comprensiva.

—Lo primero, que dejes de llamarme de usted y me llames abuelo; lo segundo, que asumas de buen grado quién eres y aceptes la herencia y el legado histórico que te corresponde por derecho.

Ella lo observó seriamente. Durante un momento consideró si debía aceptar o escudarse en el resentimiento. Esto último apenas le duró entre la nobleza de su espíritu.

—Aunque debo acostumbrarme, podría llamarte abuelo —dijo por fin—. Pero antes de hacerlo me gustaría conocerte mejor, para mí eres casi un extraño.

—Tengo intención de recuperar el tiempo perdido.

—Es complicado, pero no imposible —agregó tolerante—. Y sobre tu segunda petición, ¿de qué hablamos exactamente?

—De que seas Camille Saunier-De Rosier.

—Debería llevar el apellido de mi padre —dijo al cabo de un instante.

—En tu certificado de nacimiento no tienes su apellido, ya te he dicho que tus padres no llegaron a casarse.

—¿Puedes decirme al menos cómo se llamaba? Mi madre no lo sabe.

—Thibaut Lombard —habló sin dudar. Pasó unos segundos observándola con atención—. Hay algo más, Camille, me gustaría que te trasladases a vivir aquí conmigo.

El anciano notó el desconcierto en los ojos de ella.

—Estoy estudiando en Dublín…

—Hay otras universidades mejores, no pienses ahora en eso; ya lo resolveremos.

—Pero tengo que volver —murmuró impotente, viendo cómo perdía el mando de su vida—, me están esperando…

—¿Alguien en particular?

Camille bajó la mirada, recordando a Sam. Decidió mantenerlo en secreto. A fin de cuentas,

se había desentendido de ella por completo.

—Solo estoy centrada en mis estudios.

—Como debe ser —admitió sonriendo. De pronto, llamaron a la puerta con unos toques sensibles—. Adelante, señora Dumond.

De forma mecánica, Camille irguió la espalda y permaneció muy quieta tal y como hacía de niña cuando Margueritte Dumond andaba cerca. No podía recordar ninguna situación conflictiva con ella; sin embargo, sí las recordaba bien con su padre. Por aquel entonces le daba miedo la arisca mujer, tal vez porque él se lo transmitía. Y ahora cobraba un sentido diferente, ahora todo podía interpretarlo de una manera muy diferente.

Observó a una mujer pequeña, de mirada oscura sagaz, que se veía puro nervio para rondar los sesenta años. No pesaría más de cincuenta kilos, con la piel arrugada y curtida por el sol, y un perenne cabello rubio ceniza peinado con un riguroso moño. Llevaba el mismo uniforme que recordaba: vestido oscuro, delantal blanco inmaculado y zapatos ortopédicos con pinta anticuada.

—Señor, la comida está lista en el Salón Azul —anunció la mujer después de saludarles con una sonrisa amable.

Desapareció rápidamente. El marqués se puso en pie sin síntomas de cansancio.

—Acompáñame, Camille. De paso te enseñaré parte de tu nuevo hogar.

—Todavía no he aceptado mudarme —dijo antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Lo harás.

Capítulo 6

LOS LADRIDOS INSISTENTES de *Liath* le despertaron de manera abrupta. Otra vez de noche, otro día malgastado durmiendo la enésima borrachera. Ese ritmo era insostenible. A veces lo asumía con el buen propósito de enmendarse; luego, cuando regresaba la oscuridad, se dejaba engatusar por los ecos del placer para comenzar de nuevo la misma evasión de actividad febril, de fantasías, cuyo final siempre desembocaba en un imposible. Durante esos momentos se partía las manos pintándola, volvía a tenerla frente a él sonriéndole mientras lo observaba con curiosidad. Había conseguido reproducir las tonalidades de sus pupilas, plateados en mitad de la noche reflejándose como estrellas en el mar, pero lo había hecho tan bien que no soportaba mirarlas sobrio. El whisky como aliado para resistir el martirio de su realidad. Y el perro, ¿cómo olvidarlo si ni siquiera le permitía dormir?

—Eres un pesado, no sé en qué estaría pensando cuando te recogí…

De malhumor, se vistió de cualquier manera y llevó al perro a la calle para que corriera como un desquiciado.

La lluvia caía a mansalva desolando un poco más la quietud que se respiraba en aquella zona residencial tranquila de por sí, con pocos vecinos y tráfico. Eso mismo le ofrecía seguridad al dejarle campar a sus anchas. Tampoco a ninguno les molestaba la lluvia, por lo que los paseos nocturnos se estaban convirtiendo en los mejores ratos de los días, porque podía pensar sin el abotargamiento que le provocaba la resaca.

Mientras el perro olía detrás de unos arbustos, recordaba la última conversación con su madre acerca de la comida de Navidad. No había ido. Solo pensar en sentarse junto a toda la familia fingiendo una alegría que no sentía le habría supuesto dar explicaciones. Y a su madre nunca había podido ocultarle nada, y ni se le ocurriría. Ambos se conocían demasiado bien. Sin embargo, en aquel momento estaba un poco arrepentido. A pesar de las diferencias entre ellos,

sobre todo respecto a su profesión, se adoraban. No haber ido a la comida que con tanta ilusión preparaba, alegando encima que estaba enfermo, le traería consecuencias. Una de ellas, recibir alguna visita. Tanto su madre como sus hermanas Sadie y Emily, un poco más jóvenes que él, eran mujeres de armas tomar. Las tres podían ser tan fuertes como el acero y tan protectoras que solían avasallarle como intuyeran un problema mínimo.

Regresó a la buhardilla con dos propósitos en mente: dejar de beber y hacer la llamada que evitaría una invasión a su intimidad. Desde el viejo teléfono que había colgado al lado de la puerta de entrada marcó el número de sus padres.

—Hola, mamá.

—*¿Cómo estás, cariño?*

—Mucho mejor; por eso te llamo, para que no te preocupes por mí.

—*Vaya…, qué buena noticia, es milagroso que ayer estuvieras medio muerto y hayas resucitado de repente* —dijo con sorna—. *¿Vas a contarme por las buenas lo que te pasa o voy a tener que sacártelo a la fuerza?*

—No me pasa nada, mamá, he estado malo y ya estoy mejor, no te imagines cosas raras.

—*Ah, ¿no? ¿No te parece raro que por primera vez en tu vida hayas estado solo el día de Navidad? ¿Sin tu familia? Porque a nosotros nos lo ha parecido, además de habérnoslo arruinado* —agregó haciendo hincapié en el reproche.

—Lo siento, pero no estaba para celebraciones.

—*Cuéntaselo a tu padre. ¿Sabes cuántas horas ha tenido que trabajar últimamente para tener libre dos días?*

Sam chasqueó la lengua, imaginándose la presión que habría soportado en el taller mientras reparaba los coches de unos clientes tan fieles como exigentes.

—Iré en Nochevieja y os lo compenso.

—*Haz lo que quieras, el daño ya está hecho*.

—No me machaques, solo me he perdido una comida.

—*Mañana iré a verte con tus hermanas*.

—No —exclamó sin contener el miedo—, ya te he dicho que estoy mejor y que iré en Nochevieja, me quedaré unos días con vosotros.

—Samuel O'Malley, no trates de manipularme para que no vaya a verte. Sé que estás ocultándome algo y pienso averiguar lo que es.

—Ven si eso te va a hacer feliz —aceptó resignado—, y de paso tráeme las sobras de la comida para el perro.

—¿Perro? ¿Desde cuándo tienes un perro?

—Es una larga historia, ya te la contaré...

—¿Algo más que deba saber antes de ir? ¿Algo relacionado con alguna chica, por ejemplo?

—No, mamá, no hay mujeres en mi vida.

—Ni las habrá como no tengas un trabajo rentable. ¿Qué mujer va a querer estar con un pintor que no vende cuadros?

—Ninguna, desde luego.

Resopló por la nariz. Eso era una verdad innegable, solo le faltaba aceptarla.

Capítulo 7

EN LA GRAN ESCALERA de piedra del vestíbulo había una sucesión de retratos de sus antepasados, contemplarlos ensimismada empezaba a convertirse en un grato pasatiempo. En la breve semana transcurrida desde que estaba instalada en el castillo ya conocía a todos los marqueses desde la Edad Media. Sin embargo, y por desgracia para ella, seguía sin noticias del único hombre que de veras le habría gustado conocer. ¿Por qué? ¿Por qué las personas más inesperadas terminaban decepcionándola de esa manera tan cruel? Sam había sido un espejismo fugaz, incluso se sentía engañada; y Madeleine, a quien consideró su madre durante toda la vida, había puesto tierra de por medio para no enfrentarse a la verdad. Según la información que le dio el marqués, estaba en Normandía con una hermana. Hermana secreta hasta ese momento, se dijo con cinismo. Tampoco tuvo la deferencia de despedirse, y con todo solo aumentaba su amarga sospecha: Madeleine Cluzet nunca la había querido, la utilizó como cheque en blanco para vivir bien a costa de su abuelo.

—Señorita Camille —dijo Margueritte Dumond a su espalda—, el señor la está esperando en el comedor; el almuerzo se servirá en unos minutos.

Camille volvió la vista hacia la mujer y le dio las gracias con un leve asentimiento. Rápidamente, Margueritte desapareció con la curiosa habilidad de todo el personal para esfumarse por aquellos fríos corredores.

A paso calmado se dirigió al Salón Azul, el privado del marqués. Al traspasar el umbral de la coqueta estancia, íntima por su tamaño mediano, se fijó en las paredes de estuco italiano en tonos azules, en los frescos de los techos rodeados por molduras clásicas aportándoles elegancia y en las amplias ventanas abiertas a los jardines para iluminarlo con halos dorados que en los rincones creaban sombras mágicas.

Fue directa a la mesa. Ahí estaba su abuelo sentado en la cabecera leyendo el periódico. Alzó

la vista nada más verla.

—Por fin —exclamó sonriente—. ¿Dónde estabas? —preguntó al dejar el periódico sobre la mesa—. No te he visto durante toda la mañana.

—Estudiando, tengo exámenes en enero.

Camille se sentó cerca de él.

—Tenemos que hablar de eso. Deberías reanudar tus estudios en La Sorbona, es mucho más apropiada para ti. Me he puesto en contacto con el rector y está encantado con la idea. Iremos a París a verle en cuanto acabe la Navidad.

—Me gustaría volver a Dublín —dijo con firmeza, sin que se advirtiera en su tono ninguna disconformidad a pesar de sentirla—, pero aprecio mucho tu interés. La Sorbona es una de las mejores universidades de Europa.

—Lo es, además de ser más prestigiosa en Letras que el Trinity College. No voy a imponerte nada, Camille —añadió, tal vez intuyendo en la seriedad de ella que la noticia no le había gustado—, sin embargo, sí es mi intención orientarte en la mejor dirección. Y, desde luego, La Sorbona lo es. No tienes que tomar la decisión ahora, pero piénsatelo bien.

—Lo haré —admitió cuando entró la señora Dumond con el carro de servicio.

Mientras les servían la comida, Camille estaba ausente. La sensación de perder las riendas de su vida le disgustaba sobremanera.

—Esta tarde iremos a los viñedos —dijo el marqués cuando volvieron a estar solos—, quiero enseñarte la bodega. Algún día tendrás que gestionarla.

—Tus planes para mí son muy diferentes a los míos.

—No lo creo. Eres mi nieta, mi única heredera, algún día serás la marquesa de Saint-Rémy y tendrás que actuar como tal. Cuanto más sepas de tus obligaciones, mayor será tu capacidad para gestionarlas.

—¿Y si no quiero esas obligaciones?

—No puedes rechazarlas —respondió al echar vino en su copa—. Confío plenamente en ti, sé que serás mi digna sucesora.

Camille sonrió sin ánimo, pensando en que había tenido muchos años para aceptarla.

—¿Por qué mi madre no volvió contigo cuando mi padre murió?

El anciano dejó el cubierto sobre el plato al escucharla.

—Porque seguía enfadada conmigo, me culpaba de su tragedia gracias a la sarta de mentiras que tu padre inventó sobre mí.

—Pero es verdad que no quisiste ayudarle.

—¿Y eso me hace responsable de sus decisiones?

—Le quitaste la asignación a mi madre… —reprochó con expresión triste.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó irritado. Al ver cómo Camille tragaba saliva, adivinó que había sido Madeleine. Tenerla en sus pensamientos le azuzaba unos demonios difíciles de aplacar—. Maldita mujer… —murmuró, tratando de controlar el impulso de explayarse. Tardó unos instantes en admitir—. Anne renegó de mí, también de lo que conllevaba.

—Pudiste ceder un poco… Cuando te enteraste de que estaba enferma, ¿por qué no la obligaste a volver?

—No lo supe hasta que fue demasiado tarde —dijo en tono solemne, sin ánimo para contarle que culpaba a Lombard de esa hepatitis que se los llevó por delante a los dos con unos meses de diferencia. Estaba convencido de que Anne solo le sobrevivió para dar a luz. Por nada pretendía que ella se sintiera culpable cuando fue casi un milagro que naciera sana—. Si hubiese sabido que mi hija estaba enferma, habría hecho todo lo posible por ayudarla; no te quepa la menor duda.

Camille apretó la boca para digerir tanta obcecación, por ambas partes. Incluso por todas las partes implicadas en la mentira que había sido su vida. Siguió comiendo sin apetito y sin apreciar la delicadeza del menú, no podía con todas las preguntas que le rondaban por la cabeza.

—¿Tienes problemas económicos? —dijo al cabo de unos minutos, pendiente de la expresión taciturna del anciano.

—Gracias a Dios, y a mi buena gestión, no. ¿Qué te ha hecho planteártelo?

—Las visitas turísticas, son una invasión a tu intimidad. ¿Por qué las permites, si no?

—Porque el castillo es el bien histórico más importante del pueblo, a muchas personas les interesa visitarlo. Desde que abrimos las puertas ha aumentado el turismo y eso nos beneficia a todos. El ayuntamiento y los comerciantes están contentos por los ingresos que el turismo genera y a nosotros nos permite minimizar los numerosos gastos de mantenimiento de una propiedad del siglo XIV. Además, las zonas accesibles al público son las que habitualmente no se usan. —Bebió un sorbo de vino y, tras una breve pausa, preguntó—: ¿Algún turista te ha molestado?

—No, pero evito frecuentar ciertas zonas.

—Si no estás cómoda, clausuramos las visitas. Ante todo, quiero que consideres el castillo tu hogar. Si no lo sientes así, no velarás por su continuidad y terminarás vendiéndolo como han hecho muchos otros herederos de los alrededores. Ahora se ha puesto de moda entre los nuevos ricos adquirir propiedades históricas, como si una propiedad definiera quiénes somos —agregó con aire vanidoso—. Así unos presumen de poder adquisitivo y otros pueden permitirse vivir de un legado que no valoraban o no podían mantener por desarraigo familiar, falta de liquidez o simplemente por pura avaricia. En tu caso lo tendrás muy fácil al no tener que compartir tu herencia con nadie. Todo lo que poseo será tuyo.

—Habría preferido crecer contigo... No me interesan las posesiones materiales.

El marqués sonrió afligido, y colocó la mano sobre la de ella.

—Sé que no tengo perdón; he desaprovechado el mejor regalo que me dejó Anne, pero no puedo dar marcha atrás en el tiempo. Si pudiera, nadie lograría apartarme de tu lado. Ahora solo te pido un poco de misericordia para poder morir con una mínima dignidad.

—¿Qué me ocultas, abuelo? Dices que no estás enfermo, en cambio hablas como si supieras que vas a morir pronto.

El anciano había sonreído, solía hacerlo cuando la escuchaba llamarlo “abuelo”.

—No hace falta estar enfermo para sentir cómo la muerte se acerca. Y con ella todo se aplana y ordena, lo importante se convierte en vital.

—Para mí es muy triste asimilar que te he encontrado para perderte antes de que nos conozcamos bien. Intento aceptar que mi vida ha sido una gran mentira, muchos cambios…,

desgracias, injusticias… No estoy preparada para perderte a ti también

—René era un buen hombre, lo entiendo —admitió con tacto—, sin embargo, otras pérdidas solo pueden ser bien recibidas. Cuando seas mayor comprenderás que las personas vienen y van…, tu puerta debe estar abierta tanto para recibir a las nuevas como para despedir a las que voluntariamente desaparecen.

La sombra de Madeleine sobrevolaba por la mesa enturbiando la apacible atmósfera. Camille advertía la intolerancia del anciano con la misma nitidez que recordaba pasajes de su vida donde Madeleine le había demostrado falta de afecto y severidad. En aquellos momentos René siempre intentaba suavizar la relación entre ellas, justificando a su esposa por tener un carácter distante mientras la compensaba con una doble ración de cariño.

Durante el rato que permanecieron en la mesa, la voz del anciano le infundía valor para afrontar la que ya era su nueva vida. Esa voz, más dulce desde que vivía con él, le procuraba mucho alivio espiritual a través de buenos consejos y una profunda sensación de verdadero amor. Gracias a él en poco tiempo notaba cómo se hacía más fuerte, cómo sus inseguridades se desvanecían dando paso a la mujer empoderada que siempre había deseado ser.

—Me gustaría presentarte oficialmente a todos mis amigos —comentó el marqués tras servirse una copa de brandy—. La Nochevieja podría ser el momento ideal, así empezaríamos el nuevo año sin secretos. ¿Te parece bien?

—Tenemos el entorno perfecto.

—¿Eso es un sí?

Camille sonrió con franqueza.

Capítulo 8

LA FIESTA DE NOCHEVIEJA en el castillo no había hecho nada más que empezar cuando Camille comenzó a sentirse abrumada por los halagos de los amigos de su abuelo. Para la ocasión eligió un vestido beige de seda de corte griego que permitía intuir su silueta de manera elegante y sobria. La mayoría de las mujeres también llevaban vestidos largos, bien enjoyadas dando buena cuenta de un poder adquisitivo alto. Los hombres, sin excepción, con esmoquin.

En los invitados se observaban modales excelentes. Todos eran personas maduras rondando la senectud. Tan solo el abogado Philippe Béziers no había sobrepasado la treintena. Tenía los ojos celestes, fríos; rasgos suaves, cabello castaño un poco largo, y buena planta. Era el único hijo de Roger y Juliette Béziers, amigos del marqués. Juliette, clasista sin pretender disimularlo, parecía afanada en pavonearse con aquel vestido rojo de cola como si no fuese suficientemente llamativo. No perdió el tiempo al resumirle la longeva alcurnia de los antepasados de su marido; sin títulos nobiliarios, pero con notables influencias políticas gracias a las carreras militares de algunos. Tampoco disimuló su interés en fomentar el surgimiento de una amistad entre ella y su hijo. Al menos, eso pensó Camille nada más entrar al Gran Salón, el más lujoso del castillo, cuando la vio cambiarse de sitio en la mesa para que el abogado se sentara a su lado.

Poco después advirtió los giros de Juliette en las conversaciones solo para provocar que congeniaran, sin demasiado éxito. Camille no pretendía ser cortante por respeto a su abuelo, pero no se planteaba ni por cortesía sociabilizar con alguien que no le había despertado la más remota curiosidad. Desde el primer momento le pareció un hombre insulso, tanto física como intelectualmente.

Durante el transcurso de la cena, Camille aparentaba estar pendiente de la sonrisa postiza del abogado por eludir el acoso de la madre. Sin embargo, filtraba las palabras de otros invitados, observaba las discretas indicaciones de su abuelo al servicio —un breve desvío de mirada y un

ligero gesto con la cabeza como muda comunicación para que la cena fluyese de manera precisa — o se abstraía en sus propios pensamientos cuando no soportaba la voz monótona de Philippe.

—Tendrás que actualizar los retratos, Mathieu —comentó una señora sentada cerca de él en la cabecera de la mesa—. Tu nieta se ha ganado un lugar de honor en esta casa.

Camille recibió un guiño simpático de la señora y correspondió sonriéndole. Era un junco, sofisticada de forma innata, se llamaba Isabelle Robert. A Camille le parecía magnética, con una personalidad extrovertida y graciosa que la hizo reír a carcajadas con varias ocurrencias surrealistas cuando su abuelo se la presentó. En sus facciones ajadas por la edad aún podía apreciarse bien una belleza serena por la ausencia de artificiosos maquillajes; el brillo intenso de unos ojos verdosos le iluminaba la expresión y lucía con orgullo una voluminosa melena gris que le aportaba un aire casi divino.

—François, tienes que recomendarme a algún buen retratista —dijo el marqués.

Sin ser descarada, Camille observó al marchante de arte y propietario de la galería Hirondelles en París desde los años sesenta François Hubert. Tenía el pelo muy corto, blanco por completo, y le clareaba por la coronilla. En el rostro se le marcaban profundas arrugas que morían en el cuello; ojos oscuros parapetados tras unas gafas con montura negra, nariz larga y barbilla tan afilada que, en vez de endurecerle la expresión, acrecentaba su apariencia cómica de hidalgo.

Cuando su abuelo, Isabelle y François empezaron a dar sus opiniones sobre ese nuevo retrato, pudo distinguir cómo los trataba sin la rigidez que al resto de invitados. Sabía por él mismo que eran íntimos amigos desde tiempos inmemoriales, pero no había tenido oportunidad de verlos juntos y presenciar la faceta más distendida y auténtica de su personalidad. Veía a tres amigos curtidos juntos en mil batallas, con ese grado superior de confianza que solo se obtiene a base de cariño, admiración y respeto mutuo.

—No seas demasiado exigente, Mathieu —apostilló de pronto Juliette entrometiéndose en la conversación privada que mantenían—, ya no hay pintores como los de antes. Menos mal que tienes a favor la belleza de tu nieta…

El comentario molestó al marqués. Camille lo adivinó por la dura mirada que le dedicó.

—François conoce a los mejores y sabe a qué atenerse.

—Las historias no se repiten —comentó Isabelle, y le tocó la mano—, no te pongas en lo peor.

Camille bebió un sorbo de vino sin perder la atención en ellos.

—No me preocupa en absoluto —dijo el marqués—, porque a pesar de su parecido son personas diferentes. En cuanto terminen las fiestas tengo una reunión con Pierre Malibone —refiriéndose al rector de la Sorbona—, aprovecharé la visita para elegir al pintor.

—¿Camille no estaba estudiando en Irlanda? —preguntó François.

—Estaba. —El marqués desvió la vista hacia Camille, que permanecía observándole con expresión adusta—. Ese es precisamente el motivo de la reunión con Pierre.

—La Sorbona te encantará —dijo Isabelle dirigiéndose a ella—; allí conocí a tu abuelo y a François. Qué tiempos aquellos… Puedo asegurarte que fue la mejor época de mi vida; sin ataduras, libertad absoluta para disfrutar un primer amor, las primeras fiestas…

Camille sonrió de manera correcta. No pondría en evidencia a su abuelo delante de los invitados, esperaría a estar a solas con él para reprocharle que hubiese decidido ya el cambio de universidad cuando habían acordado que la decisión la tomaría ella.

—Philippe fue a Oxford como su padre —dijo Juliette con orgullo—. ¿Por qué estudiabas en Dublín siendo francesa?

La pregunta colmó la paciencia de Camille.

—Que sepa, no hay ninguna prohibición para que las francesas estudiemos donde elijamos libremente —comentó con una valentía que le sorprendió a ella misma y atrajo la atención de casi toda la mesa, incluso su abuelo dejó de hablar para observarla—. El Trinity College es una de las universidades más prestigiosas del mundo, con el programa en Letras que más se adaptaba a mis intereses y, encima, los irlandeses son gentes amables y hospitalarias. Todo a favor para elegirla, ¿no cree, señora Béziers?

—La tradición británica es incomparable —aportó Roger Béziers en un tono condescendiente

al ver cómo su esposa se limitaba a mirar con dureza a Camille—, de Oxford y Cambridge han salido las mejores mentes del mundo.

—Comenta esto de oídas, ¿no? ¿O piensa que la inteligencia se aprende?

Béziers compuso la misma sonrisa fingida de Philippe.

—Camille tiene razón, Roger —dijo Isabelle—, una cosa es la cultura y otra la inteligencia. La primera se aprende, la segunda es un don; y solo raras veces se unen en figuras excepcionales.

El marqués torció la boca de manera sutil en un gesto involuntario que Camille también solía hacer cuando evitaba reír por no ofender. No pretendía incomodar más a los Béziers, pese a estar totalmente de acuerdo con Isabelle. Echando mano de buenos modales, cambió el rumbo de la conversación hacia un tema menos lesivo y mucho más gratificante para él: sus amados viñedos, llamados Vignes d'Anne Saunier como homenaje a su hija. En ese terreno no hubo disparidad de opinión, todos estaban entusiasmados con la excelencia de unos vinos elaborados con dedicación y técnicas ancestrales.

Camille se mantenía atenta a los comentarios, trataba de aprender y, sobre todo, absorbía la pasión de su abuelo.

—Nuestros vinos son rosados, elaborados con uva garnacha y cinsault —dijo Philippe de repente—. Tu abuelo solo tiene cepas de mourvèdre, garnacha negra y syrah.

—Lo sé, he ido a nuestros viñedos —habló con intención—, y he visto cómo las cuida.

—Me gustaría enseñarte nuestro *domaine*, está cerca de nuestra casa.

—En estos momentos estoy bastante ocupada —comentó Camille casual, sin ganas de ir a Charleval a conocer ninguna bodega ni otros viñedos. Por continuar con la cortesía, agregó—. Hazme el ofrecimiento cuando haya vuelto de París.

—Claro, será un placer.

—¿Tú estás implicado en el proceso de elaboración como mi abuelo?

—Él no tiene tiempo, querida —intercedió Juliette—, tenemos especialistas que se ocupan de todo. A veces hay que saber delegar…

El tono cínico y la sonrisa de la mujer no inmutaron a Camille. Se tomó un instante para

decirle:

—Cada persona debe hacer lo que se le dé bien.

Juliette Béziers alzó la copa de vino y bebió sin apartar de ella sus ojos oscuros. Tenía la mirada perdida, absorta en sus propios pensamientos y recuerdos.

—Serás una buena modelo —dijo al dejar la copa en la mesa—, te pareces mucho a tu madre. Solo espero que no cometas sus mismos errores…

Durante un momento, todos los murmullos y risas se desvanecieron para Camille. El comentario le revolvió el estómago, no solo porque fuese hiriente, por considerarlo una falta de respeto en aquella mesa donde se la había invitado como amiga. Por fortuna, su abuelo seguía enfrascado en la charla acerca de los vinos y no lo escuchó.

—Era una mujer muy bella —dijo Philippe sin acritud—, y muy simpática, siempre me trató con afecto.

—No pensé que la recordaras, eras muy pequeño cuando se fue —comentó Juliette sin ocultar su extrañeza.

—No es posible olvidar a alguien como ella, mamá. ¿Tú la has olvidado?

Juliette torció una sonrisa.

—Tienes razón, es inolvidable. —Enfocó la mirada en Camille y sonrió—. Imagino que sentirás mucha curiosidad sobre ella. Cuando quieras saber algo, pregúntame; Anne me consideraba una hermana mayor.

Ese tono falseando afecto a Camille le resultó pueril cuando intuía en sus ojos una clara provocación.

—Tengo a la persona adecuada para saciar mi curiosidad, pero agradezco su ofrecimiento.

—La verdad no está donde la vemos, querida, sino donde la encontramos.

Tras escucharla, y sin ganas de continuar hablando con ella, Camille quedó pensativa.

—Camille —interrumpió Isabelle—, únete a nosotros. François nos está enseñando algunas obras de los pintores que le recomienda a tu abuelo. A ver cuál te gusta.

La joven se excusó con gentileza, algo impostada, se puso en pie y se acercó al extremo de la

mesa. El recibimiento le resultó tan cariñoso por parte del marqués como por los tres amigos que le rodeaban. Luego pudo apreciar la expectación de todos al examinar los retratos en el móvil de François. Era una elección difícil, máxime teniendo a Sam en la cabeza sin poder hablar de él.

—Estos parecen más clásicos —comentó refiriéndose a los cuadros de un tal Jean Jacques Merchant—, y estos otros no me gustan… —dijo acerca de los retratos de Alec Markowski, un francés de origen polaco—, son demasiado románticos.

El marqués sonrió abiertamente.

—Os lo he dicho, tenemos los mismos gustos. François, tienes que seguir buscando.

—Se lo habrías puesto muy fácil… —comentó Isabelle con sorna.

—Menos mal que sois amigos… Si no, serías el típico cliente fastidioso maldición de cualquier marchante —dijo otro anciano de buena cuna, con extraña apariencia entre físico loco y papá Noel.

—No debe tener muchas quejas —aportó Isabelle—, Mathieu es un gran cliente. ¿Cómo se llama ese nuevo descubrimiento que os tiene obnubilados? El joven inglés que pinta abstracto...

—No es inglés… —François entornó los ojos, meneando la cabeza—, estoy cansado de repetírtelo…

Camille le dio un sorbo al vino pendiente a los rostros relajados de los ancianos.

—De donde sea, qué más da… —dijo Isabelle con una mueca graciosa, miró al marqués y le preguntó—. ¿Cómo se llama, Mathieu? No puedo recordarlo.

—O'Malley, Sam O'Malley.

De golpe Camille empezó a toser, atragantada por la casualidad.

Capítulo 9

AL DÍA SIGUIENTE, Camille estaba en la biblioteca pasando las páginas del catálogo de la galería Hirondelles sin poder controlar el temblor en las manos. Buscaba casi con desesperación los cuadros de Sam. En las últimas páginas, al fin los halló. El corazón le dio un vuelco, realmente sorprendida ante semejante casualidad. Eran cuatro óleos de grandes dimensiones, llenos de color y turbulencia, hipnóticos. Leyó algunos datos técnicos de las obras y una breve biografía de Sam, datos conocidos como su edad y procedencia. Nada más.

De pronto cerró el catálogo. Acababa de oír a su abuelo hablando con la señora Dumond en el corredor. La conmoción no le permitió moverse del sitio.

En cuanto la pesada puerta de madera se abrió, el hombre no disimuló la sorpresa de encontrarla sentada en la mesa.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó con energía, avanzando a paso raudo sin ayuda del bastón—, creía que seguías en tu dormitorio.

Camille dudó un instante, para acabar decantándose hasta cierto punto por la sinceridad.

—He estado mirando el catálogo de la galería. Quería ver por mí misma si alguno de los pintores me convencía para el retrato.

—No te preocupes ahora por eso. Cuando vayamos a París, François nos recomendará al pintor apropiado.

El marqués, que esa fría mañana llevaba un impecable traje oscuro, se desabrochó la chaqueta antes de sentarse frente a ella.

—No habría imaginado que te interesara el arte abstracto —comentó Camille con intención —, no he visto ningún cuadro así por aquí.

—Es cierto que prefiero los estilos más definidos. Sin embargo, con O'Malley me sucedió algo muy curioso, me encandiló a primera vista. No puedo explicarte exactamente el porqué,

sucedió sin más —habló animado. No supo que en ese instante ella estaba inmersa en su propio encandilamiento—. A veces hay cosas inexplicables que te conmueven, ¿no crees?

Tras la pregunta, Camille parpadeó al volver a la realidad.

—Sin duda. Entiendo que François ha visto su talento, ¿no?

—Si no le hubiese visto un talento especial, nunca le habría dado la oportunidad de traerlo a su galería. Lo simple y claro puede ser subversivo y perturbador…, justo lo que él busca en los nuevos pintores.

—¿Son caros sus cuadros?

—Ahora es el momento de invertir en él. Dentro de unos años será prohibitivo.

Ella sintió una pizca de tonto orgullo que diluía algo la decepción.

—Me encantaría ver una exposición suya...

—Podrás ver los cuadros en París. Por cierto, anoche no pude preguntártelo, ¿qué te han parecido mis amigos?

—En general, encantadores —respondió evasiva, todavía pensando en Sam. Al ver el ceño fruncido del marqués, añadió—. Isabelle es una conversadora nata, muy culta, me gustó mucho…

—No lo dudaba. ¿Y en particular? Sé sincera.

Sus ojos, del mismo gris brillante, convergieron en unas miradas atentas.

—Juliette Béziers… Dijo cosas que no me parecieron amables, parecía resentida contigo. También me pareció excesivamente clasista y altanera.

Mathieu enarcó las cejas, sonriendo de forma velada.

—Siempre ha sido así, es la típica persona a la que la edad no le ha domado el carácter; al contrario, ha agudizado sus defectos.

—Se ofreció a contarme lo que quisiera saber de mi madre, pero no me interesa —añadió con desdén—, no quiero saber nada de ella que no provenga de alguien que no la quiso.

El marqués apretó la boca sin apartar los ojos de ella. La contemplaba lleno de orgullo porque volvían a coincidir en otra apreciación. Sin embargo, en vez de decírselo y contarle cómo

entendía Juliette la amistad, él tenía un motivo de peso que llegó a ser determinante en su vida, se decantó por indagar más en esa intuición tan certera.

—¿Por qué piensas que no la quiso?

—Porque las personas como Juliette no quieren realmente a nadie. Prefiero que seas tú quien me hable de ella para conocerla mejor, cuando tú quieras.

—Es doloroso, pero iré haciéndolo.

Camille dibujó una leve sonrisa. Luego, mientras le escuchaba hablar acerca de los lazos que lo unían a algunos de sus amigos, se preguntaba si ella sería capaz de confesarle que en Irlanda se enamoró del pintor que tanto le gustaba. Aunque sonase demasiado trascendente tildar de amor lo poco que había compartido con él, no sabía definirlo de otra forma.

Salió de la burbuja de ensoñación al oírlo halagar a Philippe de forma insistente. Ella no había tenido una impresión tan buena del abogado; no obstante, optó por reservárselo.

—Me ha invitado a ir a sus viñedos, pero no he aceptado de momento. Ahora mismo solo me apetece clarificar mi futuro, en Dublín, Marsella, París o donde sea.

—Tu futuro próximo está en París, deja de plantearte Marsella o la posibilidad de volver a Irlanda.

Camille negó con la cabeza, harta de tanto empecinamiento.

—La decisión es mía, no me presiones ni te adelantes a los acontecimientos. Tomaré la decisión después de hablar con tu amigo el rector. Si no me gusta su programa, volveré a Dublín.

El anciano esperaba la disconformidad, pero no ese mal talante ni la rebeldía. Decir que le sorprendió no sería cierto, llevaba su sangre. A sabiendas de que aquello iría a peor, se mantuvo firme en su postura:

—Ni hablar. Irás a la Sorbona como hice yo, es innegociable.

Camille se puso en pie de manera brusca.

—¿Por qué, entonces, me diste tiempo para pensarlo?

—Porque creí que verías rápidamente la gran oportunidad que estoy ofreciéndote —respondió sin elevar la voz, comidiéndose, enmascarando su fortaleza con frialdad—. Acéptalo

como la primera parte de todo lo que vas a tener siendo mi nieta.

—No te he pedido nada.

Camille dio la vuelta y salió diligente sin cerrar la puerta ni mirar atrás para ver la ira en los ojos del anciano. Subió corriendo la escalera en dirección a su dormitorio, de donde salía Margueritte Dumond con una de las muchachas del servicio. Ambas se detuvieron al verla.

—Señorita Camille, ¿se encuentra bien? —preguntó la señora Dumond.

—Sí, mejor que nunca. ¿Han terminado? —La escrupulosa limpieza diaria de las estancias privadas podía durar un buen rato. El ama de llaves afirmó con la cabeza, la muchacha había bajado la mirada intuyendo el nefasto estado anímico de Camille—. No quiero que me molesten el resto del día, ni siquiera para comer.

—¿Incluido el señor?

—Sobre todo, él.

Sin malos modales, entró en la habitación y cerró la puerta con cuidado. Necesitaba estar sola para pensar sosegadamente. Demasiados cambios en poco tiempo, demasiadas claudicaciones y pérdidas, debacles emocionales difíciles de asimilar sin más consuelo que el de su propia sensatez.

Pasados unos minutos se encontraba tumbada en la cama. Un flujo de pensamientos tristes no le daban tregua bajo aquel rosetón barroco, se sentía ultrajada. Con la vista perdida en la lámpara de araña, en los vibrantes destellos de luz en las infinitas lágrimas cuya realidad era tan ilusoria como el reflejo del sol, lloró en silencio.

¿Cómo sobreponerse si le habían usurpado el poder de decisión?

Capítulo 10

SAM CHASQUEÓ LA lengua al escuchar el timbre de la puerta, y se detuvo. Después de haber encontrado la inspiración solo deseaba continuar pintando. Aguardó sin moverse frente al caballete con la esperanza de que hubiese sido una interrupción errónea. Pero no. El timbre volvió a sonar. Recordó la amenaza de una visita sorpresa de su madre y hermanas y, de mala gana, dejó el pincel sobre un tablero desbordado de tubos de pintura, pinceles de todos los grosores y latas reusadas con disolventes. Se limpió las manos con un trapo empapado en aguarrás, el fuerte olor le gustaba, y fue a la puerta con *Liath* pisándole los talones. Parecía alegre al salir de la aburrida rutina.

Trató de cambiar la expresión adusta por una amable al abrir. La loable intención le duró apenas unos segundos, los que tardó en asimilar la imagen de Moira. Era una amiga desde el colegio reacia a aceptar con deportividad algún escarceo sexual sin más implicaciones que el mero disfrute.

Mientras la joven le saludaba efusiva, él se limitaba a observarla con ojos escrutadores: cabello corto con rizos de un pelirrojo casi anaranjado, rostro redondo de facciones regulares, con pecas, mejillas sonrojadas y boca de labios jugosos como las frambuesas salvajes que tanto detestaba.

—Tu madre me ha dicho que has pasado solo la Navidad. Está preocupada por ti. —Moira habló dedicándole carantoñas al perro. Después se desprendió de un abrigo de estilo hippie plagado de flores hechas con telas de diferentes texturas, a conjunto con un vestido largo, localizó entre aquel desorden la única silla que había, de plástico blanco desgastado, y lo colocó en el respaldo antes de sentarse a quitarse las botas de agua—. ¿Te encuentras bien, Sam? —preguntó, todavía con el cuerpo inclinado hacia delante—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que te haga falta.

El perro no dejaba de revolotear entre ellos hasta lograr más caricias de Moira.

—¿Has venido por voluntad propia o te manda mi madre?

—Somos amigos, he venido porque me apetecía verte.

Sam mostró una sonrisa educada, pensando en que debería haberle avisado antes de presentarse así. Moira cruzó las piernas y siguió jugueteando con el perro.

—Solo puedo ofrecerte agua —mintió para desanimarla.

—No quiero beber nada, gracias. —Moira fijó la vista en el lienzo—. Vaya, Sam, qué bonito. Al fin estás haciendo algo comprensible… ¿Quién es tu modelo?

—Nadie, una idealización de la belleza. Todavía no está terminado.

—Pues se ve muy real, me gusta mucho. Es un giro en tu arte bastante drástico, ¿puedo preguntarte a qué se debe?

—Acabas de preguntármelo —replicó cínico—. No se debe a nada en particular, supongo que ahora estoy en otra etapa.

Moira se acercó al lienzo.

—Tienes un talento sobresaliente, Sam, lo estabas desperdiciando en lo abstracto —dijo tras examinar el lienzo con atención—. Este tipo de obras las venderás con más facilidad.

—He vendido un cuadro de la colección *Air* —anunció yendo a la pequeña cocina.

—Enhorabuena. ¿A quién?

—Ni idea, a través de la galería de Londres donde estaba expuesta —contó, recordando al marchante y dueño de la galería Harvey Morgan, apasionado y exigente a partes iguales, con fama de lince, buena reputación, y bastante interesado en representarlo—. En esa galería he cerrado otra exposición solo con obras mías.

—Vaya…, debes estar muy orgulloso de ti mismo.

—Aliviado más bien, y con mucho trabajo pendiente…

Sam sacó de la mininevera una lata de cerveza y la abrió. Bebió un trago largo, sin importarle la sonrisa acusadora de Moira. «Que piense lo que quiera», se dijo, «seguro que no capta la indirecta.»

—He cambiado de opinión. ¿Tienes más cervezas o de verdad tengo que conformarme con el agua?

Sam no pretendía resultar demasiado brusco. Le ofreció una lata y se sentó en el único taburete de aquel espacio caótico. A fin de cuentas, la interrupción ya estaba hecha. De pronto Moira abrió el cuaderno de dibujo, y él saltó del taburete espoleado por la rabia.

—No toques mis cosas —exclamó al cerrar el cuaderno—, lo detesto.

—Solo quería curiosear un poco, no te enfades… —La pelirroja habló dócil pese a estar molesta por haber visto de refilón el rostro de la misma mujer del lienzo. ¿Quién era? ¿Y por qué él parecía tan irascible? Apartó esas preguntas de su mente—. Tengo una novedad importante —le dijo sin rastro de incomodidad—: He empezado a trabajar en Dublín. De momento estoy sustituyendo a la maestra de primaria, pero es un comienzo.

—Te irá bien, seguro, te encantan los niños.

—Eso espero —comentó tras beber un poco—. Ahora que estamos más cerca, podríamos vernos de vez en cuando…

Moira se puso en pie con una clara intención brillándole en las pupilas azules. Sam la adivinó y, antes de que buscara instalarse entre sus piernas, dejó el taburete.

—No salgo mucho —dijo casual—, pero podemos quedar cualquier día…, cuando haya terminado esta serie.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó, rozándole la mano.

Sam ignoró el roce y volvió a beber. Se veía acorralado entre no ofenderla por respeto a su amistad o espantarla por completo.

—Nuestros intereses no coinciden, Moi —usó su diminutivo cariñoso para suavizar lo que iba a decirle—. Nunca debimos acostarnos porque para mí eres una amiga y está claro que tú quieres algo que yo no puedo darte. Si aceptas mi amistad estoy dispuesto a dártela sin ningún problema, pero si pretendes algo más vas a llevarte una decepción muy grande.

Sam la observaba con tanta pena que ella se sintió estúpida.

—No busco un marido ni nada por el estilo —dijo al cabo de un instante, cuando ya se había

apartado a una distancia física y emocional suficiente para disimular el humillante varapalo que acababa de sufrir—, pero te respeto a pesar de que estés suponiendo lo que quiero sin saberlo. Yo también te prefiero como amigo, porque como amante ya me habías decepcionado —concluyó dignamente. Sam no pudo contener una sonrisa, que terminó de incendiar a Moira. Soltó de malas maneras la lata de cerveza en el tablero, se puso las botas, el abrigo, y se encaminó a la puerta—. Ya nos veremos, O'Malley.

—¿Cuándo vamos a quedar en Dublín?

—Vete a la mierda.

Él cerró la puerta despacio para mitigar la energía negativa que aún circulaba en el aire.

—¿Moira no se ha despedido de ti? —preguntó al perro, sentado detrás de la puerta—. Mala suerte, amigo, nuestro destino es que las mujeres desaparezcan sin decirnos adiós…

Capítulo 11

POCO DESPUÉS DE LAS doce, la lluvia había cesado por completo. El sol asomó con timidez para aliviar la humedad y permitir el gorjeo alegre de los pájaros. Camille no tardó en salir al jardín, a su refugio donde poder pensar, donde el tiempo se suspendía mientras frescas fragancias paseaban con elegancia.

Caminó tranquila entre setos bien cuidados, parterres y macizos de flores, pensando en aceptar la propuesta de su abuelo aunque le supusiera ceder. Estudiar en La Sorbona era un lujo al alcance de pocos y estaría sola en París. De nuevo afrontaría otro cambio importante, pero ya se consideraba experta; nadie tenía una capacidad de adaptación mayor a la de ella.

En la distancia vio al marqués con el mayordomo, parecían discutir, pero siguió andando hasta los límites del jardín. El viento frío la obligó a cruzar los brazos en el pecho. Oteaba el amplio horizonte, campos delineados en cuadrículas perfectas, cuando percibió una presencia a su espalda.

—A estas alturas prefiero la verdad a la incertidumbre, no llevo bien tu silencio.

Camille no se movió.

—Iré a La Sorbona, pero es la última decisión que tomas por mí.

El marqués, que acababa de aceptar a regañadientes la dimisión del mayordomo por desavenencias irreconciliables con Margueritte Dumond, asintió en silencio. Reconoció en esa terquedad la misma rebeldía de su hija que no supo entender. Observando el bonito perfil de Camille, se propuso no caer en viejos errores. Con tacto, le preguntó:

—¿Has hablado con Madeleine? No me has comentado nada.

—No me has preguntado —respondió aún irascible.

—Te lo estoy preguntando ahora.

—Me mandó un mensaje para felicitarme el año, eso es todo.

—Qué locuaz… —murmuró cínico. Al advertir la tensión en el rostro de Camille, tal vez cansada por la actitud convenida de Madeleine, agregó—. No permitas que la decepción te entristezca, para ella debe ser muy duro aceptar los últimos acontecimientos.

—Gracias por creer que yo soy de hierro, aunque sea una percepción totalmente errónea.

—Sé que para ti tampoco es una época fácil, pero tú eres muy diferente a ella. Tienes carisma, humildad, eres inteligente, y, lo más importante, eres una buena persona. Has sabido entender mi gran error con una bondad conmovedora, sin el rencor que tanto miedo me daba, y solo eso te distingue como una gran mujer, como una mujer valiente y madura que me llena de orgullo y, a veces, hace que me pierda en las sombras de mis propios remordimientos. —Mathieu no escondió la emoción que le anegaba los ojos al sujetar la mano de Camille—. No quiero perderte, no puedo permitírmelo, eres lo único valioso que me queda, la luz y la alegría que me impulsa a mejorar —habló tan afectado que ella tampoco controló unas lentas lágrimas—. No haré nada sin tu consentimiento, te lo prometo por el honor que me queda.

—Gracias, abuelo —habló de forma sentida antes de abrazarse a él—. Yo tampoco haré nada que te moleste. Y, por cierto, gracias también por acabar con los turistas —Camille sonrió, no podía esconder sentirse más cómoda sin miradas curiosas alrededor—. Espero que la decisión no haga demasiada mella en el pueblo.

—Los turistas seguirán viniendo porque el pueblo es bonito, pero tendrán que conformarse con ver solo el exterior del castillo. No me preocupa… —Encogió los hombros—, tú eres mi prioridad.

El marqués se apartó de ella, más tranquilo al sentirse perdonado, sacó un sobre marrón del bolsillo del abrigo y se lo tendió.

—¿Qué es? —preguntó algo desconcertada.

—Lo que siempre debió ser.

Camille abrió el sobre con dedos ágiles y sacó un primer documento que pronto reconoció como su certificado de nacimiento. Solo aparecía con los apellidos maternos: Saunier-De Rosier. Nada de Thibaut Lombard. Eso confirmaba que, tal y como ya le había dicho el marqués, sus

padres nunca llegaron a casarse. De forma automática, sintió una pena profunda por ellos. No aprobaba su manera de actuar, pero a la vez creía que todos los astros se alinearon para no dejarles ser felices.

Guardando la compostura, leyó el segundo documento: un certificado notarial del marqués reconociéndola como su heredera legítima.

—Es un poco extraño… —susurró—. Camille Saunier-De Rosier…, tengo que acostumbrarme.

—No lo creo, futura marquesa de Saint-Rémy —bromeó—. Mañana iremos a gestionar tu nuevo carné de identidad y pasaporte, así podrás matricularte con tu verdadero nombre.

Camille pensó en recabar información sobre su padre, necesitaba saber más de él para cerrar realmente el círculo de su vida; sin embargo, se reservó compartirlo por no manchar con malos recuerdos la buena intención del anciano.

—¿Cuándo quieres ir a París? —preguntaba pasado un instante mientras caminaban de vuelta al castillo.

—Me habría gustado ir la próxima semana, pero me temo que no podrá ser hasta principios de febrero porque tengo varios compromisos ineludibles en la bodega. Por cierto, ¿recuerdas al pintor irlandés?

Nada más escucharlo, Camille se detuvo.

—¿Le ha ocurrido algo?

Mathieu arrugó la frente, sonriendo al notarla nerviosa.

—Sí, algo excepcional: al fin tiene suficientes obras para una presentación en solitario, expone dentro de unas semanas en Londres. François va a organizarle otra exposición en Hirondelles.

Camille trató de esgrimir una sonrisa. No supo realmente si lo había conseguido.

—Es una buena noticia para él.

—Para todos. Tengo intención de comprar más cuadros suyos. Le conoceremos en París —agregó al reanudar el paso.

Al oír esto último, a Camille se le volaron los papeles de la mano. No demasiado lejos, solo una justa ventaja ante su abuelo, solo distancia física para disimular el inesperado impacto. La incertidumbre, la expectación, el miedo, una felicidad desbordante, o una combinación de todas las emociones posibles, comenzaron a anularle de la cabeza cualquier pensamiento sensato. Desde el principio Sam la convirtió en irracional, en alguien libre, en su mejor versión. ¿Cómo reaccionaría al verlo de nuevo?

Capítulo 12

SAM SALIÓ DEL restaurante tras agradecerle a la camarera la nula información que había vuelto a recibir. Ese lluvioso sábado de febrero debía aceptarlo ya: Camille no existía. ¿Pero acaso lo había hecho alguna vez? Llevaba muchas semanas engañándose. Iba a Dublín con la esperanza de cambiar su suerte, pero de manera sistemática nunca sucedía nada nuevo. A más intentonas, más fracasos acumulados con amarga hiel.

Caminó hacia la estación de tren por las alegres calles del Temple Bar sin dejar de reprocharse que perseguía un recuerdo imborrable, y empezaba a usurparle la vida con un punto masoquista absurdo muy poco edificante. Se dio cuenta de que buscarla solo le ocasionaba una inmerecida ansiedad, lo más saludable era olvidarla. Por su propio bienestar, debía intentarlo, debía dejar atrás el único lugar que habían compartido. Ahí acababa; aunque le costase luchar consigo mismo no volvería al restaurante. El remordimiento por su torpeza, consideraba así el robo del abrigo y el libro, se suavizaría con el paso del tiempo como se calmaba el dolor de una herida abierta conforme cicatrizaba.

Cuando poco después estuvo en el tren rumbo a Howth, tenía la vista puesta en la ventanilla del silencioso vagón sin ver nada ni recordar la buena noticia que iba a compartir con su familia. La velocidad lo llevó a cavilar en cómo unos minutos insignificantes podían traumatizar a una persona. Quizá por apiadarse de su situación o quizá por repetirse muchas veces que no volvería a buscarla para frenar el impulso del arrepentimiento. Sintió la desolación de la nada como una dañina carga en el pecho, fría, de acero; trataba de hundirlo en la angustia de la pérdida.

Durante aquel trayecto el alma se le retorció oprimido entre tristeza y conformismo.

A las tres de la tarde, mientras se tomaba un café en el salón acristalado, creyó estar a salvo del radar de su madre tras la copiosa comida que preparó. Contemplaba la lluvia en el patio acariciando de nuevo la soledad y un sueño aplazado durante varios años: realizar en Florencia

un curso de Arte cuando las exposiciones terminaran.

El discurrir del agua en la cocina mezclado con el traqueteo de los platos le devolvió a la realidad. Sintió un poco de pena por su madre, abnegada ama de casa con unas rutinas casi sagradas. Rutinas que todos mantenían de una manera u otra; su padre después de comer había salido disparado al pub para ver el partido de la liga de fútbol en compañía de la parroquia habitual; y Sadie y Emily, cómplices en todo, gastando otra tarde en el centro de Dublín en compras innecesarias pero fundamentales para dos locas por la moda como ellas.

—¿Por qué no has traído al chucho ese que has adoptado? —preguntaba Emilia al secarse las manos en el delantal.

Sam miró los ojos azules de su madre, todo el mundo decía que los de él eran idénticos.

—No he venido directo desde mi casa. ¿Has terminado de fregar los platos?

—Sí —respondió quitándose el delantal. Luego no ocultó su cansancio al sentarse en el sofá para servirse un café. No advirtió la mirada de Sam a sus manos regordetas donde la alianza de matrimonio parecía incrustada en la carne ni tampoco el ramalazo de pena que él otra vez sintió —. ¿Dónde has ido?

—He estado dando una vuelta…, por Dublín.

—¿Buscabas inspiración? —preguntó al echar una cucharadita de azúcar en el café.

—Algo así…

—¿Vas a contármelo o prefieres que lo averigüe yo sola?

—Ya te lo he contado, mamá, la semana que viene tengo una reunión en París con un marchante muy prestigioso, voy a exponer en Londres… No tienes que averiguar nada.

—Sam, si hay algo que distingo con una claridad meridiana es la infelicidad de mis hijos. —Emilia no se inmutó al verlo suspirar—. Y la tuya ahora mismo es agua para mí. Cosa rara si tengo en cuenta cuánto deseabas que se reconociera tu trabajo…

—Al menos hay personas que ven más allá que vosotros…

—Podrán ver al artista, pero no ven al hombre como lo hago yo. ¿Cuéntame qué te pasa? Llevas mal desde Navidad. ¿Es por alguna chica?

Sam endureció la mirada.

—No.

—Pues me han dicho que tienes una modelo a la que pintas con mucho detallismo.

—No deberías escuchar los chismes de Moira —habló sonriendo con ironía, sin intención de contarle cómo se despidieron o el porqué de esa despedida—, pero me alegro de que al fin algo de mis cuadros te haya llamado la atención.

—Todo lo relativo a ti siempre ha merecido mi atención. Otra cosa son los consejos que tu padre y yo te hayamos dado intentando que tu camino no fuese un valle de espinas.

—Mi valle de espinas, mamá, mi decisión.

—Si buscas una disculpa, la tienes —admitió con facilidad—, pero comprende que lo hicimos por tu bien.

Sam sonrió con amargura.

—Mi bien… —murmuró.

—Estás tan triste que se me parte el alma viéndote. ¿Cuéntamelo, cariño? Es posible que no pueda ayudarte, pero al menos aflojarás un poco la soga que te está ahogando.

Sam cerró los ojos un instante.

—Conocí a una chica en Navidad… —dijo con apatía—, en un restaurante del Temple Bar…

La mujer sonrió un poco, había tenido razón. No obstante, al apreciar una tristeza profunda, compuso una expresión seria al incitarle a hablar:

—Cuéntamelo todo, porque las cosas no parecen irte demasiado bien con ella.

Sam tardó unos instantes en empezar.

—Por casualidad nos tuvimos que sentar en la misma mesa… Y… —Negó con la cabeza. No pudo continuar abochornado por la avalancha de recuerdos que le turbaban la mente—. Nos descubrimos de una forma sobrecogedora, nunca me había sentido así con nadie... Me regaló un libro cuando nos despedimos… Anotó su teléfono en la primera página, pero…

Emilia arrugó la cara por completo al verlo tan dubitativo.

—¿Pero? —Impaciente, alzó la voz— ¿Pero qué, Sam? ¡Por Dios! No me digas que no la has

llamado.

—¡No he podido! —estalló—. ¡Me robaron el libro en el tren! ¡No la he llamado porque no he podido! ¡Le dije que la llamaría y no he podido! La he buscado por todas partes, pero es como si la tierra se la hubiera tragado… Voy todos los sábados al restaurante…, he ido a su universidad…, ya no sé qué hacer para encontrarla… Hoy he decidido dejar de buscarla, no puedo hacer otra cosa…

Emilia O'Malley guardó silencio a la espera de que se calmase.

—Es verdad que a veces hay situaciones inalcanzables —habló cariñosa—, pero algún día comprenderás que no sirve de nada alejarse de los lugares donde viviste cosas importantes. No sirve porque lo que deseas borrar no está en esos lugares. Dejó de estarlo justo en el momento en el que sucedió, justo cuando ya se ha instalado en tu memoria o en tu corazón. Precisamente, en los peores lugares donde algo puede conservarse.

—No digas eso, mamá.

—Puedo decirlo porque te conozco. Tu memoria y tu corazón son tan nobles que nunca te permitirán olvidar.

—La pinto para no olvidarla, no quiero olvidarla.

—No lo hagas. Quizá ella solo ha aparecido para darte tu mejor oportunidad.

Sam miró con atención a su madre. ¿Sería eso cierto? ¿El éxito a cambio de la condena del olvido?

Capítulo 13

AL SALIR DEL ELEGANTE edificio del distrito VII de París, Camille aspiró el frío de aquella luminosa mañana. Buscaba tranquilizarse. Tener en mente a Sam le suponía un tormento. Sobre todo, tras saber que había aceptado la invitación de François. Ni siquiera la reunión con el rector de La Sorbona, el inminente comienzo de las clases ni adaptarse al ritmo de la ciudad pudieron conmoverla con una pizca de la intensidad que él lograba después de dos meses. Había invertido mucho tiempo en elegir el atuendo y en arreglarse, pero a tenor de su sencillez: pantalón negro de perneras anchas, jersey beige de cuello alto, abrigo gris de paño y botines claros con tacones medianos, podía decirse que solo había malgastado energía por no levantar sospechas en su abuelo. Era de vital importancia que no la percibiera diferente; bajo ningún concepto se planteó ser sincera.

De manera casual se situó junto a él a esperar el coche que los llevaría a la galería Hirondelles.

—A pesar de todas las comodidades que tengo aquí, echo de menos el campo —comentó Mathieu tras subirse con suavidad la manga izquierda del abrigo para echarle un vistazo a su clásico reloj de pulsera. El chófer se retrasaba—. Nunca me acostumbraré al asfalto…

Camille sonrió un poco y le tomó por el brazo.

—Las vistas son maravillosas, es imposible que no te gusten.

El anciano observó la Torre Eiffel durante unos segundos.

—Me gustan, de lo contrario no habría comprado esta casa; pero no compensan el ruido ni la tranquilidad. Cuando tengas mi edad lo apreciarás.

—Ya lo aprecio —afirmó sonriente, pendiente de su cambio de expresión al ver el flamante Audi negro detenerse en la avenida—. Ahora, de momento, disfrutemos de la gran ciudad.

El chófer, un ecuatoriano de la empresa que le prestaba servicios durante las estancias en

París, al abrir la puerta trasera se quitó la gorra y justificó los cinco minutos de retraso por el intenso tráfico a esas horas. El marqués no le recriminó nada, no hizo falta gracias a la mirada dura que le dedicó antes de acomodarse en el amplio asiento trasero. En cambio, Camille lo había comprendido y trató de ser agradable con él cuando empezaron a circular.

—No pierdas el tiempo —comentó el marqués en voz baja tras cruzar el Puente del Alma—. Hay personas con una predisposición natural a desobedecer las normas a pesar de comprometerse a no hacerlo, son inadaptados sin principios ni propósitos en la vida.

—Te equivocas —replicó, molesta por el trato antipático que a veces tenía con algunos trabajadores. Ese desprecio le resultaba incoherente con la personalidad arrolladora y bondadosa que descubría a diario—. Todo el mundo tiene sueños y ambiciones, lo que ocurre es que no todos tenemos las mismas oportunidades.

—Las oportunidades se generan, cariño, a base de esfuerzo.

Camille entornó los ojos.

—Abuelo, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto, lo que quieras —dijo afable.

Ella vaciló un poco. Tal vez no era el momento adecuado, pero necesitaba saciar su curiosidad.

—¿Guardas el retrato que empezó mi padre?

De forma mecánica, la expresión del marqués se tornó lúgubre.

—Lo quemé —respondió con voz firme y, a continuación, posó la mirada en la ventanilla—. No tenía ningún valor artístico.

—¿François lo vio? —preguntó al cabo de un instante.

—Sé distinguir perfectamente la mediocridad de lo sublime. Tu padre no sabía pintar, era un fraude en todos los sentidos.

Con tristeza, Camille deslizó la vista a sus manos y lo dejó por imposible. En esos momentos discutir con él habría sido un error imperdonable si pretendía llegar a la galería con los nervios templados.

Unos minutos después, el chófer detuvo el coche en la calle Auber frente a la puerta de la galería Hirondelles. Se quitó la gorra para despedirles de manera respetuosa antes de abrir la portezuela, preguntó con un marcado acento hispano a qué hora debía recogerlos y, tras recibir una escueta indicación, volvió a ponerse la gorra para sentarse al volante.

Cuando entraron en la galería, de un blanco cegador y líneas rectas, Camille apenas pudo fijarse en alguno de los cuadros colgados de las paredes. En aquel espacio abierto tan grande, no se lo permitió el paso decidido de su abuelo yendo al despacho de François. Iba detrás de él apurada. Se planteó cómo podía andar con esa agilidad sin el bastón, si realmente lo usaba por necesidad o solo en ocasiones puntuales cuando pretendía causar benevolencia o una cierta compasión por su edad. Sin ser maliciosa, terminó rendida ante la evidencia.

Al verlo detenerse frente a la pared del fondo, Camille se sorprendió un poco. No tardó en descubrir una puerta bien camuflada, y le gustó la idea de que François hubiese respetado la amplitud visual sin interrupciones. Sin embargo, sufrió un impacto tremendo en cuanto atravesó la puerta. Reinaba el desorden como antítesis de la zona pública de exposiciones, se intuía un ligero olor a tabaco y solo pudo vislumbrar las buenas proporciones entre varias estanterías metálicas donde los libros aparecían apilados y mal dispuestos.

François sonrió al verlos desde una mesa a rebosar de papeles, y se puso en pie. Con aquel traje de raya diplomática reflejaba todo el esmero que no había en la habitación. Tras saludarles con amabilidad y ofrecerles asiento en las dos únicas sillas libres de papeles, revistas y catálogos, se quitó las gafas de pasta con sus largos dedos y, encarando las pupilas del marqués, anunció:

—El irlandés acaba de llamarme, le ha sido imposible coger el tren a tiempo. Me ha pedido que lo excuse ante ti.

—El tren tarda más de tres horas en llegar desde Londres, debería haber avisado antes.

El enfado del marqués resultó evidente, pero Camille lo admitió como un pequeño resarcimiento a su propia decepción.

—Ya sabes cómo son los artistas, pierden la noción del tiempo con cualquier cosa… —dijo François con aire tolerante—. Mañana a las diez estará aquí.

—Yo no, vuelvo a Ansouis —apuntó soberbio—. Te delego las gestiones con él siempre que su compromiso sea totalmente firme, no admitiré otro desagravio.

—Mathieu, el chico ha perdido el tren, no le des más importancia de la que tiene.

—Íbamos a cerrar un negocio. Hay que ser responsable con el trabajo.

—Pensaba que pretendías comprar alguno de sus cuadros… —comentó Camille.

—Comprar cuadros es hacer negocios.

Ese tono tajante le molestó mucho. Estaba totalmente en desacuerdo. El Arte era un negocio para los inversores, para los marchantes, pero jamás para los artistas. Al menos, no para un artista como Sam O'Malley.

Notó cómo otra decepción se convertía en tristeza. Por mitigarla, deseó perderse en la ciudad.

—Si me disculpáis, me voy ya —dijo ella poniéndose en pie—. Quiero caminar un poco —añadió antes de que su abuelo objetara cualquier cosa.

En cuanto salió del despacho, François volvió a hablar:

—Voy a enseñarte algo, a ver si opinas lo mismo que yo.

Buscó en el portátil durante un instante bajo la impaciente mirada del marqués. Luego, mientras analizaban los nuevos bocetos de Sam, ambos eran conscientes del equilibrio perfecto que emanaban. Esa mezcla entre los fondos abstractos y la precisión en las formas femeninas cautivaba y transmitía sensibilidad.

—Sin duda es un maestro —comentó François.

—Aún está buscando su estilo —dijo Mathieu dejando patente un rastro de exigencia—. Pero estoy de acuerdo contigo; es nuestro hombre —admitió al quitarse las gafas.

—Fíjate en los rasgos de la modelo. ¿No te recuerdan a nadie?

El marqués volvió a ponerse las gafas para centrarse en los bocetos. Pasado un momento, desvió la vista a los ojos risueños de su amigo.

—Es una mujer joven, muy guapa, fina… No tendrá problemas en pintar a Camille; con más ropa, por supuesto.

François sonrió.

—Por supuesto… —Se sentó en la cómoda silla de cuero y se quitó las gafas. De manera distraída mordió una patilla, sin dejar de darle vueltas a una idea—. Cuando vi estos bocetos por primera vez, vi a Camille. El parecido es asombroso…

—No digas sandeces —escupió el marqués—, ¿cómo va a ser mi nieta?

Enfadado, se despidió de manera breve no sin antes recalcarle que no admitiría del irlandés otra falta de respeto. Para él, formado en la tradición más hierática, era inconcebible no acudir a una cita sin avisar con suficiente antelación.

Cuando ocupó el asiento trasero del coche no dejaba de pensar en la observación de su querido amigo François. Volvió a concluir que el parecido entre Camille y la mujer de los cuadros era producto de una coincidencia natural: en ambas destacaba la elegancia de una belleza clásica.

Luego, se sumió en unos pensamientos acerca de Camille que le llenaron de orgullo. Había demostrado un poder de adaptación tan digno que solo podía allanarle el camino, por nada pretendía incomodarla. Ella era su amada nieta, cuya existencia le había carcomido el alma, el brillante futuro de su Casa y, cómo no, la redención para reparar la peor de las injusticias con su propia hija.

Con Anne en la memoria, una lágrima le mojó la barba. La sintió lenta, casi cauta. Esa tristeza, a ratos normal al lidiar con el terrible fantasma de los remordimientos, llegaba también a verla en Camille y le partía el corazón. Por eso, aliviarle cualquier pesar se estaba convirtiendo en el mejor de sus propósitos.

Recordó la mirada ofendida de ella cuando dejó de forma abrupta la galería y tuvo el impulso de llamarla. Sin embargo, no lo hizo por darle espacio para que respirase París. A pesar de no gustarle que estuviera sola, lo aceptaba porque advertía su personalidad independiente y, a fin de cuentas, muy pronto se quedaría ahí estudiando en la universidad que le había impuesto él. Al pensar en eso, se arrepintió por sus maneras y testarudez cuando tenía intención de no repetir errores. Pero no le duró mucho. Gracias a aquel desencuentro pudo apreciar la fuerza de un temperamento aún por domar, y volvió a redimirse convencido de haber tomado la mejor

decisión para ella. No solo estaría en una de las universidades más prestigiosas de Europa, también iba a vivir con todas las comodidades en su piso mientras se sentía libre. A veces, ¿no resultaba la soledad de lo más gratificante y la mejor experiencia para conocerse a uno mismo, aceptarse y madurar?

Entretanto, Camille lograba una ansiada calma paseando. Tenía de nuevo en los labios el aroma de Sam. Había evocado sin notarlo aquel beso apasionado, aquel sabor dulce e intenso, esencia indeleble y constante enredada en lo más profundo de su ser desde el día que se conocieron. Creía tenerlo tan vívido por inesperado. No encontraba otra explicación. Quizá, también, por haberse comportado con él como nunca lo había hecho con nadie; nadie había llegado a su alma de aquella manera, nadie la había conocido en tan poco tiempo. ¿Sería esa la razón de verlo como una necesidad?

Caminó hacia el ático sin fijarse en las calles con Sam acaparándola por completo como el primer día, como si el tiempo estuviera aletargado a la espera del reencuentro. En aquellos momentos ya se había rendido, no lucharía contra un gigante de proporciones inconmensurables. A duras penas descansaba de pensar en él, ni volvería a hacerlo cuando, siendo sincera consigo misma, había arrollado con la vehemencia de unas pocas horas todos sus cambios familiares. Él y su recuerdo la sumergían en el abismo de la incertidumbre. Abismo que abrazaba con gusto, con el deleite de unas expectativas altísimas. Por desgracia, a ratos sentía cómo la golpeaba una fatídica impaciencia al pensar en no volver a verlo. Hasta llegaba a pensar que pudiera tratarse de una broma pesada del destino, un canalla burlándose de ellos. ¿Por qué no? ¿Habría perdido el tren si hubiese sabido que podían haberse reencontrado?

Trató de alejar esa inquietante pregunta al entrar en The American Library. Vagar entre libros hasta elegir alguno de su agrado siempre tenía un poder sanador. Frente a la estantería de Literatura Inglesa le resultó inevitable estirar el brazo y coger el ejemplar de *Jane Eyre*. Tenía la encuadernación cuidada: tapas duras, filigranas doradas en un intento de hacerlo parecer antiguo, y la caligrafía amable para cualquier edad. Abrió el ejemplar en un gesto mecánico, se lo llevó a la nariz y aspiró ese olor a papel que tanto le gustaba. Era una sensación tan placentera como oler

la fragancia de la tierra mojada, tanto como sentirse en paz y a salvo.

Con la novela en la mano, cuando salió de la librería, al fin abrió los ojos a la ciudad. El sol se reflejaba en los cristales de las ventanas de aquellos edificios señoriales con la Torre Eiffel como guardiana de tal privilegio. Llegando a la esquina para cruzar hacia la avenida Emile Deschanel, decidió sentarse en la terraza del bistrot Le Champ de Mars. No eran todavía las dos de la tarde, tenía tiempo de relajarse un rato releyendo la novela. ¿Acaso había una apuesta mejor a la declaración de amor de Jane?

Capítulo 14

EL DÍA SIGUIENTE amaneció desapacible, confabulado con la desesperación que mantuvo a Camille toda la noche en vela. Salió del dormitorio tras vestirse de forma discreta —pantalón negro y jersey gris de cuello alto—, antes de que su abuelo hubiera puesto un pie en la cocina reclamando el desayuno y antes de verse obligada a mentirle.

Sin hacer ruido, estaba en el vestíbulo poniéndose el abrigo cuando llegó la señora Yvette para realizar las tareas domésticas diarias. Sorprendida in fraganti, Camille titubeó un poco al decirle que iba a la universidad. La mujer insistió en que desayunara primero, pero logró sortearla con la calma de quien ha trazado un buen plan.

—No se preocupe, Yvette, tomaré cualquier cosa de camino.

Sonriendo, se anudó la bufanda al cuello. Acto seguido dejó el piso a paso ligero sin permitir que le afectara la constante retahíla de la mujer; se debía al temor que le provocaba el marqués. Pocas personas eran indiferentes a un carácter fuerte capaz de rugir con la fiereza de un león si se creía desobedecido o estar defendiendo sus principios a veces algo obsoletos. Entre esos principios podían incluirse ayunar y salir sin su beneplácito.

Un rato después merodeó por los alrededores de la galería sopesando si entrar a pedirle ayuda a François, se conformaba con el teléfono de Sam; sin embargo, al no tener la seguridad de que hubiese entrado en el siglo XXI, la opción podía no ser válida y, encima, como necesitaba máxima discreción para evitar explicarle nada a su abuelo, podía poner a François en un compromiso. Por todo, prefirió seguir confiando en la palabra de Sam; ese día asistiría sin falta a la reunión.

Mientras caminaba despacio por la acera de la calle Auber, el viento del Norte comenzaba a mermar la ilusión para convertirla en desánimo. Cuando volvió a comprobar la hora en su delicado reloj de pulsera eran ya las once de la mañana. Camille entonces empezó a reprenderse

su falta de sensatez por haberse dejado llevar por un impulso alocado. Había sido superior a ella volver a verlo, aunque solo fuese un insignificante minuto, así acabaría con su tormento.

De pronto, descubrió a François saliendo de la galería. Iba acompañado de Sam. Pese a estar de espaldas, sin lugar a duda, era él. Lo tenía grabado a fuego; pudo contemplarlo tal cual alejándose por el Temple Bar el día que se conocieron.

Cuando ellos llegaron a la esquina de la calle, se detuvieron hablando. Camille los observó con atención a una distancia prudente para no descubrirse. Rebosante de felicidad recorrió el cuerpo de Sam —vestía vaqueros viejos, gorro de lana que dejaba visible las puntas de su cabello oscuro, bufanda de colores y un abrigo corto de paño beige como única prenda elegante—, y concluyó que conservaba intacta la apariencia bohemia que la había cautivado.

Durante unos minutos Camille aguardó impaciente, hasta que los hombres se despidieron y separaron sus caminos. Entonces perdió un poco el arrojo, y se repitió que solo acabaría con su suplicio hablando con él. Tal vez fue una treta para darse ánimos, efectiva, porque la llevó a manejar con cierta solvencia sus nervios cuando ya lo perseguía. A esas horas, pudo camuflarse tras la gente que caminaba con prisas o entraba y salía de los numerosos comercios de las calles.

Los andares largos de Sam no favorecían el espionaje. Después de un rato Camille se sentía bastante cansada, necesitó frenar el paso y echar mano de mucha voluntad para continuar tras él. Creyó que se dirigía a la estación de metro de la Plaza de la Ópera.

Sam esa excitante mañana no había tenido un respiro, y ya al fin podía relajarse. Había cerrado la exposición en Hirondelles para el 20 de marzo, justo cuando empezaba la primavera —fecha propuesta por insistencia de François Hubert, según le dijo, porque con esos cuadros iniciaría una nueva etapa en su carrera—, y también, después de haber aceptado un encargo inusual que le supondría estar un tiempo en el sur de Francia. Esto último le disgustaba; sin embargo, no quiso rechazarlo como una muestra de gratitud a Hubert al ser un favor personal.

En cuanto vio la primera cafetería, no lo dudó. Estaba hambriento después del madrugón para coger el tren. Entró a aquel hervidero de gente, sin ninguna mesa libre, y fue directo a la barra a pedir un café y un croissant. Mientras esperaba, sucumbía a entrar en Internet con su nuevo

móvil. Apenas tenía diez contactos en la memoria y las aplicaciones de fábrica. Lo primero que hizo, movido por la curiosidad sobre Mathieu Saunier-De Rosier, íntimo amigo de François Hubert, viticultor de Ansouis y amante del Arte, fue buscar el vino que elaboraba: *Château Lirac*. No le dio tiempo a más al recibir el café y el croissant de un camarero italiano bastante amistoso.

Sonriente, Sam le agradeció el servicio y echó un vistazo alrededor hasta posar los ojos en la puerta de entrada. De pronto, la sonrisa se le congeló. Tenía ante sí una aparición, un destello de luz en las pupilas más hermosas, la alegría de la primavera en pleno invierno. ¿Pero era ella de verdad o solo otro producto de su delirio? Al observar cómo se le acercaba a paso lento sin apartar la vista de él, el corazón empezó a latirle con una fuerza estrepitosa.

—Tú… —murmuró cuando ya no tuvo dudas de que la chica de sus sueños había vuelto.

Camille asintió despacio.

—Sí; aunque parezca mentira, volvemos a vernos.

Sam apenas podía reprimir el impulso de tocarla, necesitaba creer que aquello era cierto. Colocó las manos en el rostro femenino y dejó los labios a unos escasos centímetros de su boca, tan cerca que los dos respiraron sus alientos.

—Tú… —repitió él en un susurro.

Camille tardó un instante en asimilar el frío de la separación.

—Yo también te he echado de menos —dijo ella, conmovida al advertir una emoción tan potente como la suya—. No sabes cuánto me alegro de verte…

Un fulgor de entusiasmo relució en los ojos azules de Sam.

—Yo más, había perdido la esperanza.

Para Camille no tenía sentido nada. ¿Por qué, entonces, incumplió su promesa?

—Te anoté mi número de teléfono, pero no me llamaste…

Sam hizo una mueca de disgusto.

—Es una historia muy larga, y patética —agregó negando con la cabeza—, pero te la contaré entera. ¿Qué quieres tomar?

Unos minutos más tarde, con un café en la barra, Camille escuchó cómo le robaron el abrigo en el tren. Respiró aliviada, y no pudo contener una sonrisa al hablarle:

—Llevaba dos meses creyendo que me habías engañado —reconoció sincera ante los malos pensamientos que casi la consumen.

—Jamás —exclamó rotundo—. Fui al Trinity a buscarte… Me dijeron que te habías ido por motivos personales… He estado yendo a *Gallagher's* todas las semanas con la esperanza de encontrarte…

Camille sopesó si contarle todos los cambios que había afrontado. En aquel momento se decidió por el que la alejó de Irlanda.

—Tuve que volver porque mi padre murió de repente. Han sido dos meses muy difíciles.

—Lo siento mucho. —Sam le acarició la mano—. ¿Estás bien?

—Sí. Después del funeral, mi madre decidió irse a Normandía con una de sus hermanas… Ahora vivo con mi abuelo y me he matriculado en La Sorbona.

—Vaya… Tu expediente académico debe ser increíble para que te hayan aceptado.

Camille asintió, pensativa. Las ideas de él que conocía le sugerían mucha precaución. No sabía cómo decirle que también su abuelo era el marqués de Saint-Rémy, el hombre que había promovido sin pretenderlo esa segunda oportunidad del destino; y ella, su legítima heredera. Optó por contarle solo algunos detalles convenientes: que estaba allí con su abuelo, que este regresaba a Ansouis esa misma tarde y que ella se quedaría sola estudiando.

—¿Cuánto tiempo estarás en París? —preguntó curiosa, tras beber un sorbo de café.

—Un par de meses, luego iré al Sur a hacer un encargo importante.

—¿Vas a exponer aquí?

—Sí, en la galería Hirondelles. Vengo de cerrar la exposición con el dueño. La verdad es que me ha sorprendido su buena disposición, lleva siguiéndome algún tiempo, y después del éxito en Londres no podía dejar escapar la oportunidad que me ha ofrecido.

Camille tragó despacio, pensando en François y, sobre todo, con la certeza de que no podría mantener mucho tiempo en secreto su nueva identidad.

—Me encantaría ver los cuadros que has expuesto en Londres y los que tienes preparados para François.

—Cuando quieras. He alquilado un apartamento en Montmartre, estás invitada —resolvió simpático—. ¿Conoces a François Hubert? —preguntó con interés. Ella frunció el ceño—. Le has llamado François…

—A François Hubert lo conoce todo París, es una figura prominente del Arte.

—Sé que tiene mucho prestigio, es una de las cosas que me ha hecho aceptar exponer con él.

—Es bueno estar bajo las alas de alguien como él, pero de todos modos te iría bien con cualquier marchante por dos motivos: tienes talento y eres buena persona.

—Gracias, aunque te estás arriesgando un poco. Todavía no has visto mis obras…

—¿Eso crees? Ah, claro… —agregó risueña—, no sabes que en Internet puedes encontrar toda la información que quieras de lo que sea…

—No me ha quedado otra que sucumbir… —Sam le mostró su nuevo móvil y a continuación empezó a escribir—. Esta vez no voy a cometer contigo el mismo error, Camille Cluzet.

Al escuchar el apellido, a ella le sobrevino un ligero temblor en la mano.

—Guárdame en la memoria solo como Camille, no creo que conozcas a muchas más…

Sam levantó la vista del móvil.

—A ninguna para ser exactos —reconoció tras teclear el número que ella le había dictado.

Camille sintió el corazón henchido de felicidad y un deseo inmenso de levantarse y besarlo hasta perder el sentido. ¿Cómo era posible estar pletórica después de dos meses sin verlo y de apenas conocerlo? Lo supo rápidamente. Por la mirada franca de un azul extraordinario que podía ahondar en ella con interés y adoración. Esa mirada la estremecía; flotó en un mar tropical de ilusiones.

Capítulo 15

VARIAS SEMANAS DESPUÉS, Camille apresuraba el paso al salir de clase con rumbo a la plaza de La Sorbona. Aquella oscura tarde la expectativa le anuló el frío glacial al descubrir a Sam sentado en la terraza de la brasserie Les Patios. Desde su reencuentro no había fallado ni un solo día. Tardes de conocerse entre charlas infinitas, besos, caricias, y hasta de cobardía al salvaguardarse secretos. Esto último era lo único que a Camille le mortificaba la conciencia. Ni siquiera pestañeaba cuando hablaba por teléfono con su abuelo y le mentía por el poco tiempo que pasaba en casa. En cambio, no haber tenido el valor de contarle a Sam quien era, sabedora de cómo apreciaba la sinceridad, la sumía en pesados remordimientos.

Alejó esos pensamientos observándolo al acercarse. Estaba concentrado leyendo una revista. Sonrió pensando en lo atractivo que se veía aun con el desaliño de la incipiente barba y el pelo alborotado porque se habría quitado el gorro sin ninguna preocupación.

Como si la hubiera olido, alzó la vista directamente hacia ella. Entonces se puso en pie y, extendiendo los brazos en una muda invitación, aguardó un instante hasta que ella quedó atrapada entre sólida fuerza y tierno romanticismo.

—Ahora vivo —comentó Sam después de un beso discreto en los labios, apartándose sin deshacer el contacto de las manos.

—No exageres, seguro que habrás estado pintando todo el día.

—A ti, es lo único que hago desde que te conozco.

—Eso dices, pero aún no he visto nada…

Sam reflexionó por un instante.

—Le tengo mucho respeto a tu opinión.

—¿Respeto o miedo? Empiezo a dudarlo.

—Respeto —anunció antes de dejar un billete de cinco euros para pagar la cerveza que se

había tomado—. ¿Dónde vas a llevarme hoy?

Camille no acababa de entender por qué cambiaba de tema.

—Llévame tú a tu apartamento, ¿o me invitaste por compromiso?

—Prefiero pasear París contigo —resolvió al ponerse el gorro.

—Es lo que hacemos todos los días… Además, me has dicho que los parisinos no te gustan…

—En general, los detesto por altivos; se creen el ombligo del mundo por el simple hecho de vivir aquí…

—Mucha gente piensa eso mismo de todos los franceses, en general —agregó con sorna—; pero en particular la cosa cambia…

Camille mostró una sonrisa pícara.

—Cambia mucho. En particular solo siento admiración. Y muy particularmente, no sabría describirlo… Es algo parecido a contemplar el cielo tumbado sobre la hierba…

—El cielo azul de tus ojos…, un día cálido de primavera…, oliendo el perfume de las flores mientras nos besamos…

Sam le agarró la mano con firmeza.

—¿De verdad quieres ir a mi apartamento? No quiero que te arrepientas.

—¿Por qué iba a arrepentirme? —preguntó confundida.

—Porque eres demasiado inocente.

Un rastro de inseguridad cruzó por las pupilas plateadas de ella. Sam lo advirtió.

—Nada podría despertarme de este sueño contigo.

—Eso espero —habló tras superar un súbito desconcierto—, no lo soportaría.

Camille negó con la cabeza. Al fin había comprendido la razón de tanta ternura, o tiento. Mirándolo a la cara, con determinación, le habló:

—Estoy enamorada de ti, Sam O'Malley. No tengas miedo.

Quiso decirle que tampoco se preocupara por ella, que había superado muchas situaciones difíciles.

—No pienso en mí, por eso no quiero precipitarme.

—Eres un enigma, pero me gustas —comentó burlona, tirándole de la mano en dirección a la estación de metro—. Hay un momento para todo —agregó cuando salieron de la plaza—, y hoy ha llegado el momento de ver dónde escondes esos cuadros que me has hecho.

—Es la humilde morada de un artista, sin vistas espectaculares ni seguridad veinticuatro horas —habló con ironía.

—Sabes que no soy materialista.

—Pero vives entre algodones, solo hay que mirarte para verlo.

—No me juzgues por las apariencias —dijo molesta—, ni me recrimines las inversiones que haya hecho mi abuelo. Cada cual puede gastarse su dinero en lo que quiera. Tú pronto amasarás una fortuna… —añadió cambiando el tono—, y seguramente también harás tus propias inversiones.

Sam movió la cabeza para observarla sin rastro de enfado.

—El dinero no me preocupa. Es más, llega a ofenderme porque condiciona mucho la opinión de la gente; pero si tuvieras razón lo invertiría en comprarme una casa en medio de la nada.

—Necesitarás un coche para abastecerte, en la nada no podrás comprar lienzos ni pinturas…

—No es imprescindible, ahora tengo Internet.

—Cierto —afirmó risueña—, ahora eres imparable…

Sam se detuvo, le agarró con suavidad las dos manos para sentir los delicados dedos y, tras inclinarse un poco sobre ella, sonriendo de manera definitiva, le dijo:

—Si tú estás a mi lado soy indestructible.

Ella guardó silencio. No fue capaz de articular ninguna de las cosas que bullían en su mente. Los ojos de Sam transmitían determinación. Solo sonrió al recibir un beso cargado de ternura. Ese beso alejó cualquier angustia.

Capítulo 16

SOBRE LAS SIETE llegaron al edificio donde se ubicaba el apartamento de Sam, tras un agradable trayecto en metro y un romántico paseo por las alegres y empinadas calles de Montmartre. El edificio en sí era austero; de dos plantas, muy alargado, de cemento puro y con unas pocas ventanas rodeadas de secos tentáculos de hiedra. Se dirigieron a uno de los laterales. Había un muro de piedra oscurecido por la humedad, no muy alto, que contrastaba con el gris del cemento. Ahí descubrió Camille otro edificio anejo pequeño, cuyo tejado de cristal a dos aguas parecía más propio de un invernadero.

—¿Por qué no me habías dicho que era tan bonito? —preguntó tras cruzar el umbral de la puerta y mirar hacia arriba.

El techo acristalado permitía la entrada de luz a raudales; era el sueño de cualquier pintor, un paraíso de luz.

—No es bonito, es práctico; pero me alegro de que te guste.

Camille no estuvo de acuerdo, pero no dijo nada. Contemplaba con verdadera admiración el espacio abierto. En uno de los lados no había paredes, solo puertas de cristal correderas. Luego vio que esas puertas daban a una especie de plazoleta en el centro de cuatro edificios de poca altura, donde podía distinguir un sauce llorón, un olmo de tronco regio y sinuoso, y otros árboles bajos que convertían aquello en un oasis de vegetación.

—Qué sitio tan agradable para leer —exclamó al ver varias hamacas de madera.

Sam se limitó a darle la razón. Trataba de ordenar un poco el caos de lienzos, botes de pintura y pinceles que parecían surgir del suelo por generación espontánea. No la vio sonreír tras fijarse en la vieja cama del rincón, le había resultado graciosa la manta de pelo largo que la cubría de manera esmerada.

Al acercarle el taburete donde solía sentarse a ratos cuando pintaba, sin disimular un súbito

bochorno, le dijo:

—Solo puedo ofrecerte esto.

—Estoy bien, no te preocupes por mí. ¿Tienes algo de beber? —preguntó echando un vistazo a la pequeña cocina que vislumbraba tras varios caballetes.

—La oferta es igual de limitada… ¿Cerveza?

Poco después, Camille pudo ver algunos bocetos nuevos y el cuaderno de dibujo. Fue entonces cuando la oscuridad de la noche la absorbió por completo. No sabía interpretar la desgarradora esencia que desprendían aquellos retratos, como si estuviera descubriendo sus más íntimos miedos. Eran fotografías de su alma. Expresiones, brillos, sombras. En un silencio casi doloroso pasaba las hojas. Él se mantenía inmóvil a su espalda, aguardando la reacción que no llegaba.

Frente a uno de sus rostros, donde miraba directamente de frente, no pudo contener unas lágrimas lentas. ¿Cómo había sido capaz de pintarla de memoria con tanta precisión?

—Esperaba más entusiasmo —comentó Sam.

Ella se volvió.

—Son extraordinarios. Sé que soy yo, pero puedo ver mucho más…

Sam endureció las facciones.

—Si te provocan tristeza —dijo secándole las lágrimas—, los rompo. No quiero que nada perturbe la luz de tus ojos.

—Es emoción —susurró. Levantó la mano para acariciarle el rostro—. Me has sorprendido mucho. Esperaba un despliegue de talento, no que me revolvieras las entrañas.

—¿Lo he hecho? —preguntó, rodeándole la cintura con los brazos.

—De forma magistral. Y lo más asombroso es que todo sea de memoria… ¿Cuánto tiempo estuvimos juntos? Tres o cuatro horas como mucho…

—Las mejores horas de mi vida… —Inclinó la cabeza y le besó los labios—. Te grabé con cada palabra, con cada mirada, con cada gesto..., y te guardé para siempre en el rincón de mis tesoros. Nunca saldrás de ahí; lo que entra, no sale.

—Tú tampoco saldrás nunca de mi corazón.

—Ni de tu vida.

Camille meneó la cabeza, pendiente a dos azules embravecidos por la ilusión.

Las confesiones arrastraron más besos hasta verse envueltos en el poderoso fuego de la pasión. La espera les había hecho anhelarse tanto que nada más cabía entre ellos.

Sam pretendió mantenerse sereno, con un éxito cuestionable cuando ella le miró con los ojos enturbiados por el deseo. Esa variedad de tonalidades lo rindieron sin empezar a luchar consigo mismo. Ni siquiera sintió la más mínima vergüenza por llevarla a aquella cama de menos de metro y medio de ancho; no había nada con la suficiente fuerza para detener tal frenesí.

Con seguridad, le quitó la estilosa ropa: jersey de cachemir en un tono gris similar al de sus ojos, falda corta de tablas y unas botas altas de tacón. Durante un momento perdió el habla ante ese cuerpo esbelto de curvas sugerentes, recorriendo la sencilla lencería blanca, hasta que percibió su piel erizada y de golpe recordó la prudencia que se había impuesto.

—¿Tienes frío?

Camille sonrió. ¿Estaba muy preocupado o solo se lo había parecido?

—No, al contrario —susurró, y a pesar de verse diminuta frente a él, con valentía empezó a recorrer con las dos manos el ancho torso masculino en un excitante y lento viaje. Era la primera vez que estaba así ante un hombre, un hombre formidable, el único que había sido capaz de retirarle la coraza del pudor. Levantó despacio la mirada para sucumbir a su propia certeza: nadie jamás la miraría con esa extraña mezcla de lujuria y admiración. Se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y se apretó más contra él—. Contigo siempre estoy bien.

Camille le besó despacio, obnubilada en ese sabor que la convertía en etérea.

—Voy a intentar ir con cuidado —dijo él en un susurro—, no tengas miedo.

—El miedo me ha protegido hasta ti… —Ella le acarició la cara con ternura—, hasta tener la seguridad de estar con la persona que quiero estar…

Sam sonrió un poco y tragó saliva.

—Es un honor —murmuró, consciente de que al menos esa noche necesitaba echar mano de

mucha delicadeza. Camille deshizo el amarre que aún mantenía a su cuello, y él sintió la frialdad de un pesimismo poco halagüeño—. Prométeme una cosa —habló solemne antes de volver a pegarla a su cuerpo—: si te hago daño en algún momento, o si te sientes mal, no te lo callarás. Prométemelo —exigió, no permitiría que nada le ensombreciera un recuerdo que mantendría vívido para siempre.

—Estás obsesionado… ¿Por qué ibas a hacerme daño?

Él rio con ganas y la aupó en brazos. Luego la dejó caer sobre la cama para quedarse delante como un lobo hambriento. Le recorría el cuerpo con verdadera devoción, ilusionado y temeroso a partes iguales.

De pronto, Camille observó con asombro cómo cerraba los ojos y empezaba a murmurar una especie de letanía.

Cuando pasados unos instantes Sam volvió a abrir sus bonitos ojos, y pese a creerlo improbable, ella le preguntó:

—¿Has rezado?

—Por supuesto —contestó sonriente.

—¿Para qué, si eres un ateo confeso?

—Soy irlandés…, no puedo renegar de Dios cuando más lo necesito.

En ese preciso momento, Camille entendió de verdad la maldita prudencia, y lo amó un poco más.

Sam se mojó los labios, manteniéndole la mirada, y se tumbó a su lado. Con reverente dulzura inició el suave asedio palpando la piel tersa de unas nalgas que podía abarcar con las palmas de las manos.

—No me recuperaré de esto, Camille.

Capítulo 17

EL CIELO DE LA mañana se hizo tenue luz sobre Camille en un alarde de esperanza. Lo contemplaba con los ojos cansados tras toda la noche en blanco. ¿Cómo habría podido dormirse? Eso hubiera significado abandonarse al abismo de la incertidumbre. No quiso permitírselo; el tiempo debía seguir detenido para soñar. Estar con Sam, dejarse amar y amarlo sin reservas, entregarle el alma en una bandeja de plata, merecía el respeto de fantasear con un mundo idílico donde solo existían ellos. Siendo honesta, eso era justamente lo que sintió mientras hacían el amor. Nadie aparte de ellos, sin nombres, sin más vida que su unión, sin sombras, solo instinto y la más absoluta devastación: un blanco infinito.

La fuerza de sus emociones se expandía a pesar de no haberlo asimilado aún. ¿Pero acaso alguna vez lo haría? De inmediato, le vinieron a la mente las palabras de Sam. Tampoco ella se recuperaría de aquello. Imposible de cualquier manera. Si había sido incapaz de quitárselo de la cabeza por un sencillo beso, después de esa noche ya formaba parte de ella. Eran de ella todos sus íntimos suspiros, todos los voraces sabores, todos los pulsos de unos movimientos de ritmo salvaje latiendo ya dentro de su corazón.

De repente, una ráfaga de viento arrastró las hojas de los árboles que se habían dispersado en los cristales del grandioso techo. Desaparecieron volando con elegancia. Sonrió un poco. Así había sido ella, una hoja arrollada por un viento tan suave como perverso. Ese viento, al principio manso ganando confianza, lleno de nobleza mientras buscaba la rendición al placer; había llegado a deslizarse orgulloso descubriéndole la libertad de volar para acabar inclemente cuando la dejó caer en el mayor de los éxtasis. Al recordar esto, sintió un escalofrío. Pero le resultó bastante extraño porque no hacía frío ahí. Ni siquiera se le había erizado el vello. En cambio, lo notaba dentro del cuerpo. Se arrimó a Sam con cuidado de no despertarlo.

El efecto fue instantáneo.

De manera mecánica, como si estuviera acostumbrado a dormir con ella, Sam le rodeó la cintura con el brazo. Ignoraba que ese contacto acogedor conseguiría vencer al cansancio de ella.

—*Mo shíorghrá*[1] —susurró Sam cuando se despertó al cabo de un rato y la sintió totalmente pegada a su piel—. Te he esperado tanto tiempo que amarte me asusta muchísimo… ¿Y si te pierdo?

—Bésame —murmuró Camille con voz adormilada.

—¿Has escuchado lo que he dicho?

—Algo de "amor" en gaélico…

Sam sonrió.

—Sí…, de un amor inmenso… —dijo inclinando la cabeza en el hueco del cuello femenino.

Fue dejando un reguero de ligeros y húmedos besos por la tersa piel de ella hasta capturarle la boca en una delicada incursión. No pretendió otra cosa que demostrarle su amor, el eterno e intangible, si bien cedió rápido al deseo que los arremolinaba en movimientos desenfrenados. Ninguno puso algo de cordura que dosificase el efecto embriagador de tanta pasión. Nada. De nuevo se lanzaron en picado a un viaje sin retorno, sin final mientras pudieran morir en los brazos del otro.

Cuando poco después Sam preparaba el desayuno, ella lo observaba a hurtadillas. Solo se había puesto un pantalón largo oscuro, lleno de manchas de pintura. Parecía tener ciertas dificultades para manejarse en la pequeña cocina. Esto le hizo gracia porque pensó que se limitaba a comer lo primero que tenía a mano.

—¿No le echas ni un poquito de menos? —preguntó Camille refiriéndose a *Liath* mientras los aromas del café impregnaban el aire y se incorporaba para coger la camiseta de él, arrugada a los pies de la cama—. No sé cómo has podido dejarlo… —añadió con la camiseta ya puesta. Pese a sobrarle tela por todas partes, le ofrecía más seguridad.

—No insistas —dijo acercándose a la cama con la improvisada bandeja que traía, una tabla con dos tazas de café y algunas tostadas de pan—, está muy bien en casa de los abuelos.

Camille sostuvo la bandeja para que él se acomodara.

—Siempre he querido tener un perro… —comentó tras morder hambrienta la tostada con mantequilla que Sam acababa de ponerle por delante.

—No lo elegí, no lo olvides; me eligió él a mí.

—Pues me das la razón… Como dueño estás resultándole un fiasco.

—Cuando tenga mi propia casa estará conmigo, pero ahora mismo es imposible.

—¿La casa en mitad de la nada?

—La misma —afirmó orgulloso—, donde viviremos los dos —añadió antes de beber un sorbo de café.

—No es un plan a corto plazo, los dos tenemos mucho que hacer hasta que llegue ese momento.

—Sí, pero estaremos juntos… Para empezar, vente a vivir aquí conmigo.

Camille casi se atraganta.

—¿Aquí? —preguntó, echando un vistazo rápido alrededor—. ¿Dónde estudiaría?

—Buscaremos una mesa… No es problema.

—¿Y dónde tendría mis cosas?

—¿Qué cosas? —Sam sonó intransigente—. Di abiertamente que no quieres vivir conmigo. Puedo entenderlo.

—Ya lo veo… Lo estás entendiendo a la primera…

—¿Quieres o no vivir conmigo?

—Sí —afirmó segura—; pero no es el momento ni el lugar. Te lo he dicho, nuestros planes no son a corto plazo. Al menos por lo que respecta a mí contigo. No tengo prisa porque me conozco y sé que has entrado en mi vida para siempre.

—Entonces acabamos de llegar a un acuerdo —resumió sin rastro de malhumor.

Camille se acercó a él y le dio un beso corto en los labios que sellaba el acuerdo. De manera brusca, el móvil de Camille interrumpió el recién estrenado sosiego.

Tras leer el escueto mensaje de Madeleine: un anodino “¿cómo estás?”, un malicioso “¿el

marqués te trata bien?" y un cortés "cuídate mucho"; sintió unas ganas de llorar horrorosas. Había considerado a esa mujer su madre desde que tenía uso de razón, si alguien era víctima en toda la historia era ella; víctima por negarle la verdad, víctima por lucrarse a su costa, víctima por la falta de afecto que había sufrido toda la vida.

—Es duro, *a chuisle*[2] —Sam le echó el brazo sobre el hombro—, pero cada persona reacciona de una manera ante la adversidad. Tu madre ha optado por huir. Es posible que piense que ya no la necesitas…

Camille escuchó sin dejar de llorar, acumulando rabia. ¿Su madre? Su madre era Anne Saunier-De Rosier, la mujer que la tuvo por amor contra viento y marea, la mujer que renunció a todo por ella.

Sam estuvo atento y le dio el tiempo y el silencio necesario para digerir la decepción. Luego, cuando ella tomó una buena bocanada de aire, dejó la cama con la bandeja en las manos y le dijo:

—Tengo que reunirme con François en la galería, ¿qué planes tienes para hoy?

—Estudiar, y contar las horas hasta que volvamos a vernos.

—Será una cuenta rápida —habló desde la cocina—, a partir de hoy pasaremos juntos todo el tiempo que podamos.

—Es lo único que quiero.

Camille se puso en pie y echó hacia atrás la sábana con intención de hacer la cama. De repente, vio una mancha de sangre bastante considerable y quedó aturdida en el mar del bochorno.

—¿Qué te pasa? —preguntó acercándose a ella con expresión sombría. Pronto descubrió la mancha y le quitó la sábana de las manos—. No te preocupes, luego lo cambio todo.

—Yo… no sé qué decir... Lo siento mucho…

Sam le sujetó los brazos con firmeza.

—¿Qué sientes? Esto es lo más natural del mundo, Camille. Anoche te dije que era un honor ser tu primer hombre —habló cariñoso—, y hoy te digo que voy a hacer todo lo posible por ser el

último. No me imagino con otra persona, ya no puedo… Y no quiero ni pensar en que estés con otro hombre, solo pensarlo de manera fugaz me destroza.

Ella le acarició el rostro, pendiente de unas pupilas vidriosas como cristales mojados por la lluvia.

—Yo solo pienso en nosotros, tú y yo siempre juntos.

—Así será, *mo shíorghrá* —susurró antes de besarle los labios.

—Es la segunda vez que me llamas "*mo shíorghrá*" —Camille intentó pronunciar lo mejor posible—. ¿Qué significa?

—No sé lo que has dicho —comentó con cara burlona—, tu irlandés deja un poco que desear.

—Enséñame. Podemos intercambiar clases, irlandés a cambio de francés.

Sam deshizo el abrazo.

—No, gracias, con el inglés me sobra para relacionarme con quien quiero.

—Aprender siempre es bueno —insistió ella—, y nunca se sabe qué te deparará la vida.

—Aprender algo de utilidad es bueno, pero no tu idioma —habló serio, aunque en el fondo estuviera divertido porque hacía una semana que había empezado un curso online de francés y su aprendizaje le resultaba bastante fácil; era cuestión de tiempo dejarla con la boca abierta. Por seguir chinchándola, continuó—. Solo es útil aquí y en tres islas perdidas en el mapa. No te ofendas por mi sinceridad. Si me dijeras aprender español o chino pues me lo plantearía; ¿pero francés?

La cara de asco que compuso molestó a Camille.

—Pues a ver cómo te las apañas cuando vayas al Sur —comentó irónica al recordar el encargo que iba a hacer como favor personal a François Hubert. Solo eso había compartido con ella, y que le vendría bien para crecer profesionalmente, el nombre del cliente y el tipo de trabajo formaban parte de su secretismo artístico—. Si esperas que la gente te hable en inglés vas listo…

—Que no me hablen, con eso me doy por satisfecho —concluyó poniéndose una camisa de cuadros—. Ellos a lo suyo, y yo a hacer mi trabajo. Sin distracciones lo terminaré antes.

—Pensaba que no tenías tanta prisa por volver a Irlanda…

—Le calculo que habré terminado en junio, cuando tú terminas el curso.

Camille entornó un poco los ojos.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Termino mi encargo, terminas la universidad y nos vamos juntos a Dublín a pasar todo el verano.

Ella apretó la boca, asintiendo sin convicción. Sabía que su abuelo había hecho planes para ellos, rechazarlos se le antojó complicado.

—Bueno, eso dependerá de mis notas —comentó con ligereza. De pronto, el móvil empezó a sonar. Para su sorpresa, no era el marqués—. Hola, Philippe. ¿Cómo estás?

La simple mención del nombre captó la curiosidad de Sam. Durante los escasos minutos que duró la conversación no fue capaz de concentrarse en nada. Observó las expresiones de Camille, desde el asombro inicial, la suspicacia o la amabilidad del final. Un final inesperado para Sam. El mismo que despertó un malicioso sarcasmo tras escuchar algunos datos del abogado:

—Qué poco te ha durado el tú y yo siempre juntos…

Camille suspiró, ¿qué podía haberle dicho a Philippe para rechazar su invitación?

—Es un amigo de la familia que trabaja aquí —explicó casual—, cree que estoy sola…

—Pero no lo estás. ¿O acaso piensas mantenerme en secreto?

—Sam, no pienso nada. Pero ya que lo dices, le hablaré de ti esta noche en la cena.

—¿Dónde va a llevarte?

—A *La Boîte aux Lettres*, está a cinco minutos de aquí…

Camille se mantuvo inmóvil al ver cómo Sam hacía el esfuerzo de sonreír. Le resultó muy doloroso aceptar la desaparición de la magia, porque no era lo que pretendió, porque solo había intentado ser amable. Era injusto para los dos; pero no dudó en que solo sería el primer obstáculo de los muchos que les esperaban. No podía ser de otra manera tratándose de ella, ¿cuándo lo había tenido fácil?

Capítulo 18

CADA POCO CAMILLE desviaba la vista a la barra del pequeño restaurante. Por más esfuerzo que hiciera, nada de Philippe Béziers le removía ni una pizca de interés. El ambiente del concurrido local era mucho más sugerente que esa monótona conversación sobre lo magnífico de su aporte en el bufete de abogados donde trabajaba.

A esas horas llevaba ojeadas más de veinte veces las postales que había en un tablero de corcho, los títulos de los numerosos libros de cocina de otra curiosa estantería o el menú a tiza en una pizarra. Fue la estrategia menos grosera para no morir de aburrimiento o quedar paralizada ante un sinfín de gestos artificiosos que pretendían proclamar su excelente educación. Por desgracia para ella, mantenía intacta la opinión que se formó de él en Navidad: era un clasista detestable.

Por evitar seguir oyéndolo como el zumbido de una colmena, le preguntó:

—¿Cuándo vuelves a Charleval?

Camille pinchó un trocito del filete con salsa de setas que había pedido de segundo.

—En Semana Santa. Mi oferta sigue en pie, ahora que eres la heredera te interesará conocer bien a tu competencia —agregó pretendiendo ser simpático.

Ella ni siquiera sonrió un poco, no le vio la gracia por ningún lado.

—¿Sois nuestra competencia? —preguntó con intención.

—Todos los viticultores son competencia independientemente del vino que elaboren.

—Pero nuestra denominación es Château y la vuestra es Domaine… —Camille optó por camuflar su beligerancia tras una máscara de dulzura—. Por lo que me ha explicado mi abuelo, al elaborar el vino solo con las variedades de uvas que hay en nuestro viñedo, él tiene el control total de todo el proceso y la garantía de la calidad.

—Sí, y una producción limitada; también te lo habrá dicho…

—Por supuesto —afirmó Camille sin perder la sonrisa y sin dejar que le afectase el brillo de superioridad en los ojos de Philippe—. Lo que le preocupa es que la excelencia sea siempre la misma. Vosotros, por ejemplo, al tener viñedos en varias poblaciones, con las diferencias que habrá en los terrenos —apuntilló—, y con producciones cualitativas diferentes, aunque los vinos se elaboren siempre en la misma bodega tenéis muy complicado mantener la excelencia.

El rostro de Philippe adquirió un tono cenizo parecido al del humo.

—¿Has probado nuestros vinos? —preguntó tras un breve silencio.

—Sí. Tus padres trajeron en Nochevieja algunas botellas de vuestros rosados.

—¿Te gustaron?

Ella compuso con los labios una mueca de disconformidad.

—Si estuviera hablando con otra persona no vacilaría al decir que sí. Pero, siendo tú, tengo la obligación de ser sincera: vuestros vinos en vista tienen un color de pétalos de rosa muy naturales, en nariz aromas a flores blancas y en boca resultan finos, frescos y agradables, todo dentro de lo habitual en los Côtes de Provence. Sin embargo, no son especiales como los tintos que elabora mi abuelo —soltó de manera provocadora—. Los nuestros son potentes, expresivos, en conjunto son muy armoniosos; largos y elegantes en boca; en definitiva, un espectáculo en cada trago…

—Veo que has aprendido bastante en poco tiempo… —habló sonriendo para disimular que lidiaba con una desagradable impotencia. No estaba ni mucho menos con la mujer inexperta y tímida que había esperado—. Pero permíteme una pequeña corrección, no se pueden comparar los rosados con los tintos.

Camille mantuvo el semblante dulce.

—Lo siento; he comparado los vinos porque al tener procesos de elaboración diferentes se entiende lo que es pretender la excelencia o conformarse con la comercialidad.

—No me lo expliques a mí, yo no llevo la bodega; no tengo nada que ver con la política empresarial que siguen.

—Yo tampoco; pero creo que es mi obligación aprender todo lo que pueda porque algún día

seré la responsable de nuestra bodega.

—Mathieu está aleccionándote muy bien, me alegro.

Philippe levantó la copa de vino para hacer un brindis, y ella le siguió el juego.

—No podría aleccionarme si no disfrutara —comentó sincera—. Nunca me habría planteado dedicarme a elaborar vinos, estaba enfocada en la literatura, pero he de confesar que ahora me encanta y, encima, tengo la posibilidad de tenerlo a él como profesor.

—Supongo que también estará marcándote el camino para preservar el rancio legado de su Casa.

Camille no prestó atención al poso de envidia en el tono de esas palabras.

—A grandes rasgos, es un tema que suelo evitar.

—Mal hecho. Conservar solo el patrimonio de tu abuelo necesitará de una gestión económica impresionante. También, de un buen asesoramiento jurídico.

—¿Estás ofreciéndome tus servicios?

—Cuando los necesites, no dudes en decírmelo; estoy a tu entera disposición. Nuestras familias son amigas desde hace muchos años, así que nosotros estamos abocados a ser amigos también…

Esas palabras fueron demasiado significativas.

—La amistad no se hereda, Philippe, surge de forma espontánea por pura química, por afinidad en intereses o ideas, por sentimientos de afecto mutuo, de simpatía…; pero nunca es algo forzado o forzoso —agregó, y bebió como si tal cosa. Cuando creyó haberle dado algo de tiempo para desistir en esa amistad cercana, dejó con cuidado la servilleta en la mesa y le dijo—. Tendría que irme ya, mañana madrugo.

Philippe no opuso resistencia, pidió la cuenta y, para total sorpresa de ella, tampoco objetó nada cuando se ofreció a pagar a medias. El detalle la incomodó por varios motivos. Primero, porque había sido él quien la había invitado a cenar; segundo, por el alardeo casi impúdico acerca de su holgada situación económica; y tercero, porque lo comparó con Sam y ahí perdió sin miramientos. El pintor desaliñado que luchaba por abrirse hueco en el Arte, que rehuía las

conversaciones sobre el dinero, anarquista y defensor a ultranza de la igualdad, con ella se comportaba como un caballero en las salidas diarias hasta aquel momento. Nunca había consentido compartir las cuentas. Eso le mostraba generosidad y, sobre todo, cortesía; dos cualidades ajenas a Philippe.

Se despidieron en la puerta del restaurante con dos besos en las mejillas. El abogado tuvo la buena intención de quedar otro día, algo impensable para Camille, pero obvió preguntarle cómo iba a volver a casa. Luego, recibió una llamada al móvil y emprendió a andar con prisas.

Ella agradeció la falta de interés. La noche de temperatura tibia invitaba a pasear. Entre las nubes podían verse algunas estrellas, y una apacible brisa mecía un sutil aroma floral gracias a la madreselva que invadía un alto muro de piedra. Notas de jazmín penetraron en su olfato para embargarla de un bienestar parecido al que sentía en la niñez cuando correteaba por los viñedos. Aquellos años felices en Ansouis la llenaron de energía durante el corto trayecto hasta el apartamento de Sam. No tardó ni cinco minutos.

Desde fuera no se veía ninguna luz encendida; era extraño, Sam solía acostarse tarde. Llamó al timbre un poco inquieta. ¿Habría salido? Aguardó pendiente de la cubierta traslúcida, de esa oscuridad agorera, hasta ver el resplandor de una luz. De manera automática soltó un suspiro de alivio.

Sam llegó a la puerta después de vestirse de forma apresurada con unos vaqueros y una camiseta negra, recién salido de la ducha. Había sentido un ramalazo de felicidad; sin embargo, no supo disimular la rigidez de una expresión amargada que le ensombrecía hasta los ojos.

—¿Qué te has hecho en la cara? —preguntó ella nada más verlo bien afeitado.

—He tenido un pequeño accidente con la trementina.

La respuesta fría, tampoco se había apartado de la puerta, indicaba malhumor.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué has venido?

—Necesitaba verte.

Sam no pudo permanecer más tiempo inmóvil mirándole a la cara, tenía el poder de borrarle

la voluntad. La tomó por la cintura y la abrazó con firmeza.

—No vuelvas a dejarme —susurró. Había enterrado la cabeza en su cabello, ese olor dulce le daba paz—. Esta noche he estado en el infierno, me has matado mil veces…

—Lo siento… No tendría que haber ido, pero no quería ser descortés con Philippe… —Camille besó sus labios con ternura, acariciándole el suave rostro—. Ha sido un error, aunque he aprendido una lección muy valiosa: hay personas que no merecen la pena, y otras no merecen sufrir gratuitamente. Perdóname, no volveré a quedar con él ni a traicionarme solo por miedo a lo que puedan pensar de mí.

Sam guardó silencio sin apartar los ojos de ella.

—¿Estar conmigo te causaría problemas con tu familia?

—No lo sé —respondió sincera; aunque el desprecio del marqués hacia su padre, otro humilde pintor, había atravesado por su mente como un rayo de advertencia—. Pero puedo suponer que mi abuelo al principio no lo entenderá. Tiene mi futuro trazado en un plan bastante estricto.

—¿Tú quieres ese futuro?

—No puedo rechazarlo.

—Puedes hacer lo que quieras, Camille, no permitas que nadie coarte tu libertad.

—No todo es malo —aclaró con un gesto de despreocupación—. Confía en mí.

Sam resopló por la nariz. No quiso insistir en aquel momento. La había echado de menos demasiado para enfrascarse en una discusión. Sujetó el elegante rostro de ella y la besó en una caricia respetuosa.

—¿Te quedas esta noche? —preguntó en un susurro.

—He venido para quedarme contigo, no hay otro lugar donde quiera estar. Tú, y solo tú, Sam O'Malley.

Esas palabras lo encumbraron en la gloria conmovido por la sinceridad de unas pupilas convertidas en metal líquido. Fue a la cama, ajeno a la media sonrisa de Camille al verla pulcramente hecha, se hizo con la manta de pelo y le tendió la mano para conducirla al jardín

trasero.

Tumbados en una hamaca, protegidos de la intemperie por la manta, contemplaban el cielo cuando se diluyeron las etéreas nubes que ocultaban la luna.

—Dicen que las estrellas son hidrógeno y helio —empezó diciendo Sam—, pero en realidad son el motor de los soñadores… Contemplarlas es inspirador…

—Sí lo es. En mi pueblo durante las noches de verano son un espectáculo. Tenía la costumbre de subir a la azotea de mi casa para verlas. A mi padre no le gustaba porque me quedaba dormida y él tenía que subir de madrugada a buscarme…

Sam sonrió antes de dedicarle una mirada cariñosa. Camille acomodó la cabeza en su hombro.

—¿Le echas mucho de menos?

—Sí, era un buen hombre.

—La familia es importante. —Sam pensaba en la relación con sus padres; una montaña rusa de emociones, pero unidos por el cordón del amor—. Algún día recuperarás la relación con tu madre, dale tiempo.

De forma súbita, Camille sintió una tristeza que le impidió hablar.

—Espero que el tiempo la ponga en su lugar —dijo tras recuperar la voz, áspera por los engaños y el interés.

—No lo dudes, el tiempo curará su herida.

—La mía no —murmuró tajante.

—Yo la curaré.

Sam la apretó contra su cuerpo sin advertir las lágrimas que le caían por las mejillas. Lágrimas por las injusticias vividas, por las pérdidas, y lágrimas por el miedo irracional a sufrir de nuevo.

Capítulo 19

EL 20 DE MARZO la entrada de la galería Hirondelles era un hervidero de gente. Camille se sintió insegura de manera fulgurante. Notó las miradas examinadoras de algunas mujeres cuando repasaron de arriba abajo su traje blanco de dos piezas. Supuso que la habrían reconocido, varios medios de comunicación se hicieron eco en enero de los cambios en la Casa Saint-Rémy, y eso la hizo alzar la cabeza sin saber que en aquel momento copiaba la altivez de su abuelo. Tras echar un vistazo encontró a Sam hablando en un pequeño corrillo donde también estaban Isabelle y François.

Sam la vio rápidamente como una aparición llena de gracia, y al fin respiró tranquilo. Acercándose a ellos la admiró orgulloso de ser el único capaz de desnudarla, el que conocía todos los centímetros de su piel, los matices de su risa, o todas las tonalidades de las pupilas que en ese momento le recorrían el cuerpo con un brillo resplandeciente. Adivinó lo que pensaba, le gustaba su traje oscuro. Era la primera vez que lo veía con ropa elegante.

—Camille —exclamó François sonriente—, qué sorpresa más agradable. —La besó cariñoso. Isabelle, que destacaba por la alegría de su vestido de flores entre mucha sobriedad, la abrazó afectuosa antes de halagarla sincera. También los otros dos hombres y la mujer del corrillo la saludaron con amabilidad. Ninguno advirtió la atenta observación de Sam, extrañado ante esa cálida bienvenida. François no tardó en hacer la presentación formal—. Este es el gran protagonista de la velada, Sam O'Malley.

De manera correcta, Camille le estrechó la mano.

—Un placer conocerte, he escuchado maravillas sobre ti… Sobre tu obra —rectificó al darse cuenta de la mirada escudriñadora de François.

Isabelle, que la observaba divertida, creyó percibirla nerviosa porque Sam le atraía.

—Camille ha estudiado un tiempo en Dublín —comentó por sacar un tema común para

ambos—, en el Trinity College, ¿verdad?

Camille afirmó en silencio.

—¿Te gustó Dublín? —preguntó Sam con cierta sorna.

—Mucho, la ciudad es preciosa…, sus tradiciones…

—¿Y la gente?

—Por supuesto, son encantadores —contestó con una ligera sonrisa.

Sam apretó la boca, disfrutando al verla disimular ante extraños.

—¿Has terminado ya tus estudios? —preguntó uno de los hombres, de apariencia refinada y edad similar a la de François.

—No, este año es el último.

—¿En qué universidad? —se interesó otro de los hombres, rondaría los cincuenta años, también por su traje a medida rezumaba solvencia.

—La Sorbona —respondió escueta, empezaba a incomodarse por acaparar la atención. De pronto descubrió a Philippe entrando en la sala y le sirvió de excusa para abandonar el corrillo—. Si me disculpan, voy a saludar a un amigo.

El súbito abandono no pareció molestar a nadie, pero no fue así.

Isabelle había descubierto a Philippe nada más entró en la sala y no le gustó su presencia. Detestaba al abogado, por inculto y fanfarrón.

Y el irlandés, que comprendió la huida al conocer su timidez, tragó saliva viéndola alejarse. Al instante hizo de tripas corazón cuando ella recibió dos besos en la cara de “ese amigo”, un hombre joven, bien parecido, de porte elegante, que encima le sonreía como si de verdad se alegrara de verla.

—Vaya…, Camille está con Philippe Béziers —comentó la otra señora del corrillo, también madura y de aspecto pulcro.

Al escuchar el nombre, Sam sintió un latigazo en el estómago.

—No es de extrañar —dijo François—, sus familias tienen una relación excelente. Pero no nos dejemos llevar por el eco de la juventud, volvamos a la exposición y a nuestro flamante

pintor.

Sam sonrió sin ganas. Y fue capaz de mantener el tipo. Nadie sospechó que luchaba contra el impulso de abalanzarse sobre Philippe desde que había colocado la mano en la cintura de Camille. Podía parecer un gesto galante, pero también alimentaba el rumor de una relación entre ellos; y si tenía en cuenta cómo Camille lo describió tras cenar con él, recordaba sus palabras exactas: «hay personas que no merecen la pena», esa actitud le resultaba intolerable. Para su indignación, Philippe mantuvo la mano durante el breve recorrido que hicieron delante de algunos cuadros.

Cuando se les unieron traían unas copas de champán, menos burbujeantes que la paciencia de Sam; estaba al límite, no podría soportar más tonterías sin implosionar. Camille le leyó el pensamiento nada más verle los ojos. Con disimulo se separó de Philippe para colocarse entre Isabelle y François.

Luego, ella misma se encargó de presentarlos. Sam imprimió tanta fuerza al apretar la mano del abogado que este lo aguantó con los labios rígidos y suponiendo la rudeza como algo propio de todos los irlandeses.

—Me gustan mucho tus cuadros —comentó Philippe, tocándose los nudillos enrojecidos—, son preciosos.

—Es una manera algo vaga de definirlos, pero si te gustan… invierte —agregó irónico.

Philippe empezó a decir cosas sin sentido con voz neutra, monótona, como un zumbido que a nadie interesaba. Los ojos de Sam y Camille coincidieron un instante, no necesitaron palabras para buscar un poco de intimidad entre el gentío.

A pesar de continuar hablando, el abogado no los perdía de vista mientras paseaban por la galería. El seguimiento era feroz. Por la manera de Sam al inclinarse sobre ella para contarle algo al oído, las miradas, las sonrisas y la excesiva complicidad, comprendió que no acababan de conocerse como habían pretendido hacerle creer. No pudo dejar de observarlos buscando más pruebas, preguntándose la razón de mentir. Solo hallaba una: mantenían una relación amorosa secreta. Aspiró profundo por la nariz, satisfecho, pensando que tenía en su poder una

información privilegiada muy dañina para Camille; el marqués jamás permitiría que se repitiera la misma historia que lo llevó a perder a su hija.

Crecido en su fuero interno, se acercó a ellos por detrás.

—Camille —dijo Philippe—, espero no interrumpirte…

Cuando logró apartarla unos metros de Sam para despedirse porque lo estaban esperando en otra cita de suma importancia, le sujetó las manos buscando complicidad.

—Ha sido un placer verte otra vez, Philippe —mintió soltándose sin movimientos bruscos. Si ya estaba arrepentida por haberlo usado para no seguir eclipsando a Sam, en ese momento era consciente de haber cometido el grave error de tratarlo como a un amigo cuando le había dado pistas suficientes para comprender que nunca lo sería—. Supongo que la próxima vez será en el campo.

—¿Cuándo te vas? —preguntó interesado.

—A finales de mes.

—Entonces, sí, seguramente nos veremos en Ansouis. ¿Te traerás al pintor?

Camille frunció las cejas.

—¿Quieres preguntarme algo en particular?

—No —respondió sonriente—, no era mi intención entrometerme en tus asuntos.

—No hay ningún asunto —habló con dureza sin cambiar el gesto afable—. Y para que te quede claro, no puedes entrometerte en ninguno de mis asuntos por un motivo básico: no te lo permito.

Philippe, absorto en los brillos tortuosos de unos lagos plateados, estaba fulminado en el sitio. Cuando reaccionó, se alejó a paso decidido; necesitaba aire fresco para asimilar otro golpe de ese carácter fuerte oculto tras una máscara de elegancia.

Camille lo observó salir de la galería sin moverse del sitio. Se preguntaba qué habría visto para sospechar con tanta convicción. Luego volvió pensativa al lado de Sam.

—¿Ha terminado el juego? —preguntó al verla ensimismada.

—No era un juego, pero lo siento —habló rozándole la mano en un gesto íntimo. La pregunta

no le sorprendió, llevaba un rato esperándola, pero creyó que se libraría porque durante el recorrido que habían hecho juntos por la exposición no le dijo nada al respecto. Se había limitado a mostrarse curioso acerca del cálido recibimiento de François. Luego le pareció un poco sorprendido por la vieja amistad entre François y su abuelo, pero nada más. No mencionó a Philippe en ningún momento—. Sé que te he molestado, y no era lo que pretendía.

—Sé cuál ha sido el motivo, pero no era necesario; siempre te prefiero a mi lado, aunque seas el centro de atención.

Camille le miró a los ojos, con un destello sobrecogedor, y sonrió claudicando a su encanto. Quiso salir con él a pasear la noche sin preocupaciones, charlar de cosas cotidianas, inventar sueños juntos, guardar recuerdos con intención de perdurar en instantes inolvidables.

Sam no dudó al sujetarle la mano firmemente. Ella fue consciente de su protección mientras se dirigían al corrillo donde François charlaba de forma elocuente. Si advirtió el gesto cariñoso, no varió su ritmo ni comentó nada al despedirlos con un simple “hasta luego”.

Salieron a la calle cuando empezaba a arreciar la lluvia. Sam paró un taxi y, tras acomodarse al lado de Camille, le dio al conductor la dirección de su apartamento.

—Esta noche tienes que estar conmigo —dijo sin apartar la mirada de la lluvia que mojaba los cristales—. No dejo de imaginarte desnuda bajo la lluvia…

Le dio un suave beso en el cuello.

—Parece que tienes una composición bastante exacta de la escena…

—Puedes mejorarla…

Camille sonrió al ver unas pupilas azules bailar con diversión. Acababa de tener una visión clara de lo que había imaginado bajo la cubierta transparente.

—Si pudiera enfadarme contigo… —Camille apoyó la cabeza en su hombro—. Pero no puedo, eres lo más extraordinario que me ha pasado en la vida; solo quiero que estemos juntos.

—¿Confesiones a media voz, *mo shíorghrá*?

Camille le sostuvo la mirada, sonrió con un poco de tristeza y volvió a reposar la cabeza en su hombro. Pensó en que simplemente había compartido un hecho incuestionable: estar a su lado

todo el tiempo posible resultaba placentero; sin embargo, no tanto como cabría esperar cuando la constante sombra del remordimiento se alabeaba delante de ella con el sigilo de la traición. No hablarle con franqueza de su abuelo, del acuerdo con sus padres adoptivos, de todos los engaños que la habían rodeado, ¿la convertían también en una mentirosa como ellos? Seguramente. Tan seguro como el temor a su propia verdad. No podía condenarse aún; era demasiado pronto para asumir más dolor. Cerró los ojos y huyó de su realidad, huiría siempre por permanecer con él.

Capítulo 20

LA MORTECINA LUZ de las farolas del puente de Alejandro III no alejaba la incertidumbre que ambos sentían mientras paseaban de la mano en dirección al ático del marqués. El adiós cercano les había robado las palabras después de otra tarde de fervorosos descubrimientos. Ese día visitaron La Gran Mezquita, se hicieron decenas de fotos en unos jardines de inspiración andalusí donde la primavera ya había sucumbido al calor, tomaron té de menta y dulces árabes, y no pararon de indagar en las cuestiones que les preocupaban. Por supuesto, obviaron la separación.

—¿Tardarás mucho en terminar el encargo de François?

—Tengo acordados dos meses. Es posible que tú vuelvas antes que yo.

—No me he ido y ya quiero volver… —reconoció parándose en el solitario puente—, ¿no te parece la mayor tragedia de dos amantes? Obligar…

—¿De qué hablas? —preguntó intrigado—. Intuyo mucho más de lo que dices, cuéntamelo.

—Nadie es libre, Sam —comentó apoyando los codos en la barandilla del puente. Los faros de una barcaza la distrajeron un instante—. No podemos huir de nuestros errores…

—¿Por qué no enfrentarlos? Es la única manera de que desaparezcan.

—En mi vida hay sombras demasiado alargadas, es imposible escapar.

—Estoy empezando a molestarme, Camille. ¿A qué viene esto ahora?

—Es nuestra última noche juntos, tengo miedo.

—Son dos meses —dijo sonriendo un poco, ahora había entendido el fatalismo—. Si te centras en un objetivo, por ejemplo, estudiar, el tiempo pasará tan rápido que apenas lo notaremos. Luego, haremos las cosas como sean más favorables para los dos. Pero lo decidiremos los dos, sin intermediarios ni chantajes emocionales. ¿Lo has entendido? —Sam le alzó la barbilla para sostenerle la mirada—. Nosotros queremos estar juntos, ¿verdad?

—Tan cierto como que el Sena es testigo de que estamos aquí.

—Entonces, con un testigo excepcional, prométeme que siempre estarás a mi lado.

—Lo prometo —susurró antes de sellar el pacto con un breve beso.

A tan solo unos metros de ellos, un hombre les controlaba protegido tras una farola. De regreso a su casa después de una reunión para aplazar el pago de otra deuda, otra más gracias a esas apuestas con las que se evadía y tanto fantaseaba, Philippe había topado de forma casual con aquel romanticismo que de buenas a primeras le devolvía la suerte.

Con ese beso confirmaba su sospecha: Camille y el irlandés mantenían una relación. ¿Qué ocurriría si cometiera el desliz de soltarlo delante del marqués? ¿Lograría la guerra en el corazón de la Casa Saint-Rémy acercarlo al triunfo que tanto necesitaba?

Capítulo 21

EL CANTO DE LOS pájaros y el sonido de sus propios pasos acompañaban el paseo matinal por el viñedo. El marqués marcaba un ritmo suave apoyado en el bastón mientras Camille lo seguía respirando un aire fresco con aromas florales. De pronto, el anciano se agachó con bastante agilidad, cogió un terruño de la seca tierra y, después de olerlo intensamente, comenzó a hablar:

—El suelo del Château está compuesto principalmente por areniscas y margas arenosas, pero tenemos la mejor cepa tinta de Provenza: la Mourvèdre, su mezcla es perfecta...

—El clima soleado y seco es un factor determinante.

—Sí, pero la tierra y la cepa son imprescindibles —admitía al deshacerse del terruño—. Podríamos diversificar la producción, pero perderíamos la identidad y la tradición por ganar un dinero que no necesitamos. Nunca te dejes influenciar por los grandes negocios a corto plazo, perdurar es mantenerse en la brecha por encima de modas pasajeras.

—¿Estás diciéndome que deberé rechazar cualquier renovación del negocio?

—No, siempre que la elaboración del vino se haga como hasta ahora. Tienes que entender que esto no es solo un negocio; esto es la proyección de la historia de nuestra familia, compromete nuestra honorabilidad y, sobre todo, es uno de mis mayores orgullos…

Camille sonrió algo cínica.

—¿Cuáles son los otros?

—Tú —respondió sin pensar—. Tú, como mi mejor sucesora.

—A veces siento una carga demasiado pesada, no sé si estaré a la altura de las circunstancias.

El marqués la calmó con una sonrisa condescendiente.

—Tienes el mismo temperamento poderoso y robusto que el vino, puedo ver cómo te gusta el campo, cómo te cuestionas toda la gestión del castillo, eres joven e inteligente, ¿por qué tendría que dudar de tu competencia?

—Puedo decepcionarte. A veces tenemos diferentes opiniones sobre temas importantes.

—Gané en el más importante —comentó simpático, refiriéndose a la elección de la Sorbona.

—No siempre será así.

—Hablaremos durante la comida —ofreció cambiando el tono—. Ahora tenemos trabajo pendiente.

Siguieron caminando entre las vides hasta llegar a la entrada de la bodega. Era una oquedad en la falda de la colina rodeada por el mismo muro de piedra que envolvía todo el pueblo. Justo al entrar se perdía el aire natural. Las húmedas paredes abovedadas estaban cubiertas por hileras de toneles. Al fondo había dos grandes cubas de madera. En una mesa de estilo barroco Camille vio varias copas de vino, una jarra de agua y cuatro botellas ocultas en un envase cilíndrico de cartón. De inmediato adivinó que iba a darle otra clase práctica.

—Es rojo cereza, bien cubierto —empezó diciéndole el marqués después de servir dos copas para catar una de las botellas—. Olfatéalo y dime qué te inspira, define lo que sientes.

Camille observó el color intenso del vino, luego hizo lo mismo que él al aspirar profundamente de la copa.

—Tiene una buena intensidad aromática, compleja, afrutada, destacan los aromas especiados.

—Muy bien. Ahora aprecia los frutos rojos. —Él bebió un sorbo—. En boca es limpio, redondo y potente, y mantiene la misma elegancia que en nariz. El sabor es largo y persistente...

Continuaron con la improvisada clase hasta terminar la última botella. Desde el primer momento, Camille notó que aquel vino era diferente. El color, la concentración de densos violetas; el sabor refinado de las ciruelas, del chocolate; y un aroma fresco que le recordó a los bosques de robles.

—¿Qué hace especial a este vino? —preguntó intrigada.

—La añada. El invierno del año pasado no fue especialmente frío, aunque sí tuvo algunos episodios de heladas y precipitaciones. En abril, con la subida de las temperaturas y el incremento de las lluvias, se produjo un brote generalizado. En la segunda quincena de mayo se dieron varios días de fuertes heladas que redujeron el rendimiento y favorecieron la

concentración. Luego, la escasez de lluvias de los últimos meses y las temperaturas elevadas trajeron una vendimia tranquila… Todo se dio de manera natural para que el vino fuese excelente; no tuvimos que hacer mucho más… Seleccionar, fermentar siguiendo nuestra tradición y dejar envejecer en los mejores barriles de roble francés…

Complacido, el marqués tomó un sorbo de vino sin apartar los ojos de Camille.

—Tenemos que venir con más frecuencia, me interesa mucho saber cómo funciona todo el proceso al completo y con detenimiento, y también me interesa mucho saber cómo está organizado el reciclaje de todos los desechos orgánicos e inorgánicos.

—Podemos venir todos los días, si quieres. Pero durante estas vacaciones tu único cometido es estudiar, y posar para el nuevo retrato —agregó al cabo de un instante.

—¿Qué retrato? No me has comentado nada.

—Juraría que te lo dije en París cuando quedamos con Sam O'Malley.

Al oír el nombre, Camille se tensó de pies a cabeza.

—¿Sam O'Malley va a venir aquí?

—Sí, llega el lunes. Intenta facilitarle las cosas porque es un artista muy solicitado. Ha aceptado hacerlo gracias a la insistencia de François.

Camille terminó de atar todos los cabos cuando comenzaba ya a recriminarse no haber sido más perspicaz. Creyó respetar la intimidad de Sam al no preguntarle directamente por el misterioso encargo en el sur. Y como él tampoco le desveló ningún detalle, no cayó en relacionar el favor personal hacia François con su abuelo. Craso error u omisión cuando conocía su interés por él.

De pronto tuvo el impulso de salir corriendo y encerrarse en su habitación. En tres días debía salir de aquel atolladero. ¿Qué iba a decirle a Sam cuando supiera que era la nieta del marqués? A priori la respuesta era fácil: la verdad. Si él era fiel a sus principios, nada les impediría estar juntos. ¿Pero por qué siempre que se hacía esa misma pregunta la dominaba una sensación de infinito vacío y tristeza?

—¿Qué clase de retrato tienes pensado? —logró preguntar Camille pasado un momento.

—Dejo la parte artística en manos del pintor. Pero si tienes alguna sugerencia, házsela saber. A fin de cuentas, somos sus clientes.

—No hace falta remarcarlo, todo el mundo sabe quién manda aquí.

—Si por “aquí” significa “mi castillo”, sí, soy quién manda. Tú también mandas.

—No quiero mandar, abuelo. Me conformaría con dirigir bien.

El marqués la observó con un brillo en los ojos similar al de la admiración. Camille no lo advirtió. Estaba llenando un vaso de agua porque sentía la garganta seca. Tal vez, por todas las palabras que se había tragado ante Sam. Bebió ausente, rendida a la realidad, más cerca de un precipicio que de la alegría de volver a verlo. En aquel caos de emociones encontradas, una pregunta infernal se coló en su mente hundiéndola en un aciago abismo: ¿sería la felicidad una batalla perdida para ellos?

Capítulo 22

TRES DÍAS DESPUÉS, Camille salía de la bodega a paso rápido. El fuerte viento le separó un poco el sombrero de fieltro que llevaba. No aminoró la marcha ajustándose bien el sombrero por el camino de tierra. Después de toda la mañana detrás de Didier Vontoux, el encargado, para conocer a fondo el negocio, no escatimaría ni un segundo con tal de evitar el temido encuentro con Sam. Había escuchado su nombre en el desayuno en torno a las doscientas veces, sabía a la perfección que almorzaría con ellos y, lo que lograba desquiciarla del todo, estaría alojado en el castillo hasta finalizar el retrato. ¿Pero acaso había plazos determinados? ¿Con qué margen de error? ¿Podría escapar eternamente? ¡Claro que no!

Iba mirando el suelo cuando le llegó a poca distancia la voz grave de su abuelo hablando en inglés. Se le aceleró el corazón de forma repentina. Como si fuese una estatua de mármol, aguardó hasta verlo aparecer con Sam. Las piernas se le enraizaron en la tierra frente a la visión que más temía y ansiaba. Ni siquiera le dio importancia al atuendo de Sam, más cuidado de lo habitual, solo supuso todas las preguntas que estaba haciéndose por el movimiento rápido de sus ojos.

—No estoy seguro de si os conocisteis en París o no… —dijo el marqués a modo de introducción, apoyándose en el bastón—, creo que François me ha dicho que sí… Ella es mi nieta Camille.

—Sí nos conocimos —se apresuró en decir Camille, tendiéndole la mano a Sam—, espero que hayas tenido un buen viaje.

—Estupendo, gracias.

La parquedad de palabras y la seriedad que transmitían sus ojos prometían tormenta.

—Camille, ¿podrías enseñarle a Sam la bodega? Tengo que atender otros asuntos.

La tensión era tan palpable que el marqués tardó unos segundos en dar la vuelta rumbo al

castillo. Durante unos metros no hablaron. Camille pretendía darle un poco de tiempo para asimilar una omisión cuya importancia era insignificante o catastrófica en función del estado anímico que tuviera.

—De haberlo sabido, podríamos haber venido juntos.

El tono duro de Sam arañó el frágil silencio.

—No lo sabía cuando nos conocimos… Es uno de los cambios familiares que he tenido tras la muerte de mi padre.

—No me convences, Camille. Durante todo el tiempo que hemos estado en París, ¿cuántas mentiras me has contado entre verdades?

—No me atrevía a decírtelo porque conozco tus ideas, no quería que me prejuzgaras...

—Ideas, Camille. Solo malditas ideas… ¿Ahora qué se supone que vamos a hacer? ¿Solo nos conocemos o somos pareja? Acláramelo y déjame solo, no me apetece nada tenerte delante en este momento.

—Aquí no podemos ser pareja, mi abuelo no lo sabe.

—Díselo. No tengo quince años para estar escondiéndome de nadie.

—Cuando llegue el momento se lo diré.

—El momento ha llegado ya. O se lo dices, o rechazo el trabajo por motivos personales. Elije.

—Para entenderlo debes conocer la historia de mis padres.

—No más historias, Camille. Si eres la mujer que ha estado conmigo en París, vas a decírselo. No admito excusas, no estás en condiciones de negociar nada.

—Solo te he ocultado mi verdadero apellido, el que me dieron cuando mi padre, que no era mi padre —matizó nerviosa—, murió de forma repentina y tuve que dejarlo todo para adaptarme. No he cometido ningún crimen ni necesito más exigencia que mis propios remordimientos. Se lo contaré cuando encuentre el momento apropiado, y no es justo ahora cuando acabas de llegar…

—Has elegido. Durante el almuerzo me despido.

Decidido, dio la vuelta.

—¡Sam!

Camille lo llamó frustrada, a sabiendas de que no iba a regresar ni cedería en su pretensión. ¿Pero cómo contárselo a su abuelo sin que recordara la maldita historia de sus padres? Ellos serían los primeros en acudir a su memoria. ¿Entonces? ¿Cómo ser fiel a esos dos hombres, tan diferentes e igualmente obcecados, sin herirles?

A la una en punto, una de las chicas del servicio doméstico que vivía en el pueblo, discreta y siempre amable con ella, había preparado la mesa de comedor del Salón Azul para tres comensales. Resplandecía bajo los sofisticados artesonados de madera del techo con los detalles legendarios de una longeva estirpe: copas de cristal con el blasón de la Casa en oro, cubertería de plata reluciente y servilletas con delicados bordados a mano. Camille la felicitó antes de que saliera, apartó un jarrón con flores frescas y se sentó junto a la cabecera.

Estaba colocándose la servilleta en el regazo cuando Sam y el marqués entraron en silencio. Por sus expresiones sombrías, intuyó que algo había pasado entre ellos.

—¿Sabías que Sam ha decidido no hacer el retrato?

La pregunta le llegó a Camille tras observar cómo Sam le rehuía la mirada después de sentarse a la mesa frente a ella.

—No, ¿por qué?

Al escuchar ese tono inocente, Sam no tuvo impedimentos en clavarle sus pupilas más mortíferas.

—Me ha surgido un compromiso en Irlanda.

—¿No podrías posponerlo? —preguntó el marqués llenando las copas de vino—. Al menos, haz unos bocetos. Eso no te llevaría demasiado tiempo, ¿no?

—¿Cuánto tardas en hacer un buen boceto? —preguntó Camille con intención.

Sam ignoró la pregunta. Tenía el firme propósito de mostrarse indiferente con ella. Si solo eran conocidos, pues es precisamente lo que serían.

—No has respondido a la pregunta de mi nieta.

—Soy rápido cuando quiero.

—¿Te quedarás entonces?

Sam volvió a ignorar a Camille para centrarse en los ojos del anciano y esbozar una leve sonrisa. No haría ningún boceto, sino el retrato; pero totalmente según su criterio.

Capítulo 23

UN DÍA DESPUÉS, cuando la luz de la tarde se confundía con sutiles dorados, Camille a duras penas soportaba el frío con el escotado corpiño de aquel vestido de gasa. Sin embargo, seguía esforzándose por permanecer inmóvil para no distraer a Sam. Ya lo había visto en dos ocasiones perder la paciencia con ella y concluir invitándola a dejar la biblioteca. No aumentarle la irascibilidad era su cometido pese a suponerle un ejercicio agotador de educación y autocontrol.

—Por mi parte debo dejar la sesión —anunció el marqués desde la silla sacada de un trono en la que posaba. Camille estaba sentada de manera informal en una esquina de la mesa. La escena era idea de Sam, sin peros de nadie—. Si necesitas que Camille se quede un rato más, no hay inconveniente por la biblioteca. Voy a estar fuera con unos amigos.

—Me gustaría terminar lo que estoy haciendo. ¿Puedes quedarte? —preguntó Sam sin mirarla.

—Solo hasta las ocho, tengo que estudiar.

—Entendeos entre vosotros —resolvió el anciano antes de sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta de ante azul marino que usaba para los posados.

Cariñoso, le dio un beso a Camille en la mejilla. Luego cogió el bastón del paragüero para salir de la habitación a paso calmado dejando tras de sí la puerta entreabierta.

Camille intentó suavizar la rigidez del cuello alzando la barbilla. Sam observó el detalle, tomando nota mental para recrearlo en otro momento.

—¿No piensas hablarme? —Camille decidió no dejar pasar la oportunidad de aclarar las cosas con él, harta de la sensación de sentirse ignorada—. ¿Por qué te has quedado, si no? ¿Para torturarme de forma gratuita?

—¿Tortura? ¡¿Cómo te atreves a hablar de tortura?!

Al percibir un ramalazo de ira profunda, Camille no quiso terminar en discusión y suavizó el

tono:

—No me has dado la oportunidad de explicarte mis motivos —le dijo al dejar la mesa con cuidado. La falda de capas de gasa gris del vestido cayó directamente hasta el suelo. Fastidiada, sujetó la tela con la mano—. Si conocieras la historia de mis padres comprenderías la poca predisposición de mi abuelo a las relaciones que él considera desiguales. Renegó de mi madre por enamorarse y huir con el pintor que él había contratado para hacerles un retrato familiar —explicó sin ocultar su dolor en una expresión afligida—. He pasado toda mi vida creyendo que mis padres eran personas anónimas con trabajos aburridos porque mi abuelo nunca perdonó a su hija y prefirió que me criara cerca de él, pero con extraños… No sé cómo decirle que tú no eres mi padre y que los tiempos han cambiado… —Camille negó con la cabeza, cansada de esa preocupación—, porque sé que se lo tomará mal, y me pondrá en medio de los dos teniendo que hacer una elección que no quiero hacer…

Sam se acercó a ella con un pincel en la mano. Goteó un poco de pintura negra en el piso de madera.

—Sé que es difícil para ti, pero es lo justo para los dos.

—Dame un poco de tiempo —pidió ella quedando frente a él—. No nos condenes, por favor… Empecemos de cero…

—Sería un necio si no luchara por ti —susurró demasiado cercano a los labios que lo atrapaban en un punto hipnótico—. Tómate tu tiempo —concedió al rendirse al calor de la boca femenina en un beso breve—, pero seguiremos como amigos sin derechos hasta que hayas hablado con tu abuelo.

—¿Sin ningún derecho? —preguntó en tono bajo, provocando un estremecimiento que le habló de una tensión disparada—. No sé si seré tan fuerte como tú…

—Mantén las distancias —comentó cuando se apartó—, es el mejor método para no caer en la tentación.

—Pero… ¿y si quiero caer?

Sam sonrió malicioso. Esa sería su jugada ganadora.

Ninguno advirtió la sombra menuda de la señora Dumond filtrando sus voces desde el corredor. La mujer regresó a la cocina tarareando una canción de amor, complacida. Al fin volvía a tener algún aliciente la vida en el castillo.

Capítulo 24

LA TARDE SIGUIENTE Camille aguantaba el cansancio de posar distraída recordando las miradas furtivas de Sam. Le había hecho gracia pillarlo in fraganti, así podía obsequiarle con la misma indiferencia que él componía al saberse descubierto. De momento, el marqués no parecía notar la tensión sexual que se instalaba en la biblioteca y no terminaba hasta que se despedían a los pies de la escalera antes de reunirse en el comedor para cenar. Ambos eran expertos al camuflar sus emociones porque se aventuraba inimaginable una relación entre ellos o, porque, como en aquel momento, ocurría algún imprevisto que captaba la atención dejándoles unos instantes de sincero realismo.

Camille oyó la voz de Philippe en el vestíbulo, y no varió la postura un milímetro. Poco después, tras verlo aparecer en la biblioteca con un exceso de confianza y cierto ánimo beligerante contra Sam, guardó silencio sin dejar de cuestionarse el verdadero motivo de la inesperada visita. Aquello parecía un montaje, o una excusa con la única intención de interrumpir. Sin embargo, mientras contemplaba la pasividad de Sam, notaba cómo crecía su enfado a una velocidad tan pasmosa, tan rápida y peligrosa, que aceptó sin vacilar la invitación de ir a la bodega de los Béziers.

—No sabía que también aceptabas encargos… —Philippe sonrió cínico—, ni que estabas aquí…, si no, también te habría invitado.

—No creo que a Sam le interese la elaboración de tus vinos —dijo el marqués—, ya ha visto nuestra bodega…

Sonrió bromista.

—Tengo trabajo pendiente, no lo sientas; Camille será mejor compañía.

Ella lo observó impasible. Si pretendía verla ofendida, pensaba usar otra táctica.

—Hemos terminado por hoy —dijo poniéndose en pie entre un mar de suave gasa—.

Podemos irnos, Philippe. ¿Tengo que coger ropa para pasar la noche?

Justo terminó Camille de formular la pregunta, se arrepintió. ¿Por qué había sido tan impulsiva? No se atrevió a mirar a Sam.

—Sí, claro —afirmó el abogado tras dudar unos segundos, sonreía mientras se acercaba a la mesa.

—Todavía no hemos terminado —dijo Sam, sintiendo los dedos agarrotados al sujetar el pincel con una fuerza rabiosa.

—Tendrás que seguir sin nosotros —comentó el marqués rodeando la mesa—, ellos se van y yo tengo cosas que hacer… —Se acercó a él y le dio una palmada en el hombro—. No trabajes hasta demasiado tarde.

A Camille ni siquiera le salió una pobre sonrisa. Tenía los latidos del corazón desbocados. Pasó por delante de Sam como un alma a punto del juicio final controlando el impulso de lanzarse a sus brazos; de acariciarle el cálido rostro y, mirándole los mares, terminar esa tonta pelea y decirle cuánto sentía que fuesen las víctimas de la peor pesadilla de su abuelo.

Enfrascados en sus emociones, ninguno reparó en Philippe con los ojos clavados en el sello de oro que acababa de descubrir sobre el escritorio. Ese anillo le era muy familiar, el marqués siempre solía llevarlo en el dedo meñique. Creyó que aquel era su día de suerte. No solo Camille había aceptado su propuesta, sino que también con ese hallazgo inaudito podría tapar uno de sus múltiples agujeros económicos. Estiró la mano con disimulo, se hizo con el anillo y rápidamente lo guardó en el bolsillo de la americana.

Salió de allí sonriéndole a Sam en un alarde victorioso. Qué bien sentaba ganar de vez en cuando. Coincidió con Camille antes de que enfilase la escalera. Crecido, le recorrió el cuerpo entero con una mirada lasciva.

—Ese vestido te queda muy bien, me gusta.

Ella endureció el gesto.

—Espérame aquí.

—No tardes, quiero enseñarte muchas cosas.

Camille subió con urgencia, deseaba desaparecer con un chasquido de dedos. Incluso borrar los últimos diez minutos. La asaltaron un millón de dudas. ¿Por qué había tenido que decir nada sobre pasar la noche fuera? ¿Por qué si la bodega Béziers se encontraba bastante cerca, en la pequeña localidad de Charleval, y podía regresar esa misma noche sin mayores dificultades? Aún no había salido y ya estaba totalmente arrepentida de ese tonto escarmiento. ¿A quién pretendía engañar? Fue consciente de que no solo iba a infringirle a Sam un daño innecesario; ella tampoco lo pasaría bien y los dos se resentirían.

Al terminar de meter en una bolsa de viaje de piel negra algunas prendas de ropa, dos golpes secos en la puerta anunciaron a Margueritte Dumond.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó entrando sin apartar la mirada severa de unos ojos asombrados.

—No, gracias, ya lo tengo todo listo.

—¿Está segura, señorita? Estoy en la obligación de advertirle que Philippe…

—Sé lo que va a decirme… —Camille le tocó el brazo de manera amable—. Lo sé, que no es una persona de fiar.

—¿Por qué sale con él si lo sabe?

Camille enarcó una ceja. Esa salida le apetecía tanto como inmolarse a las puertas del infierno, pero la pregunta le resultó demasiado íntima para la relación cordial que mantenían.

—Es un amigo de la familia. En París quedamos alguna vez…

—¿Y Sam?

—Creo que se está excediendo, Margueritte —advirtió cambiando el tono.

—No, no lo hago, pero le pido disculpas si la he molestado.

—Me ha molestado, porque no comprendo a qué ha venido preguntarme por el señor O'Malley.

Margueritte levantó la mirada, oscura y burlona.

—Negar la verdad es peor que engañarse a uno mismo. Páselo bien si es lo que desea hacer.

La pequeña mujer salió de la habitación como un torbellino de energía. Durante unos

instantes Camille pensó en sus palabras. ¿Por qué se habría tomado la libertad de advertirle sobre Philippe? ¿Lealtad o profunda preocupación? Conocía al abogado, un narcisista de manual, ¿pero podía ser también peligroso? Se repitió que no. Además, tal y como le había dicho a Margueritte, era un amigo de la familia. ¿Qué podría hacerle?

Comprobó que llevaba el monedero, el móvil en el bolso de mano y cerró con cuidado la puerta del dormitorio. Cuando llegó al hall y vio la sonrisa de triunfo de Philippe estuvo a punto de volverse. Continuaba sin entender por qué se iba con alguien que le disgustaba en vez de quedarse e intentar arreglar las cosas con Sam.

En unos minutos las ruedas del BMW de Philippe empezaron a rodar despacio hacia el arco del castillo. Camille miraba al frente, no quería volver la vista a lo que dejaba atrás.

—No pensé que nos veríamos tan pronto —comentó ella cuando salieron a la carretera comarcal.

—Ni yo que te traerías al pintor —replicó cínico—, me dijiste que no teníais ningún asunto…

—Y no lo tenemos. ¿Habría aceptado tu invitación de tener algo con él?

—No lo sé… Tal vez no sea de dominio público…

—No tengo nada que ocultar, Philippe. Cuando lo creas conveniente, deja las ambigüedades para que no me arrepienta de haber aceptado tu invitación sin llegar a salir de Ansouis. Lo más apropiado sería hacerme agradable la estancia en tu casa. No lo eches al traste, por favor.

—Me gustaría saber si con él eres así de directa o si solo me reservas a mí tu versión más arisca…

—No quiero que me malinterpretes.

—¿Ahora vas de comedida, Camille? —preguntó con ironía—. Tenía otra opinión de ti… —agregó malicioso.

—Bastante equivocada por lo que veo…

Philippe optó por enseñarle sus cartas. A fin de cuentas, había sido testigo de la pasión que sentía por el pintor. Sonrió al decirle:

—Podemos pasarlo muy bien…

Tras observarlo un instante, Camille decidió parar esa farsa que solo le acarrearía problemas.

—Detén el coche, por favor. Las pocas ganas que tenía de estar contigo se han esfumado por arte de magia.

—Por aquí solo hay bosque, ¿no tendrás miedo?

Camille lo desafió con una mirada dura. ¿Miedo? Le tenía terror a perder a Sam. ¿Pero miedo a una carretera solitaria?

—Espero no volver a verte en mucho tiempo.

Esa fue la contundente despedida de ella.

Philippe calibró la situación. Para su orgullo era un varapalo significante, pero lo asumiría gracias a su buena suerte. Sacó el anillo del bolsillo, pasó unos segundos contemplándolo y se decidió por arriesgar. Tras una breve llamada telefónica, se perdonó a sí mismo. No tenía que rendirle pleitesía a nadie.

Camille no vaciló al caminar por el borde de la carretera a paso diligente con la bolsa en el hombro. Tenía por delante dos kilómetros de lo más tranquilos, propios para analizar el surrealismo de los últimos minutos. ¿De verdad había dejado a un hombre espectacular por ese personaje siniestro?

Iba absorta en su pequeño mundo de injusticias cuando distinguió una silueta conocida corriendo hacia ella. Pronto se vio ante Sam. Llevaba ropa deportiva, y eso la desconcertó bastante.

—¿Desde cuándo corres? —preguntó tras echarle un vistazo a las fornidas piernas.

—Desde que necesito desfogar. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Philippe?

—Demasiadas preguntas, no le doy explicaciones a simples conocidos.

En un arranque de dignidad, Camille continuó caminando. Sam se apostó a su lado.

—¿Ese gilipollas te ha dejado en mitad de la carretera? —Sam tenía una predisposición nula para justificaciones rebuscadas, y le dio unos segundos. Pero en vista de que Camille no le prestaba atención, alzó la voz—. ¡Dímelo! ¡Me he tenido que tragar que te fueses con ese tío! ¿Acaso no tienes un poco de compasión? Lo único que he hecho es tratar de no fingir, de ser

sincero… En cambio, tú que tanto abogabas por la sinceridad prefieres esperar al momento apropiado con tu abuelo; y no llega o puede que nunca llegue. No lo sé muy bien…

—El papel de víctima no te pega. Lo tuyo es la rudeza del pensamiento puro.

—A ti tampoco te pega el cinismo… Pero aquí estoy, soportando mi dosis porque eres una cabezona que no reconoce la verdad ni teniéndola a dos palmos de la cara.

—¿Te estás oyendo? Cualquiera diría que llevamos veinte años casados… Por Dios, ¿cómo puede haberte cambiado tanto una simple omisión?

—¿Simple? Si es tan simple, habla con tu abuelo. De lo contrario, ya hemos empezado a pagar los errores de los demás.

Con la rabia corriendo por sus venas al galope, Sam la dejó atrás sin pensárselo dos veces. Camille lo observó inmóvil hasta perderlo de vista en una curva. La solitaria carretera, con aquella liviana iluminación de la luna, bordeada por un bosque espeso y siniestro, no ofrecía seguridad alguna para pasear dándole vueltas a esa última discusión ni a la malicia de Philippe. Por todo, trató de caminar lo más rápido que pudo cargada con la bolsa.

Pasados unos minutos Camille sintió un tirón violento en el brazo. La desestabilizó por completo, y la bolsa de piel cayó como un saco de plomo a su lado.

—Como grites, te pincho —amenazó una voz ronca en francés.

Camille enmudeció. La fuerza del hombre sujetándola por detrás la hizo intuir un peligro real escalofriante.

—No llevo dinero —logró balbucear—, ¿qué quieres?

—Cállate y no hagas ruido.

El hombre le propinó empujones hasta internarla en el bosque. Camille estaba muerta de miedo. Sentía una presión afilada en la espalda, y no se atrevió a contradecir a aquel gigante que se cernía sobre ella y caminaba por la espesura con buena orientación.

El sonido de la hojarasca a sus pasos era un eco terrorífico. Pero se esfumó de golpe cuando el hombre se detuvo y, de forma brusca, la empujó contra el tronco de un viejo árbol. Ella creía que estaba a punto de violarla y se armó de valor, no sería una víctima pasiva sin presentar

batalla. Trató de zafarse propinándole puñetazos que parecían dar contra una sólida roca.

El hombre era una montaña, apenas se desequilibraba, y no demasiado joven por el traje oscuro que vestía. Empezó a zarandearla como si fuese un trapo asqueroso. Para callar los gritos de auxilio, le sujetó la cabeza con tanta fuerza que ella creyó iba a aplastársela.

Durante unos instantes eternos Camille pataleó con las fuerzas mermadas, hasta sentir menos presión en la cabeza. Fue cuando se revolvió y pudo darle un mordisco en el brazo. Eso avivó la cólera del hombre.

Sin miramientos, le clavó la afilada daga en el costado.

—Te lo has buscado —escupió.

Ella no sintió dolor, solo un breve pinchazo en la zona derecha. Luego, se llevó la mano al cuerpo y empezó a notar la sangre caliente. Eso la hizo entrar en pánico. No quería morir desangrada en aquel bosque solitario. La debilidad empezaba a doblegarla hacia delante mientras oía alejarse a su agresor. Poco después, caía de rodillas al húmedo manto de hojas antes de perder el conocimiento.

Sam, con la imagen del castillo elevándose sobre el pueblo, decidió esperar a Camille en la carretera. Ya estaba calmado. Durante ese rato había podido pensar en las consecuencias de ocultarle su relación al marqués. ¿De veras le importaba? Siendo honesto consigo mismo, no mantendría una relación estrecha con él porque su futuro estaba en la casa en medio de la nada de Irlanda. En consecuencia, ¿por qué no seguir la relación en secreto?

Media hora después empezó a impacientarse. Volvió a su encuentro corriendo, hasta acercarse al lugar donde la dejó. ¿Por qué no se había cruzado ya con ella? Aquello no era normal. De manera automática, le sobrevino un mal presentimiento.

Sacó el móvil y, tras encender la linterna, alumbró los árboles. De repente vio la bolsa de piel y, con las pulsaciones aceleradas, se acercó deprisa. Pero no halló rastro de Camille.

Desesperado, cedió al instinto primitivo y devastador de gritar.

—¡Camille! ¡¿Dónde estás?!

En el silencio de la noche oyó el crujir de unas hojas en el bosque. Sin dejar de gritar su

nombre, corrió hacia allí impulsado por un viento pendenciero. Tardó muy poco en encontrar el cuerpo inerte de Camille.

El corazón se le detuvo al ver el charco de sangre que tenía alrededor del costado derecho.

—Aguanta, Camille —exigió al taponarle la herida con la ropa. Rápidamente llamó a una ambulancia—. No te rindas… —rogó, percibiendo el débil pulso en su cuello—. Por favor, *mo shíorghrá*, no me dejes solo.

Capítulo 25

AL DÍA SIGUIENTE, después de una noche agotadora en el hospital, Camille estaba postrada en la cama de su dormitorio. Pese a sentirse contenta por no haber necesitado hospitalización tras una transfusión de sangre y la cirugía para cerrarle la herida, porque la lesión no había alcanzado ningún órgano, llevaba un buen rato saturada gracias a la desagradable, inoportuna y agotadora visita de Philippe.

No solo consideraba esa visita de mucho descaro tras las insinuaciones que la llevaron a abandonar el coche. También, porque Philippe para conseguir la privacidad de ese momento se había permitido cuestionar delante del marqués la presencia de Sam en el dormitorio. Y, encima, ni siquiera respetaba su deseo de descansar.

En un gesto elocuente de indiferencia, Camille volvió la cara hacia la ventana. Estaba cansada de escuchar la misma disculpa. Aquello parecía un disco rayado.

Volvió a mirar al abogado y bostezó de aburrimiento.

—Philippe, no te culpo de nada… —dijo en tono cansino.

—Fui demasiado lejos, perdóname, Camille.

—Si te lo repito por última vez, ¿te irás al fin?

La señora Dumond entró tras tocar con suavidad en la puerta.

—Señorita Camille, es la hora de su medicina.

Philippe no quería marcharse, no cuando aún percibía bastante enfado en el tono débil de ella, pero abusar tampoco le favorecería. Sin lugar a duda, lo más sensato era irse. Si no, pasaría por un maleducado. Y eso, molestaba mucho al marqués. Permitirse ofenderlo resultaría nefasto para el beneplácito que necesitaba obtener. Así culminaría un plan perfecto cuyo fin consistía en liquidar todas las deudas que no solo se le acumulaban, sino que también día tras día aumentaban por los intereses y añadían más desconfianza a su acreedor. Esto último podía resultar fatídico

para su propia integridad física; trataría de evitarlo a toda costa. En conclusión, salvarse solo dependía de Camille.

Tras despedirse ofreciéndose a acompañarla en otro momento, salió recordando la discusión con el primo de su madre, Romo, acerca del incidente en el bosque que había sobrepasado con creces el susto acordado entre ellos. Lo que debió ser una mera intimidación para su lucimiento en un rescate heroico, con el objetivo de cambiar la percepción de Camille sobre él, había terminado en un asalto peligroso gracias al carácter inestable de Romo. En la escaramuza también perdió el anillo que le dio como pago, después del enorme riesgo que él había corrido al sustraerlo de la biblioteca. Se repitió no dejar de nuevo sus planes en manos de un vulgar delincuente. Tampoco, por supuesto, improvisar empujado por la frustración. Solo le había llevado a perder: Camille seguía detestándolo y el anillo estaba desaparecido. A partir de ese instante se juró planificar, sopesar y ejecutar con frialdad todos sus movimientos; era la única salida del infierno.

En la cálida habitación entretanto, Camille necesitaba una tregua.

—Margueritte, podría decirle a mi abuelo que voy a descansar hasta la cena.

—No creo que le permita salir de la cama.

—Gracias por recordármelo —habló con cinismo—, que nadie me moleste, por favor.

Camille espiró con fuerza y se llevó la mano al vendaje al notar un fuerte dolor en los puntos de la herida.

Luego, al fin, pudo entristecerse sin miradas piadosas observándola. Contemplaba el rosetón del techo sin verlo, tratando de acordarse de cualquier detalle del asalto tal y como aquella misma mañana le había pedido el comisario de la gendarmería de Pertuis, viejo amigo del marqués, mientras le tomaba declaración ahí mismo.

El comisario y otro agente más joven le contaron que a pocos metros de donde ella cayó malherida encontraron un valioso sello de oro de su abuelo que, posiblemente, perdió el delincuente durante la huida. Ese hallazgo añadía una incógnita tan desconcertante como sombría.

El derrotismo la condujo directa a Sam. Si hubiese llegado cinco minutos después tal vez la habría encontrado desangrada. Le debía la vida. Pero ¿por qué, entonces, tenía la sensación de que se la perdonaba cuando estaban juntos? Pese a su diligencia, pese a no separarse de la cama desde que volvió del hospital, pese a la conversación ligera que le daba, pese a todo, en sus ojos brillaba algo similar a la decepción. Ella lo interpretaba así, y se hería creyendo que los astros estaban confabulados para separarlos cada vez que se encontraban. ¿Cómo no pensarlo?

A unos metros de ahí, en el jardín desde el que se divisaban los viñedos, Sam se mantenía sereno observando la puesta de sol mientras recordaba el breve interrogatorio al que lo había sometido un joven gendarme. Fueron no más de cuatro o cinco preguntas referidas a su presencia en el bosque. En cuanto sació su curiosidad de manera satisfactoria y quedó disponible por si les surgían nuevas dudas, lo dejó tranquilo recogiendo todo el material desperdigado en la biblioteca.

De manera sorpresiva, descubrió a Philippe de espaldas en uno de los parterres. Hablaba por teléfono. Sam buscó la protección de un arbusto para seguir ocultándose. Agudizó el oído al escuchar un francés coloquial rápido. Lo que le llevó a congratularse por la decisión que tomó en París. Su nivel aún no le permitía hablarlo de manera fluida, pero era un alumno aplicado y lo entendía bastante bien. Era su pequeño secreto para sorprender a Camille.

—Debería tener un poco más de fe en mí —dijo el abogado—, muy pronto me tendrá más respeto, se lo aseguro —comentó altivo. Sam trataba de no perderse nada, por alguna razón creía que escondía algo turbio—. Ha surgido un percance, pero no me retrasará mucho. Antes del verano todo quedará saldado, no se preocupe.

Sam concluyó que hablaba de dinero. Lo vio alejarse hacia el arco principal preguntándose qué pasaría antes del verano. ¿A qué venía esa dosis de excesiva confianza? La misma razón inexplicable que le llevó a espiarlo lo convenció de que tramaba algo involucrando a Camille. Era demasiado condescendiente con ella, manipulador, con un don especial para las interrupciones.

Tras coger el cuaderno de dibujo, llegó a la habitación de Camille sin encender la luz del

corredor. Ajeno a que la señora Dumond lo había visto y no pensaba prohibirle entrar; tenía la certeza total de que solo a él deseaba cerca.

Sam atravesó la estancia en penumbra pendiente del rostro pálido de Camille en lo que parecía un sueño relajado. Se sentó en el sofá orejero y cruzó las piernas con intención de acomodarse. Intuía una larga espera.

—¿No tienes otra cosa que hacer? —preguntó Camille al cabo de un rato, sin controlar un disgusto impulsivo al verlo como primera referencia cuando había sido la última en desaparecer de su cabeza antes de dormirse.

—No pretendía molestarte —dijo sosteniéndole la mirada combativa aun con los ojos adormilados—. Y no, no tengo otra cosa que hacer salvo vigilarte.

—Aquí no estoy en peligro, no te preocupes por mí más de lo necesario.

—¿Más de lo necesario sin despertar la curiosidad de tu abuelo?

—Entre otras cosas…

—No te fíes de Philippe —advirtió severo—, no es el buen tipo que tú crees.

—Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta —replicó, impotente al apreciar cómo él también había percibido la oscuridad del abogado—. ¿Querías decirme algo más?

Sam sonrió con amargura.

—Tantas cosas que no tengo suficiente vida. Si supieras cómo me sentí al verte en el bosque…, cómo siento el frío de mis miedos cuando pienso que puedes irte… —Negó con la cabeza—. No tengo vida, Camille, para decirte cómo me duele no tenerte cada mañana a mi lado…, hasta qué punto perdería la razón si no pudiera seguir amándote…

Ella, que lo había escuchado lidiando con unas inmensas ganas de llorar, suspiró profundamente. Haciendo un esfuerzo, retiró la sábana y le invitó a acompañarla. Él se puso en pie sin dejar de observarla, soltó el cuaderno en el sillón y, con mucho tiento, se tumbó a su lado.

Luego, con aquel liberador aroma rodeándole el cuerpo, Camille se sentía más ligera, menguaba el dolor físico de la herida y, encima, tenía la fortaleza que daba la tranquilidad.

—Nunca he pensado dejarte —dijo Camille sin apartar el oído del latido rítmico del corazón

de Sam—, no podría. Ni siquiera puedo vivir con tu indiferencia.

—Tal vez los dos nos estemos equivocando, ¿y si dejásemos las cosas fluir de manera natural? Cuando tu abuelo me conozca un poco se dará cuenta de la clase de hombre que soy… —habló sonriendo—. Pensemos que no hay amores imposibles, pensemos que el amor es imparable…

—El amor es imparable… —repitió ella con un ligero bostezo.

Sam le acarició con delicadeza el cabello.

—Desde que te miré a los ojos por primera vez, desde que nuestros caminos se cruzaron, supe que para mí había dejado de existir el tiempo… No tengo palabras para describir lo que siento por ti, pero soy consciente de que a partir de aquel instante solo he deseado abrazar mis sueños contigo —susurró y, tras una corta pausa, siguió hablándole como una caricia aterciopelada—. Al final de cada noche oscura amaneceré a tu lado, con la luz recuperaré el aliento, la paz, la inspiración, ahuyentaré mis temores, y seré más libre. Tú, mi principio y final, lo mejor, lo más sagrado…, toda mi eternidad.

Conmovida por la inesperada declaración, le dijo:

—Cuando quieres eres muy romántico, mi auténtico señor Rochester.

—¿Crees que soy una máquina? —preguntó con la satisfacción brillándole en las pupilas.

—No —reconoció ella, y le dio un beso en el cuello—, eres el hombre más sensible, el que tiene el corazón más grande, el más generoso, el más creativo, el más libre… Nada de máquina, eres lo más humano que he conocido.

Sam se apartó un poco, la ternura empezaba a convertirse en fuego insoportable.

—Intenta no provocarme, no soy de piedra.

—No te vayas; quiero que te quedes conmigo…

Capítulo 26

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Sam contemplaba el amanecer enredado en niebla de aquellos campos desde el ventanal del dormitorio. Hacía composiciones en su cabeza de las mezclas de tonos verdes mientras Camille le contaba la historia de amor de sus padres.

Después de escuchar cómo se fugaron, sin apartar la vista del ventanal, le habló:

—Tú eres la única víctima. —No se identificaba en el papel de desgraciado pintor, y no compadecía a Anne porque actuó libremente. Tampoco aprobaba el rechazo del marqués. Ninguno lo había hecho bien, incluidos los Cluzet—. De ti depende admitir un perdón con muchas obligaciones —agregó volviéndose para encarar sus ojos—, o admitir un perdón con la dignidad de alguien ultrajado. Te han privado de tus derechos desde que naciste. Impón ahora tus propias condiciones para aceptar la herencia que no has pedido.

—No te reconozco. ¿Qué has hecho con el anarquista que me enamoró?

—Ríete todo lo que quieras… La teoría es una cosa y la práctica otra muy diferente. Aceptas tu herencia, de acuerdo. ¿Pero eso implica no poder ser feliz? ¿Tu nuevo apellido significa inaccesible? Supongo que tu abuelo es consciente de estar en el siglo XXI, ¿no?

—Hablaré con él pronto, es una promesa.

—Ya te he dicho que lo tengo superado, ahora tienes que superarlo tú.

De repente, el marqués entró en el dormitorio con un ramo de flores silvestres en la mano. Miró un instante a Sam, pero al verlo distanciado de la cama lo transigió con estudiada corrección.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó enérgico, soltando las flores encima del escritorio.

—Mejor. ¿A qué debo tu visita a estas horas?

—Ha venido el comisario a devolverme el anillo —empezó diciendo, yendo hacia Sam—. No encuentran al tipo, seguramente estará ya lejos de aquí.

—¿Cómo? —exclamó Sam incrédulo—. ¿Qué clase de excusa es esa?

Los ojos de ambos cruzaron ráfagas acusatorias.

El marqués se contuvo por no resultar grosero, pensando que él precisamente podría haber evitado el asalto cuando coincidió con ella en la carretera. No entendía cómo siguió corriendo ni por qué después decidió volver a buscarla.

Y Sam, al percibir mucha hostilidad, se despidió de forma apresurada para salir del dormitorio sin perder el dominio de su maltrecha paciencia gracias a la ineficacia policial.

—¿Hay algo más que te hayan dicho los gendarmes?

Ese tono inquisitivo de Camille no dispersó una sospecha que atraía viejos fantasmas. Fijando la vista en el cuaderno que había en el sillón orejero, fue al grano:

—¿Qué hay entre vosotros?

Camille le sostuvo la mirada.

—Somos amigos.

El anciano empezó a hojear el cuaderno. Boceto tras boceto, la imagen de Camille estaba presente en todos. Había demasiadas escenas íntimas, capturas de instantes verdaderos como una risa espontánea o una mirada ausente.

—No me digas que solo sois amigos, Camille. No nací ayer.

Ella vio la oportunidad que buscaba y le contó una versión simplona de su relación, una que obviaba Irlanda por completo para empezar casi inocente y casual en París.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Te ha pedido que no lo hagas?

—No, al contrario. Está enfadado conmigo por no habértelo contado. Detesta las mentiras.

—Pensabas que me opondría, ¿verdad?

—¿No te opones?

—La cabeza me dice que no, el corazón no aprende —admitió con una sonrisa desganada.

—¿A cuál vas a hacerle caso?

—A estas alturas de la vida, ¿me serviría de algo traicionarme a mí mismo?

—Depende de lo que valores tener familia.

—¿Piensas abandonarme?

—No voy a renunciar a mi felicidad por ti. Soy lo que soy, lo acepto; pero tampoco me traicionaré a mí misma pagando los pecados de mis padres. Si estás dispuesto a aceptarlo como mi novio y te comprometes a tratarlo con respeto, todo seguirá igual entre nosotros. Pero si no lo haces, cuanto antes terminemos más indoloro será para todos.

—¿Es una amenaza, Camille? —preguntó altivo.

Ella sonrió con tristeza, meneando la cabeza.

—¿Por qué solo ves amenazas cuando únicamente te he planteado una condición de lo más razonable? Soy joven, sueño con un futuro al lado del hombre que quiero, ¿no es una pretensión lícita?

—En otra familia, con otros antecedentes… En la nuestra es la clase de relación que revuelve las entrañas, aunque uno no lo quiera.

—¿Lo intentarás al menos?

El marqués la observó con ternura. Por ella haría el esfuerzo, se lo debía por los años malgastados con los Cluzet.

—No te preocupes por eso ahora, solo descansa para recuperarte lo antes posible.

Camille no lo perdió de vista hasta que salió del dormitorio. ¿Qué había significado ese aire tolerante? ¿Acaso sus propios miedos la martirizaron con un rechazo imaginario?

El móvil logró tornarla a otra persona que la había decepcionado, Madeleine Cluzet.

—*Mimille, ¿de verdad estás bien?*

El tono de voz sonaba a preocupación real, muy diferente al desapego navideño y a su ausencia física cuando ambas habrían necesitado más apoyo mutuo. Después de tranquilizarla, Camille le preguntó:

—¿Por qué no vuelves? Aquí tienes tu casa y… estoy yo.

—*Ahora no puedo* —dijo después de un silencio doloroso, no podía decirle que el marqués se lo había prohibido, que ya no tenía casa y que, además, llevaba una pesada carga que solo lejos de ella podía acarrear sin ponerla en peligro—, *mi hermana aún está en tratamiento; me necesita*

más que tú.

—¿Quieres que vaya a veros cuando me recupere?

—*No* —exclamó de forma mecánica—, *tú tienes que centrarte en terminar la carrera* —agregó para convencerla sin sospechas—. *¿Cuándo vuelves a París?*

Camille suspiró antes de empezar a contarle sus planes, siempre sesgados, amables y sin mencionar a Sam. Notaba a Madeleine más cariñosa de lo normal. Tal vez se lo podía achacar a la distancia. O, tal vez, el miedo le había ablandado un poco el corazón. Como fuese, vio una rendija de esperanza y eso le agradó mucho.

—Señorita, disculpe —interrumpió Margueritte tras asomarse visiblemente avergonzada—, la señora Juliette está abajo. Ha venido a verla.

Sin tapar el micro del móvil, y ajena al cambio de expresión de Madeleine, que pasó del encanto a la rabia, dijo Camille:

—No quiero recibir visitas. Dile que no me encuentro bien.

—Ya se lo he dicho, pero insiste en verla.

Camille soltó un chasquido con la boca de fastidio, negando.

—Mamá, tengo que dejarte. Hablamos otro día.

—*Muy bien, y cuídate mucho* —añadió con lágrimas en los ojos.

Ni dos minutos después, sonreía a desgana tratando de aliviar la conciencia de Juliette Béziers. Parecía estar más consternada por la mala relación con Philippe que por el ataque en sí.

—Philippe es un buen hombre —dijo Camille sin ninguna intención de darle su verdadera opinión—, y nos llevamos bien…

—Eso es lo más importante para forjar una amistad duradera. Incluso te diría que es la base para algo más —habló sonriendo con sorna.

Camille la observó sopesando si aquel momento era el adecuado para sacarla de su error. Optó por cambiar de tema. Al menos, se reservaría a Sam hasta la completa aceptación de su abuelo.

—Me encanta tu traje —mintió—, ¿dónde lo has comprado?

Era demasiado recargado por los volantes que tenía la chaqueta en la cintura y en las solapas, por el color fucsia demasiado llamativo y doloroso para la vista.

El plan funcionó. A Juliette Béziers no se le podía tocar la moda. Se consideraba una experta y perdía la noción del tiempo sin reparar en cómo aburría escucharla. Cuando Camille estuvo al límite de sus fuerzas, no disimuló un bostezo.

—Juliette, necesito descansar, si no, las medicinas no me hacen efecto.

La mujer le lanzó una mirada condescendiente y, después de desearle una pronta recuperación, precipitó la ansiada despedida.

Aquella misma tarde Camille alternó episodios de somnolencia con ratos contemplativos y otros de reflexión. Estos últimos siempre asociados a cómo resistir y vencer en las batallas con su abuelo porque daba por hecho que le costaría aceptar la relación pese a su buen propósito de enmendar viejos errores.

A eso de las ocho, después de la ligera cena que Margueritte le llevó en una bandeja, estaba extrañada por no saber nada de Sam y le escribió un mensaje: «*Te quiero*». Durante unos minutos esperó alguna respuesta. Pero como no le llegó, y notaba el cuerpo resentido, terminó tomándose la medicación para dormir. Pronto cayó vencida por el agotamiento.

No sospechó que a medianoche él entraría en el dormitorio para volver al sillón y dibujarla mientras velaba por su tranquilidad, que en la quietud de la penumbra su lápiz se deslizaría sobre el papel con delicadeza para capturar cada detalle de su serena expresión y que incluso, a veces, a medida que las horas pasaban, contemplándola se permitiría perderse en sus propios sueños con ella.

Así, las noches se convertirían en un ritual sagrado para Sam, casi en un acto de devota adoración silenciosa. Luego, cuando otro amanecer teñiría el cielo de tonos rosados, guardaría celosamente sus dibujos, ocultándolos en secreto hasta verla despertar y retirarse con la satisfacción de haber sido el guardián de sus sueños.

Capítulo 27

UN POCO ANTES de las ocho Sam bajaba la escalera a paso rápido. Iba pensando en no dejarse intimidar por el marqués. Por el tono que había usado al invitarle a cenar en el Salón Azul supo que aquello no sería un encuentro amistoso. Decir que le había sorprendido esa llamada sería falso. La esperaba desde hacía un par de días, desde que Camille había tenido el valor de contarle la verdad sobre ellos. Sin lugar a duda pretendería recriminarle la relación con ella, y no tenía intención de consentirlo. Realizaba un trabajo por el que iba a pagarle generosamente, pero eso no le daba derecho a exigirle explicaciones de su vida privada. Rotundamente, no.

La amable presencia de François solo suavizó la tensión en la mesa unos fugaces instantes. En cuanto la señora Dumond sirvió la sopa y salió del salón, el marqués volvió a la expresión adusta que había adoptado con él tras el asalto del bosque.

—Cuando Joseph me devolvió el anillo —dijo refiriéndose a su amigo el comisario de la gendarmería—, también me contó algo inquietante… —Deslizó los ojos por François para acabar en Sam—. El anillo salió directamente de aquí. ¿Quién se lo podría haber dado a ese delincuente?

Sam, que le sostenía la mirada de forma dura, resolvió:

—Alguien que supiera dónde solía estar.

—Tú, por ejemplo —replicó de forma impulsiva, olvidando por completo la promesa que le había hecho a Camille—. Hiciste que me lo quitara para los posados…

—Porque me parecía demasiado ostentoso… ¿No lo había echado de menos?

—Es verdad, Mathieu, has tenido que estar sin verlo algunos días —comentó François apoyando sin tapujos a Sam.

—No. Lo perdí de vista después del último posado, cuando llegó Philippe invitando a Camille.

—Entonces ya tienes tu respuesta —razonó François—, Béziers no es de fiar.

—¿Cómo puedes pensar eso? Conocemos a su familia de toda la vida… ¿Para qué iba él a robarme el anillo?

—Porque tenga necesidades económicas, o para pagar la agresión de tu nieta.

Las miradas de Sam y el marqués coincidieron en el rostro del galerista.

—Tonterías, Philippe está loco por ella.

—Loco por ella no lo sé. —François torció la boca—. Lo que sí sé es que es un fanfarrón, Isabelle y yo lo hemos comentado muchas veces; un fanfarrón que vive por encima de sus posibilidades y además es un envidioso. Si es consciente de que no tiene nada que hacer con ella, ¿por qué no darle un escarmiento?

El marqués sopesó las palabras de su amigo durante unos segundos. Conocía su animadversión manifiesta hacia Philippe, también la de Isabelle porque en repetidas ocasiones ambos le habían advertido que no era trigo limpio. No obstante, ¿sería capaz de llegar tan lejos como venganza?

—Estás haciendo unas conjeturas demasiado peligrosas; Philippe nunca le haría daño a mi nieta.

—Ni nunca te robaría…

La voz irónica de François volvía a incidir en una posibilidad muy mezquina y deshonrosa para él.

—Lo más lógico es pensar que hay un ladrón en mi casa.

Sam trató de seguir en silencio, pero, al sentirse atacado, no pudo contenerse:

—¿Está insinuando que yo le he robado el anillo y que se lo he dado al delincuente que atacó a Camille? ¿Es eso?

—No insinúo nada; pero desde tu llegada mi nieta ha estado muy nerviosa… Tal vez vuestros intereses sean diferentes…

—¿Qué clase de intereses? —preguntó irritado—. Porque los intereses básicos los dos los tenemos claros, los compartimos, ¿o habla de intereses económicos? Porque, si habla de eso,

creo que soy el único hombre del que puede fiarse; no quiero su dinero ni nada material que no consiga con mi trabajo.

—Que es mucho de momento y con unas perspectivas extraordinarias —agregó François—. ¿Por qué iba Sam a robarte? Él ha salvado la vida de Camille; tenlo presente —advirtió con intención. Lo conocía bien, a esas alturas Sam era sospechoso de todo, el único; ya estaba obcecado con él.

—Porque mi nieta no quisiera hacer pública su relación, como una manera de presionarla.

—¿Presionarla? —Sam había arrugado la cara tras oírlo. ¿Desvariaba por la edad? Las noticias que Camille le había dado eran bien distintas—. ¿Desde cuándo Camille no quiere hacer pública nuestra relación? ¿No será usted quien no quiere que sea pública o que ni siquiera exista?

El marqués ardía en su propio infierno observándolo.

—Amplía tus horizontes, las apariencias suelen ser engañosas —aportó François con talante conciliador.

—Lo dudo —soltó sin cejar, mirándolo de forma terca—, mi nieta es el premio gordo para cualquier hombre sin escrúpulos.

—Basta —exclamó Sam—. No le aguanto más chorradas. —Se puso en pie—. Conocí a Camille en Dublín, cuando era una estudiante de literatura, no le pregunté cuánto dinero tenía ni ella me lo preguntó a mí porque para nosotros lo importante es estar juntos. ¿Comprende el significado? ¡Estar juntos! —repitió dando un golpe en la mesa—. ¿Cómo puede ni siquiera plantearse que he tenido algo que ver? ¿Sabe lo ofensivo que es para mí?

—No más de lo que supone para mí ver cómo otro don nadie intenta arrebatarme a mi familia.

—Mathieu, por favor —intervino François en tono firme—, no cometas el mismo error.

—Le he prometido a Camille que lo intentaría —reconoció sin deponer la beligerancia.

—Está claro que lo ha intentado con todas sus fuerzas —dijo Sam sarcástico—, tan claro como mi aguante hacia injusticias clasistas… Hasta aquí ha llegado nuestra colaboración.

—Sam, no tomes una decisión precipitada —dijo François esbozando una leve sonrisa—. Los

dos tenéis los nervios destrozados y habéis dicho cosas que no sentíais.

—Yo no he dicho nada que no fuese cierto y no le he faltado el respeto a nadie. —Sam sonó rotundo—. Mañana volveré a París, tengo trabajos mucho más gratificantes que este esperándome.

Sam salió del comedor en dirección al dormitorio de Camille, solo con una idea: desaparecer cuanto antes.

—Has sido demasiado duro, Mathieu —reprochó François quitándose las gafas—. Me has avergonzado delante de él. Sabes que aceptó este trabajo porque le pedí un favor personal.

El marqués no escuchaba, tenía otros pensamientos rondándole.

—Si como nos ha dicho, él y Camille se conocieron en Dublín, llevan muchos meses mintiéndonos. Ahora sí que no me fío de él.

—Deberías confiar más en tu nieta, Mathieu, y deberías, sobre todo, respetar su decisión. ¿Qué piensas conseguir acusando a Sam de algo tan sucio?

—Quien esté con Camille debe ser digno de ella.

—No encontrarás a nadie que te satisfaga, no lo encontraste para Anne ni lo encontrarás para ella.

François dejó la servilleta encima de la mesa.

—Te has dejado seducir por el encanto del Arte, y no te lo reprocho; pero sé que tengo razón.

—Volverás a arrepentirte, porque vuelves a estar equivocado.

François abandonó el comedor con intención de regresar a París, no soportaría de nuevo tanta obstinación absurda. Tras cerrar la puerta, no pudo presenciar cómo la rabia no perdonaba al corazón del marqués hasta derribarlo de un golpe fulminante.

Capítulo 28

CAMILLE INTUYÓ QUE se avecinaba tormenta nada más ver la mirada de Sam oscurecida por la furia. Se incorporó en la cama sin dejar de observar sus movimientos tensos al acercarse.

—¿Crees que soportarías viajar a París?

—¿Cuándo?

—Ahora —respondió en un tono bajo y ronco.

Ella tragó saliva. Desde luego había ocurrido algo terrible.

—Cuéntame qué ha pasado para que lo decida.

—No hay nada que decidir. ¿Vienes o no?

—Todavía no has terminado el cuadro.

—Camille —soltó con brusquedad—, me voy y no quiero irme solo. ¿Vienes o no? —repitió soberbio.

—¿Qué te ha dicho mi abuelo?

—No ha dicho, me ha acusado sin ninguna prueba. Ha puesto sus cartas boca arriba y yo me retiro. ¿Te vienes conmigo o te quedas con él? La decisión es tuya.

Camille no se movió durante un instante. En cuanto reaccionó, al tratar de dejar la cama, sintió una punzada en las costillas que le cortó la respiración.

—Dame un poco de tiempo —dijo con dificultad—. Hablaré con él…

—No, no hay nada de lo que hablar con él. Ni tú ni yo vamos a perder un minuto convenciendo a nadie de algo que no ha pasado. Me niego.

Sam le sujetó el codo para ayudarla a ponerse en pie.

—Suéltame, puedo sola.

—¿Qué te pasa ahora?

Camille se irguió a pesar del dolor, sus cuerpos quedaron a pocos centímetros, pudo sentir el

calor de Sam y la energía que le tensaba todos los músculos.

—Estás indignado y te comprendo —dijo en un tono suave—, pero huir no es la solución cuando podemos demostrar la verdad.

—¿Qué verdad? —exclamó—. Tu abuelo no creerá que sea inocente ni con todas las pruebas del mundo delante de las narices. ¿No entiendes que no ha superado lo que pasó con tus padres? Soy culpable porque soy pintor y estoy enamorado de ti. ¿Para qué vamos a perder el tiempo?

—Porque es la única familia que tengo y tú eres la familia que quiero tener; estoy en medio de los dos... ¿Por qué no me das la oportunidad de hablar con él?

—Camille, tienes una hora para tomar la decisión. Estaré en la puerta esperándote.

Sam no iba a admitir más concesiones. La observó con dureza, sin respirar, para amortiguar el golpe de unos ojos anegados por brillos de tristeza. No era el momento de caer hechizado en ese embrujo que podía elevarlo al cielo en una felicidad exultante ni tampoco el de detonar en un millón de relámpagos.

Consciente de que aquello pintaba muy mal, a Camille se le heló la sangre.

—No seas injusto con lo nuestro —murmuró tras sobreponerse de un escalofrío.

—Si no corres hacia mí, no hay nada entre nosotros —habló herido, consciente del infierno que le esperaba como ella no estuviera en la puerta.

—No es el momento de correr —insistió en un ruego—. Yo no soy capaz de plantearme dejarte, y sé que tú tampoco puedes hacerlo…

—Tienes razón, no puedo; pero prefiero vivir con mis demonios a vivir bajo el yugo de un tirano. Ahora, decide tú qué prefieres.

Salió antes de diluirse en la niebla que había rodeado los ojos grises de Camille. No miró atrás, no vio cómo los colores se desvanecían. De repente la oscuridad planeó sobre ella como una nube pesada, el dolor la doblegó de rodillas y los sonidos se convirtieron en rumores de letanías.

Sam llegaba en aquel momento a su dormitorio para recoger lo más rápido posible, ignorando el corrosivo silencio que se había extendido por el interior del castillo.

Todos fueron abatidos por un poder caprichoso, incomprensible y turbador.

Capítulo 29

UNA SEMANA MÁS tarde, en la biblioteca del castillo, Camille despidió al notario con dos cordiales besos en las mejillas. Después de varias horas de conversación, de tediosas explicaciones sobre trámites burocráticos, pronto sería legitimada como marquesa de Saint-Rémy con poder absoluto acerca de todas las decisiones referentes a la Casa. Sin embargo, no era ningún consuelo cuando lo único que habría deseado a su lado llevaba desaparecido desde el mismo momento en que la muerte arrastró al marqués. Esa muerte había decidido por ella y, sobre todo, le había impedido despedirse de los dos. Sabía por François que ambos discutieron, que hubo alguna acusación ignominiosa, reproches, mucha rabia y desencanto; cóctel perfecto para huir sin mirar atrás y para el rencor.

Esos pensamientos la ensimismaron en la tristeza.

La penumbra del atardecer recreaba una atmósfera íntima en aquel vetusto espacio mientras se sentía frágil ante otra sorpresa del destino.

Colocó el busto de jade frente a ella y le habló en un tono apagado:

—No sé si quiero todo esto, la responsabilidad me asusta…

Durante un rato lo observó como si esperase entablar una conversación. Luego lo devolvió a la esquina que le pertenecía y se puso a ordenar todos los documentos de la herencia. Tras colocarlos en una carpeta, los metió en el último cajón de la mesa.

Con la mirada ausente en la librería, repasó los viejos libros con tapas de cuero. Muchos tenían en los lomos relucientes letras doradas llenas de filigranas. Estaban organizados por idiomas y los había de todas las materias posibles: filosofía, como el de *Ética a Nicómaco* de Aristóteles o el *Discurso sobre el método* de René Descartes; de química en latín y francés antiguo; ediciones de clásicos de la literatura como *La Odisea* de Homero, *Don Quijote* de Miguel de Cervantes o *Las Mil y Una Noches*; de la historia de Roma, Grecia, Egipto, China o

Japón; de teología, astronomía o de medicina como *Los Cánones* de Avicena traducidos al latín, y de alquimia medieval como el *Speculum alchemiaede* de Roger Bacon o hasta uno de Jabir ibn Hayyan en persa que le arrancó una tibia sonrisa al suponer que solo estaba allí por su valor histórico.

Algo más animada, rodeó la mesa para acercarse a la librería. Deslizó los dedos por los lomos con una sutileza reverente, en algunos las letras ya no relucían o la piel estaba ajada. Llegó a la parte donde empezaban los escritos en inglés. Ahí estaban los románticos ingleses, Wordsworth, John Keats o Percy Bysshe Shelley entre otros, y se detuvo ante *The poetical works* de *lord* Byron, era una edición hecha en Nueva York en 1867. Lo sacó con cuidado y buscó en sus amarillentas páginas con ilustraciones *She walks in beauty*. Empezó a leer despacio como si fuese la primera vez que lo leía, como si no supiera que el poema sugería que la verdadera belleza se encontraba en la armonía entre los contrastes de la luz y la oscuridad. «Esa es la armonía que necesito ahora», se dijo de nuevo sumergida en el pesaroso tormento de sus duelos.

Después se fijó en las estanterías con relieves de flores de lis tallados, todos iguales seguían un ritmo geométrico constante. Todos. Hasta reparar en el estante intermedio, en el centro. Ahí una de las flores era una rosa. «Qué curioso», pensó. Intrigada, acarició esa talla palpándola a conciencia. La pieza central parecía un botón y lo presionó un poco más fuerte. De pronto, la pequeña pieza se hundió con un clic similar a un crujido. A continuación, todo el cuerpo central de la librería empezó a desplazarse despacio hacia delante apenas sin hacer ningún ruido. Quedó detrás un espacio libre que parecía conducir a una pequeña estancia secreta.

Camille abrió los ojos como platos, no salía de su perplejidad. Sin embargo, no vaciló al ir rápidamente a la puerta que daba al corredor para cerrarla con llave. A esas horas el personal del servicio doméstico ya había terminado su jornada, pero como la señora Dumond y Dominique eran internos siempre podían interrumpirla con cualquier imprevisto. Necesitaba preservar aquel reducto secreto de miradas curiosas. Si ni siquiera su abuelo se lo había desvelado, no sería ella quien lo hiciera sin saber qué ocultaba.

Volvió a la librería y, cautelosa, se asomó a la pequeña estancia. Era un rectángulo de no más

de seis metros cuadrados con una sutil luz rodeando el techo. Solo había dos grandes arcones de madera de estilo árabe con detalles metálicos e intrincadas tallas en las tapas, se veían bien cuidados. Dedicó unos instantes a observarlos, preguntándose de qué andadura habrían salido, ¿acaso alguno de sus ilustres antepasados viajó a tierras de medio oriente?

Dejó las cábalas sobre los arcones nada más abrir la primera tapa. De forma brusca sintió una punzada en el corazón. No podía apartar la vista del joyero femenino de piel oscura que había en el fondo. Solo había eso. Lo sacó con cuidado, fijándose en el nombre grabado en una tira de piel más clara: Anne Saunier-De Rosier.

El simple recuerdo de su madre la inquietó. Ahí estaba, en el rincón más secreto del hombre que no supo ni quiso entenderla. Con solemnidad abrió el joyero para quedarse inmóvil contemplando el brillo de alhajas de oro y piedras preciosas, gargantillas, pulseras, pendientes, anillos y broches. Sostuvo frente a ella un anillo de oro con un rubí cuadrado, se lo puso en el dedo índice de la mano izquierda y le gustó de inmediato.

Decidida, abrió el otro arcón. No esperaba encontrarlo lleno de objetos: libros, cajas de diferentes tamaños, dos lámparas pequeñas de cobre, una pila de sábanas y toallas nuevas con las iniciales de su madre bordadas, y varios vinilos de grupos de rock. Sonrió de ilusión al contemplar la portada tipo cómic de *L' aventurier* de Indochine, uno de sus grupos favoritos. Compartir gustos con ella le reportó un bienestar instantáneo, quizá como otro de los vínculos intangibles que las unían.

Durante un rato estuvo curioseando entre los discos. Luego descubrió tres marcos de plata con fotos antiguas. Una, de sus abuelos con Anne recién nacida; otra, de Anne de niña, con tres o cuatro años, en las rodillas del marqués; y, la más emotiva, hecha en el jardín del castillo, Anne adolescente con un físico muy parecido al suyo, apoyada en el hombro de su padre mientras él sonríe divertido.

En silencio, Camille lloró por ellos sintiendo una profunda pena por el sufrimiento que podrían haberse ahorrado si hubiesen sido menos obstinados en sus posturas.

Cerró ese arcón y, después de coger el joyero y los discos de Indochine, pulsó la pieza de la

estantería y esperó mientras se desplazaba hasta que la estancia volvió a quedar cerrada por completo.

Con las dos manos cargadas recorrió el pasillo a toda prisa y, cuando estaba a punto de llegar al vestíbulo, se encontró de frente con Margueritte Dumond y las dos chicas del servicio despidiéndose. Las saludó con una ligera inclinación de cabeza y se desvió hacia la escalera.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —preguntó Margueritte yendo tras ella cuando las chicas se marcharon. Brevemente, se fijó en lo que portaba. No escapó a su sagacidad el celo de Camille abrazando el joyero—. No es bueno que haga esfuerzos…

—Apenas me duele —respondió sincera—. Puedo con todo yo sola.

—No lo dudo, señora, pero todavía está convaleciente.

Camille esgrimió una sonrisa sin ganas al oír ese "señora" que conllevaba el título. Pretendió no prestar atención al eco de burla que creía distinguir, aunque le fastidiaba viniendo de ella. Tenía a Margueritte en alta estima. Lejos quedaba aquel respeto temeroso de su niñez.

—Gracias por recordármelo, señora Dumond. ¿A qué hora estará lista la cena?

A Margueritte le extrañó la pregunta por dos motivos, porque era temprano para cenar y porque últimamente había perdido el apetito por completo.

—Ya está lista. ¿Quiere que se la sirva ahora?

—No, pero puede retirarse por hoy.

—No es molestia servirle la cena.

—No he dicho que lo sea —replicó con frialdad—, sino que se retire hasta mañana porque no voy a necesitarla más.

—Señora, ¿tiene alguna queja sobre mí?

—No. ¿Y usted sobre mí?

La sonrisa cínica de la nueva marquesa indicaba desprecio, y la pequeña mujer lo digirió con el rictus petrificado. Había creído que se tenían mutua simpatía, pero ahí empezó a dudarlo.

—Si me disculpa, debo volver a la cocina —dijo antes de dar la vuelta para esfumarse.

Camille tardó muy poco en sentirse culpable. Se vio a sí misma comportándose como su

abuelo y eso no pretendía transigírselo de manera consciente. En cuanto dejó los discos encima de su cama y colocó el joyero en el escritorio, fue a la cocina a disculparse.

La mujer estaba quitándose el delantal cuando Camille entró. Dejó las manos suspendidas en la espalda sin dejar de observarla con atención.

Camille empezó a hablar con suavidad:

—Señora Dumond, siento haber sido demasiado brusca con usted, le pido disculpas; he tenido una semana muy difícil.

—No tiene por qué disculparse, señora, sé que no ha sido con mala intención —dijo amable, agradecida por un detalle que indicaba nobleza—. Comprendo perfectamente por lo que está pasando… —Sujetó el delantal entre las manos—, han sido dos golpes inesperados muy duros. Cualquiera en su situación estaría devastado. En cambio, usted se muestra fuerte y comprensiva con todos guardándose el dolor para su intimidad. Es admirable, señora, y no dude en contar conmigo si necesita aliviar la carga de su corazón. A veces, hablar ayuda a sentirnos mejor.

En ese justo instante, Camille apreció la ternura de alguien querido o de alguien que de verdad empatizaba con ella. Entendió que el "señora" no era incorrecto, que ella misma lo había malinterpretado quizá porque era la primera en no verse en ese nuevo papel.

—Háblеme de tú, por favor, no me respeta más tratándome de usted.

Margueritte tragó saliva, pensando en el marqués.

—Su abuelo era muy estricto con el trato.

—Él era él y yo soy yo. A partir de este momento usted y yo seremos formales, pero más cercanas, ¿le parece?

—¿Y… tú no vas a tutearme también?

—No me parece correcto por edad, pero sería lo adecuado para la cercanía que deseo en mi casa. —Camille le tendió la mano—. Tenemos un acuerdo.

A Margueritte el detalle le pareció prometedor. Creyó que por fin la Casa de Saint-Rémy tenía a la cabeza a alguien que la desanclaba de las estrictas normas del pasado.

Camille no vio oportuno contarle sus penas en ese momento. Solo se interesó por la familia

de la mujer, un único hijo con el que mantenía una relación diaria. Luego, tras insistirle con vehemencia, logró que se retirara para obtener la preciada soledad.

Ya en su dormitorio puso todas las joyas en la cama con delicadeza para contemplarlas detenidamente. Todas eran muy llamativas, algo alejadas de los gustos sencillos que había creído encajaban con la personalidad de su madre. Intuyó que las más anticuadas pudo heredarlas o serían regalos de su abuelo. Alzó una diadema de oro con dos sinuosas estelas de esmeraldas y diamantes y se la colocó en la cabeza. Durante unos segundos se recreó mirándose ante el espejo. Le encantó el aire mágico que le aportaba.

Estaba eclipsada por los brillos de las piedras preciosas cuando llamaron al portero electrónico. ¿Quién podría ser? Rápidamente la asaltaron unos nervios incontrolables. Con torpeza se quitó la diadema e intentó peinarse un poco. Salió del dormitorio sin dejar de pensar en encontrar a Sam.

Sin embargo, fue una tonta ilusión. En el vestíbulo solo estaba Margueritte. Con una mirada piadosa, le tendió el paquete que acababa de traer un mensajero. Por el tamaño y la forma podía intuirse el contenido: un cuadro. Y, cómo no, ambas tuvieron en mente a la misma persona.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Margueritte.

—No, esto es solo para mí. Puedes volver a tu habitación.

Margueritte sintió una pena infinita por ella.

—Sabes dónde encontrarme si me necesitas.

Camille parpadeó en un mudo agradecimiento.

Algo después, sentada en uno de los sillones de anticuario del Salón Azul, tenía enfrente una estampa de atmósfera serena que la transportó a días románticos vagando con Sam por París. La escena era magnética. No podía apartar la vista de una pareja medio camuflada en un camino de piedra escoltado por vistosas flores. Paseaban de la mano por el puente rojo del Jardín de Albert Kahn, de espaldas al atardecer, tal y como hicieron ellos.

Recordaba perfectamente aquella tarde, por eso creyó que eran ellos. Al menos ambos tenían ropas parecidas. Sumida en bellos recuerdos no vio la caída de la noche. Solo a Sam. Podía

sentirlo cerca murmurándole palabras cariñosas en gaélico, mirándola con la mezcla perfecta de deseo y admiración, sonriéndole por cualquier tontería, amándola en todo momento con la devoción de un hombre incapaz de esfumarse como humo en la niebla.

«¿Me echas de menos tanto como yo a ti?»

Tan pronto la honda pena del abandono apareció, sus ojos se anegaron de lágrimas. Después llegó la culpa por no haber sido sincera cuando estaban en París, cuando se contaban sus planes de futuro y no existía nada más que ellos. Si lo hubiese hecho, lo habría preparado para lidiar con su abuelo sin huidas dramáticas. Porque esa huida era lo peor. Incomparable a cualquier dolor físico; no se le acercaba a nada ni de lejos. La terrible puñalada del bosque solo sería una leve marca en el cuerpo mientras que vivir sin él la desangraba por dentro, silenciosamente.

¿Cómo superarlo? No encontraba respuesta, tampoco consuelo. ¿Cómo dejar de pensar en él si el mundo se había detenido? Su corazón, dentro de la ruinosa espiral del desamor, solo deseaba llorarlo con amargura. Pero su mente lógica, con la única finalidad de darle aquel equilibrio entre luz y sombras del que hablaba el poema de Byron, le exigía mantenerse ocupada para adaptarse a la soledad.

Pensando en el incierto futuro, decidió acabar el curso de la Sorbona. Pero a distancia; París no entraba en sus planes y sería territorio prohibido por un largo período. De manera distraída acariciaba el anillo de su madre. Entonces, de repente, supo lo que realmente deseaba hacer. Se dedicaría en cuerpo y alma a los viñedos. Con naturalidad, como si una ráfaga de brisa hubiese arrastrado la venda que le cubría los ojos o como si un fluir suave le hubiese indicado lo evidente entre lo cotidiano, la XX marquesa de Saint-Rémy hallaba en el *Château Lirac* la luz tras las sombras.

*****

A muchos kilómetros del sosegado castillo, cuando otro atardecer grisáceo entristecía la atmósfera, Sam se llenaba un vaso de agua en su apartamento de Montmartre. De nuevo había sentido la garganta seca por el exceso de whisky, su inestimable ayuda contra la insidiosa claridad de los amaneceres. Esa misma que convertía el jardín trasero en un espacio perturbador

gracias al machacón canto de los pájaros y al ensordecedor murmullo de turistas llegados en hordas para invadir a diario aquel pintoresco rincón parisino.

La mejor manera de no perderse en la hiriente realidad ni verse tentado a acabar con esa ridícula separación era entregarse a la pintura. Reparó en el bosquejo del interior de la Gran Mezquita, pero lo había dibujado tan rápido que apenas se reconocía autor de esos trazos. Terminó haciéndolo porque conocía bien su intención. La majestuosidad del diseño alejaría la mirada de su parte más íntima en la misma línea del cuadro que ya le había enviado a Camille. Se apartó un poco para tener mayor perspectiva, imaginando la cara de ella al verlo.

No era su intención molestarla. ¿Cómo osaría él, un pobre pintor, a tal cosa? Esos cuadros respondían a la necesidad de expresarle lo que había dejado escapar por no tener la valentía de posicionarse a su lado.

Con cierta languidez aspiró hondo por la nariz y sonrió un poco ufano. Tendría una buena impresión al primer golpe de vista. Sin embargo, después iría más allá hasta llegar directo a su corazón.

A pesar de los difíciles momentos que ella estaría atravesando, sabía de la muerte del marqués por François, buscaba una reacción: arrepentimiento; necesitaba un gesto por su parte, aunque fuese mínimo. Solo en un instante de debilidad se planteó acompañarla, pero recobrado el orgullo se dijo que él no era hipócrita ni lo sería con alguien tan injusto y dañino cuando su muerte a veces le parecía un guiño de la fortuna o incluso un poco de justicia poética.

Aun así, ella lo acaparaba todo hasta doblegarlo con algunos recuerdos que lo asaltaban en tromba. Como aquella espera durante horas en la puerta del castillo; el eco de unos ruegos partiéndole el alma o el triste brillo de los ojos que se le habían grabado en las retinas y lo perseguían como cazadores furtivos, sobre todo, mientras se refugiaba en el alcohol.

Tan veloz como un parpadeo le sobrevino la última conversación con el marqués y, de forma súbita, comenzó a enfadarse con la misma furia que lo invadió en el Salón Azul. Lugar al que llegó con intención de decirle que nada lo apartaría de Camille, el sitio de la tragedia. ¿Cómo se atrevió ese anciano pretencioso a acusarle de robarle? ¿Por qué clase de hombre lo tomó? Estas

preguntas le embotaban el cerebro como piedras taponando el cauce de un río.

Más tarde, alejó al marqués de sus pensamientos para volver a quien de verdad le atosigaba la conciencia. No le llevó demasiado lograr la aflicción total sin apenas darse cuenta, cuando trataba de analizar las cosas desde el punto de vista de ella y se cuestionó lo siguiente: ¿qué sentiría quedando abandonado, todavía convaleciente, y después de que le hubieran prometido amor eterno?

La respuesta le aumentó las pulsaciones.

Volvió a estar tentado de llamarla, sabedor de que ambos se habían visto sobrepasados por las circunstancias. Cogió el móvil y buscó en la memoria el contacto de ella: *Mo shíorghrá.* De manera involuntaria le temblaron las manos y cerró los párpados. El tiempo ya se había detenido para él. Tras un instante que le resultó infinito, soltó una bocanada de aire. «No perderé mi dignidad por nada ni nadie.», se gritó mentalmente antes de arrojar el móvil en la cama para terminar con otro impulso de debilidad.

Caía en contradicciones con una rapidez rabiosa. ¿Cómo volver a la vida si no era capaz de controlarse? ¿Cómo lograrlo entre grises desoladores, reviviendo el rostro de la traición de forma compulsiva? ¿Cómo podría cumplir con los compromisos de las exposiciones sin inspiración? Se respondió rápido: tenía suficiente material esbozado. Eso sí, debía ser rutinario trabajando todos los días y, siendo realista, alejado del alcohol que tanta evasión le proporcionaba.

Fue a la cristalera, la noche ya había vencido a la tarde en un silencio extraño, y alzó la mirada al cielo. No había estrellas. «Y quizá ya no las habrá nunca más en París.», se dijo. No apartó la vista durante el rato que las nubes serpentearon en una danza pausada, mientras soñó despierto que pronto en su amada Irlanda todo aquel dolor se desvanecería por completo.

Cuando la luna llena fue visible, decidió poner toda la distancia posible entre ellos. Entre primitivas montañas y verdes prados estaría a salvo de tortuosos recuerdos, obtendría su ansiada libertad refugiado en la idílica casa que pensaba construir y, al fin, sería el artista que siempre quiso ser.

Pobre iluso.

Capítulo 30

Londres, octubre de 2018

FRANÇOIS HUBERT OBSERVABA a Harvey Morgan, también reputado marchante y amigo desde tiempos inmemoriales cuando ambos empezaban en el mundo del Arte, mientras le contaba el motivo de esa visita. El inglés tenía el cabello completamente canoso y desordenado de tanto tocárselo; cejas espesas, nariz prominente y boca surcada por los desafíos y el tiempo. Permanecía en silencio, con la mirada de un azul intenso suspendida en reflexión.

—¿Sabes qué es lo que me inspira en la vida, amigo? —preguntó Harvey en cuanto François terminó de hablar—. Ver a los jóvenes enamorados y felices.

—Totalmente de acuerdo. Pero estos dos pretenden olvidarlo, y parecían tan felices juntos...

Harvey asintió con la cabeza.

—¿Cómo podríamos ayudarles?

—Invitándolos a una reunión en París para que se encuentren —comentó empujado por la ilusión. Al ver el ademán disconforme de Harvey, agregó—. Habría que engañarlos...

—Sin duda —afirmó, admirado por la sintonía que aún había entre ellos—; mi chico rara vez sale de Irlanda, y detesta París…

—Pues mi chica no solo reniega de París, sino que también ha renunciado al amor…

—Menudo par de idiotas…

Harvey sirvió dos vasos de whisky escocés, su preferido, y comenzó a trazar con François un plan irrechazable para las dos personas más tontas del mundo.

—Sería una oportunidad para que puedan hablar —dijo François, pensando en voz alta.

—Y si no, al menos, la oportunidad para cerrar esa parte de sus vidas.

—Estoy seguro de que podrán encontrar la manera de superar cualquier problema que hayan tenido.

—Entonces, no se hable más.

*****

La luz de un nuevo día se colaba sinuosa en el amplio estudio de Sam cuando volvió a echar una ojeada al cuadro. Se sentía exactamente como le gustaba sentirse antes de dar por finalizado un trabajo. Y con este cerraba la etapa de la decepción, el último de la serie especial que había pintado para Camille. Esa decepción durante dos años siempre aplacó el impulso de buscarla, y no sería más su penitencia.

Con el perro siguiéndole los pasos, llegó al dormitorio a cambiarse la ropa sucia. Cuando estaba terminando de vestirse en aquel espacio rústico, le llamó la atención la espesa niebla que se había formado en el prado. Desde la ventana observó el infinito vacío que tenía delante y, de nuevo, volvió a ensimismarse en sus recuerdos. Trató de que solo fuesen los buenos recuerdos, gracias a ellos se había mantenido a flote. Pero no era dueño de nada, menos de lo irracional, y terminó capturado por la melancolía y el misterio. ¿Qué habría tras la niebla?

El repentino y ruidoso sonido del móvil lo devolvió a la realidad. Supuso que le llamaría su madre, nadie más en su sano juicio o sin una razón de peso lo haría tan temprano, y durante unos segundos fue reacio a darse la vuelta. Al ver que era su marchante londinense, el legendario Harvey Morgan, vaciló un poco antes de responder. Debía estar bastante preocupado por la próxima exposición. Y no podría decirle que seguía yendo con retraso para no oír otro de sus sermones. Tampoco haría nada cuando le recordase en plan paternal la importancia de cumplir los plazos establecidos. Apreciaba mucho a Harvey y, sobre todo, le debía una gran parte de su éxito.

Tras unos minutos escuchando el parte meteorológico de París, Sam se acariciaba la tupida barba mientras pensaba en los estragos que el paso del tiempo hacía en las mentes. ¿Por qué aún no le había hablado de la exposición de Londres? ¿Qué le importaba el clima de París? No había vuelto, y no volvería por nada del mundo.

Sin embargo, durante la última parte de la conversación cambió de parecer. Harvey no solo se merecía su mayor respeto, sino también su apoyo incondicional ante una situación tan adversa.

*****

Aquel mismo sábado por la noche, Camille salía del dormitorio en pijama y con el cabello húmedo después de ducharse. No quiso perder el tiempo para terminar pronto con el papeleo que tenía pendiente. Se encaminó a la biblioteca repasando mentalmente los documentos de la bodega que necesitaba. Iba bajando los escalones cuando empezó a sonar su teléfono. Alarmada al ver que se trataba de François, y a esas horas solo podía suponer alguna mala noticia, se detuvo y lo saludó con miedo. En cuanto le oyó el tono jovial de siempre sintió un gran alivio.

Tras escucharlo entusiasmado durante unos minutos, le había contado que a finales de mes la bodega concursaría en uno de los premios más prestigiosos de enología, no pudo reprimir la confusión al preguntarle:

—¿Didier ha aceptado participar? ¿Por su cuenta? —habló molesta—. Lo vi ayer y no me comentó nada…

François entornó los ojos, recordando el hueso duro de roer que había sido Didier Vontoux.

—*Se le habrá olvidado. Tú céntrate en asistir.*

—¿No sería más lógico que me centrase en ganar? —preguntó irónica.

—*Eso lo harás, no lo dudo* —dijo con total seguridad—. *Bueno, cariño, tengo que dejarte; cuídate mucho.*

Camille permaneció en la escalera mirando la pantalla del móvil sin entender por qué la había llamado para darle una noticia que debería haber sabido ella antes que él. Siguió el camino hasta la biblioteca sin dejar de pensar en las palabras exactas que iba a decirle a Didier cuando lo viese el lunes en la bodega. Confiaba en él porque llevaba muchos años trabajando para su abuelo, pero no podía tomar decisiones en nombre de ella.

Algo después, y gracias a la ansiedad de tener que exponerse en público representando a la bodega en un evento tan importante, le daba vueltas al anillo de Anne con la mirada perdida en las estanterías. ¿Sería posible ganar para así tener el justo reconocimiento a todos sus sacrificios? Esos vinos se habían convertido en la inspiración de su vida, había aprendido a amar el arte de la viticultura con la misma pasión y el mismo compromiso que su abuelo, les había dedicado los últimos dos años con mucho menos esfuerzo del que imaginaba y, por supuesto, la habían

distraído cuando en sus horas bajas se arrepintió de no correr detrás de Sam y demostrarle cuánto lo amaba.

Sin pretenderlo, aquel día agotador, lo terminaría avivando los buenos recuerdos con él. Hasta admitir el dolor insoportable de lo efímero, de la caducidad, de lo que jamás volvería a sentir. Fue tan cruel consigo misma como rápida esquivando la insistencia de Margueritte ofreciéndole una cena ligera con la excusa recurrente de otro dolor de cabeza por la carga de trabajo.

Regresó al dormitorio con unas ganas terribles de acostarse. Pero, como solía sucederle, fue incapaz de ir a la cama sin fijarse en la hilera de cuadros que había bajo la ventana colocados en el suelo. No se planteaba colgarlos y los mantenía en el mismo orden que los había recibido.

Con la presencia de esos cuadros, que evocaba la ausencia de su autor, languidecía contemplándolos como una flor sin luz ni agua. Todos tenían el mismo tamaño, ochenta por sesenta centímetros, bastidores de madera sin enmarcar, y parecían pertenecer a una misma serie. El primero lo recibió a los pocos días de quedarse sola, el Jardín Japonés; en sus cumpleaños, la Gran Mezquita de París y el Jardín Medieval de Cluny; y cada seis meses le habían ido llegando: el museo Eugène Delacroix, la Iglesia de Saint Gervais, el parque des Buttes-Chaumont y el pasaje de l’Ancre; todos rincones donde estuvieron juntos, donde fueron felices, y en todos había parejas que le recordaban a ellos.

«¿Cuál será el próximo?» Se preguntó. Solo faltaban tres días para el dieciséis de octubre. Tristemente, sonrió al tratar de adivinarlo. «¿Con qué me sorprenderás al cumplir veintiséis años, Sam? ¿Cuál de nuestros rincones te sigue doliendo?»

Capítulo 31

AQUELLA MAÑANA OTOÑAL el cielo lucía nítido entre rosados y púrpuras creando una vista impresionante y tranquila. Los rayos de luz dorada iluminaban los árboles cubiertos de hojas amarillas, naranjas y rojas mientras Camille recorría el camino de la bodega ordenando sus ideas para la preparación del concurso. De manera repentina, el aire le trajo el olor a campo fresco acompañado de una sensación de nostalgia que la transportó de forma rápida a su infancia.

Por esos campos había paseado de la mano de su padre, aquel humilde contable que tanto la protegió de niña, el hombre que echaba de menos a pesar del dolor. Recordarlo la llevó a pensar en el escueto mensaje que había recibido de Madeleine para felicitarle el cumpleaños. Ni siquiera estaba decepcionada. Por desgracia, las verdaderas intenciones de la mujer que consideró su madre veintitrés años quedaron al descubierto después del funeral de su abuelo. Había empezado a sospechar antes, pero mantuvo un hilo de esperanza hasta que ella misma terminó de abrirle los ojos.

Casi con vergüenza recordó aquellos días tan complicados. Todo empezó al mes de ser legitimada marquesa de Saint-Rémy, cuando Madeleine apareció en el castillo con la excusa de apoyarla mientras se habituaba a la gestión de su nueva vida. No tuvo miramientos criticando al marqués, negando cualquier responsabilidad en el incumplimiento del contrato, o ahondando en sus puntos débiles: la timidez, la juventud que para ella iba unida a no causar respeto, o la falta de experiencia en el mundo de los negocios con el objetivo de crearle inseguridad. ¿O, tal vez, dependencia? Camille no llegaba a tenerlo claro. Solo tenía la absoluta certeza de haberle intuido egoísmo, interés y exigencias encubiertas de un afecto tan servicial como desesperante. Fue muy difícil aceptar de un trago todo el cariño negado en la niñez. No la creyó ni por un momento. Con aquel aire altivo dominante, Madeleine trató de hacerse con el control de su economía y manejar la casa como si aquello le perteneciera. Hasta que ella reunió el coraje necesario de enfrentarla

sin necesidad de una sola amenaza.

Madeleine comprendió de forma clara que ya no estaba ante la chica inexperta que había dejado apenas sin explicaciones y desentendiéndose por completo. Vio con perplejidad a una mujer joven, sí, serena pese a las trabas del destino, quizá afortunada a sus ojos solo por el valor económico de la herencia y muy contundente al exponerle las razones por las que debía mantenerse alejada de ella. La principal que Camille recordó en aquel momento: no quería personas tóxicas a su alrededor. Ni más ni menos.

Gracias a esa conversación que precipitó su regreso a Normandía a la semana de haber llegado, solo se comunicaban por teléfono y en ocasiones señaladas. Era casi un alivio tener la seguridad de que se mantendría mucho tiempo alejada de ella. Tal vez, para siempre.

Al llegar a la bodega, relegó a Madeleine al lugar que le correspondía: el olvido. Entró directa en busca de Didier. Los gruesos muros de piedra reflejaban una larga historia y el techo abovedado ayudaba a mantener la temperatura constante y fresca. Aspiró hondo el olor a humedad y madera característicos entre aquellas enormes barricas de roble. Siempre lo hacía.

En una de las salas de almacenaje, con hileras de barriles ordenados por tamaños, habían acondicionado un rincón como zona de catas. Era un espacio separado por un estante lleno de botellas, copas y pequeñas jarras, con una mesa larga para ocho personas y un práctico office con un fregadero hecho a medida en el hueco del muro. Ahí mismo encontró a Didier.

El hombre no la vio, estaba concentrado leyendo un papel. Camille aprovechó para observarlo con disimulado detenimiento. Tenía cuarenta y cinco años, bien llevados gracias a la regularidad del ejercicio físico; guapo, ojos oscuros profundos y expresivos, de mirada cautivadora que atraía la atención, con rasgos faciales definidos: mandíbula bien formada, pómulos marcados, nariz recta; y una sonrisa encantadora que lo hacía aún más atractivo. También solía vestir trajes de buena calidad y estilo clásico como una segunda piel que le otorgaba confianza y autoridad.

Tras un saludo más parco de lo habitual, Didier le dijo:

—Tenemos que hablar del concurso.

—Ya te dije ayer que no debiste aceptar sin mi consentimiento.

—Lo sé, y lo siento; pero sabes tan bien como yo que François no me dio opción.

—¿Trabajas para él o para mí? Las opciones las doy yo, Didier.

Los ojos oscuros del hombre quedaron suspendidos en los de ella con una mirada antipática.

—Te vendrá bien participar —habló cambiando la expresión, sonriendo un poco, podía soportar ese carácter altivo—. Además, es una ocasión perfecta para hacer nuevos negocios.

—No vamos a ir a hacer negocios, vamos a ganar.

—Por eso mismo no quiero que te rindas.

—¿Por qué piensas que voy a rendirme?

—No te gustan los actos públicos…

—No, pero puedo asistir a ellos sin que nadie sospeche si lo estoy pasando bien o mal.

—Estupendo, tú no permitas que las circunstancias adversas que has vivido no te dejen avanzar…

Extrañada por esas palabras condescendientes que se extralimitaban de lo profesional, le preguntó:

—¿Acaso no vengo todos los días a trabajar? ¿El negocio ha empeorado desde que lo gestiono yo?

—No, por supuesto.

—Entonces no vuelvas a insinuar que estoy anclada al pasado porque no es cierto. —Tras concederle unos segundos para asimilar el mensaje, preguntó—. ¿Qué posibilidades reales tenemos de ganar?

—Nunca habría aceptado de no estar seguro de nuestros vinos —afirmó rotundo. Según su criterio, en todos los aspectos esos vinos los había creado él—. Podemos arrasar, Camille. Tenemos los mejores vinos desde que la bodega existe —dijo sin reparo—. Llevaremos solo los de este año, pero serán suficiente para demostrar su excelencia.

—A los jueces se les convence en la cata, y no es precisamente mi especialidad —reconoció antes de soltar un suspiro.

—Puedo indicarte unas pautas —dijo cómodo en el papel de profesor—, pero solo te darán un poco de seguridad porque ya tienes los conocimientos del vino, los viñedos y además eres la marca ante el mundo.

Didier le mostró una sonrisa seductora. Ajeno a que ella era inmune a ese encanto difícil de ignorar.

—Gracias por la confianza —comentó amable—, aunque no te libras de la clase para guiar la cata.

En unos minutos, el hombre había servido dos copas de vino y esperaba atento mientras ella sostenía la copa en ángulo y observaba el color rojo intenso.

—Inclina la copa un poco más y observa la densidad, la viscosidad, las lágrimas que se forman en las paredes de la copa.

—Aprecio perfectamente la mourvèdre —dijo al acercarse la copa a la nariz para identificar los aromas a frutas rojas, especias y hierbas. Tomó un sorbo y dejó que el vino le cubriera la lengua y el paladar. Luego, observó la acidez, los taninos, el cuerpo y trató de identificar los sabores. Pasado un instante, solo pudo concluir lo siguiente—: El abuelo estaría muy orgulloso, Didier.

—Este es su gran legado.

Camille asintió, percibiendo el peso de la responsabilidad.

—Tenemos mucho trabajo por delante, empecemos.

Didier sonrió al observar la determinación en esos ojos grises. Los conocía bien, tenían el brillo acerado que proporciona la ilusión ante los retos. Disimuló su entusiasmo. Tiempo con ella era lo único que necesitaba, el resto vendría rodado. No podía acelerar las cosas ni renunciar a lo que tanto amaba. Después de muchos años dedicados a esa bodega a la sombra del marqués, Camille había aparecido para llevarse la gloria de sus hazañas y solo le quedó la opción de aceptarla como legítima heredera. En cambio, no renunciaba a la aspiración de dirigirla como recompensa a sus méritos. Que ella se hubiese puesto al frente del negocio tras la muerte del marqués solo le suponía un inciso. Tenía confianza en sí mismo, y la paciencia adecuada para

obtener el pago a su dedicación sin recurrir a métodos disuasorios. Pese a la diferencia de edad entre ellos, no cejaba en el intento de seducirla bajo la apariencia de un solícito amigo. De momento, ella nunca había respondido a sus insinuaciones; pero algún día lo haría. Estaba convencido.

Varias horas más tarde Camille se despidió de él y regresó al castillo, a su refugio de sólidas paredes y calma. Los rayos de sol formaban un halo geométrico en medio de la biblioteca, iluminando el paquete que la señora Dumond había dejado apoyado en una de las sillas.

Camille se acercó despacio. Abrió la caja de cartón con el abrecartas de plata del marqués y, decidida, desenvolvió el nuevo cuadro de Sam. Esta vez la había obsequiado con una perspectiva de Montmartre, de Villa Léandre. Se quedó absorta en la imagen de trazos inconfundibles. Pasearon juntos muchas veces por esa calle empedrada llena de edificios señoriales de inspiración británica. La gran diferencia con los demás era el estilo. En esos trazos algo abstractos Sam parecía recuperar su esencia o, como poco, ser él mismo. A través de ellos podía verse la evolución de un hombre lleno de contradicciones, igual que se intuía que elegía a conciencia las imágenes. Él sabía bien que todos aquellos rincones habían sido especiales para ellos y que los recordarían siempre. Pero ¿por qué seguía enviándoselos?

Camille no tenía respuesta.

Pensativa, cogió el cuadro y lo llevó a su dormitorio. Al traspasar la puerta, encendió la luz y contempló la sucesión bajo la ventana. El orden era importante. Lo colocó el último y empezó a repasarlos uno a uno. Por primera vez en mucho tiempo cada escena le parecía más y más remota.

Intentó recordar el timbre de voz de Sam, sin ningún éxito. No era capaz de escucharlo con nitidez. Aquel tono grave que un día le susurraba palabras de amor se había evaporado en confines sombríos. Eso la abrumó en melancolía, por la felicidad perdida, por las prodigiosas oportunidades que les había brindado el destino y desaprovecharon estúpidamente; por la soledad, por los logros que había alcanzado y no podía compartir con él.

Frente a esos cuadros que se colaban en lo profundo de su alma, fue consciente del inexorable

paso del tiempo, del práctico equilibrio entre olvido, remembranza y cura. Quiso creer que ella había pasado página. Solo él no la había olvidado. A fin de cuentas, era él quien se tomaba la molestia de dedicarle esos cuadros cuando debía estar bastante ocupado en vista de su éxito profesional en medio mundo.

«¿Por qué no me dice adiós?» Se preguntó. ¿No sería lo más razonable después de tanto silencio? Por más vueltas que le diera, por más que intentase entenderlo, no encontraba respuesta. ¿O sí y no era capaz de verbalizarla? Tal vez porque nadie puede negar una verdad incontestable, el poder de un amor atemporal o, tal vez, porque es imposible olvidar lo sublime. ¿Acaso ella lo había hecho? Acaso, si era honesta consigo misma, ¿había sido capaz de pasar un día sin pensar en él?

Capítulo 32

SAM SUPO QUE había llegado a París cuando el avión empezó a descender. Aquel pitido horrible en los oídos era por el cambio brusco de presión. Cerró los ojos. Estaba intentando armarse de valor para traicionarse a sí mismo por una buena causa. Harvey Morgan había empezado a ser su marchante desde que expuso por primera vez en la galería Hirondelles, él fue la única cosa positiva de esa etapa. Es lo que pensaba al recorrer el larguísimo pasillo hasta la salida.

Cogió un taxi y, tras darle al conductor la dirección del domicilio de Harvey, se dedicó a contemplar por la ventanilla perdido en sus pensamientos. Debía estar a la altura de las circunstancias, se repetía. Harvey era una figura muy importante en su vida, siempre con la palabra adecuada para incitarle a investigar nuevas técnicas y probarlas. Pese a los sermones, siempre tolerante con las demoras inevitables cuando la inspiración no llegaba. Y, pese a conocer que vivía como un fantasma entre proyectos de satisfacción efímera y contradicciones entre inmensos remordimientos y decepción, nunca había juzgado sus decisiones.

Las abarrotadas colonias de edificios cutres de los suburbios dejaron de sucederse al entrar en el centro. Pero no fue consciente hasta ver en la distancia la Torre Eiffel desde los Campos de Marte. Eso le puso nervioso de forma instantánea. El ático del marqués estaba ubicado muy cerca. ¿Por qué nunca le había preguntado a Harvey dónde tenía su domicilio parisino? Para su total desconsuelo, el piso quedaba tan solo a una calle de la avenida Emile Deschanel.

El ambiente apacible en aquella zona residencial de arquitectura impresionante rezumaba elegancia, el alto poder adquisitivo de sus moradores, y empezó a trastocarle los nervios. En cuanto se apeó del taxi tuvo que echar mano de mucha voluntad. Le costaba respirar el aire húmedo, de un olor rancio por el insistente otoño que había bajado las temperaturas a mínimos históricos, y, sobre todo, le sobrecogía la rapidez del estúpido latido de su corazón. ¿Por qué aún le seguía afectando tanto? ¿Por qué aún no había podido olvidarla?

Compuso una expresión amable delante de Harvey, aunque no le costó demasiado al ver el

buen aspecto de su rostro. Nadie pensaría que tenía los días contados. Sam se interesó por el avance del cáncer de próstata en estado terminal que le habían diagnosticado de manera fortuita en un reconocimiento rutinario.

—¿A qué hora tienes la cita mañana? —preguntó Sam, sentado en un cómodo sofá situado junto a un ventanal enorme.

Harvey contuvo bien la sorpresa al dejarse caer a su lado como si realmente estuviese cansado.

—No te preocupes ahora por eso —dijo con desparpajo—. Prefiero que me acompañes esta noche a un evento muy importante.

—¿Evento? No creo que sea bueno para ti, Harvey, con todos mis respetos…

—No voy a privarme de nada, acéptalo.

—Lo acepto, pero después no vengas con lamentos…

—No te he obligado a venir —habló impostando severidad—, y puedes irte cuando quieras, eres libre.

—Harvey, tengo conciencia.

—No estoy muy seguro… —rezongó, y echó un rápido vistazo alrededor—. ¿Te apetece un café? ¿Un té?

Sam, al notarlo nervioso, preguntó:

—¿Cómo estás de verdad?

Harvey se puso en pie con una agilidad que asombró a Sam, no era apropiada para ese cuerpo cargado de sobrepeso.

—Luchando a diario —respondió evasivo sin mirarlo a la cara—, cuando vayamos al médico que te cuente todo lo que quieras saber.

—¿Y por qué me da la impresión de que estás inquieto?

—Eres muy perspicaz. —Se volvió dedicándole una sonrisa divertida—. Lo estoy, aunque no por lo que tú crees. Es por el evento. Unos amigos se juegan mucho esta noche.

—¿Qué amigos? ¿Los conozco?

—No creo.

Cortó la conexión visual; no podía mentirle con tanto descaro porque, a pesar de todo, tenía un límite. Ese hombre solitario sin engreimientos, sin esperanza, estaba a punto de tener la posibilidad de cambiar el rumbo de su vida gracias a que él, “su amigo”, había conspirado a sus espaldas convencido de que únicamente volvería a ser él mismo reencontrando, o enfrentándose, a la mujer que tenía clavada en el alma.

*****

Unas horas más tarde, Camille estaba en el aseo del hotel Intercontinental mirándose en el espejo. No podía creer lo que había sucedido. Siempre soñó que podía pasar, ¿pero ganar a la primera? La estaban esperando para entregarle el premio: medalla de oro al mejor vino. Centrada en el fulgor de las esmeraldas de sus pendientes, espiró despacio. Luego alzó la barbilla, repasó rápido el vestido entallado beige, se le ajustaba como un guante al cuerpo, y salió repitiendo mentalmente todo lo que quería decir en el discurso.

El murmullo de voces guio sus decididos pasos al salón de recepciones. La solemnidad del acto era acorde al estilo clásico de aquel espacio: techo con molduras, moqueta y mármol en los suelos, ventanales con pesadas cortinas de terciopelo y una multitud de mesas redondas y altas rodeadas por selectos invitados que, tras probar todos los vinos, más de trescientos entre treinta y tres países, habían elegido el suyo como el mejor.

Con más aplomo del que esperaba, recogió el premio de manos del presidente de la Asociación de Enólogos de Francia. Era un húngaro atractivo cuyo nombre fue incapaz de recordar. Solo estaba enfocada en armarse de valor para no fallar.

En cuanto se acercó al micrófono, empezó a hablar con claridad:

—Queridos amigos y colegas de la industria del vino… —Camille hizo una breve pausa sonriendo con encanto—. Es un gran honor estar aquí hoy y aceptar este premio al mejor vino. Quiero agradecer al jurado el reconocimiento a nuestro trabajo y pasión en la producción de vinos de calidad. Mi más sincera gratitud a todas las personas de nuestra bodega que han contribuido a este logro, desde nuestros viticultores hasta cada miembro del equipo de

producción, todos han trabajado arduamente para elaborar vinos excepcionales que reflejan el terroir único de nuestra región. También quiero agradecer a nuestros distribuidores y clientes la confianza en nuestra marca y productos… —De pronto, descubrió una silueta familiar. Tenía un brillo de estrellas en los ojos capaz de paralizarla como el peor veneno. Trató de fijarse mejor, pero aquel brillo había desaparecido. Se encomió a continuar sin distracciones absurdas—. Este premio no solo reconoce la calidad de nuestro vino, sino también nuestra dedicación y compromiso con la excelencia en todas las etapas del proceso de producción. —Tras otra breve pausa siguió hablando—. Continuaremos trabajando incansablemente para superar nuestras expectativas... Una vez más, gracias por este premio y por compartir nuestra pasión por el vino con el mundo. ¡Salud a todos!

Sonriente, alzó el premio, no pesaba mucho aquella escultura moderna de cristal con forma de círculo y un racimo de uva grabado en letras doradas, y enfocó la mirada en François e Isabelle, cariñosos, incondicionales a todas sus decisiones. Vio a su lado a Philippe y lo saludó con un ligero parpadeo. No confiaba en él, continuaba insistiendo en algo que nunca iba a suceder, pero lo transigía porque era habitual, tal y como en ese preciso momento, que se escudara en su madre y en la excelente relación que ambas mantenían desde la muerte del marqués.

Juliette se había convertido en un apoyo casi maternal en sus numerosas visitas al castillo, incluso le devolvió algunos vestidos de su madre que guardaba desde los tiempos en que las dos eran amigas, y se emocionaron juntas cuando le contó anécdotas de su juventud que solo ella conocía. También, creía que a veces exageraba o dramatizaba porque había distorsionado un poco la realidad. Pero no podía negarle el apoyo. Tampoco, que después de la inesperada muerte de Roger Béziers había sido recíproco. Las pérdidas repentinas y la soledad las unieron, sin duda.

El sonido de los aplausos cesó cuando Camille empezó a bajar del escenario. Un poco desorientada en medio del tumulto, se encaminó a la mesa de François. De repente la rodearon varios fotógrafos, y con cortesía posó para ellos. Aunque las luces de los flashes la cegaban, sonreía amable. Cuando acabaron, se despidió de manera respetuosa y reanudó el camino hacia

la mesa.

Al avanzar, un súbito ataque de inseguridad frenó sus decididos pasos. No entendía nada después de salir airosa del discurso y el posado. «¿Qué me pasa ahora?» Lo entendió pronto. Solo necesitó un leve roce en la espalda, el calor, el aroma que ya le había envuelto los sentidos.

Nadando en aguas turbulentas, se giró para encarar al mayor error de su vida.

—Hola —saludó Sam después de un silencio abrumador, después de llevar un rato oscilando entre incomprensión y felicidad tenía el grato placer de poder recrearse en una belleza natural, sin artificios, serena como una estrella alumbrando la noche—, ¿cómo estás?

Camille ni siquiera pudo respirar al escucharlo. Estaba paralizada delante de la soberbia recreada en un rostro injustamente bien tratado por el tiempo. ¿Por qué le parecía más atractivo con aquella barba de explorador?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

Sam torció una sonrisa ligera ante ese formalismo puramente cortés.

—Nervioso y fascinado. ¿Cómo has estado estos dos años? —preguntó sin rodeos.

Ella alzó las cejas con perplejidad. Luego trató de camuflar el dolor tras un tono indiferente:

—No sé por dónde empezar, han pasado tantas cosas estos dos años…

—Sé que han pasado muchas cosas, pero ya que hemos coincidido deberíamos intentar hablar sobre lo que sucedió.

—Prefiero no hablar del pasado. ¿Qué haces aquí?

Sam soltó un suspiro, observándola con atención. Altiva, como una diosa sin conciencia de la admiración que generaba; clásica por lo comedido de sus movimientos; sensual, de voz educadísima, y delicada como una flor de fragancia cautivadora. Dejar de contemplarla era un reto insufrible en aquel momento.

—No sé por qué estoy aquí, te lo juro; solo sé que siento mucho todo lo que pasó, por lo que te hice pasar —rectificó con tono bajo, verbalizando por primera vez su arrepentimiento—. No fue justo para ti...

—Gracias por reconocer que fuiste tú el que acabó nuestra relación. Y, sí, fue muy injusto

para mí, pero pude seguir adelante con mi vida —habló afectada, ni se molestó en ocultar la rabia —. No fue fácil, al contrario… Y no quiero volver atrás.

—Para mí tampoco ha sido fácil… Solo espero que...

—No tienes derecho a esperar nada, Sam —cortó sin titubear—. Cuídate.

Camille dio la vuelta, pero Sam no le permitió alejarse. La sujetó del brazo y, con un suave tirón, volvió a acercarla a él.

—Deberíamos hablar —susurró muy cerca de ella, tanto que le rozó el lóbulo de la oreja—, que hayamos coincidido de nuevo es una señal para resolver el pasado.

—Te has vuelto muy locuaz ahora. ¿Por qué no lo has sido estos dos años?

Camille se retiró un mechón de pelo de la cara sin darse cuenta de que Sam había seguido el recorrido de su mano con verdadero interés. Sobre todo, le llamó la atención la imponente esmeralda rodeada por un círculo de brillantes que lucía en el dedo anular. Esa sortija atrajo una pregunta lógica:

—¿Tienes pareja?

—¿Disculpa? —habló cortante—. ¿Cómo tienes la osadía de preguntarme si tengo pareja? Creía que el tiempo te había tratado bien; sin embargo, ahora pienso que te ha vuelto completamente loco. Adiós.

De nuevo, Sam atajó la huida reaccionando con rapidez. Le sujetó la mano y la condujo a la zona menos iluminada del salón. Aunque en aquel ambiente distendido nadie reparaba en ellos, para la conversación que pretendía lo más acertado era evitar miradas curiosas.

—Dime si estás comprometida con alguien —exigió dulcificando el tono. La conocía bien, o actuaba comidiéndose o no habría oportunidad de enmendar errores—. Es lo único que puede despedirme de ti para siempre.

—No es cierto. Tú no necesitas mucho para huir.

Sam se inclinó hacia delante sin amilanarse por una mirada hostil.

—Yo no he dejado de amarte…, pero si estás…

No pudo continuar, un nudo en la garganta se lo impidió.

Parecía tan atormentado, que Camille, cuya primera idea fue no contarle nada, se sintió mal. Embargada de una compasión que habría preferido aborrecer, decidió ser honesta:

—No tengo pareja; pero es tarde para nosotros…

La mirada de Sam cambió de inmediato. Ella contra todo el frío desolador, un ardiente aleteo, tempestad, calma, el equilibrio de su genialidad.

—Si nuestros sentimientos hubiesen cambiado estaría de acuerdo contigo, pero me temo que siguen intactos… —Acercó los labios y la besó despacio con la ternura de alguien vencido por el amor. Al sentirse bien aceptado, tuvo la necesidad vital de redimirse. Vivir en el infierno lo empujó a desear de nuevo el cielo. Debía volver con ella por todos los medios—. Sé que las cosas han sido difíciles… —murmuró—, pero estoy dispuesto a intentarlo si tú también lo estás.

—¿Un beso después de dos años y todo perdonado? —preguntó, apartándose para recobrar una distancia física suficiente o menos traicionera—. Me dejaste, Sam. Me dejaste cuando más te necesitaba, te he maldecido, te he odiado…, pero te he sobrevivido, tengo el control total de mi vida; no te necesito y, por supuesto, no estoy dispuesta a intentar nada contigo. Lo nuestro terminó el mismo día que murió mi abuelo.

—Siento mucho tu pérdida.

—No seas hipócrita. Si la hubieses sentido, habrías vuelto.

Sam advirtió el profundo rencor.

—¿Se descubrió al ladrón?

Sus miradas coincidieron en un silencio denso.

—Yo no soy responsable de las acusaciones ni de los actos de los demás. Ahora, déjame seguir mi camino.

—Como desee, su excelencia; te sienta bien el título —agregó con intención.

—Si piensas que he cambiado por el título, estás muy equivocado, he cambiado porque ahora soy una mujer que sabe lo que quiere y lo que no.

—Y yo soy lo que no quieres…

Sam sonrió con malicia.

—Al fin lo has captado.

En la contienda particular que se traían entre manos, ninguno vio venir a los Béziers ni a François dándole el brazo con gentileza a Isabelle.

—Sam —exclamó François con una efusiva palmada en el hombro—, qué sorpresa encontrarte aquí. ¿Has felicitado a Camille por el premio?

—Sí, claro —respondió cuando se sobrepuso de la impresión—. Un placer verlos a todos —dijo ofreciéndole la mano a Isabelle y a Juliette, con Philippe se limitó a saludarle moviendo la cabeza.

—¿Has venido con Harvey? —preguntó François. Al recibir una respuesta afirmativa, dijo—. Pues voy a buscarlo. Vamos a celebrar el triunfo con una cena en casa.

—Es mejor que no le digas nada. —Sam supuso que el inglés estaría cansado. Por ser discreto, se inclinó en el oído del anciano—. Debemos evitarle las tentaciones hasta que empiece el tratamiento.

—¿Tratamiento?

François no supo camuflar un repentino estupor. La mesura y Harvey eran agua y aceite.

—Que te lo cuente él —dijo Sam.

Había percibido algo raro en las pupilas del hombre, algo parecido al asombro que lo llevó a desconfiar de esa coincidencia prodigiosa. Aun así, no tuvo intención de entrometerse en la intimidad de su amigo.

—Voy a buscarlo —resolvió François para escabullirse antes de meter la pata. No sabía qué habría inventado Harvey, dejó la patraña a su libre albedrío; y quizá hubiese sido más sensato ponerle algún límite—. Isabelle, ¿me acompañas?

La encantadora señora le mostró una dentadura blanca reluciente y tomó el brazo que le ofrecía.

—Cuánto tiempo, Sam —dijo Philippe en tono amistoso, ajeno a que proyectaba lo contrario —, ¿cómo te va el negocio?

La mirada despectiva del pintor fue intolerable para el abogado, que congeló una sonrisa

apretando la boca.

—François aprecia mucho tu arte —comentó Juliette para reconducir la conversación y evitar la energía negativa que circulaba entre ellos—. ¿Tienes prevista alguna exposición en París?

—No. Tengo obras expuestas en varias galerías de Irlanda, el Reino Unido y en galerías de los circuitos internacionales, actualmente en Nueva York, Copenhague, Barcelona y Tokio.

—Guau… —exclamó Philippe levantando la copa de champán que sostenía en la mano—, eres un triunfador. Quizá te he subestimado —añadió cínico.

—No lo dudes, no tienes ni idea de la clase de hombre que soy.

—Algo sí sé. —Philippe sonó prepotente—. Vives en Irlanda.

Sam pilló la indirecta, y se mantuvo firme contemplando una sonrisa vanidosa que no iba a hacerle caer en la bajeza de pelear en público.

—¿Te ha gustado el último cuadro? —preguntó Sam desviando la mirada hacia Camille.

Ella le dirigió una sonrisa cálida y, pretendiendo finalizar aquella estúpida reunión, habló de manera estudiada:

—Ha sido toda una sorpresa verte, Sam. Juliette, Philippe, nos vemos en casa de François. Voy a buscar a Didier.

Sin vacilar, Camille se alejó a un espacio más seguro para su débil voluntad. Por desgracia para ella, cuando había enfilado el hall del hotel, sintió un tirón en la mano que puso del revés su meticuloso mundo. Sam la ocultó tras una de las anchas columnas que formaban una galería entre el mostrador de recepción y el patio que había en el centro del edificio.

—*Póg mé, a ghrá*[3]—susurró Sam, respirando la tóxica fragancia del deseo—, no sabes el infierno que he vivido sin ti.

Camille empezaba a fundirse, pero aún mantenía un poco de cordura.

—No puedes aparecer así. No te lo permito.

Sam se apartó despacio.

—Lo que no puedo hacer es irme sin intentarlo.

—Sí puedes, ya te he dicho que no quiero intentar nada. No insistas más, por favor. ¿Por qué lo haces? ¿Es tu manera de torturarme?

Sam estaba tan atento a sus ojos que advirtió con rapidez el paso de la furia al dolor.

—Te he pintado de memoria todos los días desde que me fui, todos los infames días de mi vida te dedico varias horas —reconoció con el gesto adusto—, porque no puedo olvidarte… Tengo tus rasgos y todas tus expresiones bien guardadas en lo más profundo del alma…, son lo único que me quedaba de ti, hasta hoy… ¿Sabes cuánto y de qué forma me he negado a volver? He rechazado ofertas astronómicas por evitar la más remota posibilidad de coincidir contigo, ¿y qué he conseguido? Encontrarte nada más bajar la guardia. ¿Por qué no quieres verlo?

—¿Qué? —preguntó irritada, elevando la voz más de lo que habría pretendido—. Hace dos años dejaste de importarme. No pienso hacer como si nada hubiese pasado entre nosotros, porque sí ha pasado, Sam. Sí pasó, aunque para ti no haya sido lo suficientemente significante. Si lo hubiese sido, no podrías mirarme a la cara como si de verdad te alegraras de verme.

—No me he alegrado de verte, he estado a punto de morir… Y sé que estás mintiendo al decir que dejé de importarte. Mientes —recalcó acercándose con peligro a sus labios—. Estás demasiado dolida conmigo.

—Decepcionada —matizó de manera maquinal.

—Lo que quieras… Pero danos la oportunidad de hablar, te lo suplico, *mo shíorghrá*…

—Cállate —habló enfadada, esas palabras aún asestaban puñaladas en su corazón malherido.

—Mírame a los ojos y dime que no quieres verme más; me iré para siempre. Lo prometo.

—¿Ahora mirarte a los ojos va a lograr que te quedes o te vayas?

—No es el momento del sarcasmo, Camille. Hemos perdido mucho tiempo, pero podemos recuperarlo, ¿por qué no olvidas por un momento tu orgullo y lo intentas?

—Lo único que me ha mantenido a flote ha sido ese orgullo que tanto te molesta, yo decidiré si lo uso o no.

—Tus palabras contradicen tu cuerpo, ¿por qué lo niegas?

Sam le rodeó la cintura con brazos firmes, una paloma entre la envergadura de un águila

imperial.

—No niego nada. Pero me niego a retomar nada contigo. No quiero volver a sufrir por nadie.

—No volveremos a sufrir.

Camille movió la cabeza. Sopesaba cómo ignorarlo y desaparecer antes de besarlo con la desesperación que sentía al tenerlo tan cerca.

—No lo haremos, Sam —habló en tono neutro sin matices que pudieran confundirle—, porque nunca volverá a existir un nosotros.

—Si no tenemos futuro, siempre nos quedará el pasado. Podremos decir que vivimos el amor… y que terminó.

Sam se inclinó sobre ella y unió sus labios en un beso lento, arrebatador como una caricia. Camille dejó de sentir el suelo, se había elevado como un remolino en el aire enredada en aquel deseo traidor.

—Suéltame, por favor —pudo decirle al apartarse para respirar—. No vuelvas a hacerlo.

—Voy a intentarlo cada vez que estés cerca.

Camille endureció la mirada.

—No me pongas en una situación difícil porque lo lamentarás.

—¿Acaso la señora marquesa me está amenazando?

La sonrisa cínica de Sam avivó la altivez que en contadas ocasiones Camille expresaba.

—No tengo nada más que hablar contigo. Adiós, Sam.

Con un fuerte pálpito en el corazón, él se quedó inmóvil. Camille dio la vuelta sin ademanes bruscos y caminó hacia la puerta giratoria balanceando las caderas con un ritmo hipnótico.

En cuanto la perdió de vista, Sam sacó el móvil del bolsillo del pantalón y llamó a Harvey. No respondió, y decidió llamar a François.

—*¿Dónde estás?* —preguntó el marchante nada más saludarle.

—Saliendo del hotel. ¿Harvey está con vosotros?

—*Sí, cayendo en la tentación* —respondió jocoso—. *¿Y Camille? ¿Estáis juntos?*

—No.

—*Ten paciencia con ella. No lo ha pasado bien.*

Sam entornó los ojos. Qué ingenuo había sido.

—Harvey y tú lo habéis planeado todo, ¿verdad?

—*No sé de qué estás hablando.*

—Tampoco sabes nada del tratamiento de Harvey…, qué casualidad, y qué casualidad que no tenga ningún síntoma y no parezca tener ningún reparo en no cuidarse nada. Es algo raro para alguien que está a punto de morir.

—*Nadie está a punto de morir. ¿De qué estás hablando, Sam?*

—No volváis a jugar conmigo.

El tono del irlandés no invitaba a continuar mintiendo.

—*¿Qué vas a hacer?*

Encontrar la respuesta adecuada a esa pregunta era lo que más le habría gustado en aquel instante.

—No lo sé, François, estoy calibrando la humillación que puedo soportar.

Capítulo 33

ISABELLE RECIBIÓ A Sam con dos besos cariñosos en las mejillas. Se podía apreciar que estaba feliz. La mujer mantenía esa elegancia innata que era la seña de su identidad, la sofisticación gracias a la melena blanca y ondulada que además de aportarle un aire moderno le restaba edad, y una simpatía contagiosa capaz de arrancarle sonrisas sinceras hasta a las piedras.

—Te has hecho de rogar —bromeó Isabelle, sujetándose del fornido brazo de Sam—, solo espero que esta vez no dejemos de verte.

—No depende de mí.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —dijo a modo confidencial cuando se dirigían al comedor.

Sam guardó silencio. Durante el corto recorrido por aquella casa desnuda de muebles, solo había visto la escultura de un bailarín a tamaño real en el vestíbulo, fue disperso en la personalidad sencilla que proyectaba François fuera de la galería. Ahí era pureza absoluta; en su despacho, enérgico caos. Esto confirmaba la teoría de Isabelle, sin lugar a duda las apariencias engañaban.

Antes de franquear la puerta del comedor, mientras oía la risa de Camille envuelta entre otras voces, Sam contempló en un gran espejo su camisa blanca reluciente, el abrigo de paño oscuro y los botines negros limpios. Sonrió un poco para componer la expresión desenfadada que buscaba.

En cuanto entraron, el silencio recorrió la mesa como una ráfaga de hielo. Diligente, Isabelle le indicó que se sentase entre Camille y el encargado de la bodega. Este le echó una mirada envenenada que no pasó inadvertida para François. En cambio, Sam parecía divertido por la argucia de Isabelle.

—¿Por qué has llegado el último? —preguntó Harvey, rellenándose la copa de vino tinto.

—Para darte tiempo… —sonrió simpático al extenderle su copa. En la etiqueta de la botella leyó rápidamente, *Grand vin Château Lirac*, la marca de Camille. Pero en cuanto Harvey la dejó en la mesa, no dio crédito a lo que veía en la etiqueta trasera. Detrás de un breve texto sobre la bodega, había una marca de agua con una imagen del marqués y Camille que, sin duda, pertenecía al cuadro que él dejó sin terminar en 2016. Esos rostros fueron las únicas partes salvables del cuadro. El hallazgo aumentó su esperanza de manera exponencial. Con un volumen de voz inaudible para los demás, le dijo a Camille—: Estoy seguro de que cumplirá mis expectativas.

—No sé hasta qué punto la cerveza te habrá afinado el paladar.

Sam dio un brinco mortal hacia delante. Mentalmente, claro está. Probó un sorbo sin dejar que le afectara la atenta observación de unos grises embusteros. Conocía todas las tonalidades de esas vetas, podía pintarlas de memoria, y había apreciado cómo fulguraban después del ataque de ironía, quizá, fruto de un malestar involuntario. ¿Y qué no controlamos?, las emociones viscerales cuyos efectos resultan devastadores para el corazón.

Saboreó el vino con disimulado entusiasmo y, por no defraudar el comportamiento zafio esperado, se lo tragó de forma brusca para volver a beber como si fuese agua.

—¿Cuánto tiempo estarás en París, Sam? —preguntó Juliette tras limpiarse los labios con una esquina de la servilleta.

—El necesario —contestó de buen talante, tras observarla con atención. Emanaba dulzura. Sin embargo, distinguía en sus pupilas oscuras un cerco turbio y extraño que le azuzaba a no fiarse de su apariencia. Siendo además la madre de un tipo detestable como Philippe, cualquier información extra podía resultar fatídica para él—. ¿Acaso buscas un trabajo profesional?

Camille detuvo la mano que sostenía el tenedor. «¿Qué pretendía Sam con ese comentario?»

—No, solo es curiosidad —admitió Juliette sin percatarse del interés generado en Camille—. He escuchado hablar mucho de ti.

Sam enmascaró su sorpresa bajo una sonrisa gentil. Le habría gustado saber si gracias a eso tenía una opinión errónea sobre él; en cambio, se mantuvo callado para seguir con la intriga.

Tampoco era necesario ser una lumbrera para imaginar que Camille desde el rencor solo había podido contarle absolutas lindezas.

—Sam es un bohemio, mamá —comentó Philippe—, seguramente vivirá aislado del mundo en una isla desierta. ¿Me equivoco?

—No —respondió sonriendo—, vivo en una isla apartado del mundo.

—Pero no estás aislado —aportó Harvey, pendiente a la mirada severa del pintor—. Por cierto, ¿qué te ha parecido el vino? ¿Crees que ha ganado merecidamente?

Sam sonrió sincero.

—Por supuesto. El sabor tiene un equilibrio elegante y permanece sutil en la boca. Es un vino excelente —agregó al percibir la sorpresa de Camille, que había vuelto la cara hacia él—. Felicidades —dijo alzando la copa.

Ella inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento y alzó su copa para aceptar el brindis.

—Hoy Mathieu habría sido muy feliz —dijo Didier con intención—, su sucesora ha recogido los frutos de muchos años de trabajo.

A Sam le molestó el comentario.

—Estoy seguro de que no solo ha recogido los frutos, nada es casualidad.

De nuevo, la mirada oscura del encargado acaparó la atención de François. Por suavizar la tensión palpable, y por dejar claro que no admitiría ninguna insinuación que menoscabase un esfuerzo personal que él mismo había contemplado con orgullo, dejó los cubiertos en el plato y, enfocado en Didier, empezó a hablar:

—Camille ha estado trabajando muy duro. Lo ha aprendido todo sobre el vino, desde el cultivo de las vides hasta la comercialización, es concienzuda y persigue la excelencia… —Hizo una pausa para recibir de ella una sonrisa tímida—, y se ha convertido, sin lugar a duda, en la mejor viticultora del país… Estoy de acuerdo contigo, Didier, hoy Mathieu sería feliz.

El aludido inclinó un poco la cabeza, admitiendo la defensa sin demasiada emoción.

—Hagamos un brindis —dijo Harvey animado—. ¡Por los cambios!

Durante una milésima de segundo, Camille vaciló. Había algo raro en la actitud de Harvey y

François que no sabía descifrar. Luego cogió la copa y bebió un sorbo sin la más remota intención de mirar a Sam, con sentirlo al lado tenía bastante.

—¿Te gusta de verdad lo que haces? —preguntó Sam en voz baja cuando retomaron la cena.

Camille masticó despacio un bocado de pescado ganando tiempo.

—Sí. Primero descubrí que me apasionaba estar en el campo, tocar la tierra…, ver crecer las plantas…

—La naturaleza da paz —comentó distraído. Camille asintió con la mirada perdida—. Yo hay semanas enteras que estoy totalmente solo en el campo, y no echo de menos nada más…

—Me alegro por ti; yo vivo sola, pero nunca me siento sola.

—Vuelves a mentir —murmuró cerca del oído femenino. No lo dijo porque supiera que Margueritte y Dominique siempre estaban con ella, entendió que se había referido a tener pareja; sin embargo, pretendió indagar más en sus emociones—. Es imposible no sentirse solo en ese castillo.

—¿Por qué yo miento y tú no? —preguntó en un susurro—. ¿No puedo ser feliz estando sola?

—Claro que sí, pero no creo que nunca te sientas sola. ¿Nunca piensas dónde estaré o qué estaré haciendo? —Sam observó que ella esquivaba mirarlo—. Yo sí lo hago, constantemente —remarcó—. Cuando a veces estoy pintando pierdo la concentración contigo… Eres una distracción inagotable. Ahora podré imaginarte como una campesina —añadió en un tono ligero.

—No me queda claro cómo tomármelo —habló con ironía—; pero te pido disculpas por las molestias que te ocasiona mi recuerdo. Si pudiera borrarlo, lo haría.

—Yo no —declaró rotundo—. Y tú tampoco. No sé por qué te empeñas en negarlo, no es una cuestión de orgullo ni de rencor. Esto va a ser determinante para nosotros, deberías replantearte lo que sientes desde la sinceridad.

—¿Sinceridad? Este no es el lugar ni el momento, no es nada para nosotros. Deja ya de repetírmelo, déjalo porque no tienes ningún derecho a pedirme nada después de dos años en silencio.

Sin forzar ningún movimiento, Camille se puso en pie con intención de refrescarse la cara en el baño. No se fijó en las miradas curiosas que había atraído. Realmente no se fijó en nada, solo pretendía escapar durante un momento. Necesitaba estar sola, no podía seguir fingiendo una fortaleza que no sentía en absoluto. Empezaba a desmoronarse como lo había hecho casi todas las noches desde aquel fatídico 10 de abril de 2016.

—Sam, ¿podrías traer otra botella de vino de la cocina? —pidió Isabelle.

Él no reaccionó al principio, pero se levantó al comprender lo que pretendía. Con una sonrisa educada, dejó el salón. Encontrar el baño en aquel pasillo inmaculado con varias puertas idénticas habría sido un desafío si no hubiera filtrado detrás de una el ligero sonido de un grifo. Sin pensarlo, abrió esa puerta para topar de bruces con la personificación de la tristeza.

—¿Qué haces aquí? —exigió Camille sorprendida al verlo.

—No lo sé —respondió Sam entrando despacio—. ¿Y tú? ¿Por qué has llorado?

Camille le sostuvo la mirada sin importarle las lágrimas, tenía derecho a saber cuánto dolor aún le provocaba.

—No puedo tenerte cerca, lo siento…

—Espera, por favor —instó cortándole el paso sin avasallarla. Sam quiso tocarla, que apoyara la cabeza en su pecho para aliviarle la pena—. Los dos nos hemos sentido mal, y los dos hemos vivido diferentes experiencias estos últimos años, y tal vez los dos hayamos cambiado como personas; pero hay cosas que no han cambiado porque lo intangible no cambia ni termina. Tal vez se adormece, o aguarda al momento adecuado, pero nunca termina… Tu mente racional intenta salvarte del peligro porque intuye el dolor, sin embargo, tu corazón intangible te acerca a mí porque es el único que se guía por los sentimientos. Por eso no puedes estar a mi lado, porque es involuntario para ti sentirte atraída por mí, igual que lo es para mí —aceptó sereno. Camille bajó la mirada, y él colocó la mano en su barbilla para que volviera a mirarlo a los ojos—. No tengo ningún derecho, lo sé… He vuelto a París casi obligado…, porque temía volver a verte…, porque yo… te juro que he intentado olvidarte —admitió con la voz entrecortada, consciente de la humedad que le anegaba los ojos—, pero ha sido imposible, formas parte de mí, Camille…

Esos labios tan apetecibles, a tan corta distancia, fueron una tentación fatal para él. Después de haberlos probado, ¿cómo resistirse a repetir?

El primer roce resultó un tanteo. Sam se mantuvo prudente hasta sentir las manos de Camille en el cuello. Entonces la rodeó en un abrazo posesivo con todo el anhelo de quien conoce la soledad del amor. Podía perder la razón emborrachándose con el whisky, pero era incomparable a la sensación que lo envolvía en aquel preciso instante. Cualquier cosa era incomparable a detener el tiempo, a sentirse libre atado al único amor que había tenido y, siendo consecuente con ese efecto, al único amor que tendría.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Camille sin perder el halo de tristeza en los ojos.

—Que vuelvas a mi vida —respondió colocándole detrás de la oreja un mechón de cabello en un gesto casi tan íntimo como el apasionado beso que acababan de darse—. Podemos ser la pareja que nunca debimos dejar de ser, solo tenemos que organizarnos un poco.

—No quiero —espetó recobrando la lucidez—; no funcionaría.

—¿Por qué no?

Camille trató de ignorar la mirada herida de Sam, tenía intención de hacerle más daño con sus siguientes palabras:

—Porque te odio.

Camille se giró para abrir la puerta, pero Sam no le permitió salir. Se acercó a ella todo lo que pudo sin rozarla, imponiéndole su tamaño, y se inclinó hacia delante sin camuflar su enfado.

—Estoy dispuesto a que me odies todo lo que quieras, me da igual porque sé que es mentira, pero no estoy dispuesto a volver a Irlanda sin que tú y yo hayamos resuelto lo nuestro. No voy a volver sin ti.

Camille enarcó las cejas.

—Estás rozando la locura total. No voy a ir contigo a ningún sitio…, ¿pretendes que renuncie a mi trabajo para vivir contigo en Irlanda? ¿En mitad de la nada?

Sam soltó una risa al escucharla, tenía buena memoria.

—No, te he dicho que tenemos que organizarnos, viviremos donde más nos convenga.

—Tú en tu casa y yo en la mía. ¿Me dejas salir?

El tono airado fastidió un poco más a Sam, pero se apartó y le hizo un gesto galante con la mano.

—Cada vez que te he perdido, te he encontrado; no lo olvides.

—No olvides tú que esta vez no quiero que me encuentres.

Sam la observó destilando dignidad cuando solo un instante antes había estado a punto de derretirse en sus brazos, y le dio espacio para que se confiara. Poco después regresó al salón, a su ambiente distendido donde era un extraño. Vio cómo Didier le rellenaba la copa a Camille y la concienzuda observación en ellos de Philippe. Seguía intuyendo algo muy oscuro en el abogado, algo inexplicable que le llevó a sentarse de nuevo en la mesa cuando casi tenía decidido despedirse para repasar en soledad ese largo día lleno de sorprendentes reencuentros.

—Eso sí que es confiar en uno mismo en exceso —comentó Didier ante la noticia que acababa de soltar Philippe: vender la bodega para invertir en montar su propio despacho de abogados, con una dudosa reputación como la suya era un riesgo. A pesar de eso, no tenía interés en expresar una opinión negativa por no tenerlo como enemigo; conocía de sobra la personalidad manipuladora del abogado. De manera ligera, sonrió al decirle—. Yo prefiero ser más conservador.

—No te culpo, no todo el mundo tiene la capacidad de creer en sí mismo.

—No es que no crea en mí —replicó Didier, cansado de ese tono prepotente—, pero tampoco voy a arriesgarlo todo sin garantías.

Philippe bebió un sorbo de vino, y desvió un instante la mirada hacia Sam. Su presencia le mortificaba, había sido la sorpresa más ingrata. Dejó la copa en la mesa con parsimonia. No iba a compartir con nadie que llevaba dos años nefastos sorteando a su acreedor marsellés con cantidades irrisorias, que sus socios del bufete lo habían denunciado, que a esas alturas asumía sin inmutarse el desprecio constante de Camille ni que su última oportunidad pasaba por vender la bodega.

Philippe enfocó los ojos de un azul helado en Didier, y le dijo:

—A veces es mejor arriesgarse que vivir a la sombra de nadie.

En cuanto terminó de hablar, el silencio rodeó el ambiente de tensión.

—Hay que ser realista, Philippe —empezó diciendo François—; para amortizar la inversión que vas a hacer necesitas una cartera de clientes fijos que no tienes.

—No tardarán en llegar —afirmó con chulería, dedicándole a Camille una sonrisa nada agradable para ella—. Tengo muy buenos contactos, ¿verdad, mamá?

Sam meneó la cabeza al oírlo. Ese hombre no tenía vergüenza al buscar el apoyo público de su madre como un niño malcriado.

—La confianza se gana con el tiempo —dijo Sam—, y no se debe dar a la ligera.

Philippe lo observó con una mirada asesina.

—Totalmente de acuerdo —admitió Harvey, orgulloso de tenerlo enfrente luchando por recuperar el amor—, aunque también hay que tener cuidado de no caer en la paranoia ni dejar que nos controle el miedo a ser traicionados.

Camille, que hasta ese momento había estado escuchándolos sin mucho interés, prestando también atención a la charla paralela entre Isabelle y Juliette sobre jardinería, se puso a la defensiva al apreciar el giro de la conversación hacia un tema que le concernía más. Intuía que en breve se vería expuesta cuando era lo menos apetecible del momento. Habría preferido marcharse a casa para martirizarse sin miradas curiosas ni pretensiones imposibles.

—La clave está en encontrar el equilibrio adecuado entre la confianza y la precaución —comentó Sam después de volver a saborear el fantástico vino de Camille.

Ella suspiró aliviada por ese aire tolerante.

—Tienes razón —dijo François—; sin embargo, mucha gente se centra en el éxito profesional o en otras cosas materiales y no se da cuenta de que el amor es lo que realmente nos da felicidad y nos llena de significado.

Al escucharlo, Sam frunció un poco los ojos pues dudaba estar entendiendo bien el giro de la charla.

—Exactamente —exclamó Isabelle, dejando asombrada a Juliette porque parecía encantada

contándole cómo cultivaba sus famosas “rosas azules”—. El amor es lo que nos une como seres humanos y nos permite conectarnos con los demás de una manera profunda y significativa.

Harvey estuvo de acuerdo y agregó:

—Además, el amor puede ayudarnos a superar los momentos difíciles y las adversidades en la vida. Cuando amamos a alguien estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por esa persona.

—Sí —afirmó Isabelle—, el amor nos da fuerza y nos hace sentir que somos capaces de enfrentar todos los retos que se nos presenten.

A Sam no le quedó ninguna duda, los tres ancianos estaban tirando de una cuerda ya bastante tensa. Podía notar la rigidez de Camille mientras sostenía su copa, sin beber, engullida en sus propios pensamientos.

—El amor es una de las cosas más preciosas que tenemos en la vida, y debemos valorarlo y cultivarlo cada día —aportó François. Al ver el gesto fruncido de Didier, agregó—. No solo en las relaciones románticas, sino también en las amistades y en la familia.

—Cierto… —admitió Sam—. El problema es cuando no lo encuentras.

—No habrás buscado en el sitio correcto —sentenció Isabelle de buen humor, desvió la mirada a Camille—, estoy segura de que hay alguien para ti esperándote.

—Busca en tu pueblo —escupió Philippe—, debe estar lleno de pelirrojas regordetas. No tendrás problemas en encontrar una para ti.

—Philippe, no seas grosero —recriminó Juliette tras mirar brevemente a François, ajena a que en sus ojos Sam había detectado una sombra de vergüenza y temor—. Discúlpate con Sam, por favor— agregó con firmeza.

El odio que todos percibieron en las pupilas del abogado logró enturbiar por completo la velada. A Camille no le sorprendió, acostumbrada a su machismo y mala educación.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Philippe poniéndose en pie, dejando claro que no iba a rebajarse.

Juliette forzó una línea en la boca llena de amargura.

—Te pido disculpas en nombre de mi hijo —anunció observando a Sam.

El abogado tensó los músculos de la cara.

—Buenas noches a todos —dijo antes de salir enfurecido.

Nadie rompió el tenso silencio hasta que Juliette también dejó el salón.

—No sé cómo lo soporta —comentó Isabelle—, yo hace mucho tiempo que habría renegado de un hijo como ese.

—No es tan fácil, Belle —dijo François usando un diminutivo cariñoso que solo le permitía a él—, y tampoco te creas todo lo que ves… Juliette y Philippe se parecen más de lo que salta a simple vista.

Sam reclinó la espalda en la silla, pensativo.

Al cabo de un instante, Camille dejó la servilleta en la mesa tras limpiarse los labios de manera delicada. Amablemente comenzó a despedirse sin admitir ruegos de nadie. Sobre todo, Didier se empeñó en acompañarla.

—Iba a irme de todos modos —insistió—; estoy cansado.

—El paseo es corto y quiero estar sola —dijo Camille, tocándole el brazo para impedir que se pusiera en pie. Ni se atrevió a mirar de nuevo a Sam, podía intuir que estaba taladrándola con una de sus miradas penetrantes—. Te veo el lunes en la bodega.

Sam no movió un músculo mientras ella salía, aunque en su fuero interno reía a carcajadas viendo cómo Didier se resignaba al beber otro sorbo de vino. Ni dos minutos después, dejó la silla con intención de seguir a Camille para hablar con ella a solas.

—¿También te vas? —preguntó Didier sin medir el tono duro ni la expresión rígida.

—¿Tú que crees?

Sam sonó arrogante, antipático ante un cuestionamiento fuera de cualquier explicación. Lo único que le faltaba era dar cuentas a nadie de sus pasos. No lo había hecho nunca y no iba a empezar en aquel momento. Podía mirarlo con todo el malestar que quisiera, no le afectaba.

François alternó la mirada entre ellos, y descubrió el pulso de dos adversarios poderosos. Aquello solo vaticinaba un problema. Didier Vontoux se amargaría la existencia si continuaba empeñado en luchar con Sam, por una única razón: él no significaba nada para Camille.

Entretanto, ella andaba por la avenida de la Bourdonnais bajo la tenue luz de las farolas. El frío fue un revulsivo para despertar de la ensoñación que tontamente la había embargado con Sam tan cerca. Se subió el cuello del abrigo cuando una ráfaga helada hizo temblar las hojas de los árboles con un sonido estremecedor. Aparte de eso solo escuchaba unos pasos a su espalda. Sintió una ligera inquietud. Su casa estaba a la vuelta de la esquina, pero faltaban unos cincuenta metros solitarios que no invitaban a alardes optimistas ni a la curiosidad.

—Camille, espera.

Esa voz la llevó a cerrar los ojos un instante. «¿Por qué no la dejaba tranquila? ¿No había sufrido ya un martirio suficiente? ¿Por qué ahora? ¿Por qué, a su pesar, seguía disparándole el corazón?»

Cuando estuvieron frente a frente, todo resentimiento se desvaneció como bruma del alba tocada por el sol. Camille percibió la caricia en el rostro de esa mirada azul directa y limpia, absorta en la presencia masculina. Sam se protegía del frío con un abrigo oscuro de paño, una bufanda y un gorro de lana idéntico al del día que se conocieron en Dublín. Todo la llevó a evocar su primer beso, la emoción del romanticismo, y aquella primera despedida llena de esperanza. Pero eran solo recuerdos, los buenos; los otros, los hirientes, no le otorgaban más tregua que una pizca de amabilidad.

—Estoy cansada, no quiero discutir más. Espero que todo te vaya bien, te lo deseo de corazón. Adiós —habló en un tono condescendiente que divertía a Sam sin que ella lo supiera.

Siguió andando con el paso acelerado. Todo lo acelerado que podía después de varias horas con los tacones, y no fue mucho. Ni siquiera logró una pequeña ventaja a las amplias zancadas de él.

—Te acompaño —anunció de nuevo a su lado—, voy a casa de Harvey.

—¿Cuándo regresas a Irlanda?

Sam se tomó unos segundos para responderle:

—No pareces escucharme, *mo ghrá*[4], así que te lo repetiré: no voy a volver sin resolver lo

nuestro.

Camille se paró y, exagerando una sonrisa, lo observó durante un instante eterno.

—No tengo paciencia para explicarte otra vez mis motivos, pero el que parece no escuchar eres tú.

—Porque dices una cosa y piensas otra.

—No, digo lo que pienso. No dejes que un beso te confunda.

—Varios besos —murmuró sonriendo un poco—, sé lo que hemos hecho.

—Sam, hablo en serio, necesito que esto termine ya. No es razonable que ahora pretendas que todo vuelva a ser igual como si no hubiera pasado nada. Quiero estar tranquila, centrada en la bodega…

—¿Y no puedes estarlo conmigo? —preguntó en un tono íntimo.

Camille negó en silencio. No, definitivamente, no podía. Sin más explicaciones, trató de caminar rápido con el propósito de desaparecer y dejarlo atrás. El esfuerzo no le sirvió de mucho. Tal vez unos míseros metros mientras él permaneció inmóvil. En cuanto empezó a seguirla, oír sus pasos fue un acicate cruel para no volverse de nuevo. Si las palabras no habían funcionado, llegaba el turno de la silenciosa indiferencia.

En la puerta de su edificio, no tuvo tanto coraje y se giró para verlo por última vez. Topó de golpe con unas pupilas desesperanzadas que le partieron el alma, pero aun así no perdió la serenidad.

—Cuídate mucho.

El tono suave no menguó el inconformismo de Sam. Intuía la prisa que la empujaba a protegerse lejos de él. Permaneció muy quieto en un arrojo de templanza viéndola desaparecer en la penumbra de aquel majestuoso vestíbulo. Le costó moverse, dándole vueltas a las ideas más sensatas que se le ocurrían para justificar un rechazo doloroso y definitivo.

De pronto, la brisa gélida le erizó el vello hasta sacudirlo con un golpe de realismo. No podía ser verdad. Camille no podía alejarse de él, otra vez no.

Capítulo 34

LOS OJOS DE SAM vagaban por una mezcla de cuadros con los marcos ajados por décadas de abandono y paredes recubiertas de mármol blanco adornado con vetas oscuras como patrón surrealista de la caprichosa naturaleza. Era la misma cafetería donde coincidió con Camille después de otro cruce del destino.

El ambiente se había caldeado conforme la tormenta arreciaba. En aquel momento se percibía colérica, con truenos aterradores. Uno de estos enmudeció por completo la alegre algarabía.

Sam cogió la cerveza para darle un sorbo. Fue entonces cuando vio a Camille en la puerta quitándose el abrigo. Tenía el pelo mojado, brillaba, y las mejillas sonrosadas.

Ella pareció leerle la mente. Casi de forma instintiva desvió la mirada hacia él y, como siempre, usó esa capacidad tan suya para detener el tiempo. Podía palparse como la dureza de unas pupilas a punto de congelarlo.

Sam esperó paciente sin amilanarse. Poseer una mirada única no significaba rendirlo con un golpe.

—¿Te apetece un café? —preguntó amable.

—No creo en las casualidades… ¿Acaso me estás siguiendo?

El tono de Camille auguraba sin confusión el enfado que había agarrotado las delicadas facciones de un rostro soberbio de elegante belleza.

—Estaba aquí antes que tú, tengo cosas mejores que hacer…

—Me alegro.

Sin más palabras, Camille siguió al fondo de la barra. Rápidamente, advirtió el movimiento de una pareja sentada en una mesita de café. En cuanto se pusieron en pie después de pagarle al camarero, colocó el abrigo en una silla metálica sacada de algún viejo cabaré. Ni siquiera se movió al encarar de frente unas pupilas que podían parecer un mar bravío o la calma del cielo. La

observaban de manera inquisitiva mientras los rodeaba de nuevo el atronador sonido de la tormenta. Estaban tan cerca en ese mudo desafío que el espacio apenas encubría el latido febril de unos corazones reconociéndose.

De forma súbita, otro trueno impresionante la hizo reaccionar con brusquedad. Acabó pegada al pecho sólido del último hombre que deseaba tener cerca, del hombre al que desgraciadamente tanto había echado de menos.

La inesperada intimidad le brindó a Sam la ocasión de recordar uno de aquellos momentos perdidos en el apartamento, uno donde otra tormenta amenazó con romper la estructura de cristal del techo. Ella se asustó tanto que estuvo horas cobijada en sus brazos hasta quedarse dormida ajena a la ternura que él sintió.

—Suéltame —dijo Camille sin esconder el mal talante cuando el calor empezaba a abrasarla, necesitó apartarse para evitar confusiones.

—No tengas miedo —susurró Sam sin dejar de rodearle el cuerpo con presión contenida—. Sé que no te gustan las tormentas.

—Estás equivocado —replicó al verse libre—, hace mucho que superé mis peores miedos. Ahora puedo convivir con mis demonios sin sacarlos a pasear. Solo salen cuando yo quiero —sentenció.

Sam se inclinó un poco sobre ella, lo suficiente para aspirar un bienestar instantáneo. El mismo olor fresco y dulce de siempre, el jazmín sutil y la almendra ululando como aroma suave, penetrante hasta la recóndita memoria de las emociones.

—Eres muy terca, y lo más sexy que he visto enfadada… —agregó con gravedad.

—No me provoques, Sam. ¿Por qué ahora? —preguntó al sentarse—. No lo entiendo, me molesta… —Camille cruzó las piernas en un movimiento estudiado—. Pasa página como has hecho hasta ahora, es solo continuar como si no hubiésemos coincidido.

—¿Coincidir? —Sam sonrió todo lo cínico que pudo. A continuación, se sentó frente a ella y, echándose hacia delante, siguió hablando—. Podría dejarte en paz, podría volver a Irlanda, podría engañarme sin esforzarme mucho… Puedo hacer todo eso y más; puedo vivir sin ti, sé

que sobreviviré, puedo hacerlo con garantías…

—Hazlo —cortó Camille rechinando los dientes, sangrando tras oírlo—, no te he pedido explicaciones.

—No, tú solo niegas la verdad. ¿Por qué, Camille? ¿No hemos tenido suficiente?

—Tú decides cómo y cuándo, ¿no? Tú, que huiste sin importarte nada… No te imaginas lo que aprendí aquella noche… Es lo único bueno que te agradezco.

Sam no pretendía discutir. Guardó silencio con la mirada ausente esquivando los ojos airados que sentía fijos en el rostro.

—¿Te quedarás algunos días aquí? —preguntó pasados unos minutos de tensa calma, cuando el camarero le trajo una nueva jarra de cerveza y Camille bebía distraída un café doble.

—Qué más te da…

—Si tú supieras… ¿Trabajas mucho en la bodega?

Camille volvió la cabeza mostrando el malhumor que solo él podía arrancarle sin pestañear.

—La bodega lo es todo para mí.

—En tus vinos se aprecia la dedicación, enhorabuena.

—Sam, olvida los halagos y las buenas intenciones, a partir de hoy no volveremos a vernos más.

—Anoche también te despediste de mí, y mira… aquí estamos.

Camille bebió el suave café, pensando en mil maneras de resultarle desagradable.

—Otro error asumible, dudo que me quite el sueño.

—Es una lástima, recuerdo cómo te gustaba dormirte en mis brazos.

—Cállate, no tienes derecho a recordarme nada.

—Marquesa —recalcó irónico—, soy la persona más indicada para recordar y recordarte lo que quiera; quien ha visto y ve las sombras de tu luz, todas las imperfecciones de tu carácter, las virtudes, el sonido de todas tus voces y tus silencios; yo soy el único que ha compartido contigo tus momentos de más felicidad y los aciagos…

—Solo los que quisiste…

—Los que pude —rebatió—. Los dos cometimos errores, aunque tú solo quieras quedarte con los míos.

—Solo te culpo de un error, Sam, el mayor.

En el aire flotó la sombra del dolor y la destrucción, podía incluso verse en la mirada de ambos.

—Ahora entiendo por qué tus vinos han ganado el concurso —dijo Sam moviendo la cabeza —; les has dedicado a ellos tu mejor versión, la emprendedora con espíritu valiente; en cambio, a nosotros no le tienes el menor aprecio, no le has dedicado un mínimo de humildad ni de comprensión. No has querido ver más allá de tu ego porque eso habría significado aceptar tus propios errores. Permitiste al hombre que te dio la espalda manejar tu vida sin cuestionar nada, ¿por qué te matriculaste en La Sorbona? ¿Lo has olvidado? ¿O, tal vez, como fue un error tuyo, sí lo has hecho? ¿O tampoco le perdonaste más de veinte años de ausencia porque aceptaste sus errores? Siempre has sido selectiva —admitió al cabo de un momento—, pero nunca imaginé que fueses capaz de sacrificarnos por tu orgullo.

Camille había tensado el cuerpo entero como una tabla a la espera del golpe maestro que la partiera por la mitad. No llegaba, y se apresuró a evadirlo. Recogió el bolso, el abrigo y se puso en pie antes de hablarle:

—No pienso disculparme contigo. Adiós, Sam.

El tumulto de la cafetería no eclipsó el tono definitivo de la despedida. El pintor no oía nada mientras ella desaparecía con la lentitud del tiempo detenido. No fue consciente de otra cosa, la silueta etérea que se diluyó como tinta negra difuminada en agua. Durante un rato repitió esa salida con la visión que le habría gustado contemplar: la diosa de sus sueños girando la cabeza para dedicarle una sonrisa bonita. Se nutrió de quimeras, magia y buenas intenciones; consciente de que un velo de rencor demasiado espeso las ocultó todas y, por desgracia, las ocultaría para siempre.

Cuando abandonó la cafetería, la oscura tarde había atrapado a la tormenta. Solo la humedad del aire y el brillo de las calles mojadas permitían adivinar la lluvia caída. Caminaba repasando

la conversación, hurgando en palabras aprendidas para mitigar el dolor y encontrar algo de sosiego en aquel desastre. Llegaba a comprender la postura de ella; pero estaba al límite de la dosis de humillación que podía soportar. Solo halló algo para no rendirse: la certeza de que estaba mintiéndole.

Capítulo 35

UNOS DÍAS DESPUÉS, la calma que reinaba por la tarde tras los muros de la bodega se rompió con la sorprendente visita de Philippe al despacho de Camille. El aspecto del abogado la inquietó un poco. Llevaba un traje oscuro maltratado, algo raro en alguien presumido como él, tenía la tez muy pálida y unas ojeras que denotaban falta constante de sueño.

—¿Te apetece un café? —preguntó sin dejar de clavarle una mirada de rechazo.

—No, gracias —respondió nervioso, echó un vistazo alrededor y, tras aflojarse el nudo de la corbata, se sentó frente a ella en la mesa—. Tengo que pedirte un favor. Los compradores se han retirado sin explicaciones, me han dejado tirado como un trapo en medio de un camino polvoriento… —habló con docilidad, mintiéndole. Mentir para él era sencillo. Durante varios años había mentido tanto y a tantas personas: padres, amigos, socios del bufete…, que ya lo hacía por costumbre. Y, cómo no, también le había mentido al prestamista marsellés que ya había puesto límite a sus concesiones pese a los pequeños pagos recibidos. Esos pagos solo sirvieron para ganar tiempo y, por desgracia, para seguir incrementando su deuda—. Necesito que me ayudes; eres la única persona a la que puedo recurrir…

Aunque Camille percibía la manipulación emocional, pretendió comportarse de manera amistosa.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó casual. Los ojos acerados del abogado se suspendieron en un punto indefinido sobre la pared. Por un instante pensó que estaba en trance—. Philippe, ¿te encuentras bien?

—Dos millones de euros.

Camille elevó las cejas, sonriendo ligeramente.

—Has superado mis expectativas, de manera negativa, por supuesto.

—¿No vas a ayudarme?

—No sé cómo has llegado a esta situación ni el porqué, no me interesa, pero no tengo intención de ayudarte —habló con seguridad—. Sabes tan bien como yo que te tolero por tu madre, solo por ella; si no fuese por ella ni siquiera te permitiría venir de visita.

—Por favor, Camille; llevo mucho tiempo enganchado a las apuestas online; tengo un problema —reconoció—, y necesito ayuda…

—Está claro, necesitas terapia.

—Y los dos millones. Por favor, préstamelos antes de que lo pierda todo.

—Lo siento, pero no. Y si soy la única persona a la que puedes recurrir, tienes un problema grave…

—¿De verdad no vas a ayudarme?

—Creía habértelo dejado claro; no.

Philippe apretó la boca, y se puso en pie. No iba a rebajarse más.

—Cuando hables con mi madre, ¿podrías mantener entre nosotros este asunto?

—¿Desconoce vuestra situación financiera?

—No te hagas la lista conmigo, estoy harto de reproches.

Camille contuvo las ganas de ser sarcástica, optó por la hostilidad abierta:

—Pues no vuelvas a tener el descaro de pedirme nada.

—¿Por qué no? —preguntó elevando la voz—. Te lo voy a devolver dentro de unos meses.

—Philippe, no intentes convencerme, he dicho que no. Ahora hazme el favor de marcharte.

En ese momento Didier entró en el despacho con cara de pocos amigos.

—Has escuchado a Camille.

—No te metas, Vontoux, esto es algo entre ella y yo.

Al rodear la mesa, Camille le habló en un tono rotundo:

—Philippe, busca ayuda en otra parte; aquí no vas a encontrarla. Vete, por favor, Didier y yo tenemos que seguir trabajando.

La mirada soberbia del abogado no acobardó a ninguno de los dos. Ambos supieron guardar la serenidad mientras él desaparecía con vientos combativos.

—¿Qué te ha propuesto? —preguntó Didier intrigado.

Camille, que había cogido el móvil por inercia —o no, porque lo chequeaba cada pocos minutos desde que volvió de París, quizá soñando de forma inconsciente con que el interés de Sam no hubiese sido fruto de un impulso pasajero—, lo dejó de manera brusca sobre la mesa y suspiró al sentarse de nuevo.

—Quería que le prestase dinero.

—No lo hagas jamás, lo perderías.

—Por favor, Didier, ¿por quién me has tomado? Conozco perfectamente a Philippe, es tan de fiar como una cobra hambrienta.

—Tenlo en cuenta también con Juliette, es su madre.

—No los compares, ella no tiene la culpa de los errores de su hijo. ¿Por qué siempre hay personas que sufren los daños colaterales de otras? No pienso involucrarla en las desgracias de su hijo.

—Ahora eres tú la que compara los errores de tu abuelo con los errores de Philippe… Pero no es lo mismo. Tu abuelo era un buen hombre, de ella tengo serias dudas…

—¿Por qué?

—Porque siempre dice que era amiga íntima de tu madre, sin embargo, no recuerdo verlas en actitud cercana ni una sola vez.

—¿Y qué? Serías un niño cuando ellas eran adolescentes, qué sabrás tú. El abuelo la apreciaba mucho, me habría comentado algo. —Camille recordó que cuando hablaron de ella tras conocerse durante su primera Navidad en el castillo le contó que tenía un carácter complicado. Ignoraba que obvió su verdadera impresión o que le faltó tiempo para explicarle cómo Juliette entendía la amistad.

—Piensa en las visitas de los Béziers cuando vivía tu abuelo —dijo Didier—; eran esporádicas. En cambio, en cuanto él muere de repente Juliette no se aparta de tu lado, y con ella ya sabes quién viene…

Camille no necesitó más palabras. Algo en su interior le decía que Didier tenía razón, igual

que Margueritte, Isabelle o François. Muchas veces había pensado en la excesiva condescendencia de Juliette. También, en las anécdotas que le había contado de su madre; a veces no coincidían en el tiempo, parecían una deformación fantasiosa de la verdadera historia o notó el inquietante rastro de la envidia en algunas de sus opiniones. Y en cuanto a Philippe, distinguía su ceguera pertinaz para justificarle la incompetencia; totalmente contraria a su propensión al halagarle unas virtudes dudosas a la menor ocasión, pese al absoluto desinterés que ella siempre le mostraba. Para Camille resultaba muy triste, y humillante, estando tan sola, verse en la tesitura de blanquear la mala reputación de su hijo para ser aceptada socialmente. Sentía mucha lástima por Juliette, por eso atajaba con firmeza todas las críticas hacia ella.

—Dejemos el tema —dijo por no seguir dándole vueltas a un asunto privado cuando el trabajo se le acumulaba—. ¿Has hablado con los ingleses?

—El viernes tenemos una reunión en Londres.

—No tenemos, tienes. Yo tengo muchas cosas pendientes aquí.

Didier la observó atento. Veía a una mujer bonita que había aprendido con avidez a dirigir la bodega mientras se hacía fuerte hasta empoderarse.

—El director de ventas general ha insistido en reunirse contigo, le impresionaste en París.

Camille negó con la cabeza, sonriendo. No advirtió la expresión embobada de Didier. De pronto, un trueno hizo retumbar todos los muros.

—Parece que va a diluviar —comentó ella.

—No te preocupes por la lluvia. ¿Vienes a Londres o no?

—No. Lo único que puedo ofrecerle es una vídeollamada, a Londres no voy.

—En París no parecías tener ningún problema —habló con más cinismo del que pretendía, no pudo quitarse de la cabeza a Sam—, ¿qué te impide entonces ir a una reunión tan importante para la bodega?

—No me gustan las imposiciones. ¿Por qué debo dejar el trabajo por el capricho personal de alguien que no conozco?

—Los negocios son así, Camille.

—No, no lo son. Confirma tu asistencia a la reunión, solo, y si hubiese algún problema cancela la operación sin dudarlo.

—No te reconozco. Hace una semana habrías hecho cualquier cosa por cerrar el trato con ellos. ¿Qué ha cambiado? —tanteó, ansioso por saber el alcance del reencuentro con Sam.

Al oírlo, ella enfrió el gris metálico de los ojos.

—Te lo he dicho: no voy a trabajar bajo las imposiciones de nadie. Nosotros vendemos nuestros productos, marcamos nuestros tiempos y cómo cerramos los contratos. Estas condiciones son las mismas desde el principio, las mismas que aprendí de mi abuelo. No sé dónde ves un cambio cuando no lo hay.

—¿Estás bien? —preguntó tras digerir una falta de reconocimiento que le molestaba mucho.

—Muy bien, en todos los aspectos —añadió tensa.

Didier no varió la expresión amable, pese a dar saltos de alegría en su interior. Ese tono no daba pie a error, el irlandés no había conseguido su propósito.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó solícito.

—No; la lluvia no me asusta —comentó con una sonrisa triste.

Didier aceptó otro rechazo con elegancia. Sentía la distancia de Camille, el muro invisible e impenetrable que la rodeaba. En silencio la vio ponerse el chubasquero.

—Recapacita sobre la reunión, es importante.

Camille asintió de forma suave, de esa que significaba “eres un pesado” y él comprendía a la perfección. Salió del despacho con muchas ganas de estar un rato sola. Mientras recorría los lúgubres pasillos llenos de barriles, respiraba el olor rancio de la madera y el vino mezclados, decidía darse un baño relajante para intentar olvidar esa tarde desafortunada.

En cuanto llegó al viejo arco de la puerta, fue consciente de la fuerza de la tormenta. El corto camino hasta el castillo se aventuraba incierto, había una capa de lodo preocupante y la intensidad de la lluvia era rabiosa.

Al paso más rápido que le permitieron las zapatillas deportivas enterradas en el lodo, llegó al castillo. Margueritte Dumond la había visto desde el primer piso y bajó corriendo a esperarla en

la puerta principal. Le ofreció una toalla después de recriminarle la imprudencia de venir andando.

—Solo estoy mojada y sucia, no exageres —decía Camille cuando enfilaba la escalera.

Los ojos sagaces de Margueritte la siguieron con preocupación. Luego fue a su encuentro. Tenía el firme interés de decirle sin tapujos todo lo que pensaba. Al entrar en el dormitorio, vio a Camille desnudándose. Le recorrió el cuerpo de arriba abajo, apreciando disconforme una notable delgadez que no se debía a la mala alimentación.

—Que yo no engorde está justificado —dijo refiriéndose de manera velada a la diabetes—; pero lo tuyo no tiene perdón… ¿Cuándo fue la última vez que te pesaste?

Camille entornó los ojos.

—Hoy debes estar bastante aburrida…

—Pues sí, no te imaginas cuánto… ¿Cómo estaba la bodega? ¿Alguna novedad que Didier no haya podido resolver?

Durante un instante, Camille creyó que pretendía sonsacarle sobre la visita de Philippe; pero distinguió un brillo en su mirada que no la animó a echar combustible contra el abogado.

—¿Qué quieres decirme, Margueritte?

—Lo que tú misma no quieres reconocer —comentó, inclinándose sobre la cama para recoger la ropa—. Puedes esconderte en la bodega o en el sitio más apartado del mundo, nunca conseguirás huir de él…

Camille alzó la barbilla.

—Que te haya contado lo que pasó en París no te da derecho a reprocharme nada.

—No te estoy reprochando nada, al contrario… Mi única intención es que no malgastes tu vida con recuerdos que no van a volver cuando puedes tener un futuro maravilloso con la persona que quieres.

—¿Futuro? ¿Qué futuro? Es indignante que precisamente tú me digas esto.

—Por el cariño que te tengo y porque te he visto a lo largo de estos años, tengo la obligación de ser sincera contigo. Sé que sigues enamorada de Sam, sé cómo has sufrido por él y sé cómo te

las has ingeniado para seguir sin él. Lo sé, Camille, y tienes mi total apoyo… Pero no eres consciente del daño que te estás haciendo...

—Lo he superado —dijo en un tono plano—. Ahora, si has terminado, me gustaría estar un rato sola.

Margueritte negó con la cabeza.

—No importa lo rápido que huyas o cuan profundo escondas lo que sientes… —De forma suave sujetó la mano de Camille y la llevó a su pecho—. Si es amor verdadero está en tu corazón…, y te perseguirá siempre. —Margueritte le sonrió con tristeza, pendiente a las lágrimas sin derramar de unas pupilas que parecían perlas plateadas. En los últimos años había ido descubriendo a una mujer sencilla pero consecuente con su legado, a una mujer joven muy fuerte, tolerante y, lo que más le preocupaba, a una mujer que había perdido a su amor y se había conformado—. A veces se toman decisiones precipitadas, se dicen palabras impronunciables solo para herir o para defendernos de algo injusto, sin que seamos conscientes del dolor que nos vamos a infringir a nosotros mismos y a nuestros seres queridos… Son errores, Camille, errores que no merecen una condena tan larga.

—No sé si podría perdonar…

Margueritte le secó las lágrimas.

—Eres noble de corazón, bondadosa… Si perdonaste a tu abuelo, ¿por qué no lo intentas con él?

—Es posible que ya se haya dado por vencido conmigo.

La apatía de esas palabras no ensombreció la mirada cariñosa de Margueritte.

—Nadie en su sano juicio se rendiría contigo, nadie —recalcó.

Ese apoyo incondicional arrancó una sonrisa en Camille.

—No te lo digo a menudo, pero gracias por estar a mi lado. —Le dio un apretón suave en el brazo—. Y ahora, voy a darme un baño… Puedes retirarte ya si quieres.

—Voy a arreglarme, luego viene mi hijo a recogerme —habló yendo a la puerta—. Va a llevarme a cenar a un restaurante nuevo —explicó con ilusión.

—No sabía que estaba aquí… Espero poder saludarlo otro día.

—Llegó ayer y se va mañana, es un espíritu inquieto…

—Es libre, Margueritte, libre como los pájaros.

La mujer sonrió al salir del dormitorio, pensando en que sus palabras habían surtido efecto. Al menos tuvo claro que Camille recapacitaría, y ya eso era un triunfo para ella.

Unos minutos después, por fin Camille sentía la ansiada tranquilidad dentro de la bañera con el agua muy caliente. Había encendido algunas velas y sonaba uno de los Nocturnos de Chopin, la atmósfera no podía ser más placentera. De vez en cuando un rayo deslumbraba en la oscura noche, luego el rugir terrorífico de un trueno anunciando que la tormenta seguía cerniéndose sobre aquellos campos con la furia de mil demonios.

Dos toques repentinos en la puerta la hicieron volver a la realidad.

—Camille —dijo Margueritte sin entrar—, ya ha llegado mi hijo… Y hay alguien en el vestíbulo preguntando por ti.

—¿Quién es?

Margueritte Dumond esgrimió una sonrisa sincera, creyendo en el poder del amor.

—Averígualo tú misma.

—¡Margueritte!

Ese tono exigente no frenó los pasos enérgicos de la señora Dumond bajando la escalera. Nada más llegar al final, sin perder la sonrisa, dijo:

—Espero que no hayas tardado demasiado. Buenas noches.

Capítulo 36

CAMILLE OYÓ EL rotundo portazo de la puerta totalmente asombrada. ¿Por qué Margueritte se había ido sin decirle quien era ese invitado inesperado? De pronto tuvo una especie de premonición. Margueritte le había contado que cuando se quedó embarazada de su hijo, el padre de la criatura, o sea, el que era su novio, la dejó sin explicaciones y nunca más volvió. Por eso se identificaba con ella. También, fue un apoyo en la sombra cuando falleció su abuelo y siempre se había mostrado partidaria de Sam. ¿Sería posible que él estuviera abajo? La sola pregunta le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

Salió de la bañera, se secó lo más rápido posible y, tras rodearse el cabello con una toalla, abrió el armario para sacar un jersey blanco de lana, las cómodas mallas negras que solía ponerse cuando no iba a salir y unas bailarinas. Mientras se recogía el pelo mojado en un moño aprobaba la imagen natural que veía en el espejo; era ella misma en esencia. Este pensamiento la acompañó al bajar la escalera. Si de verdad esa mujer era ella, si de verdad no podía perdonarle, si de verdad era la dueña de su destino, sería capaz de soportar cualquier debilidad que la llevara a caer de nuevo en sus redes. En teoría el plan no tenía fallas, en teoría.

En la penumbra del vestíbulo, Sam estaba de espaldas observando el gran retrato del marqués. Había olido la fragancia floral que envolvía a Camille precediéndole los pasos. Ese olor era un insidioso recuerdo, un aroma inconfundible para sus sentidos, un enemigo para poder enfrentarse a ella y ganar. Fue incapaz de moverse. Necesitaba valor. El valor que parecía haber perdido en el viaje. Todo el ímpetu de la clarividencia del futuro que soñaba, todo el arrepentimiento que lo mantenía en vilo desde su llegada a París, todo se había diluido como una diminuta gota de agua en la lluvia.

—¿Sam? —Camille habló extrañada por la descortesía de no mirarla—. ¿Qué haces aquí?

Justo en ese preciso momento un relámpago lo iluminó todo. Todo.

—Tenemos una conversación pendiente.

Camille había bajado preparada para no sucumbir a él, pero no contó con el poder de aquellos ojos azules ahogados en admiración y expertos conocedores de sus sentimientos. Nunca se habían mentido; ¿y acaso alguna vez lo harían?

—Estás chorreando —comentó al acercarse. «Y muy guapo», pensó. Le sentaba bien haberse desprendido de la frondosa barba, esa sombra más cuidada permitía reseguir las líneas marcadas de su rostro. Pero no solo tenía el pelo mojado, el estado de su ropa era deplorable—. Puedo prestarte algo, si quieres…

—He traído ropa —replicó desviando la vista a la pequeña bolsa de viaje que había a los pies de una de las columnas del vestíbulo—, no te preocupes.

En esas palabras sobresalió un matiz irónico que molestó a Camille. Con seriedad, le sostuvo la mirada.

—No me preocupo. Y creía haberte dejado claro que no tenemos nada pendiente ni futuro —habló yendo a la puerta—. No deberías haber venido…

Sam había advertido el rápido cambio en ella.

—No voy a presionarte, pero tampoco tengo intención de irme sin ti —comentó empezando a relajarse—. Visto con perspectiva, es un problema…

—Lo es.

Camille abrió la puerta sin recordar la tormenta. De golpe, se quedó paralizada. Vio el jardín a través de un cristal esmerilado, furiosa lluvia y un viento infernal moviendo los árboles como marionetas.

—¿Me invitas a marcharme estando la noche así?

El sonido grave de la voz de Sam vibró en la piel del cuello femenino.

—Imagino que tendrías un plan B antes de venir —habló girándose hacia él.

Quedaron muy cerca. Tanto que, a pesar de la poca luz, Sam pudo ver los reflejos plateados de sus ojos.

—Podríamos cenar y te cuento mis planes.

—Antes pillarás una pulmonía.

—¿Por qué me rehúyes?

—La edad te ha dado demasiada confianza…, quizá excesiva al calibrar mal los riesgos…

—¿Qué riesgos son esos, Camille?

La cercanía que le dejaba notar la frialdad de la ropa a su vez empezaba a resquebrajarle el muro del rencor.

—No es el momento de hablar, ¿no ves en qué estado estás?

Sam sonrió con los ojos.

—¿Temes por mí?

—Deja de insinuarte, no vas a conseguir nada.

La actitud firme que acompañaron esas palabras no invitaba a seguir tentando a la suerte.

—Dime dónde puedo cambiarme y hablamos.

Camille dudó un poco. Dio la vuelta y enfiló la escalera sin molestarse en explicarle nada. Sam estaba detrás como una sombra que la diluía en oscuridad. En el amplio corredor de la primera planta Camille volvió a vacilar. Sam se detuvo en un silencio respetuoso.

Nada más abrir la puerta de su propio dormitorio, Camille se dio cuenta del grave error que acababa de cometer al ver los óleos dispuestos en fila.

—No los has colgado… —comentó Sam acercándose para observarlos mejor—; pero lo entiendo…

—No sabría decirte hasta qué punto me entiendes… —farfulló ella sin moverse de la puerta.

Sam la miró a los ojos, al momento volvió a centrarse en los cuadros.

—No he podido dejar de pensar en ti… —dijo ausente—, en la forma en que sonríes, en la manera en que te mueves, en todo lo que haces… —Sam se frenó un instante—. Desde el momento en que te conocí supe que eras alguien especial. ¿Lo recuerdas? —preguntó con interés, girándose de nuevo hacia ella—. Fue un día histórico... Nunca había sentido con nadie una conexión tan potente, puedo decir con seguridad que fue amor a primera vista. Amor en su forma más pura y sincera… Estuve semanas reprochándome haberme dormido en aquel tren…

—Yo también te busqué —murmuró ella mostrando una sonrisa triste—. Te espero abajo.

Mientras Camille salía cerrando la puerta con cuidado, Sam permanecía imperturbable delante de los cuadros. Lo había hecho otra vez. Hablaba del pasado y Camille ponía distancia entre ellos. Pensó que recordar le abría una herida más descarnada de lo que suponía o, simplemente, lo evitaba porque el tiempo le había endurecido el corazón. Sin dejar de darle vueltas a cómo terminar de abrir la rendija de la esperanza, sacó toda la ropa de la bolsa de viaje y la colocó encima de la cama.

Unos minutos después, vestido con unos vaqueros y una camiseta negra, bajaba la escalera siguiendo el ritmo suave y melancólico de una balada en francés. Entendió bien la letra, y se cuestionó la elección por parte de Camille. ¿Acaso era un mensaje encubierto?

Al entrar en el Salón Azul, el antiguo salón privado del marqués, mientras la música alcanzaba un punto álgido, observó el gran cambio en aquel espacio que recordaba casi como un museo. El ambiente se había adaptado con acierto a la personalidad discreta de Camille. Solo los estucos y la chimenea de piedra habían sobrevivido. Ni rastro de molduras, sillones de anticuario, aparadores ni pesadas cortinas en los ventanales. Echó un vistazo rápido a un sofá negro esquinero con chaise longue, una mesa de madera que rezumaba carácter por un trabajo artesano fino y un mueble de estilo retro, de roble con las patas metálicas, donde distinguió un viejo tocadiscos girando.

—No te he escuchado bajar —dijo Camille a su espalda.

Sam se volvió para afrontar una mirada dulce que le rasgó el alma. No podía evitar alentarse con cualquier gesto, por mínimo que fuese.

—Qué honor probar uno de tus vinos en tu casa —comentó al ver la botella abierta de *Château Lirac* que ella tenía en la mano.

—He preparado algo para picar, quesos de la zona… No suelo tener mucho más en la cocina —añadió un poco apurada.

—¿Margueritte ya no cocina?

—Sí, claro; pero esta noche ha salido, como habrás visto...

La ironía sobrevoló entre ellos. Arrancó una sonrisa a Sam y una apreciación sincera:

—Me gusta la canción —dijo yendo al sofá—. ¿Qué le has preguntado tú a la luna?

A Camille le sorprendió gratamente que hubiese entendido el título, *J'ai demandé à la lune*, pero no tuvo intención de adentrarse en sus emociones y mucho menos de exponerlas.

—Parece que tu francés ha mejorado —comentó dejando la botella en la mesa.

—Lo entiendo bien y puedo hablarlo, pero habría mejorado más con una profesora particular.

Camille disimuló la sonrisa que deseaba mostrar dirigiéndose al tocadiscos.

—Encontré objetos personales de mi madre…, joyas, fotos…, y discos de grupos… Compartimos gustos —agregó con satisfacción, sosteniendo la cubierta de *Paradize*—, este es mío, pero ella tenía todos los que Indochine había publicado hasta el 92. Desde entonces los escucho con frecuencia…

Sam aceptó la información con expresión de interés, aceptaba además seguir con la intriga acerca de sus preguntas a la luna.

—¿Te has acostumbrado bien a la soledad?

La pregunta le resultó a Camille demasiado íntima; recordó las conversaciones que solían tener cuando confiaban el uno en el otro.

—Voy a traer las copas y la comida.

Sam apretó la boca y asintió con un ligero movimiento de cabeza. Empezó a tener claro que la postura de Camille respondía a una decisión firme. Pensativo, cogió la botella de vino para fijarse con detenimiento en la etiqueta.

En la cocina, Camille inspiraba varias veces tratando de controlar el temblor de sus manos antes de salir despacio cargada con la bandeja en cuyo interior se apreciaba una variedad generosa de quesos y dos copas de cristal con un escudo de armas grabado.

Sam levantó la mirada al oír los pasos, su expresión seria se transformó en feliz a través de una sonrisa.

—Muy inteligente poner la imagen como marca de agua —comentó señalando la etiqueta.

Ella estaba colocando los cubiertos en la mesa sobre unas servilletas de papel.

—No tenía que pedirte permiso, el cuadro es mío.

—Es tuyo, cierto —admitió en tono áspero—, incompleto como otras tantas cosas…

—Me gustaría cenar en paz, Sam; si no puedes hacerlo, dímelo ahora, por favor.

—Eres tú la que está a la defensiva. No te he reprochado nada, porque efectivamente ese cuadro fue un encargo de tu abuelo; al contrario, me ha parecido genial que la hayas usado tan bien… Y eres tú la que se escabulle cada vez que intento acercarme…

Como si no lo hubiese escuchado, ella se sentó en el sofá a una distancia prudente y se centró en observar la mesa. Tenía una presencia informal muy agradable. Se acordó de las cenas improvisadas en el apartamento de Montmartre y sintió un poco de nostalgia.

Al servir las copas de vino, alejó cualquier emoción perniciosa en ese momento.

—Espero que este no defraude tus expectativas —habló antes de beber un sorbo.

Sam se llevó la copa a la boca sin dejar de mirarla a los ojos. En cuanto el líquido despertó todas sus papilas gustativas, solo pudo continuar con la sinceridad:

—¿Por qué crees que no he querido volver a París desde que me fui? —Aguardó un instante —. Porque tenía claro que si volvía a verte no sería capaz de resistirte.

—Pues viniste, y precisamente al lugar donde podríamos encontrarnos.

—Pregúntale a François, Isabelle o Harvey, los tres son responsables de que nos hayamos vuelto a ver.

Camille irguió la espalda.

—¿Por qué? —preguntó tras racionalizar un poco que los ancianos se inmiscuyeran en sus vidas—. No lo entiendo…

—¿De verdad? Yo sí entiendo perfectamente el motivo de Harvey. Supongo que Isabelle y François te han visto estos años como él a mí.

—¿Y qué? No deberían haber hecho nada, porque lo único que han conseguido es forzar una situación que de otra manera nunca se habría dado; el destino ya había jugado bastante con nosotros.

Sam se mantuvo en silencio, no podía discutirle una verdad incuestionable. En cambio,

cuando advirtió la sombra de la derrota en los ojos que habían llegado a desnudarle el alma, no pudo dominarse más y se puso en pie para acomodarse a su lado.

—Si reconocemos nuestros errores, podremos dejarlos atrás —razonó sin atreverse a tocarla a pesar de las enormes ganas que tenía—. Seamos sinceros, Camille, como mínimo nos lo debemos el uno al otro.

—¿Cuál fue mi error contigo? —preguntó confusa—. Lo aposté todo por ti durante una época muy difícil para mí…, me enfrenté a mi abuelo cuando apenas sabía quién era realmente, creí que queríamos lo mismo…, pero me equivoqué, te fuiste sin despedirte la misma noche que él murió… Me abandonaste, Sam, me juzgaste por un error que no cometí…

—Tú también cometiste errores conmigo, no tengas una memoria tan selectiva.

—Te oculté quién era mi abuelo, sí, pero lo resolvimos. Tú me dejaste por una acusación que no habría llegado a ningún lado si no hubieses huido como si fueses culpable. ¿Por qué te fuiste sin remordimientos?

—¿Sin remordimientos? Me fui después de esperarte durante varias horas. Te dije que te vinieras conmigo —recordó airado, con la misma decepción que lo había mantenido alejado de ella—. ¿O pretendías que me quedara trabajando para el hombre que no había pestañeado al acusarme de robarle?

—Huir no es la solución.

—Entendido —replicó elevando la voz—, pues aplícate el consejo.

—Yo no huyo de nadie —aseguró—, pero no elijo bajo coacción.

Sam se levantó de un salto.

—Amar no es ninguna coacción. Si es así como piensas, aquí y ahora renuncio a volver contigo. Tú no eres la mujer que amo.

La expresión indiferente de Camille fue peor que desgarrarle el corazón con una navaja. No pudo soportarla. Apremiado por un arranque de dignidad, salió del salón decidido. Volvería a la vida que tanto odiaba. Concentrado en el trabajo al menos podía transigirla para sobrevivir.

Camille lo había visto enfadado otras veces, sin embargo, en esa ocasión percibió el ataque

de orgullo. Y había sido de una furia arrebatadora. Para no tener que enfrentarse a él de nuevo, decidió refugiarse en la biblioteca. En cuanto cerró la puerta y se sentó en la mesa, la envolvió el añejo aroma a cuero de los libros y la calma. Además de una terrible sensación de abandono parecida a la que sintió dos años atrás.

El sonido de la lluvia no amortiguó poco después el portazo que dio Sam al salir. Aquel sonido resonó en el corazón de Camille. Durante unos instantes el tiempo se detuvo, hasta que algo en su cabeza la sacó del limbo para empujarla a salir corriendo. De forma súbita había dejado de importarle todo, lo único que no podría soportar sería la impotencia de haber perdido su última oportunidad.

En la distancia vio la figura de Sam alejándose hacia el arco de la muralla, y corrió tras él.

—¡Sam!

Él se volvió creyendo haber oído su nombre en un eco. No esperaba quedar atrapado en una ilusión extraordinaria. Sería una imagen que quedaría grabada en su memoria para siempre. Bajo el manto de la lluvia rabiosa, brillando como hielo, la silueta sensual de la mujer que amaba. Soltó la bolsa de viaje y se acercó a ella para apreciar una mirada de auténtico miedo.

—No vas a perderme —susurró al sujetarle el delicado rostro—; no me iré si los dos queremos lo mismo.

Camille no podía hablar. Unió los labios a los de él en un beso cuidadoso, luego apoyó la cabeza en el ancho pecho que tantas veces la había cobijado y cerró los ojos sin sentir el frío ni la lluvia; de nuevo estaba en el paraíso de otra noche estrellada.

Capítulo 37

LOS PRIMEROS RAYOS de luz iluminaron el dormitorio con tonalidades grisáceas rodeando de misterio la atmósfera íntima que habían creado después de una noche de lo más intensa. Desde luego, los dos se dejaron claro cuánto se habían añorado.

Camille sintió la mano de Sam en la espalda en una caricia lenta. No cambió de postura, reposando muy cómoda en aquellos músculos y huesos sólidos como rocas y a la vez suaves y cálidos.

—Quiero estar siempre contigo —susurró ella, alzando la cabeza para resplandecer en unas pupilas azules desbordadas de felicidad—, reír contigo, llorar contigo, construir una vida juntos…

—Entonces, yo quiero ser tu compañero en todo lo que hagas.

—Pero tengo un pequeño problema, me he acostumbrado a estar sola…

—De eso nada —dijo Sam aventurándose con la mano—, ya no me engañas…

—¿Alguna vez lo he hecho?

—No, aunque lo has intentado con cierto empeño…

El derrotero de las caricias se intuía endemoniado. Camille empezaba a ceder, más cerca, la temperatura quemándola.

—Eres insaciable —susurró, moviendo las piernas entre las de él.

Sam no se molestó ni un poquito; a palabras necias, oídos sordos.

Un rato más tarde, cuando la nitidez del día despejado había invadido los campos y la rutina despertaba con fidelidad, Camille seguía dormida mientras Sam se vestía recién duchado. Para él madrugar era uno de sus momentos favoritos por la luz, disfrutaba mezclando colores para recrear los tonos fascinantes de la naturaleza. Si bien, aquella mañana nada eclipsaba otra belleza seductora.

Cogió el cuaderno de dibujo, un lápiz de carboncillo y se sentó en el suelo. Al ser consciente de que estaba repitiendo lo que hacía en su apartamento de París, no pudo empezar. El momento era demasiado importante para perderlo distraído.

—Camille, ¿hoy no vas a la bodega?

Al escuchar la voz de Margueritte desde el corredor, Sam se puso en pie y fue a la puerta.

—Buenos días, señora Dumond —saludó agradable, observando el buen aspecto de la mujer pese a la fragilidad de su flaca apariencia: tez bronceada en un rostro huesudo marcado por las huellas del tiempo, mirada alegre de unos ojillos oscuros y una sonrisa siempre facilona para él —. Camille aún está dormida.

Margueritte enarcó las cejas. Ya había deducido por el aroma a limpio del irlandés que entre ellos las cosas habían vuelto a su cauce, algo que le alegraba de verdad.

—¿Te apetece desayunar o prefieres esperarla? —preguntó sin ocultar su simpatía.

—Le dejo una nota y bajo a desayunar.

—¿Café cargado y huevos revueltos?

Sam se sorprendió.

—Menuda memoria… Tiene que contarme su secreto.

—No tardes y te contaré cosas más interesantes.

Con una sonrisa, la mujer dio la vuelta para descender diligente la escalera. Mientras tanto, Sam había arrancado la última página del cuaderno con el esbozo que estaba haciendo. Cogió uno de los lápices y escribió: «*Te amo mucho, pero estoy hambriento. Te espero en la cocina.*»

Unos minutos después estaba sentado a la mesa de la cocina disfrutando con familiaridad de unos huevos revueltos como más le gustaban, muy cremosos. Le resultaron exquisitos. Atento a la energía de la mujer yendo de un lado a otro, comentó:

—Había olvidado lo bien que cocina.

—Muchas gracias. —Margueritte le dio unas palmaditas ligeras en el hombro—. Te aprecio desde que te vi por primera vez.

—La noto muy diferente, para mejor —aclaró, dejando en el aire que gracias a la

desaparición del marqués.

—Estoy más tranquila, con menos trabajo… ¿Quieres más café?

Sam afirmó en silencio.

—Gracias por lo de anoche —dijo cuando la mujer rellenaba la taza—, estoy en deuda con usted.

—Voy a enfadarme si no dejas de hablarme de usted, ¿tan mayor me ves?

Sam negó con la cabeza, risueño.

—Estás estupenda, aunque no te vendrían mal unos kilos —añadió bromista.

—Recorro muchos kilómetros a lo largo del día —alegó de forma mecánica, con paciencia ante un comentario que escuchaba frecuentemente. No consideró aclararle en ese momento que llevaba años sin ganar peso por la diabetes que padecía. En cambio, por el aprecio que le tenía y, sobre todo, porque lo creía el único con autoridad para tomar cartas en el asunto, a modo confidencial añadió—. Por cierto, me gustaría poder hablar contigo de los Béziers…

La expresión de Sam fue mutando de la relajación al rechazo conforme escuchaba con atención. No le había sorprendido que Philippe rondase a Camille porque ni siquiera respetó la relación que mantenían; pero que la madre se hubiera convertido en una de las personas más cercanas a ella, cuando ambos intuían que el único que gozó del aprecio del difunto marqués fue Roger Béziers, le llevó a compartir la inquietud de Margueritte.

—En París la noté un poco distante —comentó recordando la cena en casa de François y cómo la mujer reprochó la actitud maleducada de Philippe—, pero fue bastante correcta conmigo.

—Estaría presente el señor Hubert… Siente por ella la misma simpatía que yo...

Sam arrugó la frente.

—¿Por quién sientes simpatía? —preguntó Camille entrando en la cocina. Esa fría mañana vestía unos leggins beige con botas altas negras y un jersey rojo de lana gruesa. Se acercó a Sam y le dijo al oído—. Yo también te quiero.

Sam, que había cambiado el rictus nada más escucharla, no esperaba recibir un beso rápido

en los labios delante de Margueritte. Ese gesto íntimo lo descolocó un poco, solo lo justo antes de distraerse admirándole el rostro cuando se sentó frente a él.

—¿Una o dos tostadas? —preguntó Margueritte complacida al verla feliz.

—Dos, estoy hambrienta —agregó con un guiño a Sam—. Y no te escurras, ¿por quién no sientes simpatía?

—Lo sabes perfectamente —respondió, limpiándose las manos en el delantal.

—No, no lo sé —contradijo sorprendida.

—Margueritte me ha contado que Juliette viene mucho a verte…

—¿De verdad? —reprobó a la mujer—. No puedes juzgar a una persona solo porque desconfías de ella… No sé por qué te preocupas ni qué pretendes preocupando a Sam… No vuelvas a hacerlo, por favor.

—Yo tampoco me fío de ella —reveló Sam, apoyando a Margueritte con una ligera sonrisa que suavizaba la repentina tensión—, y parece que François tampoco. Todos no podemos estar equivocados.

—¿Y qué queréis? ¿Le prohíbo que venga o que me llame por teléfono? Estáis juzgándola por ser la madre de Philippe, y eso es muy injusto.

—No hagas nada —concluyó Sam—, pero sé prudente con ella, ¿de acuerdo?

La entrada de Dominique propició que Sam presenciara una actitud respetuosa hacia Camille casi servil. Acababa de anunciar que Philippe Béziers había entrado en la bodega buscándola en un estado alarmante: maloliente y exaltado por el alcohol o alguna droga.

—¿Didier está con él?

—No, lo he llevado a primera hora al aeropuerto.

Camille recordó al instante la reunión de Londres.

—Vuelve a la bodega y dile que llegaré en media hora. Si se pone agresivo, llama a los gendarmes.

El hombre aceptó sin vacilar y salió apresuradamente. Camille bebió un sorbo de café de manera suave, no parecía preocupada.

—¿Esto es normal? —preguntó Sam en tono inquisitivo.

—Philippe está teniendo problemas con la venta de la bodega —comenzó explicando Camille —, ayer me pidió un préstamo, y, como me negué, imagino que ha venido a insistir un poco.

—¿Y lo cuentas como si tal cosa? —reprendió Margueritte—. Disculpa mi atrevimiento, pero a él deberías haberle prohibido que viniera desde hace mucho tiempo… Es malo, retorcido…, y no tengo dudas de que fue el verdadero causante de la muerte del…

—Basta, Margueritte —cortó Camille—. No es necesario remontarse a aquellos días. Ya me has dejado claro lo que opinas de él.

—¿Qué has querido decir con el verdadero causante? —preguntó Sam, muy interesado dada la repercusión que tuvo para él.

Margueritte buscó la aprobación de Camille con un ligero vistazo.

—Un testigo declaró haber visto a un hombre merodeando por el bosque, alguien extranjero; por eso el marqués te señaló. Pero unos días después otro testigo declaró que un rato antes del asalto vio a Philippe en la carretera hablando con otro hombre, que tampoco era del pueblo y con una apariencia que coincidía con la descripción que dio Camille.

—Nunca lo encontraron —aportó Camille, muy seria al ver cómo Sam había perdido el brillo en la mirada.

—Porque se dejó de investigar —arremetió Margueritte.

Sam estaba observando la ventana con la mente en blanco, en una especie de trance que le permitía adormecer la ira. No le duró demasiado.

—Te espero en la puerta —dijo tras apurar el café, ya de pie.

—Tengo que ir a la bodega, es mejor que te quedes aquí.

La mirada de Sam propició un silencio sepulcral. Camille distinguió la resolución reflejada en sus ojos, de un azul gélido en aquel momento, la fuerza y la furia de un enfado profundo. Nada lo detendría.

Camille soltó un suspiro, y lo siguió como un soldado sin voluntad.

Capítulo 38

CAMINABAN HACIA LA bodega por el camino de tierra, lleno de charcos y zonas embarradas, cuando Camille habló solemne:

—Puedo manejar sola a Philippe.

—Muy bien —aceptó sin aminorar el paso rápido—, pero manejar no es detener por completo.

—¿Eso lo vas a hacer tú?

Sam se detuvo, insinuó una ligera sonrisa y reanudó la caminata. Fue consciente de haberse explicado sin palabras, sobraban entre ellos.

Cuando la bodega estaba ya a una corta distancia, cerca de una fila de coches aparcados, pudieron oír el alboroto de una discusión. Pronto descubrieron a un trabajador de los viñedos, un chico joven de buena envergadura, agarrando por el cuello a Philippe mientras lo arrinconaba contra el capó del viejo Jeep del marqués.

—¡Te mataré! —gritaba el joven fuera de sus cabales.

Camille corrió hasta ellos.

—Suéltalo —ordenó—. Suéltalo, Jean-Luc, resolvamos esto como personas civilizadas.

—Se merece que lo reviente a palos, señora —dijo exaltado—, ¡es un sinvergüenza!

—¡Y tu hermana una puta! —escupió Philippe.

Sam, que se había apoyado en un coche a contemplar la paliza, observó la poderosa fiereza del joven. Tras unos segundos, comenzó a aflojar el agarre. Se apartó de Philippe y, tras dedicarle a Camille una mirada rabiosa, dio la vuelta para enfilar el camino que llevaba a los viñedos.

Philippe respiró hondo varias veces antes de incorporarse, ignorando que Camille no apartaba los ojos de él. Apreció que tenía sangre en la nariz, las mejillas y un rasguño en la frente, su

aspecto era lamentable.

—¿A qué has venido? —Camille habló con mucha dureza, pendiente a las arañas rojas nublándole los ojos. «Parece un vampiro», pensó—. ¿No te dejé ayer clara mi postura?

—Tienes que ayudarme —rogó humillándose—, tienes que ayudarme…, si no me matarán…

—Estás ganando enemigos por momentos —ironizó ella dando por terminada la charla—. No vuelvas a venir ni por aquí ni por mi casa. Como haya una próxima vez, te denunciaré a la policía.

Philippe de pronto recobró el orgullo y soltó una carcajada impostada desafiando la mirada severa de ella. Hasta descubrir a Sam. En ese preciso instante toda su frustración lo empujó hacia él con la agresividad de un demonio vengativo.

—¡¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no has vuelto a Irlanda?!

Responder no entraba en los planes de Sam; en cambio, fue veloz amagando el puñetazo del abogado y más veloz aun devolviéndoselo sin fallar. La nariz ahora sí la tenía rota.

—¿Cómo siendo un abogado tan reputado has podido convertirte en un vulgar delincuente? —siseó Sam al agarrarlo por la pechera—. Has oído a Camille, no vuelvas a cruzarte en su camino; si lo haces, estarás cruzándote conmigo también. ¿Entendido?

Le dio un empujón, guiándolo a su flamante deportivo negro y esperó hasta que lo puso en marcha sin dejar de amenazarlo en actitud beligerante. Cuando vio la nube de polvo que levantaba el coche al alejarse, soltó un resoplido liberador. Desfogar lo había dejado como nuevo.

Camille, que llevaba unos minutos lidiando con una mezcla de vergüenza ajena y misericordia, comentó:

—Qué pena…, está totalmente sobrepasado.

—El talento se tiene o no se tiene, pero la dignidad se elige. No sientas lástima por él, ha hecho ya su elección.

—Yo no voy a solucionarle los problemas, me niego.

—Él piensa que sí. ¿Cuánto dinero quiere?

—Dos millones.

—Que no serán deudas del negocio… —opinó al sujetarle la mano—. Vete a saber con quiénes está en deuda…

—Son de apuestas… —dijo pensativa—. Parecía muy asustado… ¿Crees de verdad que corre peligro?

—¿Por dos millones de euros?

Camille no necesitó escuchar la respuesta.

—No sé hasta qué punto Juliette es consciente… —habló reflexiva tras un breve silencio—. Philippe me pidió que no le contara nada sobre su situación financiera.

—Hazme un favor —dijo Sam deteniéndose a unos pasos del portón de la bodega—: Solo por esta vez, hazle caso a Philippe, no le digas nada; deja que sea ella la que venga a ti.

—Estoy segura de que no sabe que la venta de la bodega se ha cancelado.

—Eso es lo que tú crees, yo dudo mucho que no sepa que están arruinados gracias a su hijo…

Las palabras de Sam tenían un poso de sensatez inquietante para Camille, pero no dijo nada.

—¿Quieres ver cómo elaboramos los vinos? —preguntó por recobrar la buena sintonía—. ¿O prefieres un paseo por los viñedos?

Sam inclinó un poco la cabeza, no era sencillo manipularlo, con esa mirada estaba diciéndoselo, pero se sentía tan feliz que cedió sin resistencia.

—Siempre hacia la luz, *mo ghrá.*

Capítulo 39

TRAS UN FIN DE semana memorable, Sam se levantó antes del amanecer. Hizo algunos bocetos y luego habló por teléfono con su madre. Lo que empezó como una charla más para interesarse por el comportamiento del perro terminó con explicaciones inexactas por capear su sarta de preguntas curiosas. Aún no sabía cómo contarle el giro de su vida después de muchas horas muertas llorándole sus miserias. Y, más tarde, mientras desayunaba, fue inflexible con Camille cuando pretendió ir sola a la bodega. Rechazó de plano no acompañarla, sin concesiones; tenía un motivo de peso para estar totalmente en alerta.

Antes de las nueve, Sam aparcó el Jeep en la puerta de la bodega.

—Deberías plantearte venderlo —dijo casual, tendiéndole la mano—, funciona bien…, pero es demasiado viejo.

—Lo sé —reconoció Camille—, pero me gusta y no necesito otro coche. Ya estás viendo el uso que hago del Jaguar…

—¿Y por qué mantienes al chófer? —preguntó curioso.

Camille apretó un poco las cejas. ¿Cómo iba a despedir a Dominique?

—Porque lleva con nosotros muchos años, de vez en cuando lo necesito y hace otros trabajos en el castillo.

Sam decidió respetar su decisión, aunque le pareciera un despilfarro.

Recorrieron diligentes los penumbrosos pasillos de piedra, a cuyo término un haz de luz iluminaba la sala de catas y los despachos como peceras. La silueta a contraluz de Didier sorprendió a Sam. Estaba de pie hablando por teléfono, moviéndose de un lado a otro.

En cuanto el encargado vio a la pareja, se fijó en sus manos unidas. Dejó el móvil en la mesa y, falseando una sonrisa, fue a abrir la puerta de cristal. No esperaba ver al pintor tan pronto. En París intuyó que no renunciaría a Camille porque su forma de mirarla llamaba la atención,

porque no se apartó de su lado; sin embargo, cuando regresaron creyó que ella lo había rechazado y de nuevo albergó esperanzas. Ese había sido su plan: procurar a lo largo del tiempo que Camille no le perdonase para tener una oportunidad.

Tras saludarse de manera parca pero cordial, Sam le preguntó:

—¿Cómo ha ido la reunión en Londres?

Didier clavó en él sus pupilas negras, luego las desvió a Camille.

—Puedes hablar con total libertad —indicó ella sonriendo suavemente, mientras apretaba más la mano del pintor—. Sam y yo estamos comprometidos.

Al escucharla, Didier tragó saliva muy despacio. Había digerido que la relación entre ellos era definitiva. No obstante, se mostraba reacio a aceptar el hecho de que perdiendo a Camille todos los años dedicados a la bodega quedarían ensombrecidos bajo su nombre sin otorgarle a él un mérito ganado a pulso. ¿Quién realmente le había enseñado todo lo que sabía de vinos? ¿Los libros? No, sin duda, había sido él durante el trabajo diario.

Sam no le quitaba los ojos de encima. Lo había visto pendiente de sus manos, después cómo tragaba saliva intentando disimular la tensión que le congeló el rictus. Pese a esa apariencia cuidada, percibía en él algo desagradable que le llevaba a ser muy cauteloso.

—Hemos analizado su capacidad de almacenamiento y transporte, es adecuado para todos nuestros vinos —comentó Didier después de repasar con Camille los detalles controvertidos del contrato—, además, en este punto insistí mucho.

—Que todo lo referente al producto y cómo debe llegar al cliente quede plasmado como punto innegociable. ¿Y sobre la venta por internet?

Didier sonrió.

—Han aceptado —afirmó, señalando una línea del contrato—. En cuanto tengan los vinos en stock, nos redirigirán toda la venta online.

—Era lo que queríamos —dijo Camille, pensando en el desafío.

—¿Pero estamos preparados?

Ella levantó la mirada del documento.

—Para asumir retos hay que tener claras la capacidad de producción, los canales de venta y la propia infraestructura; y lo tenemos todo. No es el momento de dudar, Didier, es el momento de pasar a la práctica.

—Tendríamos que estar operativos dentro de quince días, la campaña de Navidad ha empezado…

—Si ellos venden en sus supermercados, nosotros lo haremos por internet para toda Europa. Además, en los premios conocí a Jack Arsom, el sumiller que colabora en la sección de vino en distintos medios de comunicación. Me dijo que compartiría fotos en algunas redes… Vamos a vender no solo vino, sino una marca reconocida y valorada. Tenemos ya una imagen de marca potente que no pasa indiferente, es llamativa y evoca unos valores que generan conexión emocional con el público al que se dirige. Nos queda atraer más distribuidores, cerrar pedidos y más ventas online…

—Estás completamente decidida, que así sea.

Sam percibió de nuevo el servilismo que le molestaba. Sin embargo, Camille había vuelto a leer el documento y no prestó atención ni siquiera cuando Didier salió del despacho a atender una llamada.

—¿Desde cuándo estamos comprometidos?

Al oírlo, Camille dejó a un lado el contrato.

—Desde que dijiste que querías ser mi compañero en todo lo que hiciera. —Se puso en pie y rodeó la mesa con una intención clara en los ojos—. ¿Ya te has arrepentido?

—Jamás —habló sonriendo, agarrándole la mano para acercarla—. Solo estoy vivo contigo, solo soy feliz cuando estás conmigo… —De forma sutil, le besó los labios—. Sé que a veces puedo ser insufrible, que te he hecho mucho daño, pero te juro que he aprendido la lección y que jamás volveré a correr el riesgo de perderte. ¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó en voz baja.

La sonrisa abierta de Camille fue de un brillo luminoso.

—¿Interrumpo?

Sam desvió la mirada a la puerta. Cambió el semblante en una milésima de segundo. Pasó del éxtasis al enfado interpretando el gesto de repulsión que no supo disimular Juliette Béziers.

—No —exclamó Camille, preocupándose de inmediato al advertirle la palidez del rostro—. ¿Estás bien?

Juliette empezó a contarle que Philippe había arriesgado todo el patrimonio familiar sin su permiso. No se ahorraba el victimismo mientras Sam permanecía en silencio como si no existiera, escuchándola y, sobre todo, examinándola. Él tenía un don para ver el interior de las personas solo observándoles las pupilas, y esas oscuras envueltas en lágrimas destilaban tantas sombras como falsedad.

—No puedo hacer otra cosa. —Se lamentó compungida—. Tengo que encontrar el dinero para pagar esa deuda o lo perderemos todo… Roger no se merecía esto, Camille… Era un hombre honorable, con buenos amigos…

A Sam no le extrañó el alegato ensalzando el valor de la amistad que vino a continuación. Llevaba un rato esperándolo. Hasta anticipó la voz rota de Juliette. Al intuir que tomaría su tiempo escucharlo, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la mesa.

Minutos después, un llanto desconsolado se confundía con el sonido rítmico de la lluvia.

—Ni tú ni nadie debe solucionar los problemas que ha generado Philippe —comentó Camille para alborozo de Sam—. Vuestras propiedades tienen un valor superior a los dos millones que debe, llegaréis a un acuerdo; no te preocupes.

—¿Dos millones? —preguntó extrañada—. ¿Quién te ha dicho que son dos millones?

—Philippe, me pidió prestado ese dinero.

—¿Se lo diste?

Sam compuso una expresión cínica.

—No —contestó Camille—. No suelo prestar dinero cuando sé que no voy a recuperarlo.

Juliette aceptó la ironía con una ligera caída de párpados, luego se secó la cara con un pañuelo de tela.

—Debo irme —dijo en tono dócil—. Tengo una cita con nuestro asesor financiero. A ver si

podemos solucionarlo… —resumió con el rostro agriado.

—Lo siento mucho, Juliette.

Al ser consciente de que Camille no iba a hacer ni un pequeño esfuerzo por congraciarse con ella, miró un instante a Sam sin opacar la indignación antes de salir a paso decidido.

Ninguno se movió hasta que el eco de sus tacones se calló por completo. Aún podía olerse un perfume pesado en el aire como una nebulosa tóxica.

—¿Ha venido a darte pena para manipularte? ¿O para qué? —preguntó Sam.

—No lo sé.

Tras decir esto, pensativa, Camille se acarició los labios con la vista perdida en un punto de la pared. François e Isabelle, los dos mejores amigos de su abuelo, más que familia para ella, ¿cuántas veces le habían pedido que se alejara de Juliette?, ¿en cuántas intuyó preocupación? En todas, se respondió. Ninguno tenía un motivo sólido, pero ambos se habían mostrado reticentes a la amistad entre ellas mientras solo usaban un adjetivo al describirla: “manipuladora”. La última vez había sido unos días antes del concurso. Aún resonaban en sus oídos las palabras malsonantes del anciano cuando se vio obligado a añadirla en la cena de su casa solo por complacerla a ella.

—Deberíamos irnos, ahora apenas llueve —comentó Sam.

Camille volvió la cara de manera brusca.

—Lo siento, me he despistado un poco. Estaba pensando en François…

—¿Por qué no le invitas a pasar aquí un fin de semana?

—¿A Harvey e Isabelle también?

—Estaríamos distraídos…

—Los problemas de los Béziers no me suponen ninguna inquietud —advirtió.

—Me parece bien siempre y cuando no cedas a la manipulación de Juliette. Creo que te has dado cuenta como yo —habló sin reproche—. Ella apela al honor y a la lealtad, pero pregúntate qué la une a ti. ¿Sincera amistad o paciente oportunismo?

—Me cuesta mucho esfuerzo llevar bien la contabilidad del negocio. No solo registramos los

movimientos financieros que se llevan a cabo, también hay que ser muy meticuloso con la evolución de los gastos, los ingresos, pasivos, activos, patrimonio…, y exijo a la competencia la misma dedicación. Esto no es ningún juego para enriquecerte sin esfuerzo —expuso en un tono formal—. Si Philippe ha dilapidado el patrimonio familiar por los motivos que sean, es su problema. Y si lo que ahora pretende Juliette es aprovecharse de mi amistad, es que no me conoce. A veces las personas confunden la cortesía con ingenuidad, pero es su error… A Juliette le he permitido ciertas libertades porque me daba pena, sufrir a un hijo como Philippe no tiene que ser fácil, pero siempre he sido consciente de su juego para emparejarme con él, y siempre lo he rechazado sin ambigüedades…

—Pero a ella no le ha importado y ha seguido intentándolo… —afirmó Sam sin ánimo beligerante, solo aceptando una situación que le parecía ruin.

—Más o menos… —Camille torció la boca con una mueca de indiferencia—. Pero nunca ha conseguido nada. Por eso me molestan algunos comentarios… Piensan que soy tan tonta que me manipula…, y eso no ha sucedido nunca —reiteró enfadada—; puedes creerme.

—Sé que no eres fácil de convencer.

Sam le sujetó la mano, percibiendo cómo se relajaba.

—No eres la persona más adecuada para protestar.

—Pero soy la única que te soporta…

El ambiente empezó a caldearse como burbujas de champán ascendiendo de forma alocada. Sam la atrajo hacia sí, paseó la cabeza por encima del cabello oscuro con olor a lluvia, paciente, seductor. Cerró los ojos para aspirar la embelesadora fragancia del deseo. Necesitó tocarla sin prisas, disfrutaba despacio de la intimidad de unas caricias apenas visibles.

—¿De verdad crees que lo conseguiremos? —preguntó Camille en tono melancólico.

Sam levantó la vista un instante, vio a Didier pendiente en la puerta, y de manera provocadora unió los labios a los de ella en una afirmación muda. No volvió a mirar hacia la puerta, sabía que el encargado ya no estaba.

Media hora más tarde, rompieron a reír al entrar en la biblioteca. Tenían la ropa chorreando,

la humedad calaba hasta los huesos, pero el lado divertido e impúdico de Sam los había arrastrado a una situación que comenzó bochornosa para terminar con una excusa tan inverosímil como surrealista.

Margueritte, al escuchar las carcajadas, abrió la puerta sin llamar primero. No esperaba encontrar al pintor medio desnudo ni a Camille en ropa interior con las botas de agua llenas de barro y el chubasquero largo como única prenda de abrigo.

—¿Qué os ha pasado? No llueve tanto…

—Que te lo cuente tu poderosa señora, es la experta en disfrutar de la lluvia por estos caminos…

Camille abrió los ojos de par en par.

—No he sido yo la que ha tenido la brillante ocurrencia de andar medio desnudos para sentir la naturaleza…

—No exageres, llevábamos puestos los chubasqueros —bromeó Sam sin ningún tipo de vergüenza.

Margueritte desviaba los ojos entre los dos, con la frente arrugada al imaginarse la escenita.

—Y cómo no… Os habéis encontrado a alguien… ¿A quién? —incitó la mujer.

—A todo el pueblo, hemos coincidido en un entierro —explicó Camille sonriendo—; me he equivocado de camino… Pero tú…

Sam trataba de no soltar otra carcajada mientras se ponía el pantalón.

—Solo he pretendido ser amable, estaban preocupados por su nueva celebridad…

—¿Pero por qué tienes que contarles tu vida? —preguntó Camille moviendo la cabeza—. Si no hablaras tanto…

—¿Cómo puedes obligarme a ser antisocial? No es un delito pretender sentir la lluvia…

—Pero me has arrastrado…, tengo que ver a esas personas a diario —explicó divertida, casi orgullosa por mostrarse natural.

—Sería el entierro de la suegra del panadero —concluyó Margueritte, luego enfocó la atención en Sam—, ¿qué les has contado?

—Que acabo de llegar de Irlanda, que soy pintor, que la lluvia forma parte de mi vida…, que me voy a casar con… —rápidamente miró a Camille buscando una pista que le indicara cómo seguir. Unas cejas arqueadas con precisa simetría elevándose despacio no le parecieron confirmar el permiso pretendido—. Bueno, tal vez he dado demasiados datos…

—Un momento, un momento —dijo Margueritte deteniendo los pasos escurridizos del irlandés—. ¿Con quién vas a casarte? —preguntó tras echarle a Camille un vistazo breve.

—Camille, por favor… —Sam le habló con falsa dureza—, además de tus problemas, ¿por qué Margueritte no conoce tus buenas noticias?

—¿Mis buenas noticias? Es una forma bastante personal de definirlo, lo tendré en cuenta —dijo cínica, dolida al intuir que esa boda no significaba lo mismo para los dos—. La buena noticia es que vamos a casarnos. ¿Cuándo? Es la gran sorpresa.

—Enhorabuena, me alegro mucho.

Margueritte, que adivinó la carga sarcástica de las últimas palabras de Camille, fue más comedida de lo que habría pretendido. Dejó la biblioteca con sigilo, el mismo que la conducía por el interior de aquellos pasillos con el don de la ubicuidad.

—Debería terminarlo… —murmuró Sam, caminando hacia el óleo del marqués y Camille que había apoyado a un lado de la estantería—. ¿Tienes el vestido?

Esa sola mención terminó de espolear a Camille.

—Sam, no sé qué pretendes…

Camille puso rumbo a la escalera bastante irritada. ¿Por qué pasaba de la felicidad total a esos picos de rabia? Solía sucederle si pensaba en el futuro con realismo.

Tras cerrar la puerta del dormitorio de un brusco portazo, fue al baño. Necesitaba una ducha para razonar con sensatez. Tenía el albornoz en la mano cuando Sam apareció con cara de pocos amigos.

—¿Puedes explicarme a qué se debe este cambio de humor?

—No lo sé y no me apetece discutir, hablamos después.

Sam la observó de manera inquisitiva. El sonido celta de su móvil lo sacó de la nube densa

que lo enervaba. Camille lo vio de espaldas, hablando en voz baja. Pronto oyó el nombre de Harvey.

—¿La próxima semana? —preguntó Sam—. Es muy precipitado, tengo que ir primero al estudio. Te llamo mañana y te lo confirmo. ¿Tú cómo estás?

Camille se metió en la ducha, abrió el grifo del agua caliente y se sumergió en la albura de la serenidad. No había nada más grato que aquello. Nada ni nadie en el mundo podían robarle la paz interior.

Con los ojos cerrados, extendió la mano para coger el bote de champú. Al sentir los dedos de Sam, dio un ligero brinco.

—¿Qué haces aquí?

Sam no corrigió un poco la pose soberbia al recorrerle el cuerpo de arriba abajo. No necesitaba detenerse, conocía cada milímetro de esa piel sonrosada por la furia del agua caliente. ¿Y qué más?, se preguntó.

—¿Por qué pierdes la esperanza?

Camille se echó un poco de gel en las manos, ganando tiempo. No quería probar mentirle.

—A veces intento imaginarme cómo viviremos —empezó diciendo, ausente en pensamientos tormentosos—, dependerá de la temporada. En época de vendimia o antes de alguna exposición estaríamos solos…, pero con paciencia podríamos adaptarnos… Sin embargo… —Camille observaba los ojos glaciares del pintor—, no estoy segura de que sea la mejor solución para ninguno. Precisamente en las épocas de más estrés estaríamos separados… ¿Tú no lo piensas?

—No me dejo llevar por el miedo —dijo tras un largo silencio—, es el mayor freno para cambiar. Intenta no convertir una situación agradable en un mal recuerdo. No merece la pena, Camille.

—¿Lo conseguiremos?

Sam sonrió despacio.

—Seremos lo que queramos ser, lo que hagamos para conseguirlo...

Ella escuchó con atención. ¿De verdad al fin había llegado su momento?

Capítulo 40

AQUELLA TARDE DE VIERNES los ojos de Camille deambulaban por el reducto de historia de la biblioteca, por paredes con cuadros decadentes y la atmósfera refinada de los muebles que tanto cuidó su abuelo. Con él en la memoria, volvía a recordar la conversación acerca de Juliette después de conocerla en Nochevieja. Claramente, resurgieron aquellos destellos desagradables de su pésima primera impresión. En cambio, después la llegó a apreciar como a una verdadera amiga. ¿Por qué? ¿Acaso las injusticias de su propia vida la guiaban a enmendar con otras personas los errores que habían cometido con ella? Durante un rato esa pregunta flotó en su mente, hasta oír a Sam hablar por teléfono.

Lo encontró en el vestíbulo, con la bolsa de viaje cerca de la puerta.

—Parece que ya lo tienes todo preparado —comentó Camille casual.

—Sí. —Sam había abreviado la despedida de Harvey, bastante impaciente por la exposición en Londres. Extendió la mano para coger la de ella—. Solo es una semana, *mo ghrá*, pasará rápido.

Ella trató de sonreírle.

—¿Podrás tener listos los cuadros? —preguntó interesada.

—Todo está bajo control, no te preocupes. —Sam le sostuvo el rostro entre las manos y le dio un beso cariñoso en los labios—. Cuídate.

Camille se apretó a él en un abrazo lleno de desesperación. No podía evitar el miedo. Sam notó cómo se había zambullido en el mar de la melancolía, la estrechó más fuerte meciéndola en serenidad, y le susurró:

—No va a darte tiempo echarme de menos.

Se separaron al oír el crujir de la grava del taxi que había pedido Sam. De nuevo hubo más besos agónicos, hasta que la realidad se impuso en una lucha miserable.

Bajo la grisura de un atardecer húmedo, Camille vio el vehículo traspasar el arco de la muralla sin apartarse de la puerta soportando el frío con una gruesa chaqueta de lana. ¿Cómo sería vivir sin él? No quiso imaginárselo. Después de haber sobrevivido a la soledad, volver no era una opción. «No hay nada que temer», se repitió.

Regresó a la biblioteca reviviendo la charla a media voz en la cama de aquella misma mañana, después de que Sam insinuase estar dispuesto a trasladar el estudio allí, al menos la parte activa para seguir produciendo. También acordaría con Harvey las fechas de las exposiciones para coincidir con las semanas de menos actividad en la bodega, cuando tuvieran tiempo libre se escaparían a la casa en medio de la nada de Irlanda y se prometieron acompañarse a todos los actos de sus respectivos compromisos profesionales. Pasaron un rato muy agradable ilusionados planeando el futuro.

En cuanto cerró la puerta volvió a bucear en las turbias aguas de los recuerdos. Desde la mesa clavó los ojos en el cuadro inacabado de ella y su abuelo. Por supuesto que seguía teniendo el vestido de fiesta, de un tono gris plata, estilo vintage, de gasa y lleno de volúmenes como flamas de suave viento. ¿Pero quería ponérselo de nuevo y posar? ¿Quería, realmente, ver ese cuadro terminado? Se había acostumbrado a las esquinas sin pintar, al esbozo de la mesa donde ella estaba sentada. ¿No tenía un encanto especial por eso?

Pasados unos minutos, decidió dejar que Sam hiciera lo más conveniente. Abrió el portátil y en el correo electrónico encontró un informe que la sorprendió. Era de un abogado parisino, Vincent Claviel. No pertenecía al despacho que le llevaba todos los asuntos legales porque trataba con él un tema delicado que prefería mantener solo para ella. Lo contrató poco después de fallecer su abuelo para que la ayudara a buscar información sobre su padre biológico. Por aquellos días era uno de sus principales cometidos, necesitaba saber más de él, y por sus propios medios no había conseguido nada.

Las noticias de Claviel con el paso de los meses no fueron mejores, pero siempre lo incitó a continuar ya que a fin de cuentas Thibaut Lombard era una parte fundamental de su existencia. Sin embargo, tras leer aquel último informe se desengañó. Claviel había hecho todo lo posible en

los organismos públicos, privados, y los resultados nunca dieron ninguna pista que le permitiera aferrarse a algo razonable. No podía seguir persiguiendo a un fantasma.

Pese a no lamentar haber elegido buscarlo ni las vicisitudes desmoralizadoras del camino, a Camille le costó un poco responder al abogado para agradecer su determinación y acabar diciéndole que no demorara enviarle la factura de sus honorarios. Con eso concluía la relación contractual entre ellos.

No pudo resistirse a releer todos los correos de Claviel. Desde el primer informe, donde Thibaut Lombard no aparecía en los registros civiles, pasando por pesquisas en el mundillo artístico sin encontrar otras obras suyas ni coincidencias en nombre ni edad con ningún pintor —cuando pensaron que pudo usar un nombre artístico—, hasta el último en el que ya Claviel daba por hecho que debió llegar a Ansouis huyendo, en el mejor de los casos, de sí mismo.

Para ella era un varapalo darle la razón a su abuelo, pero ya no podía pensar otra cosa. Ni siquiera mantener la esperanza de que amó a su madre. Las ideas románticas se habían transformado en puro escepticismo. Thibaut Lombard apareció en el momento preciso y para el trabajo apropiado, embaucar a su madre por dinero.

Durante más de una hora se dejó persuadir por la trágica historia de su familia. Luego, logró distanciarse para revisar los asuntos de la bodega. Se centró en la actualización de las cláusulas del contrato con los ingleses, asombrada por una celeridad que percibía como un claro interés por cumplir los plazos de distribución marcados. En definitiva, era la señal que buscaba para poner en marcha la venta por internet.

Dos rítmicos golpes en la puerta anunciaron a Margueritte, y dejó a un lado el documento que leía tras darle paso.

—Juliette está esperándote en el Salón Azul —dijo la mujer—. No sabía que venía… —agregó de manera deliberada.

—Yo tampoco. —Camille se puso en pie—. Tráenos unos cafés.

—¿Sabes algo de Philippe?

—No, la última vez que lo vi fue en la bodega.

Margueritte la observó con seriedad.

—No te fíes de ella.

Camille la miró por encima del hombro, cansada de su protección. No le dijo nada, tenía la certeza de que interpretó bien el pesado malestar de siempre.

Capítulo 41

AL ENTRAR CAMILLE en el salón, vio a Juliette de espaldas mirando por el ventanal. Vestía un traje oscuro de falda y chaqueta, discreto, muy sobrio y raro en ella.

—Buenas tardes, Juliette —saludó cordial.

Camille le mostró una sonrisa educada cuando se giró. De inmediato la acusó demacrada, envejecida.

—Siento presentarme sin avisar, pero es urgente.

La expresión amable de Camille se endureció al oír el tono nervioso. Le esperaba una charla antipática cuyo final incierto conseguía helarle la sangre. En los últimos días había pensado mucho en ella, y siempre terminaba sintiendo la necesidad de alejarse.

El tenso ambiente lo cortó Margueritte llegando con la bandeja de los cafés. Con estudiada parsimonia los colocó en la mesita sobre dos platitos, puso a un lado el azucarero de plata, dos servilletas, las cucharillas, y salió dedicándole a Camille una mirada atenta.

—Necesito que me prestes el dinero —dijo Juliette sin sentarse—, hazlo por mí, Camille. No sé nada de Philippe desde hace dos días, y los acreedores me están presionando para que deje mi casa y la bodega. No puedo permitirlo, debo hacer lo que sea para no perder las propiedades.

—Estás pidiéndome que salve tu patrimonio —habló severa con ánimo de atajar aquello lo antes posible—, y no tengo tal intención. Se lo dije a Philippe cuando me pidió el dinero, creí que lo entendiste el otro día, pero te lo repetiré: no voy a prestarte un dinero que no vas a devolverme; no hago esa clase de negocios.

—¿Te quedarías impasible viendo cómo nos arruinamos?

Camille pudo transigir la manipulación gracias a la confianza en sí misma y sus convicciones.

—No soy responsable de las decisiones que os han traído a esta situación, ¿por qué tendría que afectarme?

—Porque somos amigas, al menos eso creía yo…

—¿Basas la amistad en mentiras? Porque sabes de sobra que no puedes devolverme el dinero y aun así insistes en que te lo preste. ¿Me mientes con descaro y pretendes que te ayude?

—No te he dicho cómo tengo pensado devolvértelo —habló recobrando la soberbia—, y no sé si contártelo…, tienes tomada una decisión al fin y al cabo…

—La tengo, y siento que no sea la respuesta que esperabas.

—No sé si lo has decidido tú o si actúas en nombre de otra persona, pero tú lo has querido —intimidó, echándole un vistazo despectivo a la vieja chaqueta de lana de Camille. Negó con la cabeza, sonriendo cínica—. No será la última vez que nos veamos.

Al escucharla, Camille irguió el cuello como un cisne.

—¿Qué pretendes? ¿No obtienes lo que quieres y te vuelves amenazante? Pues que te quede claro que no me asustas, siento una pena infinita por ti.

—¿Pena? ¿Que yo te doy pena? ¿Cómo te atreves? —exclamó rabiosa—. Pena me das tú a mí. ¡No necesito tu compasión!

—Lo sé, necesitas mi dinero —dijo sin levantar la voz—; pero solo puedo ofrecerte compasión. Acéptala como un regalo.

Juliette tensó el rostro, descolocada ante la prepotencia enmascarada de ironía.

—He sido tu amiga, te he apoyado en tus peores momentos, ¿y esto es lo que recibo? No tienes memoria, pero te juro que yo jamás olvidaré esto.

—Ni yo —admitió, mirándola impasible—. Ahora, sal de mi casa y no vuelvas más. Ya sabes dónde está la salida.

Durante unos segundos se retaron. Camille la observaba con todo el enfado que podía mostrar sin respirar rápido. A Juliette le costó dar la vuelta, marcharse le deparaba un futuro incierto tan peligroso como adentrarse en una cueva abisal.

Cuando al fin Camille estuvo sola, se sentó en el sofá y suspiró de alivio. Sentía aún el corazón desenfrenado, pero estaba tranquila y contenta por su buen manejo de la situación. El autocontrol le había supuesto un esfuerzo enorme, cada gramo de voluntad sumó para defenderse

sin atacar.

Algo más relajada, cogió con los dedos un terrón de azúcar, lo echó con suavidad en la taza y, tras moverlo con la cucharilla, bebió saboreando el poder de la victoria. Había ganado pese a la escasa fe de sus seres queridos. Todos, desde François a Sam o Margueritte, le habían advertido del interés que escondía Juliette detrás de una dulzura imperturbable a las críticas. Sin embargo, ninguno vaticinó ese nivel de bravuconería.

Repasando todo lo que le había dicho, llegó a la amenaza. A un detalle revelador: odiaba visceralmente a Sam. ¿A quién si no se refirió diciéndole “en nombre de otra persona”? Sin duda se trataba de él. Y, sin duda, lo había odiado siempre por haberse interpuesto en su camino. Recordó un tiempo ya lejano para ella, cuando Juliette solo se había atrevido a criticarlo hundiéndole puñaladas en una herida abierta. No le preocupó lastimarla, tenía el miserable propósito de filtrarle rencor como un despiadado veneno.

Entretanto, Juliette estaba en la cocina. Había aprovechado la ausencia de Margueritte empujada por el excitante aroma de la venganza. No vaciló al sacar del bolso el frasco de diazepam, al echar varias pastillas en la jarra de agua que había en la encimera, la usaba Camille todas las noches en el dormitorio, ni al coger un cuchillo y removerlas vigorosamente. En cuanto las disolvió por completo, se asomó al corredor. Nadie debía sospechar de ella.

Engreída por su capacidad de improvisación, abandonó el castillo sin ningún remordimiento. Dentro de sus parámetros de justicia, Camille se merecía sufrir por no haber accedido a prestarle el dinero. Lo siguiente era darle instrucciones al cómplice adecuado; y lo tenía, un imprudente relacionado con los marselleses tan falto de escrúpulos como avaricioso. Nada saldría mal, su plan era perfecto.

*****

Apenas pasadas las doce de la noche, cuando en el Salón Azul reinaba un silencio agradable, Camille decidió acostarse tras recibir un mensaje de Sam diciéndole que ya había llegado a Dublín. Desistía de intentar leer la novela que tenía entre manos pese a hacerlo con empeño desde que Margueritte y Dominique se marcharon del castillo. Al chófer le tocaba librar ese fin

de semana, y por quedarse totalmente tranquila vio apropiado que Margueritte también descansase en su propia casa.

Salió del salón molesta consigo misma por no haber sido capaz de disfrutar la lectura. Estar concentrada sin la intromisión pertinaz de Juliette no era tarea fácil y, encima, gracias a ella también soportaba ya un ligero dolor de cabeza que se convertiría en un incordio y le robaría el sueño si no se tomaba un analgésico.

Fue a la cocina con intención de llenar la jarra de agua. Al encontrarla llena en la impoluta encimera, sonrió complacida pensando que Margueritte nunca olvidaba los pequeños detalles. Con la jarra en la mano, apagó la luz al salir y se dirigió a la escalera. Avanzaba con lentitud en penumbra, deslizando la mano a lo largo del pasamanos de piedra, rodeada por un frío sibilino que se le metió en los huesos.

En unos minutos la calefacción caldeaba el dormitorio, mientras se ponía el pijama con los ojos clavados en el último cuadro que le regaló Sam. Evocar las emociones guardadas en su corazón de ese rincón de París la llenó de bienestar y romanticismo, justo lo que necesitaba para acostarse. Añorar a Sam sabiendo que pronto volvería era cien mil veces preferible al sinsabor que le había arruinado la tarde.

Tomándose la pastilla percibió un ligero sabor amargo en el agua, pero no le dio importancia y se acostó arrebujada en el edredón. Fue entonces cuando más deseó que Sam estuviera con ella para contarle sus inquietudes. Tenía una capacidad selectiva admirable en ciertos asuntos que le permitía salvaguardarse de lo negativo.

Bostezó con fuerza, tan fatigada que perdió la noción del tiempo vencida por un profundo sueño.

*****

Sam, que estaba llegando a su casa, tuvo el impulso de llamar a Camille. Pero, como ya le había mandado un mensaje nada más aterrizar en Dublín y era demasiado tarde, lo pospuso para el día siguiente.

Caminaba por el solitario camino bajo la luna creciente velada entre nubes, divagando en la

exposición que se inauguraría en una reputada galería londinense el viernes 21 de diciembre. Estaba emocionado porque iba a ser la primera vez que Camille asistiría con él como su pareja. Todo un desafío siendo también la protagonista. ¿Y si no le gustaban los cuadros? Harvey no lo creía posible, pero él no lo descartaba. Los repasó mentalmente. Eran un homenaje a todas sus expresiones, ¿pero le gustaría verse expuesta a miradas extrañas?

Las nubes pronto cubrieron a la luna y comenzó a llover inundando el aire de fresca vida. Sam tuvo que correr un poco para no empaparse. Ni diez minutos después, con el calor de la chimenea convirtiendo en acogedor aquel salón casi desangelado donde solo destacaban las paredes y techos de madera, la piedra del suelo y una mesa hecha por él reciclando la vieja máquina de coser de su madre, se tomaba una cerveza mientras contemplaba la furiosa lluvia.

De manera sigilosa se apoderó de él una sensación profunda de vacío que resbalaba como el repique del agua en los cristales, pero sin detenerse ni diluirse. Tuvo de nuevo el impulso de llamar a Camille, necesitaba oírla. ¿Pero por qué si él mismo le había dicho que no lo echara de menos? ¿Con qué motivo podía llamarla a esas horas sin parecer un maniaco obsesivo? Desechó la idea de forma rápida. No podía dejar que el miedo le invadiera solo por estar separados. Era mucho más razonable esperar a hablar con ella al día siguiente, mientras desayunaran juntos a miles de kilómetros de distancia.

Capítulo 42

EL REITERATIVO TONO apático del gendarme, un tipo de mediana edad, robusto, embutido en un traje marrón pasado de moda, había creado una sutil niebla de intolerancia en Camille. Empezaba a acusarla en sus modales correctos tras explicarle que la noche anterior robaron en la biblioteca del castillo algunas joyas del marqués de la caja fuerte y el busto de jade del rey que siempre estaba sobre la mesa. Ese robo había sido la gran sorpresa al despertarse después de dormir a pierna suelta hasta el mediodía.

La mirada del hombre, oscura y con un vaho belicoso, le molestaba más que sus estúpidas sospechas acerca de la veracidad del robo.

Camille suspiró sin quitarle los ojos de encima.

—Agente, tengo algunas lagunas…, pero no hay duda del robo en mi casa mientras estaba dormida.

El hombre mostró indiferencia en aquel rostro anguloso y se pasó la mano por un voluminoso pelo castaño que pintaba canas en las sienes.

—¿Estaba sola?

—Sí. Excepto Margueritte Dumond, el ama de llaves; y Dominique Satoneé, el chófer, todo el personal es externo; puedo enseñarle sus contratos laborales.

—¿Por qué la señora Dumond y el señor Satoneé no se encontraban con usted?

Camille meneó la cabeza. ¿Acaso estaba sordo?

—Le di la noche libre a la señora Dumond porque quise —dijo sin ocultar su exasperación, poco dispuesta a contarle otra vez que podía dar permisos cuando se le antojara—, y al señor Satoneé le tocaba librar este fin de semana. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírselo?

El inspector no se inmutó por ese tono, pero se molestó al percibir en la mirada gris el inconfundible destello del desprecio.

—Señorita Saunier-De Rosier, según la información de los compañeros que han ido a su casa, no hay evidencias de allanamiento, y las joyas sustraídas están aseguradas… —agregó con intención.

—Por supuesto están aseguradas, pero, como ya le he contado antes, me resulta muy raro…

—¿Únicamente ha echado de menos esas joyas?

Camille soltó otro suspiro, y le dedicó una mirada helada.

—No, también le he dicho que falta un pequeño busto de Carlos VI de auténtico jade —matizó—, con un gran valor sentimental para mí —contó, pensando en que formaba parte de la mesa de la biblioteca como algo natural.

—No voy a darle falsas esperanzas; es difícil encontrar las joyas porque tienen mucha salida en el mercado negro.

—Son joyas muy particulares, ¿para qué comprar algo que no se podrá lucir en público? —preguntó confusa.

—Necesitaré una descripción detallada de cada una —dijo sin afectación—. Y respecto a su pregunta, lo habitual es desmontar las joyas para vender las piedras preciosas por un lado y los metales para fundirlos por otro. A veces, hasta vuelven a tallar las piedras para venderlas mejor. No se preocupe, de verdad, su seguro no debería tardar demasiado en compensárselo; usted sale ganando.

—No sé bien cómo interpretarlo, agente. He sufrido un robo en mi propiedad. ¿Cómo gano?

El inspector enarcó una ceja al sonreír.

—Las penas con dinero se sobrellevan mejor.

—¿Insinúa que estoy mintiéndole para cobrar un seguro? —preguntó Camille poniéndose en pie, perdiendo la poca paciencia que le quedaba por el comportamiento reaccionario del hombre —. Escúcheme bien, agente, si…

—Inspector Gilles —corto sin amilanarse para corregirle, cansado del displicente “agente”.

—Quien sea —dijo ella apenas moviendo los labios—, si no hace algo inmediatamente convocaré una rueda de prensa contándole a todo el mundo cómo se ha tomado la gendarmería

un robo que podría haber terminado en tragedia.

—Cálmese, señorita —habló con una sonrisa cínica. Su móvil empezó a sonar, lo cogió de encima de una pila de papeles, en ese escritorio no había un hueco libre, y se puso en pie metiéndose una mano en el bolsillo—. Jean-Pierre, ¿habéis encontrado algo más? —preguntó solícito. Tras escuchar las noticias de su compañero, tomó la decisión más lógica sin dejarse llevar por la antipatía que le generaba la marquesa—. Voy a comunicarlo a la brigada forense. Gracias. —Dejó el teléfono en otra pila de papeles y se centró en Camille—. En cuanto haya concluido la obtención de pruebas, tendrá a su disposición nuestro informe. Si quiere dar una rueda de prensa, está en su derecho. Pero la investigación seguirá su curso.

—No me ha dicho lo mismo hace cinco minutos —reprobó—. ¿Hay novedades?

El inspector tardó un poco en responder.

—La bodega Béziers ha sufrido un incendio importante.

Camille alzó las cejas.

—¿No le parece sospechoso?

—Mi opinión no es relevante, señorita. ¿Por qué sospechoso?

—Porque los Béziers tienen un problema económico muy grave, le deben dos millones de euros a alguien peligroso... —dijo después de dudar un instante, atenta a la sorpresa en los ojos del inspector—. Ayer por la tarde Juliette Béziers vino a mi casa a pedirme un préstamo, no se lo di y terminó amenazándome; Philippe Béziers también ha intentado varias veces que le prestase el dinero, la última vez estaba fuera de sí, me dijo que iban a matarlo si no lo devolvía… Me parece mucha coincidencia que el mismo día que roban en mi casa a ellos se les queme la bodega.

—¿En algún momento le han dicho con quién tienen esa deuda?

—No, solo sé que es una deuda de Philippe por apuestas online. Si me permite una sugerencia —añadió al cabo de un instante—, localícelos lo antes posible.

La ironía inundó el enrarecido ambiente del despacho.

—La policía científica irá pronto al castillo —anunció tras meditar unos segundos—, intente

no tocar nada. La mantendremos informada, señorita Saunier-De Rosier.

—Espero que sea pronto.

Benoît Gilles apretó las mandíbulas, muy enfadado por ese tono exigente. Ella le echó un último vistazo antes de dar la vuelta para marcharse a paso rápido sin prestar atención a las caras de asombro que dejaba atrás.

Cuando salió de la gendarmería era de noche. La bajada de la temperatura le erizó el vello y se subió el cuello del abrigo. Al ajustarse la bufanda sintió una punzada en la cabeza que la aturdió unos segundos. Resopló agobiada, intuyendo que sería consecuencia de sus problemas.

Tras sentarse al volante del Jeep, lo primero que hizo fue sacar de la guantera un analgésico. Se lo tragó sin agua y arrancó el motor. Empezó a conducir por las tranquilas calles de Pertuis pensando en llamar a Sam porque entre dormirse, el descubrimiento del robo y salir corriendo a denunciarlo lo había ido posponiendo y ya no resistía más sin contarle todo lo acaecido desde su retorno a Irlanda.

Repasando las palabras suspicaces del inspector, tomó el desvío hacia Ansouis. El trayecto de apenas diez kilómetros estaba bordeado de viñedos, olmos de troncos retorcidos y álamos esqueléticos a esas alturas del otoño. Ante una curva bastante cerrada pisó el freno para reducir la velocidad. De inmediato notó la dureza del pedal, el coche apenas disminuyó la velocidad, y de nuevo lo intentó presionando con más fuerza. Sin ningún efecto. La pendiente se hacía más pronunciada por metros, las señales de tráfico indicaban una sucesión de curvas peligrosas, al tiempo que ella perdía los nervios y la velocidad del coche seguía aumentando sin control.

De pronto vio un perro a poca distancia saliendo de un camino de tierra y con la clara intención de cruzar al otro lado de la carretera. Intentó frenar a la desesperada para no atropellarlo, sin éxito, giró el volante y, después de esquivarlo, por la misma inercia el coche se salió de la carretera a una velocidad temeraria. Zigzagueaba como una bola de billar con efecto al recibir un golpe maestro. Camille solo veía un montón de ramas chocando con el coche mientras el ruido de la catástrofe la hundía en el pozo del terror. Lo único que se le ocurrió fue usar el freno de mano. Sujetó con decisión la palanca y tiró hacia arriba de manera brusca. Entonces

todo se convirtió en polvo, caos, y finalmente en el desolador silencio de la inconsciencia.

Capítulo 43

SAM ECHÓ UN VISTAZO a la ventana de aquella habitación de hospital como si el paisaje campestre pudiese aliviar el frío que le agarrotaba los músculos. Después de haber visto a Camille respiró más aliviado; pero aun así no lograba borrar de la memoria el suplicio de las últimas veinticuatro horas, las peores de su vida. No recordaba un sufrimiento más infame ni una frustración más grande desde que Margueritte le avisó del accidente.

Volvió la mirada a la cama, Camille seguía dormida, y apretó los dientes. Le dolía en lo más profundo del alma verla en ese estado, con magulladuras en todo el cuerpo y dos fracturas en el brazo derecho.

—No lo pienses —dijo Margueritte leyéndole el pensamiento—, puede contarlo…

Sam se acercó a la cama con la preocupación reflejada en el rostro.

—Desde que la conozco no ha habido un minuto de mi vida sin ella en la mente… —habló apenado, pendiente de esa cara perfecta que tanto había pintado—. Esta mujer es mi vida, toda mi vida, Margueritte, no sería capaz de vivir sin ella...

—No vais a estar separados; quítate de encima el pesimismo porque la suerte os sonríe —habló animosa por reconfortarlo un poco.

—No sabría decirte… En un fin de semana roban en el castillo y tiene el accidente…

Margueritte tragó saliva.

—Hay algo más —agregó cautelosa—: La misma noche del robo, la bodega de los Béziers ardió.

La expresión del irlandés fue de confusión absoluta.

—Estás aquí… —dijo Camille con un hilo de voz tras despertar.

De manera automática, Sam aflojó la presión del rostro y se acercó a ella mostrándole una sonrisa tan radiante como la de Margueritte. Aunque la mujer se limitó a interesarse solo un

momento antes de volver a uno de los silloncitos de la pulcra habitación. No pretendía restarle a él un momento deseado con impaciencia.

Sam se sentó en el borde de la cama y le besó los labios con mucha ternura.

—¿Cómo te encuentras, *mo ghrá*? —preguntó al entrelazar los dedos de sus manos.

—Bien…, dolorida —reconoció al tratar de mover el hombro.

Durante unos minutos hablaron de sus heridas, de tratamientos y de la convalecencia. Margueritte Dumond los escuchaba con una sonrisa suave en el escuálido rostro.

—¿Cómo fue el accidente? —preguntó Sam curioso.

—Fallaron los frenos del coche, no sé cómo, no bajaba el pedal…

Camille se angustió al recordar el pánico a la muerte, la tuvo tan cerca que pudo acariciarla.

—¿Dónde está el coche, Margueritte? —preguntó Sam, dirigiendo la mirada a la mujer.

—En el garaje del castillo, lo llevó ayer la grúa del seguro.

Sam decidió revisarlo a conciencia, de algo le servirían los años como mecánico ayudando en el taller de su padre.

—¿Por qué fuiste a la comisaría de Pertuis? —preguntó, necesitaba escucharlo de sus labios.

Camille soltó una bocanada de aire que sintió punzante en el pecho.

—El viernes por la noche robaron en casa mientras dormía —explicó, y se detuvo centrada en las pupilas dulces de Sam, consciente del peligro que había corrido—. Me di cuenta por la tarde… No sé por qué estuve durmiendo hasta el mediodía, por eso no vi tus llamadas…

—Me extrañó mucho que no contestaras, pensé que habrías salido sin el móvil. ¿Por qué no había nadie contigo en el castillo?

—Dominique tenía el fin de semana libre —apuntó Margueritte—, y yo no estaba porque…

—Porque yo insistí —dijo Camille—. Quería estar sola.

Sam la miraba atento, sin soltarle la mano.

—¿No oíste nada? —preguntó, con una caricia tierna en el cabello.

Camille bajó la vista.

—No —respondió negando con la cabeza, tratando de filtrar algo significativo entre los

fotogramas de imágenes medio veladas de esa noche—. Solo recuerdo lo que hice antes de acostarme: fui a la cocina a por la jarra de agua, Margueritte me la había dejado preparada, y la llevé a la habitación, después me tomé una pastilla para el dolor de cabeza…

Margueritte se mantenía en un respetuoso silencio.

—¿Nada más? —preguntó Sam en un tono suave que no escondió demasiado bien la insistencia—. ¿Bebiste solo agua?

—Sí —afirmó segura. De pronto, un detalle refulgió en su mente—, pero me supo amarga; tenía un sabor extraño…

Sam movió las mandíbulas al tensar los músculos. Desde el primer momento le había parecido raro el sueño tan largo y profundo de Camille cuando no era habitual. ¿Y si el agua no hubiese sido solo agua? ¿Pudieron drogarla para robar cómodamente? Mientras decidía compartir o no esa sospecha, preguntó:

—¿Ocurrió algo fuera de lo normal cuando me fui?

Sam le pasaba el dedo índice por la mano de forma descuidada, ensimismado, preguntándose quién pudo drogar el agua y por qué solo se habían llevado joyas de esa caja fuerte y no las del joyero de ella con piezas mucho más valiosas.

Antes de responder, Camille compartió una mirada breve con Margueritte.

—Juliette vino a casa el mismo día que tú regresaste a Irlanda... Me pidió que le prestase el dinero de su deuda… Y me amenazó —comentó al cabo de unos segundos.

—¿Cómo? —exclamó Margueritte, y se puso en pie con una agilidad furiosa—. Te dije que no te fiaras de ella…

—Te han robado lo que no has querido prestar. Es una buena venganza… —Sam habló con intención—. ¿Se lo has contado a la policía?

—Sí —contestó de mala gana al recordar la actitud incrédula del inspector—. Me dijeron que la policía científica iría a casa para recoger huellas… No sé si habrán ido…

Margueritte afirmó con un parpadeo largo.

—No te preocupes —dijo Sam después de volver a sostenerle la mano—, ya verás cómo la

policía encuentra al o a los culpables. Solo espero que los Béziers no estén implicados…

Margueritte apretó la frente, observándolo con reprobación.

—No digas tonterías, el robo y el incendio han sido coincidencias fatales; nada más —habló animosa, tal vez demasiado—. Ve a cambiarte de ropa, no voy a moverme de aquí.

Sam aceptó la reprimenda porque no había sido su intención inquietar a Camille; sin embargo, meneó la cabeza al rechazar la oferta.

—Gracias, estoy bien.

—Ve a casa y descansa un rato —sugirió Camille.

Él se inclinó sobre su oído para hablarle muy bajo:

—Tú y yo nos hemos separado y reencontrado ya tantas veces que dejarlo ahora mismo en manos de la casualidad no es viable… —De manera cariñosa, le dio un beso en la mejilla—. No insistas, me quedo contigo.

Capítulo 44

SAM PRESTABA atención a las indicaciones de su padre mientras enfocaba con la linterna el hueco de una de las ruedas delanteras del Jeep. No veía fugas en el circuito de los frenos.

—Aquí no hay nada —habló tras otro repaso exhaustivo. Se rascó la mejilla sin darse cuenta de que acababa de mancharse de grasa. Luego, cogió una llave inglesa y se tumbó en el suelo. Retiró los pernos que sujetaban la pinza al soporte del freno—. Tengo la pinza fuera.

—Ten cuidado con el cable del sensor de desgaste de las pastillas de freno. Empuja despacio el pistón hacia adentro en la pinza, el pistón saldrá con facilidad.

—Los pernos de la guía de freno están doblados.

—Pues ahí tienes el motivo del bloqueo de los frenos. Ella te contó que el pedal estaba bloqueado, ¿no?

Sam entornó los ojos al escucharlo.

—Sí, papá —habló seco, un poco cansado de que no llamara a Camille por su nombre. No sabía si lo hacía adrede porque le molestaba su decisión de estar en Francia con ella—. ¿Los pernos se pueden doblar por el uso?

—Si los pernos están desgastados, o dañados previamente, pueden volverse más propensos a doblarse bajo presión. También pueden doblarse si el vehículo ha sufrido un golpe en la zona de la pinza de freno.

—No ha tenido ningún accidente antes —comentó, pensando en lo bien cuidado que había estado el coche.

—Entonces, lo más probable es que la última vez que lo llevaron al mecánico los cambiaran y los instalaran mal. Si aprietas demasiado los pernos pueden someterse a tensiones excesivas y esto puede provocar que se deformen con el tiempo.

Sam le escuchó atento, pensativo. Hablaría con el chófer. Como encargado del

mantenimiento de todos los vehículos, tendría que saber a qué taller solían llevarlo y con qué periodicidad le realizaban el mantenimiento al sistema de frenos.

—Gracias, papá, me has ayudado mucho.

—*Te habría podido ayudar más aquí con mis herramientas*…

Sam captó la indirecta.

—Nos veremos pronto —dijo de buen talante.

—*Estuviste aquí hace unos días y ni siquiera te vi*…

—Estabas trabajando, papá. ¿Por qué no te coges unos días de vacaciones…?

—*Tengo que dejarte, hijo, ha llegado un cliente*.

Sam sonrió satisfecho. No fallaba. A su padre no se le podía mencionar las vacaciones, quizá por no pasar más tiempo del necesario en su casa, o solo porque disfrutaba destripando los coches y, encima, era bueno y tenía una reputación intachable.

Al limpiarse la grasa de las manos, se fijó en los surcos bien delineados en el caucho de las ruedas, sin duda eran nuevas, y sospechó que al cambiarlas podía haberse hecho la manipulación de los frenos. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Tenía Camille enemigos? ¿O solo se estaba dejando llevar por el pánico y todo era fruto de la casualidad?: un accidente por un fallo mecánico.

Echó un vistazo alrededor para descubrir a Camille cerca de un seto hablando por teléfono. Había un gato ansioso bebiendo agua de un cuenco hecho con medio coco, y pensó que ella ya estaba haciendo la ronda. Pese a lo incómodo de la escayola del brazo, no pasaba un día sin repartir comida y agua por el jardín para un buen número de gatos callejeros.

Observándola, confió en que la actitud negacionista de su padre cambiase conforme la conociera mejor y dejase de culparla por alejarlo de Irlanda. Esto último era lo único negativo que podía pensar, por suerte. Porque si hubiera sabido que su larga depresión y, por añadidura, el distanciamiento físico de su círculo cercano de los últimos dos años fueron consecuencia de la desdichada separación de ella, con seguridad, no habría existido la buena disposición de ayudarle con el coche. Ni él ni sus hermanas conocían la verdad. Solo su madre, su gran confidente y sufrida consejera, sabía que desde aquella fabulosa coincidencia en *Gallagher's Boxty House* el

amor de su vida era Camille.

Soltó el trapo en el suelo y se encaminó hacia ella con pasos lentos disfrutando del ambiente bucólico que se respiraba en el jardín esa soleada mañana.

Al mismo tiempo, el buen humor de Camille hacía un viraje completo gracias a la inusitada llamada de Madeleine Cluzet. Lo que en una primera impresión le resultó grato después de no saber nada de ella desde octubre, pensó que iba a interesarse por su estado, se había transformado en rabia por el cúmulo de sentimientos que se le agolpaban en la mente. A cuál más triste y negativo.

—¿Solo te has acordado de mí para esto?

—Lo siento, Camille, he estado muy ocupada con tu tía. Tú tampoco has hecho mucho por mí durante todo este tiempo.

Camille meneó la cabeza. El reproche alejó de lleno su ligero impulso de hablarle del robo y el accidente. ¿Para qué?, se preguntó dolida. Había pasado más de una semana, se encontraba bien, podía pasar sin su falsa preocupación. Esa mal llamada madre entendía mejor la intolerancia.

—¿Qué esperabas que hiciera, Madeleine? Desde que murió mi abuelo he estado dedicada a la bodega…

—Él sí ha sido tu abuelo y yo he dejado de ser tu madre… —dijo en un tono que sonó afligido—*, qué lástima de años desperdiciados…*

Camille bufó. «¿Qué clase de capacidad tienen algunas personas para manipular las situaciones y siempre aparecer como las víctimas?»

—Tú nunca quisiste ser mi madre, no sé por qué me lo reprochas ahora.

—No quise, es cierto, porque sabía que tarde o temprano tendría que renunciar a ti. Sin embargo, cuando intenté volver, no me quisiste a tu lado… ¿Acaso lo has olvidado? Porque yo no.

Camille entrecerró los ojos.

—Distingo bien a las personas, sé quién me aprecia por mí misma y quién solo ve en mí un

banco… Tú, con todo el dolor de mi corazón, estás en el segundo grupo. Solo te interesa el dinero.

—*¿Eso piensas? Pues estás muy equivocada. Tu abuelo dictaba las normas y nosotros nos limitábamos a seguirlas.*

—No es verdad —replicó elevando la voz—. Mi padre me quiso, él suplió con creces tu falta de cariño.

Madeleine apretó tanto los dientes que llegó a dolerle la boca.

—*Piensa lo que quieras* —exteriorizó al cabo de un instante, tragándose el orgullo—. *¿Puedes dejarme el dinero o no?*

—Gracias por llamar, me ha alegrado saber que tú y tu hermana estáis bien.

—*¡Camille, no te atrevas a colgarme!* —gritó frustrada—, *¡no te atrevas!* —repitió amenazante.

¿Prohibición? Acción.

—Adiós, Madeleine —dijo en voz alta, asqueada.

De manera consciente, Camille tocó el botón rojo del móvil. La charla la había puesto tan nerviosa que necesitó desahogarse:

—Nunca le ha interesado conocerme y nunca le interesará otra cosa que no sea ella misma… Que asuma sus errores, sus obligaciones y todo lo que genere… ¡Pero luego que tenga la capacidad de resolverlos! Es indignante… Después de cómo se portó, después de ignorarme por completo… Bueno, no, ha cubierto el expediente con una miserable llamada en Navidad y un mensaje por mi cumpleaños… ¿Y ahora pretende que siga solucionándole la vida?

Sam, que ya estaba a pocos metros de ella, al verla irascible hablando sola, le preguntó:

—¿Quién quiere que le soluciones la vida?

—Madeleine… —respondió después de resoplar, pero con mejor ánimo al verle la mejilla manchada.

—¿Tu madre adoptiva?

Le echó el brazo sobre el hombro.

—Madre… —Camille torció la boca—. Nunca ha conocido ese concepto —habló con desprecio—. Me crio por interés y ahora vuelve por interés, es su manera de ser… ¿Y sabes qué es lo que más me fastidia? Que sea la culpable de algunas de las heridas que llevo en el alma. Unas heridas de batallas evitadas por respeto a ella.

Sam se preocupó al escucharla. ¿Acaso debía darse por aludido?

—Todos tenemos heridas, superficiales o más profundas, lo importante es tener la fortaleza de soportar el dolor hasta que hayan cicatrizado.

—Las de ella son incurables. Fue muy injusta conmigo.

—Como admites que son incurables, no te queda otra opción que acostumbrarte a vivir con ellas —dijo en tono ligero para aliviarle un poco el malestar.

—Me acostumbré hace mucho tiempo.

Sam no opinaba igual, pero no se lo dijo. Era un tema demasiado doloroso que no llegaba a imaginar porque nunca había sido un niño ignorado ni nunca había sufrido una traición del clan O'Malley, su ruidosa, terca y a veces insufrible familia tan capaz de delirar divertida como de morir unos por otros.

—¿Para qué te ha llamado? —preguntó al cabo de un instante.

Camille exhaló un suspiro.

—Para nada, olvídalo —zanjo, y levantó la mano sana para limpiarle la oscura mancha del rostro. De buena gana, Sam inclinó la cabeza. Camille, que imprimía más fuerza al restregar, notaba una sustancia viscosa. Compuso una expresión de asco—. Es grasa, ¿qué has estado haciendo?

—Buscar unas herramientas en el garaje —mintió casual.

—Pues has debido indagar en los rincones más sucios… —habló observándolo con atención, satisfecha al verlo limpio—. ¿Y las has encontrado?

La curiosidad de Camille empezaba a cercarlo, y no era su propósito añadirle preocupaciones. Como disuasión solo se le ocurrió tentarla:

—¿Te apetece dar un paseo?

Al oírlo, Camille olvidó todo lo demás. Llevaba varios días queriendo salir de aquellos muros que ya empezaban a asfixiarla.

—¿Vamos a la bodega? —preguntó sin quitar la sonrisa de su boca.

La pregunta no sorprendió a Sam, cansado de recordarle que debía guardar reposo. Aceptó con un ligero reproche, le sujetó la mano, y empezaron a andar hacia el arco de la muralla.

En unos minutos pasaban por una angosta acera, prácticamente donde terminaba el pueblo, cuando Camille se pegó más a Sam buscando protegerse del frío casi invernal que ni siquiera mitigaba el reluciente sol.

—Creo que va siendo hora de que conozcas a mi familia —comentó él.

—Me da un poco de vértigo, pero invítalos unos días.

—¿Aquí? —exclamó asombrado.

—¿Dónde si no? Tenemos sitio de sobra.

—No sabes lo que estás diciendo…

—¿Por qué? Hasta que no me quiten la escayola no estoy yendo a trabajar y podría estar con ellos…

—¿Y adónde se supone que vamos ahora?

La voz de Sam sonó sarcástica.

—No voy a trabajar, solo a ver cómo están yendo las cosas.

—Cosas son trabajo, Camille, no sé a quién pretendes engañar —renegó sin más evidencia de malestar.

Ella no disimuló su alegría al estirarse y darle un beso en la mejilla. No como un premio de consolación, ni una manera de callarlo, ni siquiera una muestra de agradecimiento. Sencillamente, fue un impulso romántico. Sam lo aceptó contento. Estaban unidos, vivían y respiraban el mismo sueño. ¿No era eso lo más importante?

Capítulo 45

CAMINABAN CHARLANDO entre un bosque espeso de rojiza silueta otoñal, con hojas cayendo a tierra en danzas acompasadas al suave viento, y geométricas alineaciones de vides flanqueadas por muros bajos de mampostería que más allá de la bodega se perdían en el horizonte con montículos de tierras labradas.

—Podría acostumbrarme a vivir aquí —comentó Sam cuando llegaron al viejo portón de la bodega—, tengo la misma sensación de bienestar que en mi casa.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre trasladar el estudio? —preguntó Camille tanteando. Al verlo afirmar con un movimiento leve de la cabeza, siguió lanzando el anzuelo sin advertir que él había adivinado su intención—. En la buhardilla hay un desván enorme que podría servirte. Y tiene una claraboya en el tejado… Es tuyo si lo quieres. Podrías terminar de componer la exposición… —Se refirió a la de mediados de diciembre en Londres—. No creo que a Harvey le parezca mala idea…

—¿Intentas convencerme? —bromeó.

—No, son pequeñas observaciones… —respondió tendiéndole la mano izquierda para recorrer juntos el largo pasillo hasta las oficinas—. Decide lo que creas conveniente; lo aceptaré y te apoyaré de forma incondicional, lo sabes, ¿verdad?

Sam le dio un beso rápido en la mejilla y confesó:

—No hay una forma de amarte más.

Justo en ese momento, Didier apareció con varios papeles en la mano.

—¿Por qué has venido? —preguntó brusco, ni siquiera saludó.

Sam elevó las cejas.

—Es mi empresa, Didier, puedo venir cuando quiera sin permiso de nadie —dijo Camille con firme amabilidad.

—Por supuesto, cuando estés recuperada. —Didier desvió la mirada al cabestrillo del brazo; lidiaba con un súbito estremecimiento—. Se te ve mejor, pero aún debes descansar. Por aquí seguimos con la rutina de siempre, no hay novedades.

—¿Qué llevas ahí?

—¿Esto? —Didier le mostró los papeles—. Informes de las ventas por internet.

—Déjame verlos.

En ese preciso instante, el móvil de Sam le obligó a distanciarse al pasillo. Al ver la llamada de su madre, menos de una hora después de haber hablado con su padre, le resultó raro y se inquietó de forma mecánica. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la mujer estaba alarmada tras enterarse del accidente y no le quedó otro remedio que aguantar el rapapolvo por no habérselo contado en su momento. «Por evitar esto», pensó Sam. Luego le repitió varias veces lo mismo para calmarla; pero en vista de su escaso éxito optó por la opción más drástica: soltarle el móvil a Camille.

Emilia O'Malley no se convencería de otra forma.

Totalmente estupefacta tras leer en sus labios “mi madre”, de manera instantánea a Camille la mano le tembló. Ninguno se percató del gesto avinagrado de Didier.

—Apenas me duele —decía Camille sonriente cuando ya le había hecho un resumen pormenorizado de sus heridas. Buscaba la atenta mirada de Sam mientras escuchaba la genuina preocupación de una madre, un poco dramática, tal vez reiterativa, pero muy dulce. Al cabo de unos minutos, tras el enésimo buen deseo de la mujer, habló sincera—. Eres muy amable, Emilia. Espero que podamos conocernos pronto, me encantaría.

—Ojalá. Yo también tengo muchas ganas de conocer a la mujer que me ha devuelto a mi hijo. Algún día te contaré cómo volvió de París.

Camille dejó de mirar a Sam.

—Fueron malos tiempos para los dos —reconoció en voz muy baja—; mejor dejarlos en el pasado.

—Claro que sí. Ahora solo pensad en el presente.

—¿Por qué no pasáis unos días aquí?

Sam se quedó inmóvil como una presa frente a su depredador. Esas dos mujeres juntas serían su fin, no saldría indemne si Camille le contaba a su madre cómo se marchó del castillo en el pasado. Él, en un arranque de dignidad, le dijo que se fue con el corazón roto porque discutieron acerca de las exigencias del marqués. No sabía nada de ningún anillo robado, de calumnias ni de carreras sin despedidas.

Cuando le devolvió el móvil, Sam preguntó:

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—Que no pueden venir porque tu padre tiene mucho trabajo en el taller. Nos veremos en la exposición.

Ella sonrió. Vio los ojos de Sam fijos en su boca y, creyendo que tenía algo en las comisuras, levantó la mano para pasarse los dedos. Sam sujetó su mano en el aire.

—Estaba imaginando la composición del tono de tus labios —comentó sin apartar la vista de un tono que se acercaba al vino tinto—, no es nada fácil trabajar el rosa.

Didier, que mantenía el tipo delante de un alarde cariñoso, tosió adrede.

—Camille, tengo que salir. No me necesitas, ¿verdad?

—No, pero déjame los informes, por favor.

—Claro, disculpa, no me había dado cuenta —se excusó al darle los papeles—. Déjalos en mi mesa cuando los hayas revisado.

Al escuchar ese tono autoritario que rozó la descortesía, Sam intervino:

—Ve tú a buscarlos a su despacho. Sigue convaleciente…

Durante un segundo las miradas de los hombres dispararon ráfagas de advertencia.

—Por supuesto, no he pretendido sonar insensible.

—No me ha parecido insensible —dijo Sam relajado—, me ha parecido prepotente.

—No tiene importancia —intercedió Camille por difuminar la súbita tensión—. ¿Adónde vas?

A Didier la pregunta le pilló por sorpresa, pero pudo disimularlo tras su máscara de confianza

más efectiva. Sostuvo la mirada de Camille y, sin pestañear, mintió con convicción:

—Tengo una reunión en Niza, con el director de compras del hotel Hermitage Monte-Carlo.

—¿Por qué yo no sabía nada? —reprendió en tono severo—. Es un cliente muy importante.

Didier mostró una leve sonrisa.

—Camille, estás viva de milagro, déjame los asuntos de la bodega hasta que te hayas recuperado del todo —habló amable, tal vez demasiado complaciente.

De nuevo, a Sam le molestó su actitud. Notaba algo indescifrable en él que le repelía. «Y no son celos», se repitió.

—Todo lo concerniente a la bodega debes contármelo —insistió Camille—. Y antes de concertar una reunión tan importante deberías habérmelo consultado, porque puedo hablar con él igual que tú, ¿ves algún impedimento en mi forma de comunicarme contigo?

Sam admiraba ese carácter inflexible y formó en la boca una leve sonrisa. Bajo la apariencia de una gacela indefensa, Camille Saunier-De Rosier, marquesa de Saint-Rémy, era una loba aun con las patas quebradas.

Mientras Didier se disculpaba, el espíritu creativo que durante días le había abandonado le permitió recrearse en ella al completo. Siguió atento los gestos de sus manos, incluso con la escayola en el brazo derecho no perdía la elegancia; luego se fijó en la expresión solemne al pedirle un informe detallado de esa reunión, parecía alguien confiado; y acabó mirándole directamente los ojos, resultaron cálidos cuando se despidió de él.

—Sam —dijo Camille al verlo ausente—. Sam… —repitió sonriendo y le tocó el brazo—. Al fin… Cuando me miras así, me das un poco de miedo. ¿En qué pensabas?

—Te sienta bien ser la jefa.

—Intento hacerlo lo mejor posible.

Sam percibió que el comentario le había molestado, y no fue su intención.

—Exiges mucho, pero también conoces las fortalezas y debilidades de tus trabajadores para pedirles a cada uno lo que esperas de ellos. Lo haces muy bien, tienes mi admiración.

Ante el cumplido, a Camille le sobrevino el pudor propio de su carácter y se restó

importancia con un alegato a favor de la dedicación y el compromiso de todos los empleados. Sam la escuchó atento, admirándola aún más por esa humildad que denotaba inteligencia.

Con el pasar de los minutos ella también le contó sus ideas para modernizar la bodega. Intercambiaron pensamientos, emociones genuinas y sin tapujos compartieron sus miedos ante los riesgos. Cada palabra tejió una unión más profunda entre ellos mientras la atmósfera se llenaba de complicidad y los entrelazaba con unos hilos invisibles tan sutiles como poderosos.

Poco después volvían al castillo de la mano entre los muros de los viñedos cuando empezó a lloviznar de manera pausada. Ninguno aceleró el paso. La fragancia de la tierra mojada impregnaba el aire con la sensación primitiva de pertenecer a la naturaleza, con la evocadora imagen de las raíces de un árbol bien arraigado o con el orgullo de generaciones habitando el mismo lugar.

Sam sintió esa conexión y le preguntó:

—¿Desde cuándo son estas tierras de tu familia?

—Desde hace siete siglos —contestó algo sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo curiosidad por saber cómo una familia es capaz de mantener todas sus propiedades durante tanto tiempo.

—No sé exactamente qué propiedades formaban parte del señorío original, lo que puedo asegurarte es que mi abuelo y mi bisabuelo lo han agrandado comprando tierras para los viñedos.

—Pero ¿quién decidió que tu familia fuese noble?

Camille le sostuvo la mirada, dudando acerca del derrotero que tomaría la conversación.

—Lo sabes perfectamente. ¿Qué quieres oír?

—Sé que fue un rey, porque los títulos nobiliarios solo puede concederlos un rey —recalcó en tono cansino—, pero ¿cuál? Ha habido tantos…

—¿No me estás tomando el pelo?

—No, de verdad. Siento un poco de envidia…

—¿Disculpa?

—No por el título —aclaró con cinismo—, por la historia… Ciertos privilegios sociales os

han permitido no perderos en el olvido con el paso del tiempo.

—Carlos VI —dijo al cabo de unos segundos—. Y no deberías sentir ni una pizca de envidia. Muchas familias nobles han logrado mantenerse a través de los siglos, pero otras muchas no lo han logrado porque se han extinguido sus propias líneas familiares.

—Por no querer mezclarse con la plebe…

—Podría ser, pero también porque la mayoría de los nobles eran militares, morían en las guerras y si no había descendientes varones los títulos volvían a la corona.

—Pero es curioso que siendo Francia una república aún subsistan algunas familias…

—Da gracias de haberme conocido.

Sam sonrió.

—Cuando te conocí no eras marquesa…

—Cierto…

Camille recordó aquel lejano día con un poco de nostalgia. Se preguntó qué habría sido de ella si René no hubiese muerto. ¿Habría tomado el marqués la misma decisión?

—¿Cómo las Repúblicas no acabaron con ellos?

Al oírlo, agradecida por la exclusión, decidió hacerle un breve resumen:

—Porque el poder no es de quien aprieta más fuerte, sino de quien sabe resistir. En el siglo XVIII la Asamblea Nacional abolió la nobleza e incluso prohibió el uso de cualquier título, pero no pudo quitarles las propiedades ni el dinero. Por tanto, siguieron prosperando. Después, Napoleón creó nuevos títulos en su imperio; y la antigua nobleza siguió proscrita porque no había sido él quien les concedió sus títulos —agregó con ironía—. Más tarde, con el reinado de Luis XVIII, se decretó que la nobleza del antiguo régimen recuperara su condición; pero cuando se instauró la Segunda República en 1848 quedaron prohibidos a perpetuidad los títulos y la nobleza… Así hasta la llegada de Napoleón III, que confirmó los títulos otorgados por monarcas anteriores…

—¿Pero la Tercera República no abolió la nobleza como tal?

—Sí y no, se les privó del estatus social y los privilegios, pero podían usar los títulos como

extensión del nombre.

—Tú ni siquiera usas el título con tu nombre. ¿Por qué?

—Porque soy la misma persona con o sin título, y con el título mi nombre es interminable —admitió simpática—. Mi abuelo tampoco lo usaba. No recuerdo ninguna vez que él mismo se presentara como marqués de Saint-Rémy. Sin embargo, sí escuchaba a la gente alrededor susurrar que era marqués; es algo que afecta más a las personas que nos rodean...

Sam estuvo de acuerdo. Había visto su título en algunas de las invitaciones a eventos que le llegaban y la impresión de ciertas personas al tratarla como si no fuese de este mundo. Por retomar el tono bromista, le dijo:

—Si nos casamos, ¿yo sería marqués?

Camille se detuvo. ¿Había oído bien?

—¿Si nos casamos?

—Cuando nos casemos —rectificó rápido, ajeno a que el desliz acababa de abrir una brecha impredecible y siniestra.

—No, no lo serías —habló sonriente, manteniendo las pupilas grises en él casi de manera provocadora, muy incómoda.

—¿Seré solo el marido de la marquesa?

—Entre otras cosas, eres lo suficientemente creativo para encontrar tu sitio…

—Hablando de sitios, acepto el desván.

—Me sorprendes, Sam O'Malley, ¿aceptas sin haberlo visto?

—Desde que he llegado no he tenido otra cosa más que tiempo libre para investigar. Lo descubrí hace unos días.

—Como quieras, es tuyo —admitió Camille sin que fuera posible detectar en su voz algún signo de malestar. Intentaba hallar en esos ojos risueños la determinación suficiente para afrontar los desafíos que a ella tantas veces le robaban el sueño. Debían encontrar una solución razonable para ambos, y montar el estudio en el desván era un primer paso importante que valoró. Pero seguía resonándole en la mente ese “si nos casamos” que dejaba el matrimonio como opción a

largo plazo.

—Necesitaré ayuda para sacar los trastos. ¿Podrías decírselo a Dominique? —preguntó Sam. No había compartido con ella que iba a pedirle el historial de revisiones de los coches ni a corto plazo tenía intención de compartirlo.

—Puedes hacerlo tú directamente.

—Tú eres su jefa, si se lo pides tú es mejor.

—¿Mejor para quién? ¿Para él o para ti? Me parece que evitas pedir al personal lo que necesitas porque piensas que te traicionas a ti mismo.

—Prefiero seguir yendo por libre…

Ella apretó los labios. De nuevo, la libertad flotaba en el aire.

Capítulo 46

AL DÍA SIGUIENTE la lluvia golpeaba con fuerza contra la ventana creando una banda sonora melancólica que parecía sincronizarse con el estado de ánimo de Camille, recluida en el dormitorio desde primera hora de la mañana. Contemplaba el cuadro de un paisaje campestre bañado por los rayos dorados del atardecer. De forma natural recordó días de verano interminables cuando solo era una niña y correteaba libremente por los viñedos como un divertido laberinto. De nuevo pudo saborear la inocencia y dulzura de aquellos tiempos. Tiempos muy lejanos, cuando ni en sueños imaginaba que ya por aquel entonces todo le pertenecía.

—No olvidé ninguno de los lugares que te hicieron feliz —dijo Sam, que llevaba unos segundos en la puerta.

Ella tragó saliva. «¿Y por qué no me llamaste?», se preguntó hundida en la tristeza.

—Lo sé, me enviaste estos cuadros —advirtió antes de esbozar una leve sonrisa, desviando la mirada a otro cuadro.

Sam le rodeó la cintura por detrás. Juntos quedaron atrapados en la imagen de la pareja que aparecía bajo el centenario olmo de la Iglesia de Saint Gervais. El abrazo de la pareja del cuadro era el mismo que el de ellos.

—La pintura puede transportarte a cualquier momento… —dijo él—. Puede recordarte a una persona amada, recordarte las sensaciones de un instante inolvidable…

—Aunque ya no exista el amor…, los recuerdos permanecerán en tu memoria como lágrimas sin derramar.

Sam cerró los ojos.

—Me niego a creer que hemos malgastado el tiempo. Tú y yo estamos destinados a estar juntos —le habló muy cerca del cuello—. Quiero pensar que tenía que suceder porque los dos necesitábamos madurar. A ti no te ha ido nada mal…

Camille entornó los ojos, sonriendo sin ganas.

—No es una cuestión de si nos ha ido bien o mal, es una cuestión de valorar si ha merecido la pena.

—Te equivocas —habló soltando los brazos—. Una vez cometido el error o, mejor dicho, una vez que reconoces haber cometido un error, solo puedes valorarlo de manera positiva porque no hay forma de volver atrás.

—No era necesario esperar dos años…

Sam se sintió impotente, de nuevo en el punto de partida.

—Estaré en el desván.

En cuanto salió del dormitorio empujado por el diablo, Camille cerró los ojos buscando refugio en la oscuridad. Un suspiro escapó de sus labios cuando ya las emociones se le agolpaban en el pecho como una marea incontrolable que amenazaba con desbordarse.

No pudo evitar las lágrimas mientras su mente la atormentaba con recuerdos e imágenes que se reproducían como una película, una y otra vez. La angustia y el dolor la envolvieron amenazadores. Ese peso del pasado seguía bien aferrado en su interior para surgir en cualquier momento, para volver a desangrarle una herida profunda que seguía mal cicatrizada. En medio de su abatimiento se preguntó si algún día conseguiría sanar por completo.

Con los ojos cerrados trató de alejar esos pensamientos negativos. Sam había hecho un gesto al trasladarse, ¿por qué desconfiar cuando junto a él acariciaba la promesa de un futuro espléndido? Inspiró profundamente y se limpió las lágrimas con el firme propósito de soltar las cadenas que a veces refrenaban su ilusión. Solo ella tenía el poder de hacerlo.

Poco a poco sentía cómo su propio afán de ser feliz iba abriendo una rendija de esperanza, cómo recuperaba fuerzas para seguir adelante. Y unos minutos más tarde, de nuevo con los ojos abiertos, su mirada ya tenía el brillante halo de la determinación. El camino podría ser difícil, a veces se sentiría vulnerable, pero se vio con coraje para enfrentar cualquier desafío que la vida le deparara. En definitiva, recuperó su espíritu luchador y algo básico: no malgastar por viejos fantasmas una ansiada felicidad.

Capítulo 47

SAM BUSCÓ distraerse, olvidar los últimos minutos con Camille y, sobre todo, necesitó perderse en su propio espacio. En el vestíbulo compuso una expresión amable para enmascarar su enfado al saludar a una de las dos chicas del pueblo que se encargaban de la limpieza, porque apreciaba el esfuerzo que hacían por comunicarse con él. A veces le hablaban muy despacio o incluso usaban la mímica. Eso daba lugar a situaciones bastante cómicas que aligeraban el arraigo de las viejas costumbres del marqués.

Con el ánimo mejorado, dispuesto a empezar la limpieza del desván, asomó en la cocina. Como no había rastro de Margueritte, se puso a buscar las bolsas de basura en el mueble del fregadero. Las encontró a la primera, y sonrió recordando a su madre. Tenía costumbres muy parecidas a las de Margueritte, ¿sería, quizá, porque las amas de casa seguían un mismo patrón invisible? Con esa tontería terminó de recuperar el buen humor.

—Buenos días, señor —saludó Dominique al entrar.

Cargaba varias bolsas llenas de verduras y frutas con las dos manos, la gorra del uniforme sujeta bajo el brazo, y parecía contento a través de sus duras facciones.

Sam aceptó el saludo sin demasiado entusiasmo con un leve movimiento de la cabeza. Detestaba ese trato tan formal, pero pensó que más le valía acostumbrase ya. Al fin y al cabo, tarde o temprano sería un señor mayor.

—Dominique, quería hablar con usted —comentó, pendiente de las grandes manos del hombre mientras colocaba unas manzanas en el frutero—. ¿Cuándo le hicieron la última revisión al Jeep?

Al escucharlo, Dominique mudó el gesto y se detuvo.

—A principios del verano pasó el Control Técnico, y todo fue bien…

—¿Después no ha estado en el taller para nada?

—¿Cree que el accidente de la señorita pudo ser por un fallo del coche?

Sam guardó silencio un instante.

—Quiero descartarlo. El pedal se rompió circulando, y no es normal…

Entender la inquietud del pintor apaciguó el pueril nerviosismo de Dominique al creer cuestionado su trabajo.

—Lo llevé al taller de Jean Battie unos días antes del accidente para que le cambiaran las ruedas. El día siete o el ocho, no lo recuerdo con exactitud, tendría que mirar la factura… La señorita y el señor Vontoux habían vuelto del concurso, usted ya estaba aquí…

La información llegó a Sam como un golpe de luz.

—¿Por qué las cambiaron?

—Se pinchó una, y decidimos cambiar las cuatro.

—¿Lo decidió usted o el tal Battie?

—Las otras podían haber aguantado unos kilómetros más, pero Jean me ofreció un buen descuento si cambiaba las cuatro y…

—Aceptó —cortó Sam conocedor de las triquiñuelas de los mecánicos—. ¿Cómo se pinchó la rueda?

—Apareció pinchada en la bodega. El señor Vontoux fue quien se dio cuenta.

A Sam le sorprendió un poco enterarse en ese momento cuando a principios de mes apenas se separó de Camille. Incluso condujo el coche varias veces, y hasta le aconsejó venderlo.

—Pudo pincharse e ir desinflándose poco a poco, no tendría por qué haberse dado cuenta…

—La rueda estaba totalmente desinflada, tenía metido un navajazo.

De forma rápida, la expresión de Sam cambió por completo.

—¿La vio?

—No solo la vi, la tengo en el garaje.

—Enséñemela.

Ni cinco minutos después, Sam inspeccionaba minuciosamente la rueda. El corte limpio con un objeto afilado era obvio, y grande. Se irguió para mirar a Dominique.

—¿A alguien se le ocurrió revisar las cámaras de seguridad de la bodega? —preguntó al recordar haberlas visto en el camino de los viñedos, en el aparcamiento y en todo el recinto exterior.

El chófer bajó la mirada.

—Creímos que fue una gamberrada —dijo apurado—. La señorita no le dio mayor importancia.

—¿Y si quien pinchó la rueda lo que buscaba era poder manipular el coche con tranquilidad?

—Jean Battie es de confianza, señor, él nunca haría nada que perjudicara a la señorita.

—¿Trabaja solo?

Las pupilas de Dominique oscilaron con rapidez de un lado a otro.

—No, suele tener chavales de la escuela de Pertuis; becarios del último curso, siempre hay alguno nuevo.

—Becarios… —murmuró. «Quizá alguno aceptó dinero a cambio de sabotear el coche.» Sam se guardó este pensamiento.

—Señor, ¿de verdad cree que alguien intentó matar a la señorita Camille?

—Deje de llamarme señor, no me gusta —habló con fastidio—. Y, respecto a su pregunta, sí, creo que no fue un accidente casual. Voy a llamar a la policía para informarles. Puede estar conectado con el robo —agregó, pensando en voz alta. Tras un instante, le dijo—. Por cierto, quería pedirle un favor… Estoy acondicionando el desván y necesito ayuda para retirar algunos muebles.

La petición sorprendió a Dominique, de manera grata. A pesar de su discreción, estaba al tanto de todo lo que sucedía en el castillo y de todo lo que había sucedido. Respetaba a Sam por varias razones. Le parecía una persona coherente, era de trato agradable y se notaba que estaba enamorado de Camille.

—Estoy a su disposición.

Sam correspondió con simpatía la buena voluntad del hombre, aunque no tuvo claro si había sido por salir de su rutina o como consecuencia de una petición expresa de Camille.

Subieron al desván hablando del mantenimiento de los coches. En especial Sam advirtió que tenía bastantes conocimientos de mecánica y que le dedicaba mucho tiempo al Jaguar clásico del difunto marqués. Prefirió ahorrarle su opinión acerca de esa reliquia por continuar la charla distendida. Era la primera vez que escarbaba un poco bajo la piel del introvertido chófer y le estaba resultando conmovedora su manera apasionada de explicarle cómo revisaba el motor del coche. Descubrió así una vía para acercarse a él.

Durante más de una hora movieron algunos cuadros mal conservados, muebles y cajas desvencijadas de cartón, otras de madera, a un rincón abuhardillado cuya altura no sobrepasaba los dos metros. Los cubrieron con sábanas viejas sin dejar de hablar de las increíbles mejoras de los motores a lo largo de los últimos años.

Despejaron aquel gran espacio diáfano ignorando la luz grisácea que se colaba por el tragaluz rectangular del tejado gracias a las nubes que seguían descargando rabiosas. Luego colocaron una tabla larga sobre dos caballetes para los utensilios de pintura.

—Con esto hemos terminado —dijo Sam después de echar un vistazo alrededor—. Lo que queda es cosa mía —agregó refiriéndose a traer lienzos y pinturas.

—Avíseme si vuelve a necesitar ayuda.

Sam le agradeció el ofrecimiento en el mismo tono amistoso que habían mantenido mientras trabajaban juntos. Cuando se quedó solo, empezó a barrer el polvo del suelo con una vieja escoba. Levantaba una nube que se suspendía en el aire como niebla en diminutas partículas, bailarinas brillantes al fluctuar entre el olor a alcanfor rancio y moho.

Entretanto, Camille había llegado con intención de ser franca con él. Al verlo apoyado en una escoba, de espaldas, le pareció abstraído en la pared. Supuso que estaría en alguno de sus momentos creativos. Solía pasarle a veces. De repente se aislaba de todos y desaparecía durante horas. Nunca le había preguntado qué hacía, pero porque nunca había dudado de que ese tiempo era en realidad el espacio que necesitaba para crear su obra.

—No habíamos acabado de hablar… —dijo entrando, complacida al apreciar el notable cambio en aquel espacio abandonado.

Sam se giró despacio.

—Cuando quieres, tus palabras acunan puñales… —comentó en voz baja.

Ella percibió con claridad el triste dolor de la decepción en sus ojos; sin embargo, no era el momento de ser compasiva, sino de la sinceridad para no repetir viejos errores.

Pasado un instante, le dijo:

—Es mejor hablar que huir a la primera de cambio.

—¿Huir? —preguntó acortando la distancia entre ellos—. He aprendido que escapar de mis problemas solo me aleja de la posibilidad de arreglarlos. Yo no huyo, Camille.

—Me alegra escucharlo, porque no es lo que dejan entrever tus palabras.

—¿Qué palabras? —Sam arrugó el rostro—. ¿Qué he dicho? No debe ser muy importante cuando no lo recuerdo.

Camille trazó una línea recta en los labios.

—¿Tú de verdad quieres casarte conmigo?

—¿A qué viene ahora esa pregunta?

—No se lo has dicho a nadie…

—No, porque me gustaría decírselo a mi familia en persona; pero has hablado con mi madre, te he dicho que quiero que os conozcáis ya…

Camille lo vio tan confundido que se arrepintió de haberse dejado llevar por sus propios demonios.

—Dijiste: si nos casamos. Y no sé si es lo que quieres de verdad o si te estás viendo obligado… —Notó el dolor de los recuerdos aflorando en sus ojos—. Estar separados ha sido duro, pero creo que podemos superarlo juntos, con confianza mutua para construir una base sólida, con una comunicación abierta y honesta… Dime qué quieres de verdad… —Camille perdió la voz un instante—. Yo quiero enfrentar cualquier dificultad que se nos presente y construir un futuro a tu lado…

Sam intentó sonreír, pero también el pasado ya se había adueñado de sus pensamientos.

—Durante el tiempo que estuvimos separados siempre recordé el amor que me dejaste.

Estuve muy decepcionado, contigo porque pensaba que no me quisiste como yo a ti, conmigo mismo por cómo me fui…, con el mundo porque me sentí incomprendido; pero nunca pensaba en el tamaño de mi herida, solo me alimentaba de los buenos recuerdos. Al menos, es lo que intentaba…

—Yo… —vaciló un poco—. En medio de las noches, cuando el silencio se hacía más profundo y solo me acompañaba la oscuridad, también me sumergía en esos recuerdos: en la calidez de tus abrazos, en la ternura de tus palabras, en la manera en que tu sonrisa iluminaba mi mundo… —habló con el alma, en un susurro—. Pero a veces no era así. Pasé muchas noches de insomnio y derramé muchas lágrimas por ti… Esos recuerdos son los que ahora de vez en cuando me sobrevienen. No puedo evitar pensar en la herida de mi corazón…, y no sé si algún día seré capaz de hacerlo. Es lo que me martiriza —reconoció con los ojos vidriosos.

—Tuvimos la enorme suerte de vivir un amor intenso, de esos que dejan una huella imborrable en el corazón. Pero, como todas las cosas hermosas, también tuvo su final. Sin embargo, y a pesar de todo lo negativo, yo siempre he tratado de quedarme con las enseñanzas de aquel amor. Me enseñó a ser vulnerable, a entregarme por completo… Me mostró la capacidad que tengo de amar, de sentir de una manera que nunca antes había experimentado… —contó a media voz, sonriéndole con la mirada, distrayéndola mientras le rodeaba la cintura con los brazos—. A través de nuestro amor los dos hemos crecido como personas, los dos hemos aprendido lecciones valiosas sobre la vida y, sobre todo, los dos hemos aprendido a valorar lo que teníamos… Somos conscientes de que ese amor nunca murió. Al contrario. Ese amor ha perdurado, ha sido capaz de trascender el tiempo y el espacio. Y aunque la herida fue profunda en su momento, hemos elegido curarla juntos mientras nuestro amor sigue madurando.

—Mientras nuestro amor sigue creciendo… —dijo ella mecida en fuertes amarres que la sostenían con delicadeza—. Quiero aprender a comunicarme mejor, a escucharte, a entender tus necesidades, y a resolver cualquier conflicto…

Sam le acarició el rostro, hechizado por la belleza que motivaba su vida.

—Se te da muy bien resolver conflictos…, pero nosotros ya no tenemos ningún conflicto

porque el pasado no puede hacernos daño —concluyó después de admitir que ellos eran y serían los únicos responsables de su felicidad—. Nos casaremos cuando estés recuperada. Si supieras lo importante que eres para mí, no dudarías ni un momento de mis sentimientos.

—Sé que me quieres, no lo dudo. Pero no sé si realmente quieres casarte por mí o por ti también.

—Un papel no va a cambiar lo que siento. Yo sé que estoy listo para caminar a tu lado porque sé que voy a estar contigo hasta el final de mis días, no tengo prisa. Tú quieres casarte por la Iglesia porque te hace ilusión… Y, bueno…, es preferible la ilusión al fervor religioso.

Camille lo escuchó entendiendo por primera vez sus pensamientos. El rebelde ateo se negaba a claudicar ante los convencionalismos.

—Respeto tus ideas y las comparto, un papel no cambiará nada entre nosotros, pero…

Sam le puso el dedo índice en los labios.

—Nos casaremos en la capilla del jardín. Recupérate pronto y elige fecha.

Capítulo 48

EL DÍA SIGUIENTE Camille recorría el jardín bajo un sol radiante que suavizaba algo el intenso frío. Iba rumbo a la capilla muerta de curiosidad por averiguar lo que había llamado la atención de Sam. Cuando llegó a la arboleda que ocultaba el pequeño edificio de piedra, echó la vista atrás y, soñadora, se imaginó vestida de novia caminando entre aquellos parterres delineados a la perfección. La escena le fascinó.

Después contempló el pequeño templo de planta rectangular que fue capilla privada de sus antepasados, con un ábside en la parte trasera. Era cierto que nunca le había prestado atención, hasta llegó a plantearse derribarla para construir un invernadero que le permitiera desarrollar nuevas vides, pero esa mañana trataría de verla con otros ojos. La fachada, austera y sobria, mostraba la pátina del tiempo en los tonos grisáceos de los grandes sillares bien alineados; las dovelas de los arcos del pórtico central apenas se veían bajo un manto de espesa hiedra; y de las esculturas del Juicio Final que había encima solo quedaban algunos restos.

Por desgracia para ella, la primera impresión estaba siendo poco halagüeña. Aun así, le quedaba un resquicio de esperanza: Sam no la habría propuesto si no fuese por algo especial. Eso se decía paseando alrededor, antes de alzar la vista y ver el tejado de losas de pizarra. Eran tan irregulares que hundieron sus expectativas de manera estrepitosa.

Soltó un bufido de agobio.

Regresó a la entrada, preguntándose quién se casaría corriendo el riesgo de terminar bajo una pila de escombros. Ella no, desde luego. Con este pensamiento agorero rindiéndola a la evidencia, necesitó esforzarse al abrir la robusta puerta de madera. Tenía una bonita talla muy elaborada de un pasaje religioso. Crujió tan siniestra que rápidamente olvidó la belleza por el realismo más cruel: todo reclamaba una reparación urgente.

No pudo quitarse esa idea de la cabeza ante la desolación del interior. Allí no había nada

excepto cochambre, frialdad y aire enmohecido.

Por una estrecha ventana situada sobre el ábside entraba la estela de un rayo de luz que marcaba el camino hasta el pequeño altar del fondo, donde había colgado un frontal de madera formado por ocho paneles gruesos unidos entre sí. Cada tabla estaba pintada con escenas religiosas, los colores todavía resultaban vibrantes y contrastados.

—Tiene un valor incalculable —dijo Sam a su espalda—. Usaron la técnica del temple…

Camille sonrió al volverse. Con esa apreciación tuvo la certeza de haber hallado el motivo de su interés.

—Es la primera vez que me fijo tanto —reconoció, sujetándole la mano—, pero sabía que habías tenido que descubrir algo interesante para proponer este sitio.

—El otro día estuve analizándola. Tiene detalles increíbles —comentó, y la guio por delante de aquellas figuras estilizadas. Sacó el móvil y, tras activar la linterna, apuntó a una de las uniones entre las tablas—. ¿Ves esto? —preguntó, señalando una superficie rugosa de color claro —. Cubrieron las tablas con telas de grano fino antes de aplicarles la capa de yeso para poder pintar encima. Hicieron el trabajo con esmero.

—Supongo que gracias a eso los colores se ven tan bien hoy en día, ¿no?

—Los colores se siguen viendo llamativos porque les aplicaron un barnizado con corladura de placas de estaño. —La expresión entre asombrada y divertida de Camille le incitó a ampliarle la información—. Es una técnica muy antigua. Aplicaban un barniz teñido de color amarillento sobre una hoja metálica de estaño. Así el acabado tenía un brillo similar al dorado a un precio mucho más asequible que el oro. Aún se pueden apreciar algunos restos.

Sam le indicó un punto donde se veían pequeñas manchas rojizas.

—Los veo… ¿Pero sabes lo que me impresiona más? —preguntó enigmática. Sam movió la cabeza negando, y ella le dedicó una sonrisa bonita—. Que te guste como escenario de nuestra boda. No lo habría sospechado nunca.

—¿Por qué? Es íntimo, y tiene mucho encanto. Además, la sensación de estar rodeado de piedras tan antiguas me parece un honor…

Sam le rodeó la cintura con los brazos y se besaron en un roce cariñoso.

—Me has convencido —reconoció animada—; pero, tal y como está, deberíamos celebrar la boda en primavera o verano.

—¿Por qué lo dices? —preguntó al apartar las manos de su cintura—. Yo no la veo tan mal. Solo habría que limpiarla, ponerle unos bancos, flores…

Camille se quedó impactada, sin palabras.

—Estás completamente loco… ¿Y el tejado? ¿No te da un poco de desconfianza? Porque a mí no me apetece casarme mirando hacia arriba… Por no hablar de la reforma que habría que hacer…

—¿Reforma? Tú sí que estás loca. No se puede reformar una iglesia románica con más de siete siglos de historia. Podrías repararle los problemas de estabilidad reforzando los muros para garantizar la integridad del edificio, sustituir la cubierta o incluso recuperar el solado primitivo que habrá debajo de estas losetas; pero sería restaurar, nunca reformar.

—Gracias por la matización —admitió irónica. Salieron de la capilla hablando de la restauración, sin ninguna discrepancia. Harían lo imprescindible con un respeto máximo a su historia. Eso implicaba encontrar especialistas con experiencia, y a la cabeza de ambos acudió la misma persona: François Hubert. Nadie como él para recomendarles a los mejores artesanos del país. Cuando caminaban ya por uno de los paseos del jardín, Camille recordó que solo faltaban tres días para el veinticinco de noviembre, cuando él cumpliría treinta y un años, y le dijo—. Por cierto, ¿dónde piensas llevarme el domingo a cenar?

—¿El domingo? ¿Por qué?

Solo viéndole la expresión de los ojos, ella tuvo claro que no sabía de lo que estaba hablándole.

—No olvidaste ni uno solo de mis cumpleaños, y, sin embargo, ¿olvidas los tuyos?

—Siempre he distinguido lo importante de lo superfluo —reconoció con un matiz de orgullo en la voz.

Camille levantó la barbilla, emocionada por el amor que día a día le demostraba.

—Y yo, por eso quiero que este sea especial… —dejó la frase en el aire al descubrir al inspector Gilles en el arco de la muralla.

Mientras el hombre se acercaba a paso rápido, ella apreciaba un cambio notable en su imagen. En Pertruis le pareció bastante pulcro. En cambio, en ese instante, y pese a llevar ropa que le restaba edad, trenca beige con capucha y pantalones vaqueros, aquel voluminoso cabello duplicándole el tamaño de la cabeza, el rostro cubierto por barba descuidada y la tez completamente pálida —que no solo le acentuaba las ojeras, sino también endurecía su mirada— sumaban para deteriorarle la apariencia. Por todo, creyó que durante los últimos días el trabajo lo había desbordado.

—Hola, señorita Saunier-De Rosier —saludó tendiéndole la mano, con una sonrisa correcta como tentativa de buen propósito—. ¿Cómo se encuentra?

Desvió las pupilas oscuras al cabestrillo.

—Mejor, gracias. ¿Hay novedades?

—Sí, tengo que hablar con usted.

—Vayamos a mi despacho, inspector.

—No sé si la estoy interrumpiendo —comentó con intención, y miró a Sam—. Benoît Gilles, señor… —En cuanto Sam se presentó, le estrechó la mano apretando de forma prudente—, encantado.

Se saludaron con cordialidad sin reparar en la expresión incómoda de Camille. Presentía que las noticias iban a saturarle la cabeza en confusión cuando necesitaba tranquilidad. No quería saber nada. Ni siquiera le preocupaba la tasación de la aseguradora. Solo pretendía terminar la convalecencia sin sobresaltos, retomar el trabajo en la bodega, adaptarse a la convivencia con Sam y, por qué no soñarlo, preparar su boda con toda la dedicación merecida.

—¿Cuándo le quitan la escayola?

La pregunta hizo a Camille regresar a la realidad.

—El doce de diciembre —concretó—. No puede imaginarse las ganas que tengo de que llegue. Esto es incomodísimo.

—Porque no eres capaz de estarte quieta —añadió Sam, cogiéndole la mano.

El inspector sonrió con discreción al percibir esa complicidad propia de un cariño sincero, pensando que hacían buena pareja. Se alegró por los dos, pero sobre todo por ella. Desde aquel desafortunado primer encuentro en la gendarmería se había informado a conciencia sobre su vida, lo sabía casi todo, desde su nacimiento al nombramiento como XX marquesa de Saint-Rémy. Y una de sus conclusiones, además de una fascinación espontánea por todas las dificultades que había sorteado siendo tan joven, era que bajo esa apariencia distante ocultaba a una valiente algo temeraria. Si no, de ninguna manera se habría quedado sola entre los muros de un castillo aislado del casco urbano y con un sistema de vigilancia deficiente.

Después de un recorrido didáctico por el jardín, cuyo origen se remontaba al siglo XVIII —con modificaciones a lo largo del tiempo, como la simplificación de las especies de árboles y la introducción de lirios y tulipanes en algunos parterres—, llegaron a la biblioteca.

El inspector se quitó la bufanda y la trenca echando un vistazo alrededor. La estancia le impresionó por el carácter suntuoso de las estanterías; la innumerable colección de libros con encuadernaciones de piel; el estilo anticuado de la mesa de trabajo y las sillas de madera tallada, sin duda una herencia familiar; si bien, la atmósfera resultaba cálida y sencilla gracias a las cortinas de tela blanca muy fina que tamizaban la luz dorada del sol.

Cuando colocaba con cuidado la trenca en una de las sillas, aceptó el café que Camille le ofreció de manera amable.

—¿Dónde estaba usted la noche del nueve al diez de noviembre? —preguntó el inspector en tono inquisitorio en cuanto ella salió a la cocina.

Sam, que se había apoyado en la mesa con informalidad, levantó la vista despacio de sus gastados botines.

—En Irlanda. Puede comprobar mi billete de avión.

—Tenía que preguntárselo —aclaró, sosteniéndole la fría mirada.

Camille regresó para disipar el repentino malestar de Sam, una leve sonrisa fue suficiente.

—¿Qué novedades tiene, inspector Gilles? —preguntó al sentarse.

Cerró el portátil con un movimiento suave, se reclinó en el respaldo alto de la silla, buscando una postura cómoda para el brazo del cabestrillo y, sin perder la actitud pausada de la elegancia al cruzar las piernas, cogió un bloc de notas y un bolígrafo.

Sam tomó asiento frente a él.

—Gracias a las cámaras de seguridad, hemos identificado a un primo de Juliette Béziers, Romain Vaux, en las inmediaciones del castillo el fin de semana del robo. Tiene un historial criminal importante para tenerlo en cuenta como principal sospechoso —explicó, ajeno a las dos emociones de Camille en aquel preciso momento: la primera, el agradecimiento por no cuestionar su versión; la segunda, el desconcierto por el apellido del hombre. No era popular y, curiosamente, Madeleine lo compartió antes de adoptar el Cluzet de René.

—¿Juliette se apellidaba Vaux de soltera?

—Sí. Romain Vaux, conocido por Romo, ha cumplido condena por varios delitos relacionados con el crimen organizado. Desde hace quince años, entra y sale de prisión continuamente. Ahora mismo está en libertad vigilada, pero no conseguimos localizarlo.

—Es alentador oírlo, inspector —dijo Sam todavía molesto—, ¿con qué tipo de crimen organizado? ¿Prestamistas? ¿Tráfico de drogas?

—Todos, y algunos más —admitió con intención—. Creemos que Romo pudo participar en el robo, y es posible que él mismo o algún cómplice la drogara para robar con total tranquilidad porque se han encontrado restos de diazepam en la jarra de agua que tenía usted en su habitación.

Camille abrió los ojos de par en par.

—¿Quiere decir que en algún momento ese hombre…?

—No lo piense —dijo el inspector, totalmente solidarizado con el miedo que se filtró en las palabras de ella—. No era su intención hacerle daño.

Sam elevó las cejas a modo escéptico. Al cabo de un instante, preguntó:

—¿Siguen buscando a Philippe y a Juliette Béziers?

—Estamos llevando a cabo una operación muy compleja, señor O'Malley, los tipos relacionados con Romo Vaux son profesionales de la extorsión, el robo, contrabando de armas,

de personas, tráfico de drogas, evasión de capitales, delitos fiscales de toda índole… Si Philippe Béziers está con ellos, le aseguro que corre serio peligro.

—¿Él solo o ella también? —preguntó Sam un poco confuso por el acento marcado del hombre.

Benoît Gilles endureció el rostro.

—Ambos, Juliette y Philippe Béziers. ¿Alguno de los objetos sustraídos tiene un valor especial? —preguntó, dirigiendo la mirada a Camille.

—No lo sé con exactitud. Para mí era especial el busto de jade del rey Carlos VI porque estoy acostumbrada a verlo todos los días; pero imagino que buscarían hacer dinero rápido…

La irrupción de una de las chicas del servicio cargada con la bandeja de los cafés hizo que permanecieran callados, pensativos, hasta que salió y cada uno bebió de forma serena como si aquello fuese una reunión social.

Cuando el inspector dejó la taza en la mesa, dijo amigable:

—Tengo la impresión de que el busto lo robaron porque estaba a mano, no se llevaron cuadros ni objetos pesados. Iban a por la caja fuerte; la abrieron y huyeron en un turismo para no llamar la atención.

—¿El tal Romo merodeaba por el castillo? —preguntó Sam.

—Algo así, diría que lo vigilaba. Sale y entra de un turismo, alquilado en Niza con un documento de identidad falso.

El inspector obvió adrede agregar que gracias a eso la identificación de Romo era clara. Tenía una apariencia tan rotunda que los empleados de la oficina de alquiler de coches no vacilaron al reconocerlo.

—Usted me dijo que era muy difícil recuperar las joyas robadas porque se vendían bien en el mercado negro —comentó Camille sin reproche—, pero si algo de lo robado ha sido un encargo, puedo dar por imposible recuperarlo, ¿no?

—Si supiésemos lo que buscaban, podría tener esperanzas. —Gilles sacó un papel doblado del bolsillo interior de la trenca y se lo ofreció a Camille—. Es la lista detallada de todo lo que se

llevaron. Me gustaría que la repasara con suma atención. Estoy convencido de que usted es la única que puede encontrar lo que buscaban.

Fue todo el aliento que le dio, seguro de haber provocado el instinto territorial de la joven aristócrata. Había bregado en la calle lo suficiente para saber que las personas trataban de recuperar a toda costa sus pertenencias de mayor valor sentimental; los ricos no eran diferentes ni solían tener limitaciones.

Durante más de media hora encaminó la conversación hacia las pesquisas acerca de los nuevos dueños de la bodega Béziers. Sin remilgos, les contó que eran una organización marsellesa dedicada a la restauración, pero con todos los visos de usar los negocios como tapadera para blanquear capitales, y con claras conexiones con otra organización más audaz y peligrosa. No pretendía asustar, solo inducir la justa sensatez que los protegiera.

Capítulo 49

TRAS LA DESPEDIDA del inspector, Camille esperó paciente a que Sam fuese al desván para llamar a Madeleine. No había dejado de darle vueltas a la casualidad del apellido. Cerró la puerta de la biblioteca con cuidado y, sintiendo el bullir de la sangre por la discusión que intuía, se sentó en la mesa y marcó su número en el móvil. Activó el altavoz y se reclinó en la silla.

—*¿Mimille?*

Al escuchar ese diminutivo cariñoso que tanto le recordaba a su padre, cerró un instante los ojos.

—Hola, te llamo porque ha ocurrido algo muy curioso… El inspector que lleva la investigación del robo me ha dicho que el principal sospechoso se llama Romain Vaux…

—*¿Qué?* —exclamó aturdida—. *¿De qué robo estás hablando?*

—Romain Vaux, ¿no te suena el apellido?

—*¡No cambies de tema, Camille!* —exigió indignada—. *¿Dónde han robado?*

—¿Por qué no me contestas? ¿Acaso estás ocultándome algo?

—*¡¿Qué voy a estar ocultando?!* —Madeleine había empezado a angustiarse por la sola mención de Romain Vaux, pero como siempre veló el miedo tras el telón opaco de la furia—. *¡Contéstame tú!*

—Muy bien, voy a contártelo porque hay cosas que nunca cambian —recriminó—. Hace unos días robaron en el castillo por la noche. Estaba sola, me drogaron y robaron en la biblioteca mientras dormía.

—*¿Cómo?* —preguntó atónita—. *¿Dónde estaba Margueritte?*

Camille puso los ojos en blanco; jamás haría el más mínimo esfuerzo por enmascarar la animadversión que sentía por la leal mujer. Era como si rechazara a cualquier persona decente solo por el hecho de ser buenos. Porque no le encontraba otra explicación a esa actitud

totalmente injustificada.

—El castillo estaba vacío, les di el fin de semana libre a todos —aclaró con matices soberbios, los únicos capaces de frenarla—. Lo denuncié en Pertuis —continuó un poco menos animada—, y después tuve un accidente de tráfico…

—*¡Camille! ¿Un accidente? ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Cuándo fue?*

Camille negó con la cabeza, sin la más remota intención de decirle que la última vez que hablaron se lo omitió adrede.

—Estoy bien —atajó.

—*¿No te hiciste nada?*

Después de un breve resumen de sus lesiones, bastante incómodo al advertir algo parecido a verdadera preocupación, incluso maternal preocupación, suavizaba el tono mientras aludía a la investigación policial para rehusar una de sus invasivas visitas.

—¿Juliette y tú sois parientes? —preguntó tras un silencio.

Madeleine suspiró.

—*Nuestros padres eran primos* —respondió reticente—. *El padre de Romain también* —añadió severa, ralentizando con la distancia un iracundo enfado contra el estúpido de Romo. Había estado detrás de ella desde la salida a la luz de los orígenes de Camille, su interés por el castillo llegó a parecerle obsesivo. Pero lo había subestimado—. *¿Romain entonces no está en la cárcel?*

La pregunta a Camille le sonó como una reflexión en voz alta.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Madeleine se quedó rígida. No podía contarle nada del acoso que había sufrido, nada del embuste sobre el duro trance financiero que atravesaba su hermana por los costosos tratamientos de su enfermedad. La frustración siempre le jugaba la mala pasada de no permitirle medirse. Y eso solo atraía indiferencia y que germinasen los malentendidos que las separaban.

—*Hace varios años, en el funeral de su padre. Nunca estuvimos muy unidos, somos parientes lejanos*.

Camille detectó en su voz un quiebro conocido, el especial del nerviosismo.

—El inspector ya ha llegado a Juliette, no tardará en llamarte —advirtió, recordando el carácter persistente del inspector. «Si no ha averiguado ya el parentesco y lo ha omitido por insustancial», pensó antes de agregar—. Dudo que lo haga, pero si tu primo se pusiera en contacto contigo, llama a la policía. Están buscándolo.

—*Puedo preguntarle a su madre* —dijo amable—; *aunque hace tiempo que no hablo con ella, podría llamarla con cualquier excusa.*

—No hace falta.

—*Mimille, soy tu madre; intento ayudarte*.

Siempre las mismas palabras con el mismo poder: un dolor profundo cargado de veneno.

—Lo siento, se me hace muy difícil creerte; y me remito solo a los últimos años —recalcó, dejando en el aire el amargo recuerdo de los restantes bajo su techo ignorándolo todo—. ¿Tu hermana está mejor?

Volver a la formalidad apartaba el resentimiento.

—*Sí, poco a poco va mejorando* —habló apenada, impotente a los pies de la montaña de hielo que ella sola había erigido—. *Camille, me gustaría*…

—Tengo que dejarte —cortó, evitando otra petición bochornosa para las dos.

Esa idea la llevó a ponerse en pie sin imaginar el desconsuelo que había embargado a Madeleine a muchos kilómetros de distancia. Conocía la desmesurada ambición de Romain, su falta de escrúpulos y, sobre todo, lo peligroso que podía llegar a ser.

Madeleine llamó a Juliette de inmediato. Algo en su fuero interno le decía que solo ella había podido darle la información necesaria para cometer el robo en el castillo. ¿Pero poner en peligro a Camille? Eso sobrepasaba cualquier límite. Incluso los de una madre forzada a serlo, como se consideraba a sí misma. Había criado a esa chica, la vio aprender a vestirse, estudiar, jugar con sus amigos; le pidió consejos, y le había permitido volar antes de caer en las garras de la riqueza. Unas garras fuertes como tenazas que siempre temió y le supusieron una espada de Damocles perversa al tener presente que cuando Mathieu Saunier-De Rosier lo considerase oportuno

desaparecería de un plumazo la dedicación a esa niña. Ella y René se vendieron y nunca lograron acallar sus conciencias. Ni René tratando de ser un buen padre, ni ella con distracciones materiales. La alineación y el olvido que procuró, carroña de cobardes, se había vuelto en su contra. Y en aquel momento, con la distancia como otra barrera más, encima debía añadirle mucho miedo y desesperación.

Tras más de diez intentos, se dio por vencida. Juliette estaba evitándola.

Entretanto, Camille apareció en la cocina lidiando con un ligero remordimiento por no haberle contado a Madeleine que, a pesar de todo, era muy feliz porque Sam había vuelto y pronto se casarían. En otro tiempo no habría podido mantenerlo en secreto, no con ella. Sin embargo, no se vislumbraba ningún cambio en su comportamiento, solo esa preocupación por el accidente que, visto con la perspectiva de la indiferencia, podía manifestarla a cualquiera por quien sintiera un ligero aprecio.

En cuanto olfateó el delicioso aroma del guiso que Margueritte estaba haciendo se le pasó el malestar.

—¿Sabías que mi…, Madeleine y Juliette son primas? —preguntó Camille.

Los expresivos ojos de la pequeña mujer se expandieron como dos canicas negras, duplicaron su tamaño.

—Solo voy a decirte una cosa, ¿no te parece raro enterarte ahora?

La mirada de Camille le respondió.

—¿Crees que el abuelo lo sabía?

—Era un hombre muy meticuloso, debió investigar a fondo antes de firmar nada con René y Madeleine. Imagino que sí.

La sinceridad de Margueritte afianzaba su sospecha. Por alguna razón habían acordado mantener en secreto el parentesco. ¿Por qué? ¿Qué escondían?

Capítulo 50

DESPUÉS DE RECIBIR el alta médica, Camille estaba pletórica sin la escayola mientras bebía una copa de vino en la terraza de un céntrico restaurante de Ansouis con unas bonitas vistas al campo. Bajo aquel cañizo de aire informal rodeado por la dureza de muros de robustas piedras no dejaba de mover el brazo, cómoda por primera vez en semanas.

—Aún no me lo creo —comentó risueña, extendiendo la mano.

Sam, que observaba la mezcla de tonalidades verdes y ocres de las parcelas, dejó el botellín de cerveza en la mesa y le sujetó la mano.

—Pues empieza a hacerlo, todo tiene arreglo con la atención adecuada.

—Eso espero.

En su voz pudo distinguirse frustración.

—Isabelle me ha llamado esta mañana —anunció tras beber, cambiando de tema por no perturbarle el buen ánimo—. Todas las obras ya están en Londres.

—¿No deberías ir antes de la inauguración?

—No, iremos juntos; no pienso dejarte sola.

Ella le dedicó una sonrisa preciosa antes de darle un casto beso en la mejilla. Pese al pobre avance de la investigación policial se creía afortunada. No le quedarían secuelas en los huesos y cada día apreciaba más la magnífica convivencia con Sam, su enorme esfuerzo al trasladar el estudio y esa manera incondicional de amarla que la anteponía a todo. Ni siquiera se había apartado de su lado para preparar la exposición, delegándolo todo en Isabelle, François y Harvey.

Los tres, profesionales de altura y confianza incuestionable, constantemente les mostraban un cariño inmenso. Isabelle y François honraban la memoria del difunto marqués, aunque no estuvieron de acuerdo con algunas de las decisiones que tomó en vida —sobre todo, las más crueles, aquellas que lo separó de sus seres queridos— nunca dejaron de ser sus mejores amigos.

Y Harvey, como valedor de Sam, capaz de cualquier cosa solo por verlo feliz.

—¿Camille?

Al oír su nombre, se giró para hallar a un anciano que fue amigo de su abuelo y le arrancó un saludo afectuoso.

—Señor Bealieu, qué sorpresa más agradable —comentó antes de estrecharle la mano, recordando la última vez que coincidieron en el funeral del marqués. El hombre, septuagenario, mantenía la complexión robusta y el cuerpo bastante erguido, tenía buen aspecto. Tan solo una acusada calvicie, la piel surcada por profundas arrugas y unas gafas de vista daban cuenta de su edad—. ¿Cómo está? No le veía desde hace mucho tiempo.

—No suelo venir al pueblo, el campo no me da tregua —explicó sonriente, poco afectado por ese arduo trabajo—. Me jubilé para trabajar más…

Camille lo vio desviar la mirada a Sam.

—Le presento a Sam O'Malley, mi prometido.

Sam se puso en pie, le apretó la mano con amabilidad y respondió en un francés más que aceptable las preguntas del hombre sin sentirse incómodo. Las típicas: qué hacía un irlandés allí y a qué se dedicaba. La respuesta a esta última suscitó un ligero alzamiento en las cejas del anciano. No pasó desapercibido para él. Ignoraba que Joseph Bealieu acababa de atar un cabo que nunca entendió, uno que llegó a sorprenderlo por injusto y le cambió la percepción del marqués.

—El señor Bealieu fue comisario durante muchos años —aportó Camille—, y un buen amigo de mi abuelo.

—¿Dónde ejerció? —preguntó Sam con interés.

—Aquí cerca, en la gendarmería de Pertuis.

—¿Conoce al inspector Benoît Gilles?

—Sí; es muy bueno, serio y concienzudo.

Camille percibió la extrañeza del anciano y quiso aclararle:

—El mes pasado robaron en el castillo; él lleva la investigación.

La sonrisa del hombre se esfumó de forma automática.

—¿Cómo fue?

Ella y Sam compartieron una breve mirada antes de responderle. Pasaron unos minutos contándole lo que sabían, hasta aludir a Romain Vaux. En ese preciso momento la actitud comprensiva del expolicía se tornó inflexible y despectiva. Luego, no escatimó elogios hacia el inspector Gilles.

—No os preocupéis demasiado, es cuestión de tiempo que lo atrapen.

—No estoy tan seguro —comentó Sam—. Hay muchos delincuentes campando a sus anchas sin que los pillen. Por lo que nos ha contado el inspector, a este lo ampara una banda de crimen organizado.

—Confía un poco, algunos son de ideas fijas y suelen moverse por los mismos sitios.

Una idea intrépida atravesó la mente de Sam a una velocidad bárbara:

—¿Recuerda usted el asalto que sufrió Camille hace unos años en el bosque?

Al intuir la perspicacia del pintor, el hombre tragó saliva.

—Él llevó la investigación —dijo Camille.

—¿Nunca tuvieron ninguna pista?

—Philippe Béziers fue siempre mi sospechoso más claro sobre el robo del anillo. Se lo comenté a Mathieu, pero sin pruebas no quiso que la investigación se centrara en él porque habría sido un golpe muy duro para sus padres. Ni siquiera me permitió interrogarlo.

A Sam la excusa no le convenció; como agente de la autoridad no debió dejarse manipular por nadie. Con la imagen nítida de aquel día serpenteando en su memoria como humo tóxico, le dijo:

—Yo sí respondí a sus preguntas.

—Lo sé, hablaste con un gendarme en prácticas… —comentó amable, ajeno a que Camille estaba enterándose en ese instante—. Sinceramente, creo que al ignorar a Philippe Béziers dejamos escapar la única pista fiable que teníamos. Mathieu pensó otra cosa y no hubo forma de convencerlo de lo contrario, era muy terco cuando quería.

Sam apretó la boca sonriendo.

—Creyó que lo hice yo porque le pedía que se quitara el dichoso anillo en los posados —habló destilando sarcasmo—. Según su experiencia, ¿pudo Philippe robar el anillo de la biblioteca?

El hombre sostuvo la mirada escudriñadora de Sam.

—Estaba en el castillo cuando desapareció —comentó con intención, acordándose de que aquel día Philippe fue al castillo a buscar a Camille—, tenía deudas considerables, es más que posible…

—¿Ya tenía deudas? —preguntó Camille.

—Sí. No recuerdo exactamente la cifra, pero durante la investigación descubrimos una cantidad bastante alta. El joven Béziers siempre ha sabido camuflarse, pero es un lobo con apariencia de cordero.

—Un chacal, querrá decir —soltó Sam—, los lobos no son oportunistas ni traicioneros.

—Veo que lo tienes en alta estima —ironizó el anciano.

—Se lo ha ganado a pulso. Siendo pariente de Romain Vaux, pudo estar compinchado con él, ¿no cree?

Joseph Bealieu aspiró hondo por la nariz antes de responder:

—Romo… El grano en el culo de toda su familia. Siempre ausente y siempre presente cuando había algún problema… Claro que sí —afirmó rotundo—. Aquel incidente no buscaba matar, sino asustar; su especialidad. —Al ver la cara pálida de Camille, añadió—. No es tonto, ahora no se atreverá a acercarse de nuevo a ti.

—¿Y más adelante?

En la voz suave de ella se notó el matiz de la preocupación.

—Llamaré a Gilles, él puede investigar si estuvo aquí por aquellas fechas.

—Se lo agradecemos mucho —dijo Sam apretando con firmeza la mano de Camille.

—No hay nada que agradecer. Aunque ya no esté en activo, uno no deja de ser gendarme nunca —reconoció contento. Le dio una palmada en el hombro y agregó—. Tú preocúpate de lo

importante, ser feliz y hacer feliz a los que te rodean, todo lo demás solo son añadiduras para hacer la vida un poco más complicada.

—Descuide, lo intentaré con todas mis fuerzas.

El anciano supo a qué se refería, asintió mostrándole una sonrisa y se despidió con el mismo derroche de simpatía que había tenido desde el principio.

—¿Por qué nunca me dijiste que hablaste con los gendarmes? —preguntó Camille impaciente.

—Porque estabas mal, y porque nunca fui sospechoso de nada.

El fantasma del marqués paseaba entre ellos sigiloso, igual que la fina niebla en los húmedos campos al amanecer.

—Siento mucho todas mis omisiones —reconoció Camille—, espero que algún día seamos capaces de olvidarlas.

—Las nuestras, por mi parte están olvidadas —susurró, y le dio un beso en la sien—; pero las de los demás no creo que las perdone nunca. No voy a ser hipócrita a estas alturas.

—No lo seas, es uno de los rasgos que más me gustan de ti —habló cariñosa. Él torció la boca con cierta comicidad—. Voy a incrementar la seguridad del castillo —comentó cuando se sentaron de nuevo en la mesa.

—¿Cómo? El sistema de vigilancia ahora está totalmente actualizado, hay detectores de presencia y cámaras en todos los rincones del jardín… Y, lo mejor, ahora no hay forma de que vuelvan a pillarte sola.

Pese a sonreírle, Camille sabía que también estaba preocupado. Lo advirtió durante el encuentro con el viejo comisario y en aquel momento había vuelto a advertirlo en su mirada. Esos ojos claros eran puertas abiertas a todas sus emociones; todas, incluido el miedo.

Capítulo 51

EL LUNES SIGUIENTE Camille madrugó tanto como Sam. Había aceptado que la acompañara paseando a la bodega tras el fin de semana disfrutando de la recuperada libertad sin el cabestrillo. Fue un tiempo sosegado a ratos, mientras hacían planes de futuros viajes, más turbulento si organizaban las temporadas entre Irlanda y el castillo hasta que cedían al recordar su promesa, pero siempre sin mencionar adrede nada relativo al robo.

Amanecía entre los viñedos envueltos en ligeras brumas cuando llegaron.

—Avísame luego, y vengo a recogerte —dijo Sam antes de darle un beso en los labios.

—No hace falta, pero te llamaré —añadió al percibir una mirada severa.

—Hazlo, por favor.

Ella no tuvo intención de contrariarlo y asintió con una sonrisa.

En pocos minutos observaba a cuatro trabajadores mientras hacían el trasiego de unas barricas de roble a otras de acero para airear el vino A su lado estaba Michel Rosignol, el corpulento y algo descuidado sesentón capataz desde el inicio de la bodega, curtido en mil batallas con su abuelo, eminencia en todo lo relacionado con las vides, la tierra y el clima, y con un carácter alegre contagioso.

Luego admitió de buen grado la opinión de uno de los trabajadores, un chico joven tímido, porque tenía razón al pretender dejar una barrica sin trasegar hasta dentro de unos días. Rosignol también estuvo de acuerdo, y en voz baja se lo hizo saber. Después fueron con ellos a la zona de catas para probar varias muestras al azar de los vinos que en esos momentos se encontraban en fase de crianza. Durante otro buen rato todos dieron sus opiniones para alcanzar finalmente un consenso unánime.

Esa complicidad con los empleados era uno de los valores añadidos de los vinos que más apreciaba Camille. Algunos se habían formado con el marqués, expertos a la hora de vendimiar a

mano, con mimo y en el punto exacto de maduración de las uvas; y otros, los más jóvenes, mostraban un afán de aprendizaje encomiable que ella promovía incluyéndolos en cursos o con actividades remuneradas cuya finalidad era implicarlos en buscar la excelencia. Todos se sentían orgullosos del premio concedido por la Asociación de Enólogos, ella lo compartió de manera honesta y justa, pero por encima de todo para ellos era un placer trabajar en la bodega por mera satisfacción personal, por estar implicados en hacer las cosas bien y reconocer su valor. Ese era el gran legado que el marqués le supo transmitir en el poco tiempo que compartieron y la máxima que ella se había propuesto perseguir como filosofía vital.

Eran ya las once de la mañana y aún no había rastro de Didier. Se extrañó, pero no preguntó a nadie ni le llamó por teléfono. Al ser lunes entendía el retraso por cualquier motivo. Fue al despacho de él con idea de ponerse al día, porque durante su recuperación apenas compartió con ella pinceladas acerca de la distribución y algunas incidencias de poca importancia.

Tras repasar la gran pila de documentos que encontró encima de la mesa, encendió el ordenador con intención de leer el contrato del hotel Hermitage Monte-Carlo. Al cabo de unos minutos, después de revisar todas las carpetas, desistió bastante molesta. El acuerdo con ese cliente era el único que no había revisado, y las cláusulas le generaban cierta inquietud por los estocajes que podían demandar en determinadas épocas y por los precios negociados. Esto último le preocupaba al conocer las artimañas de las grandes empresas para acorralar a los pequeños suministradores como ellos.

Estaba delante del ordenador repasando un pedido cuando Didier apareció. Tenía la imagen impecable de siempre, aquella mañana con un traje oscuro, pero su rostro reflejaba cansancio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él de forma brusca.

Camille, sorprendida por ese tono, respondió sin suavizar su malestar.

—Lo que deberías estar haciendo tú —replicó. No iba a transigirle nada después de la acumulación de trabajo que había encontrado—. ¿Por qué llegas tan tarde?

—¿Ahora tengo que darte explicaciones?

—Siempre que te las pida.

Didier torció una sonrisa apretando la boca.

—He tenido un problema doméstico. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ya me ves —habló con ironía—. ¿Dónde está el contrato del Hermitage? No lo encuentro por ninguna parte.

—Lo tengo en casa —respondió casual—, mañana lo traigo.

Camille apretó el ceño.

—Esa no es nuestra manera de hacer las cosas, ¿por qué no está en el sistema de la bodega?

—Porque lo terminé de redactar en mi portátil y ahí se ha quedado; mañana lo traigo sin falta, no te preocupes.

—No estoy preocupada, estoy enfadada. Tenemos un estándar para cumplirlo, no para cambiarlo según las circunstancias.

—¿Qué circunstancias, Camille? —preguntó desafiante—. Porque si te afectan a ti no parece importarte cambiarlas.

Ella le sostuvo la mirada unos segundos.

—Explicarte la razón de mi ausencia es ridículo —dijo poniéndose en pie—. Sin embargo, pareces haber olvidado cuál es tu lugar aquí, ¿te lo recuerdo o ya has hecho memoria?

Las pupilas oscuras del encargado se quedaron rígidas, como el resto de su cuerpo mientras ella salía con la dignidad de una diosa. Hasta ese momento solo había sufrido ataques de superioridad del marqués, que soportó agachando la cabeza; en cambio, de ella no lo esperaba ni la tenía por superior. Al contrario, siempre la había visto como alguien manipulable con una confianza ciega en él.

Desde la muerte del marqués él se creyó fundamental en la bodega, su aporte había sido determinante para obtener los grandes vinos que elaboraban en aquel momento. También se consideraba un “buen amigo” con la aspiración de convertirse en el dueño de todo como retribución a su ardua lucha durante tanto tiempo. Esa aspiración, la de entrar por la puerta grande, ya la había descartado con el regreso del irlandés. Ahora bien, ¿menospreciaba las puertas traseras con tal de cobrarse el precio de su valía? Jamás. Dar el paso del primer intento le

costó, luchó mucho contra su conciencia hasta convencerse de estar haciendo lo correcto. Por desgracia para él, al resultar fallido, ni siquiera le ayudó la intromisión de los Béziers, había optado por la sutileza para no cejar en su empeño. Y ya no vislumbraba cejar; no en aquel momento cuando más lo necesitaba, y mucho menos después de otra injusta humillación.

Camille estaba jugando una partida de póker sin saberlo e inconsciente del nivel de sus adversarios, dato indispensable para subir las apuestas y ganar.

Evitó a Didier el resto de la mañana. Pero antes de avisar a Sam para que la recogiera, se decidió por llamar a François y contarle el incidente; nadie como él para darle buenos consejos.

—*Conozco a Didier desde hace quince años* —comentó François después de escucharla con atención—, *siempre ha sido un buen trabajador. Al menos es lo que decía tu abuelo. No se lo tengas en cuenta; un día malo lo puede tener cualquiera*.

—Eso lo entiendo… Pero tenías que haber visto su actitud, con la soberbia que me ha hablado; parecía otra persona. Me ha molestado mucho. Desde que nos dieron el premio ha estado raro conmigo, incluso Sam lo ha notado.

François recordó la cena en su casa tras el premio, la malicia de Didier y, rápidamente, preguntó:

—*¿Y no te has planteado que Sam sea la causa?*

—¿Sam? ¿Por qué? Apenas viene a la bodega y no sabe nada de la gestión.

—*Hablas de temas laborales mientras yo estoy hablando de otra cosa*.

—No digas tonterías. Soy su jefa, me ve como una amiga.

—*¿Eso crees? A veces eres bastante ingenua. ¿De verdad no eres consciente de la admiración que despiertas?*

—François, no sé por qué hemos llegado a esto cuando lo único que pretendía era tu opinión.

Ese tono incómodo no amilanó al anciano.

—*Es lo que te estoy dando, porque es lo que percibo desde fuera. Moléstate si eso va a hacer que te sientas mejor, pero no me lo recrimines mientras no hayas revisado tu propia ceguera*.

Hubo un breve silencio en la línea, justo tiempo de reflexión.

—Llevo trabajando codo con codo con él desde que murió el abuelo y nunca había sido grosero conmigo… —comentó pensativa—. Pero es cierto que ha cambiado desde que Sam volvió… No sé, tal vez tengas razón y no me haya dado cuenta…

—*A partir de ahora fíjate mejor y no lo pierdas de vista*.

—¿Qué quieres decir?

—*Que conoce el negocio* —respondió con intención—, *y puede creerse con unos derechos que no le corresponden. Si mañana no lleva el contrato del hotel, avísame*.

—Puedo manejarlo sola, pero gracias de todos modos.

—*No dudo de tus cualidades, Camille, y sé cómo y cuánto trabajas para llevar la bodega al siguiente nivel; pero, insisto, avísame. Soy mucho más viejo que tú, conozco mejor la naturaleza humana…*

—Hablas como si Didier supusiera un peligro para mí.

—*Lo es, aunque te cueste admitirlo. Un hombre despechado suele tener dos comportamientos: alejarse de la mujer que no le corresponde o hacerle daño para que sienta un poco de su dolor. Él no va a alejarse de ti, así que solo le queda la segunda opción.*

—No creo que haga nada contra la bodega, es su medio de vida.

—*Sí, pero cuando las personas que han estado ocultas tras una máscara tienen que enfrentarse a una pérdida, a alguna situación que escapa de su control o que no son lo que esperaban es cuando muestran su verdadero rostro, es cuando se les cae la máscara que los deja al descubierto. Hazme caso y obsérvalo con otros ojos*.

—Lo haré, no te preocupes.

Al escucharla, François sonrió sin ganas recordando a su querido amigo. Siempre ante un problema importante le decía que no se preocupara cuando ya era imposible no hacerlo.

Estuvieron hablando unos minutos más, de la exposición de Sam y de Isabelle, pero ninguno se quitó de la cabeza la extraña actitud de Didier.

Cuando se despidieron, Camille pasó un rato tratando de recordar cualquier detalle que le permitiera dar veracidad a las palabras de François. Solo recordaba algunas situaciones en las

que se había sentido manipulada. Sucedieron sobre todo durante el primer año después de la muerte del marqués. Didier dictaba la forma de manejar la bodega, todos los aspectos, mientras ella caía exhausta formándose y aprendiendo a vivir sin Sam.

En una ocasión Didier se enfrentó a Michel por un desacuerdo en el plazo de la vendimia y no paró hasta convencerla para que interviniera a su favor. Cosa que hizo sin cuestionarlo, pese a la inflexible negativa del capataz. El hombre alegaba que debían esperar unos días porque las uvas, aun estando ya maduras, no tenían el punto adecuado de azúcar. Y tuvo razón. Sin embargo, Didier nunca admitió que esa cosecha no alcanzaría la calidad que buscaban ni se disculpó con el capataz. Fue ella quien se disculpó y quien desde entonces no había vuelto a cuestionarlo porque muy pronto se dio cuenta de su infalible valía. Es más, su parte en el éxito de las últimas cosechas era fundamental. Por encima de cualquier otra.

Le vinieron a la cabeza otras situaciones conflictivas entre él y algún empleado, pequeñas desavenencias a las que no le dio importancia y en ese momento la cobraban porque vislumbró destellos de una personalidad agresiva oculta bajo la máscara de la lealtad y unos modales prudentes. ¿Sería cierto que lo habían subestimado? Era complicado de racionalizar.

—Camille, tengo que salir —dijo Didier sin traspasar el umbral de la puerta.

Ella salió de la abstracción con brusquedad y volvió la cabeza para observar unas pupilas negras impenetrables.

—¿Dónde vas?

Didier enarcó una ceja casi a modo reflejo.

—Te he dicho antes que he tenido un problema en casa, están esperándome.

—¿Qué ha pasado?

Otra vez, un movimiento apenas imperceptible en la comisura de sus labios. Algo parecido a una sonrisa cínica.

—Mañana te lo cuento, tengo un poco de prisa.

—Muy bien, y no olvides el contrato del Hermitage.

—Por supuesto, no lo olvidaré. Hasta mañana.

Camille intentó sonreírle, pero fracasó y solo fue capaz de asentir con una expresión amarga en el rostro. Ni un minuto después, llamó a Sam con una sola idea válida en la cabeza: seguiría manteniéndolo al margen de los problemas en la bodega. Eso era Didier para ella, trabajo.

Capítulo 52

AL DÍA SIGUIENTE, después de esperar a Didier más de tres horas, durante un paréntesis de calma en una jornada llena de incidencias en la expedición de los pedidos, o no se correspondían las cantidades o no se habían podido preparar por falta de stock, lo llamó para darse de bruces con una verdad que, pese a la advertencia de François, le parecía imposible: había algo extraño con el hotel Hermitage. No le cabía la menor duda tras escucharlo fingir la voz para darle veracidad a la repentina gripe que iba a ausentarlo el resto de la semana.

Esa falta de confianza la llevó a reunir en su despacho los archivos de los clientes. El viernes se inauguraba la exposición de Sam en Londres y no tenía intención de marcharse sin haber averiguado qué estaba pasando en la bodega a sus espaldas. Con el programa informático se propuso revisar la gestión íntegra de la bodega.

Empezó a contrastar los números de pedidos solicitados con las facturas emitidas, los cobros realizados y los pedidos expedidos. Sobre todo, buscaba en la contabilidad del último mes porque vio muy complicado que hubiese hecho nada anteriormente. Lo que fuese debía haberlo hecho durante su ausencia.

Pronto las cifras de las últimas semanas iniciaron unos bailes zigzagueantes que auguraban fraudes. Esto ya no le sorprendió, lo esperaba; sin embargo, la forma burda de hacerlo la indignó. No se había tomado la miserable molestia de ocultarlo. Engordaba los precios, había cantidades falseadas en las facturas y un cambio en la cuenta de facturación. Todo con alevosía y descaro. ¿Por qué? ¿Se creía impune? O lo más perturbador, ¿acaso pensaba que ella era una inepta que nunca lo descubriría?

Estaba tan enfadada leyendo en el ordenador que no advirtió la llegada de Sam y el inspector Gilles. No supo disimular saludando de manera formal al inspector, y no pasó desapercibido para Sam.

—¿Algún problema? —le preguntó, tocándole con suavidad el brazo.

—Los típicos en esta época —respondió, eludiendo los ojos atentos de él y los del inspector —. ¿Hay novedades?

Los hombres, que se habían quitado los abrigos y bufandas, se sentaron frente a ella tras compartir una mirada cómplice.

—No me andaré por las ramas —empezó diciendo el inspector en un tono sobrio—: Romain Vaux ha aparecido muerto…, podemos asegurar por los indicios que asesinado —añadió sin apartar las pupilas negras, sagaces, del rostro desencajado de Camille—. Junto a su cuerpo hemos hallado el busto de jade que le robaron —informó tras una breve pausa—. En cuanto el forense lo analice, se le devolverá.

Tras escucharlo, el enfado de Camille se había convertido en estupefacción. Didier pasó a un segundo plano engullido por una sombra cuyos tentáculos habían copado de pesadillas casi todas sus noches.

—¿Sospechan de alguien? —preguntó casi temerosa de la respuesta.

—Philippe Béziers sigue sin dar señales de vida —comentó evadiendo contestarle—, igual que su madre…, y no ha habido ningún movimiento en su bodega después del incendio.

—Los nuevos propietarios están siendo igual de cautos que ellos —dijo Sam con sarcasmo.

—Quería informarle de otra cosa… —Esta vez el inspector vaciló—. Hemos analizado el móvil de Romo… Hay varias llamadas a Juliette Béziers y a Madeleine Cluzet los días previos a su fallecimiento.

—¿Qué quiere decirme con eso? —preguntó incómoda—. Eran primos… No sé qué clase de relación tenían porque hasta el robo en mi casa desconocía que mi madre adoptiva fuese familiar de Juliette y Romain Vaux, pero a estas alturas pocas cosas me sorprenden, inspector.

—La entiendo. Se lo he comentado porque esas llamadas los días previos a la muerte de Romo son curiosas. En primer lugar, porque Romo las llama a las dos de forma insistente, y no obtiene ninguna respuesta. Y, en segundo lugar, porque hasta ese momento la comunicación que había entre ellos era esporádica.

—¿Cree que Romo estaba tratando de pedirles ayuda? —preguntó Sam.

—No lo sé. Madeleine es por ahora la única que puede aclararnos las cosas.

Camille tragó saliva.

—Hablé con ella cuando supe que eran primos. Me dijo que estaba dispuesta a colaborar en todo lo que hiciese falta.

El inspector asintió despacio, buscaba las palabras adecuadas para darle otra noticia ingrata.

—Ayer estuve hablando con el comisario Bealieu, me comentó que coincidieron en el pueblo. Siguiendo su consejo he hecho algunas indagaciones sobre el paradero de Romo en abril de 2016. Usted sufrió el asalto en el bosque a principios de abril, y a finales de marzo, exactamente el veintisiete de marzo, lo vieron en el cementerio durante el entierro de su padre. En esas fechas estaba en libertad, pendiente de juicio, pero a fin de cuentas en libertad.

Camille acababa de ponerle fecha al funeral del que le habló Madeleine.

—¿Está diciéndome que ese hombre llevaba detrás de mí dos años?

—No. Solo apunto que era un delincuente, visto en una escena criminal donde usted ha estado involucrada, supuestamente, cerca o en otra donde también usted estuvo involucrada y asesinado muy cerca de esa escena con un objeto robado en su casa.

—Inspector, sabe tan bien como yo que nada es casual —comentó Sam amable, pendiente del gesto rígido de Camille—. La lástima es que nadie lo buscase en 2016.

Al oír el reproche, ella cerró los ojos un breve instante. Después, no vaciló al mostrarle su gratitud al inspector.

—Aprecio mucho el trabajo que está haciendo. Discúlpeme si en algún momento he sido brusca con usted.

—No se preocupe —dijo con una ligera sonrisa. Cuando la conoció habría resultado una delicia escuchar esa disculpa. En cambio, por aquellos días llegaba a comprender bien su nerviosismo y miedo—. Romain Vaux ha dejado de ser una amenaza, y tenga por seguro que estamos haciendo todo lo posible por cerrar este caso encontrando a todos los culpables.

—Sé que Romo no estaba solo —admitió ella—; pero cuando dice “todos los culpables”, ¿de

cuántas personas está hablando?

El inspector movió los hombros de manera mecánica.

—No puedo precisarlo, pero le diría que además de Philippe y Juliette Béziers, podemos suponer a dos o tres personas más como colaboradores necesarios. Sin aventurarme demasiado, los Béziers han sido por sus problemas económicos los que han proporcionado el botín con derecho a una suculenta suma. Y Romo, con ayuda para la vigilancia, los movimientos y las ventas en el mercado negro, ha sido el ejecutor.

—¿Y cómo es posible que a los Béziers se los haya tragado la tierra?

Camille no lo entendía; ninguno de los dos pasaba inadvertido.

—Si siguen vivos…

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De verdad piensa que pueden estar muertos?

Las facciones angulosas de Benoît Gilles se dulcificaron un poco al sonreírle.

—Romo formaba parte de una organización criminal y ha aparecido muerto, ¿por qué iban a respetar la vida de ellos? Cuando uno se mezcla con ciertas personas acepta que su vida ha dejado de tener valor. Por cierto, Sam —agregó después de un instante—, he hablado con Jean Battie. El chico que le cambió las ruedas al Jeep mientras hacía prácticas dejó el taller a mediados de noviembre. Lo he intentado localizar en la dirección de Pertuis que le dio a Battie, pero se fue a París a los pocos días. La policía de París está buscándolo.

—Encuéntrenlo —advirtió Sam—, estoy seguro de que hizo el trabajo para otra persona.

El inspector desvió la mirada, piadosa, a Camille.

—Lo descubriremos todo, no lo dude.

Ella pintó en su cara una sonrisa muy débil, lo máximo que pudo falsear mientras lidiaba con un pesado conflicto interior. Trató de ofrecer una versión amistosa de sí misma escuchando con aparente atención las instrucciones de seguridad que el inspector les dio antes de despedirse.

Diez minutos más tarde Camille y Sam salieron de la bodega en dirección al castillo. El camino plagado de hojas caídas era mudo testigo de la tensión que ambos tenían.

—¿Por qué no me habías dicho nada sobre el accidente? —preguntó ella.

La gravedad del tono hizo que Sam se detuviera.

—Por no preocuparte más; no te enfades.

—No me protejas ocultándome información importante. Por favor, Sam, no vuelvas a hacerlo.

En cuanto obtuvo una promesa de enmienda, le pidió que le contara todo lo relativo al cambio de ruedas o, como sospechaba, al sabotaje de su coche. Con mucha atención escuchó cómo había revisado por su cuenta las grabaciones de seguridad del aparcamiento de la bodega, sin conseguir identificar a nadie porque quien pinchó la rueda se cubrió la cabeza con una capucha, y cómo y cuándo se las entregó al inspector para que las analizara él con otros medios.

—¿Crees de verdad que está relacionado con el robo?

Sam soltó un suspiro. No pretendía mentirle.

—No lo sé, pero es probable. No sabemos por qué han matado a Romo, quizá porque tenían cuentas pendientes con él o porque no consiguió lo que pretendían… Nosotros solo vamos a centrarnos en extremar las precauciones para que nadie pueda acercarse a ti. Ya has oído al inspector, debemos ser muy precavidos y evitar cualquier situación que ponga en riesgo tu seguridad. —Sam detectó en sus ojos la sombra del miedo y le apresó con delicadeza la cara—. Si alguien intentase de nuevo hacerte daño, primero tendría que vérselas conmigo; yo soy tu línea de defensa. No tengas miedo; no voy a separarme de tu lado.

—Hasta hace un rato no era consciente de estar en peligro, pero ahora… —Cerró los párpados unos segundos. Al abrirlos de nuevo, los tenía anegados de lágrimas. Sam se las llevó con ternura—. Es reconfortante tenerte, aunque sea difícil no sentir miedo…

—Lo sé, cariño. Pero intenta que no condicione tu día a día hasta que todo haya terminado.

Ella afirmó en silencio mostrándole una sonrisa triste, le tendió la mano y siguieron caminando en un sosegado silencio.

—Menos mal que en Londres podremos distraernos de esta pesadilla… —comentó con mejor ánimo cuando divisó en la distancia el imponente relieve del castillo.

—¿Lo tienes todo resuelto en la bodega?

—Más o menos, estas son siempre unas semanas complicadas.

Sam captó la evasiva, y se sintió un poco culpable.

—Siento mucho no estar cumpliendo lo que hablamos con esta exposición —dijo, refiriéndose a la promesa que se habían hecho para evitar coincidencias entre las exposiciones y los períodos de más ajetreo en la bodega—. Pero necesito que estés conmigo, es muy importante para mí. Didier podrá ocuparse sin ti.

—Está enfermo —señaló sin voluntad de compartir una traición que le escocía demasiado, al menos hasta haber hablado con él para pedirle explicaciones y fulminarlo del cargo—. Si surge cualquier imprevisto mientras estemos fuera, Michel lo resolverá.

—¿Michel? —preguntó asombrado—. Creía que lo suyo solo eran los viñedos.

—Los viñedos lo son todo —comentó con sorna—. Pero sé por qué lo dices…, y no me preocupa en absoluto. Confío plenamente en él. Además, si fuese necesario tratar con algún cliente, lo haría alguien de administración.

Contento al verla tan segura, le echó el brazo sobre los hombros para acercarla más a su cuerpo.

—Como tienes el trabajo controlado, solo te queda elegir tus modelitos para seducir a mi familia.

Camille abrió los ojos como platos. Y eso logró que Sam se carcajeara de ella.

—No te rías. Se me había olvidado…

—Pues te garantizo que a ellos no. Mi madre está insufrible.

—Será por la exposición, el protagonista eres tú; es lógico…

—Engáñate si eso va a ayudarte a estar tranquila, pero si vienen a esta exposición no es por mí, mi obra les interesa tirando a nada…

—Sam O'Malley, ¿cómo puedes pensar eso? —refutó sonriente—. Irán porque están muy orgullosos de ti, estoy completamente segura.

—¿Sabes de lo único que yo estoy seguro?

Ella vio el brillo alegre de su mirada y supo sin lugar a duda la respuesta.

Capítulo 53

EN LA CONFORTABLE habitación del hotel The Royal Horseguards Sam se miraba en el espejo cuando Camille terminó de arreglarse. Al verlo con un traje oscuro impecable, le sonrió con sus expresivos ojos sin disimular un grato impacto. Para él no fue menos cautivador admirarla, era la elegancia en estado puro con aquella falda de tafetán negro, larga hasta los pies, con un sofisticado lazo en la cintura, y el cuerpo a modo de camisa blanca.

—Vamos conjuntados —dijo Camille, acercándose a él mientras se ponía una sortija de oro y rubíes, a juego con los pendientes que resaltaban entre su melena como lágrimas de sangre.

—Eso es imposible, tú eres inalcanzable —le sujetó la mano y, en un alarde de galantería, se la besó.

Ella no se acostumbraba a esos halagos casi diarios y entornó los ojos al negar con la cabeza.

—Apreciando como aprecias la belleza, tienes un concepto algo distorsionado de ti mismo. ¿Por qué no te haces un autorretrato? —comentó simpática, sincera creyendo que siendo un hombre tan apuesto no reparaba en su abrumadora apariencia—. Así te obligarías a prestarte más atención…

—Prefiero no perder mi valioso tiempo —se burló él.

De manera natural Camille le ajustó el nudo de la corbata. Pero Sam no podía mantenerse quieto y no tardó en aflojárselo.

—Relájate. —Le puso la mano en la mejilla y lo besó en los labios—, no tienes motivos para estar nervioso.

Salieron de la habitación poco después, cuando él se había abotonado el abrigo y ella llevaba sobre los hombros una estola de piel para mitigar el intenso frío y la humedad que a orillas del Támesis calaba hasta los huesos.

En la misma puerta del hotel cogieron un taxi y, tras indicarle Camille al conductor la

dirección de la galería Halcyon en Mayfair, le repitió a Sam que no tenía nada de lo que preocuparse porque la exposición sería un éxito.

—¿Cómo puedes estar tan segura sin haber visto ninguno de los cuadros?

—Porque te conozco y confío en ti —dijo al entrelazar sus manos.

Sam tragó saliva. Había una parte de él que confiaba también en su obra, y gozaba de buenas críticas profesionales; sin embargo, no tenía claro cómo iba a tomarse ella ser la protagonista absoluta sin haber posado ni una sola vez.

—Creo que debería advertirte, *mo ghrá* —dijo con intención de aliviar su conciencia.

Justo en ese preciso instante, el móvil de Camille le interrumpió.

—Hola, François —saludó alegre—, estamos en camino. ¿Hay mucha gente?

—*El aforo está completo. Harvey ha movilizado a todo Londres* —comentó simpático—. *¿Sam sigue histérico?*

—Tiene momentos. —Miró con cariño al aludido, que frunció el ceño—. Ahora está casi bien.

—*¿Y tú? Hoy es tu presentación oficial ante el clan O'Malley.*

—No me preocupa —mintió—, hay temas más importantes.

—*¿Didier, por ejemplo? ¿Has visto el contrato con el hotel?*

—No, lo haré cuando vuelva —respondió segura, pero sin entrar en detalles que perturbaran a Sam. Detalles como los fraudes en la facturación o algo que ya había decidido: despedirlo—. ¿Qué te parece la exposición? —preguntó por cambiar de tema, y con interés añadió—. ¿Te gusta?

—*Mucho, he descubierto la fuente de la inspiración de Sam.*

—Vaya…, espero descubrirla yo también.

—*Lo harás, no lo dudes.*

Camille admitió esa rotundidad sin cuestionarse nada. En cambio, en cuanto entró en la galería y vio las obras de “Essay on beauty[5]”, una avalancha de preguntas se le agolparon en la

garganta. Estaba atónita. Aun así, mientras Sam atendía a varias personas, ella no escatimaba sonrisas al saludar al trío hacedor de milagros. Pese a la edad, se les veía enérgicos, entusiastas y bien coordinados al desempeñar cada uno su mejor papel. François era el halcón detallista, pendiente de la prensa, del catering y de los comentarios del público; Isabelle, glamurosa con un sofisticado vestido de fiesta rojo y fucsia, además de evitar con esa exquisitez tan suya el mérito por la organización, gracias a su capacidad de entablar conversación con cualquiera ejercía de relaciones públicas perfecta. Y Harvey, como leyenda londinense en el mundo artístico, no cesaba de derrochar encanto con todas las personas que ella le dirigía tratando de captarlos como nuevos clientes.

Durante unos minutos, Camille presenció una sincronización admirable. Podía decirse de ellos que formaban el equipo ideal para atrapar toda clase de presas en sus redes. Luego, recorrió la exposición en un lento paseo. Aun siendo consciente de la magnífica acogida, le costaba asimilar aquel exagerado protagonismo, y se sentía insegura al observarse a sí misma en un homenaje en toda regla. Veía sus ojos con diferentes miradas, desde la alegría a la tristeza; sus labios cuando sonreían o apresados con severidad; sus manos dibujando sutiles caricias e, incluso, sus senos intuidos bajo un liviano camisón.

Sam, una vez terminó sus compromisos, la descubrió entre el gentío delante de uno de los cuadros. Fue a buscarla tras aceptar las dos copas de champán que una atenta camarera le había ofrecido.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó al tenderle una copa.

Llevaba impaciente por conocer su opinión desde que entraron.

—Estoy en shock… —susurró—. Y también estoy muy orgullosa de ti; eres mi pintor favorito —reconoció sin dejar de mirar unas pupilas expectantes que acababan de resplandecer felices.

—¡Samuel O'Malley! —exclamó Emilia con voz chillona a pocos metros, antes de abrirse paso entre varias personas—. Llevamos un rato esperándote.

Emilia le dio un sentido beso, elogió su atuendo y, tras preguntarle brevemente por su vida en

Ansouis, hizo un viraje rápido y cambió de rumbo para dedicarse a quien de verdad le interesaba: Camille. Con ella fue amable en un derroche cariñoso, y no le afectó no ser correspondida con la misma efusividad al conocer por Sam su carácter tímido.

El resto de los O'Malley no tardaron en aparecer. Sadie y Emily abrazaron a Sam y dicharacheras elogiaron la exposición; su padre se mostró más recatado al estrecharle la mano mientras Camille los observaba risueña. Luego, las chicas no tuvieron paciencia para aguardar ninguna presentación formal y la saludaron prudentes. Igual que el señor O'Malley. Pero, a fin de cuentas, todos la trataron con un afecto tan sincero como contagioso, tanto que cuando Sam propuso ir a una zona más discreta para hablar tranquilos la vio ya integrada en su familia.

Poco después Sam se bebía otra copa de champán junto a su padre al margen de las mujeres. Contemplaba las sonrisas tontas de Sadie y Emily por los cumplidos de Camille hacia sus vestidos de noche, uno de suave crepé negro y el otro con un estampado floral, eran muy parecidos, dejaban al descubierto los hombros y sus piernas se hacían interminables gracias a la abertura de las faldas. Para él lucían discretas, acostumbrado a verlas a veces con unos modelos estrafalarios que dolía mirar, agradecido en su fuero interno por ese afán de todos al esmerarse para causar buena impresión. Incluido su padre; aunque en él no solo apreciaba una gran mejoría en su apariencia, pulcra con aquel sobrio traje, detectaba algo más. Parecía distraído mirando alrededor. ¿Abrumado, tal vez, por la afluencia masiva de público?

Al cabo de unos minutos, mientras Emilia también recibía elogios de Camille por su favorecedor conjunto de chaqueta y falda de tweed negro que estilizaba su figura regordeta, Sam se inclinaba sobre el oído de su padre y le decía:

—Estás muy callado, ¿va todo bien en el taller?

El hombre dejó intuir una sonrisa.

—Ya sabes cómo son los clientes; a ninguno le gusta quedarse sin coche más de dos días. —Bebió un sorbo de su copa y, con gesto más serio, comentó—. Creo que te debo una disculpa. Hoy por primera vez soy consciente de tu valía como pintor.

—No me lo has puesto fácil. —Sam habló con un ligero reproche—; pero sé que en el fondo

tu rechazo me ha hecho intentarlo con más ahínco para demostrarte que estabas equivocado.

—Lo estaba, hijo, lo estaba —repitió con emoción.

Sam le tocó el hombro de manera cariñosa.

—¿Y te han gustado los cuadros? ¿O solo te ha impresionado la gente? —preguntó bromista.

—Los cuadros son preciosos, pero con la modelo que tienes no es de extrañar…

Ambos volvieron la mirada al corrillo femenino, las cuatro hablaban cómodas. Sam sintió una punzada de orgullo contemplando la excelente disposición de Camille por agradar a su familia. Tal y como podía verlo en aquel momento, tenía delante la escena que más había deseado los últimos años: todos sus seres queridos juntos compartiendo su éxito.

A las siete en punto, desde una tarima circular ubicada en el centro de la sala François empezó a presentar la exposición con Sam a su lado. Todas las luces se habían dirigido a ellos.

—La pintura tiene la capacidad inmediata de transmitir la verdad de un artista —explicaba François cuando ya el silencio otorgaba solemnidad a sus palabras. Desvió la mirada al cuadro número 3 de la colección: un retrato a carboncillo del rostro de Camille en cuyos ojos se intuía feliz asombro—. Por ejemplo, estoy impresionado con la variedad de emociones que Sam O'Malley es capaz de encontrar y dibujar con precisión. Puede verse con claridad la autenticidad que tiene su obra, cuánto ha puesto de sí mismo al pintarla. La energía, pasión y cualquier sentimiento está en estas pinturas… No hace falta entender nada más, comunica de manera inconsciente. Por eso dicen que cuando el arte es sublime sobran las palabras…

—No hagas movimientos bruscos y sal conmigo.

Camille se quedó rígida al escuchar la voz de Philippe en un susurro. De forma súbita percibió una presión en la espalda. Podía intuir el cañón de una pistola mientras un escalofrío le recorría toda la columna. Aferró los pies al suelo como raíces buscando estabilidad. Entretanto, Philippe se impacientaba y oprimía más presión.

Desde la tarima, Sam la vio moverse y la siguió con una mirada atenta. Al llegar a la entrada de la sala, ella volvió la cabeza. Fue cuando los ojos de ambos se suspendieron en un encuentro rápido, definitivo. Él distinguió con claridad el miedo en esas pupilas que reconocería entre un

millón. Todas las tonalidades de sutiles azules, de dorados y verdes que rodeaban el iris plateado le habían resultado tan intrigantes como seductoras, tan audaces como cobardes, y podían hablarle bajo un sol radiante o sumidas en las sombras de la oscuridad total. Sin lugar a duda, en ese justo instante le rogaban ayuda. Detrás de ella, demasiado cerca vio a un hombre de espaldas. Un desconocido alto, con el cabello desgreñado. No lo perdió de vista. Tenía algo que le resultaba familiar.

Camille siguió caminando. Y el hombre, apostado detrás cual escudo protector, durante una fracción de segundo meneó el cuello. Entonces Sam reconoció el perfil; colapsó al mismo tiempo que el corazón se le aceleraba. Ajeno al desastre, François continuaba hablando. Sam seguía inmóvil como una bengala a la espera de la chispa oportuna para estallar en reluciente y peligroso fuego.

En cuanto Camille estuvo en la calle New Bond, el frío la aturdió, pero recobró la valentía. Notó cómo la adrenalina aumentaba su ritmo cardiaco, cómo tenía más fuerza en las manos al apretarlas y, sobre todo, cómo estaba alerta para poder escapar al menor descuido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó con malaleche, fijándose en el aspecto deplorable del abogado. Si la última vez que lo vio durante el altercado en el aparcamiento de la bodega ya su aspecto no indicaba nada bueno, y de eso solo hacía algo más de un mes, en ese preciso instante le parecía un espectro patético: tez amarillenta, labios blanquecinos, resecos, ojos turbios sin otra expresión que locura; y la indumentaria, al menos ese sucio abrigo de paño, muy alejada de aquella de buena calidad apropiada para conferirle en otros tiempos una óptima primera impresión. Sin lugar a duda, Philippe Béziers atravesaba graves problemas y, sin lugar a duda también, por el empeño que estaba poniendo al seguirla hasta Londres, sin otra evidencia que lo conectara con Romo Vaux, solo sospechas, seguía empecinado en que ella le saldara las deudas. Esto lograba sacar la parte menos tolerante de su carácter, la combativa e incluso la temeraria—. ¿Quién eres tú para amenazarme? —preguntó elevando la voz.

Philippe esperaba el rechazo, era la tónica habitual de ella y de todos “los amigos” a quienes había recurrido a la desesperada durante el peregrinaje que había hecho buscando apoyo. Lo que

no imaginó fue esa prepotencia.

—¿Y quién eres tú? —escupió lleno de rabia, sujetándole con fuerza el brazo—. Has olvidado que tu padre era un desgraciado, un pintor de poca monta que engatusó a la fulana de tu madre para tener todo lo que no había sido capaz de conseguir por sus medios, que tu abuelo te abandonó y solo te recogió cuando no le quedó otra opción porque si no su fortuna habría ido a parar a cualquier familiar lejano o al Estado. —De malos modos, tiró de ella unos metros hasta llegar al escaparate de Balenciaga. Parecía una broma absurda del destino. Él, que había presumido de poder adquisitivo la mayor parte de su vida, estaba amenazando a una marquesa delante de un referente de la moda para pagar una deuda que lo había destruido por completo—. No te pongas chula ahora porque no tengo nada que perder. En cambio, tú lo perderías todo.

Camille olvidó el riesgo de tener un arma apuntándole, solo sentía indignación.

—No voy a darte nada —dijo apenas sin mover los labios—. No voy a resolverte los problemas, y no voy a permitir que me intimides porque seas un cobarde sin un gramo de orgullo. Tus deudas son tuyas, tú las has adquirido y solo tú debes afrontarlas. ¿Qué parte no te ha quedado clara?

—La misma que a ti —siseó rabioso—. Si no me das los dos millones, te los robarán por su cuenta. Ya lo han intentado y volverán a hacerlo. Por tu bien, dármelos a mí es tu mejor opción.

Ella había entornado los ojos al escucharlo. Le quedaban pocas dudas sobre su implicación en el robo del castillo, y acababa de despejarlas.

—No sé qué te ha llevado a esta situación, ni me interesa, y tampoco sé por qué me has puesto en el punto de mira cuando no tengo nada que ver contigo. Lo único que sé es cómo y de qué manera detesto a los inútiles como tú y a los delincuentes que solo buscan el dinero fácil vapuleando a las personas honradas que se han ganado lo que tienen a base de esfuerzo. Puedes rogarme, perseguirme hasta el infierno o intentar matarme mientras sigas vivo, me da igual; no cambiaré de opinión pase lo que pase o hagas lo que hagas.

Philippe movió la cabeza en una negación dolorosa.

—Valoras muy poco tu vida.

—Al contrario, porque la valoro no pienso ceder a una pretensión muy injusta que solo te beneficia a ti cuando no te mereces ni el aire que respiras. —Camille lo miraba con dureza—. Lo has tenido todo y tú solito lo has perdido todo, no has sido capaz de ganarte la vida ejerciendo la abogacía y no has sido capaz de mantener el negocio que tu familia había levantado con mucho esfuerzo. ¿Solucionarte los problemas me pides? ¿Un regalo de dos millones de euros? ¿Para qué? ¿De qué serviría? Estás arruinado. Hoy son dos millones, pero ¿cuánto será mañana? ¿Pretendes convertirme en tu banco particular? ¿O acaso tu pretensión es que trabaje para ti? —habló con asco—. No; rotundamente, no.

—Eres tú o yo, Camille. No me obligues a hacer algo que no quiero hacer.

Ninguno se dio cuenta de la presencia de Sam a tan solo unos metros, testigo de una amenaza insoportable.

—El que va a obligarte voy a ser yo —proclamó en un tono tan rotundo como capaz, al límite de la razón—. Apártate de ella ahora mismo —advirtió con los ojos enfocados en la pequeña pistola que sujetaba.

Philippe palideció.

—Esto no es asunto tuyo; no deberías estar aquí —dijo con voz grave—; solo vas a empeorar las cosas.

Sam dio un paso más cerca. Sus ojos reflejaban fiereza. Philippe mantenía la pistola con la mano temblorosa, era su única ventaja, y apuntó directamente hacia él.

—Deja que Camille se vaya.

Philippe negó en silencio sin bajar la pistola.

—No puedo permitirlo, sin ella estoy acabado.

—Estás acabado de todas maneras —sentenció Sam, dando un paso más hacia él—; y si continúas amenazándonos solo vas a garantizarte acabar en la cárcel.

Preocupada por el errático comportamiento del abogado, Camille intervino:

—Philippe, esta no es la solución a tus problemas. Eres un hombre inteligente, encontrarás la manera de salir de este atolladero. Pero ni yo soy tu solución, ni haciéndonos daño vas a resolver

nada; al contrario. Por favor, baja la pistola y hablemos.

—¿Ahora quieres hablar? —preguntó con desprecio—. Hace un momento no te importaba tu vida…

Camille y Sam compartieron una mirada rápida. De repente, el sonido de una sirena de la policía llevó a Philippe a descontrolarse y cambiar de blanco alternativamente entre ellos.

—Esto no ha acabado aquí —ladró al oír la sirena más cerca.

Dio varios pasos atrás, se guardó la pistola en el sucio abrigo y salió corriendo.

—¿Estás bien? —preguntó Sam abrazándola.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos para relajarse un poco.

—No tiene intención de detenerse —musitó, consciente del peligro que habían corrido—. Ha perdido el juicio…

Sam la apretó más fuerte. Observaba al coche patrulla parado a pocos metros sin dejar de pensar en la audacia de Philippe al arriesgarse hasta el límite mientras, otra vez, la policía le dejaba escapar.

—Vamos, cariño, tenemos que denunciarlo —dijo en un tono dulce.

—¿Y la inauguración?

Él esbozó una sonrisa tranquilizadora.

Capítulo 54

TRES DÍAS DESPUÉS, Benoît Gilles aceptaba con serenidad los reproches de Sam pensando que su irrupción lo había salvado de la anodina tarea de escribir informes.

—Ese hombre ha perdido totalmente la cordura —dijo Sam tras suavizar el tono al advertir la mirada severa del policía que ocupaba una mesa cercana en aquella estancia repleta de mesas y desorden donde todos parecían realizar tareas administrativas—, está dispuesto a lo que sea para conseguir que Camille pague sus deudas. Eso es ya una pista bastante fiable de que no está bien… Es incomprensible, pero no menos que estuviera en Londres, armado, y en mi exposición… Explíqueme cómo ha podido ocurrir, inspector, porque no llegamos a entenderlo.

—Hasta el viernes no teníamos nada firme para inculparlo de ningún delito contra la señorita Saunier-De Rosier, podía moverse con libertad por Europa.

—Pero usted sospechaba de él, todos sospechábamos que estaba implicado en el robo —rectificó tenaz—, y llevaba desaparecido desde entonces…

Gilles asintió con la cabeza, pensativo.

—Creo que ha estado escondido tanto tiempo porque sabía que lo buscábamos.

—Y porque estaba compinchado con Romain Vaux, porque está amenazado de muerte hasta que pague sus deudas… Le dijo a Camille que era él o ella —habló sin esconder el miedo que sentía—; así que la única manera de protegerla es deteniéndolo. Pero deteniéndolo ya. —Endureció el gesto de nuevo—. Me da igual que siga en Londres o que se haya escondido en las profundidades de las cloacas, tiene que encontrarlo donde sea.

—La policía inglesa está colaborando con nosotros. En cuanto dé un paso en falso, lo atraparemos.

—¿Y si no lo da? ¿Qué le hace pensar que no va a esconderse otra vez?

—Usted mismo me lo ha dicho: la desesperación.

Durante unos segundos permanecieron callados.

—Haga todo lo posible por mantenerlo alejado de Camille.

—No se preocupe, no vamos a permitir que le pase nada. Hay un equipo vigilándola de cerca las veinticuatro horas del día. No volverá a acercarse a ella.

—Eso espero —dijo con frialdad, un poco más sereno al percibir la determinación del inspector.

Sam se puso en pie.

—No vamos a bajar la guardia, tenga un poco de paciencia.

—No quiero tener paciencia, quiero que ese criminal salga de nuestras vidas lo antes posible.

Benoît Gilles apretó los labios.

—Haremos todo lo necesario para que así sea.

—Gracias por su ayuda —dijo al tenderle la mano.

Sam se dirigió a la puerta con la misma decisión que había mantenido expresando su malestar. No vio al inspector llamando a la patrulla que vigilaba a Camille ni escuchó su voz autoritaria al reclamarles alerta máxima y discreción absoluta para no comprometer la culminación de la captura de Philippe Béziers.

*****

Camille entraba en el edificio de Didier cuando unos nubarrones empezaron a copar el cielo. Un minuto antes recibió un mensaje de Sam. No tenía mucho tiempo. Él ya había salido de la gendarmería, iba a comprar materiales a una tienda especializada del pueblo y en cuanto terminara estaría buscándola como un sabueso ansioso. Llevaba en vilo desde el viernes, inquieto, tenso, con un celo encomiable por protegerla y sordo cuando le pedía un poco de consideración ante su pérdida total de independencia. Por esa razón se atrevió a ocultarle la visita a Didier. Habría tratado de persuadirla para acompañarla. Y ante su negativa, clarísima al tratarse de un asunto laboral, habrían terminado discutiendo. También, porque aún no le había contado nada sobre el comportamiento del encargado. Para ella era una cuestión compleja. ¿Cómo explicarle que su hombre de confianza, el que la había ayudado a elaborar los mejores vinos del

país, estaba robándole? Presuponía una reacción intolerante dada la deslealtad, incrementada quizá por la antipatía hacia él que nunca había ocultado. Por todo, no le faltaron argumentos para mantenerlo al margen.

—Hola —saludó Didier con voz titubeante—, ¿qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo.

Camille ni siquiera sintió un ápice de benevolencia viendo su mal aspecto y no se molestó en parecer cortés al recibir un gesto amable para entrar al vestíbulo. El lujoso piso olía a rancio, como si llevase sin ventilar muchos días, había varios platos con restos de comida en la mesa del salón y al pasar por delante de la cocina observó tal cantidad de mugre que le dio asco. El descuido no solo se había apoderado de él. O ese hombre con una imagen siempre cuidada era un completo fraude y era cierto que las apariencias engañaban o estaba en mitad de una crisis existencial y por eso vivía entre roña. Lo único cierto para ella fue creer que rodeado de tal caos era imposible tener las ideas claras.

—¿Quieres beber algo? —preguntó solícito.

—No —respondió sin moverse del sitio—. Lo que he venido a decirte no me llevará mucho.

—Siéntate, por favor.

Didier le señaló el sofá de diseño.

—Prefiero seguir de pie —dijo ella tras echarle un vistazo breve. Ni se planteó sentarse entre cojines sucios—. ¿Puedes darme el contrato del hotel Hermitage? —preguntó en tono suave, sabiendo que no existía después de haber hablado con el director de compras.

—¿A eso has venido?

Pese a la amabilidad en la voz de Didier, ella apreció sin lugar a duda desdén en sus ojos oscuros.

—Estás despedido —soltó sin preámbulos, ¿para qué servirían?

Didier abrió los ojos como si aquello fuese una sorpresa. Al instante, viendo la expresión contenida de ella, recuperó la compostura y, sonriendo con ironía, preguntó:

—¿En base a qué me despides?

—Nunca has hecho negocios en nombre de la bodega con el hotel Hermitage Monte-Carlo, no intentes contradecirme —advirtió inflexible cortándole antes de que replicara—. En cambio, has aprovechado mi ausencia para estafarme.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó—. Quien te haya informado, ha cometido un error muy gordo.

Camille sonrió sin ahorrarse una buena dosis de cinismo.

—Lo he encontrado por mí misma. Buscaba el contrato del hotel y no me dejaste otra opción que revisar toda la gestión de la bodega —explicó con ironía—. Y para que no haya ningún malentendido: el único que ha cometido errores aquí eres tú.

Didier trataba de disimular su agitada respiración.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó tras limpiarse el sudor de la frente.

Camille guardó silencio haciendo un gesto de desaprobación.

—Lo tengo todo —habló con rigor, observándolo implacable—. Tengo facturas falsas, tu rastro electrónico, e-mails, testimonios de varios proveedores que han confirmado que te has llevado comisiones ilícitas a mis espaldas… ¿Te parece suficiente?

Didier dejó escapar una risa nerviosa, intentando restar importancia a las acusaciones.

—No estoy estafando a la empresa, solo buscaba formas de mejorar los márgenes de ganancia.

—Ganancias para ti, ¿no? No tengas la desfachatez de intentar convencerme. He hablado con el contable y mi abogado ha visto las pruebas… —Camille sonrió con desprecio—. Puedes llamarlo mejora o como te dé la gana, pero la verdad solo tiene un nombre.

El semblante de Didier se volvió pétreo, aquello podía empeorar mucho como no reculara. Qué mal calibró la mentira de Niza. Nunca imaginó que una excusa tonta solo por darse importancia, o presumir ante el irlandés, iba a ocasionarle tanta degradación y un descalabro de magnitud colosal.

—¿Qué tengo que hacer para continuar en la empresa?

—Para continuar en la empresa, nada. Pero para que no emprenda acciones legales, puedes

empezar devolviendo todo lo que has robado.

—No puedes despedirme, le he dedicado a la bodega los mejores años de mi carrera, te lo he enseñado todo…, he sido siempre un buen trabajador…, os he dado muchos beneficios… —La voz de Didier se fue apagando. Bajó la mirada, por primera vez mostraba arrepentimiento por esa ambición desmedida que había sacado a la luz la perversión de su carácter. Cuando encaró las pupilas intransigentes de ella, sintió una carga tan pesada que apenas pudo articular unas palabras—. Por favor, Camille…; aunque quisiera no podría devolverte el dinero.

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es hablar con un abogado y prepararte para asumir las consecuencias de tus actos.

—¿No podemos resolver esto de otra manera?

Ella lo miró impasible. No había vuelta atrás.

—No, tu despido es irrevocable. La integridad y la honestidad son dos valores fundamentales para mí, lo sabes bien y lo has menospreciado. Ni puedes seguir trabajando en la bodega ni pienso perdonarte el dinero.

Sin vacilar, Camille fue a la puerta dando por terminada la visita.

—Esto ha sido solo un error estúpido. Te lo suplico —dijo, sujetándole el brazo—. Dame otra oportunidad, por favor.

Ella deshizo el contacto de forma brusca.

—No vuelvas a ponerme las manos encima —advirtió entre dientes.

Salió del piso a paso rápido, necesitaba aire fresco para olvidar los últimos minutos. Se frenó al cruzar la puerta del edificio y ver la intensa lluvia que caía en ese momento. Un trueno iracundo resonó cuando abría el paraguas al enfilar la calle hacia la plazoleta donde Sam la esperaba.

Al caminar ensimismada en su torpeza por no haber visto antes esa cara de Didier Vontoux no sentía empapados los mocasines de ante. En su cabeza solo se sucedían incongruencias. «¿Cómo ha perdido la dignidad tan rápido después de tener la valentía de arriesgar su trabajo? ¿No habría sido más lógico mantener una postura coherente? ¿Tiene agallas para robar, pero

después le tiene miedo a asumir las consecuencias? ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Acaso está loco? Y si es así, ¿siempre lo ha estado o solo lo está desde hace poco tiempo?».

Cuando llegó a la plazoleta no vio ni un alma aventurándose en aquel diluvio. Hasta que se fijó bien. Entonces descubrió una silueta masculina debajo de un árbol. Apartó a Didier de su mente y compuso una sonrisa al reconocer a Sam con la cabeza cubierta por la capucha del impermeable. Trataba de protegerse de la lluvia, aunque como buen irlandés lo negase hasta la extenuación.

—¿No has encontrado lo que buscabas? —preguntó extrañado al verla sin nada en las manos.

—No —mintió sin remordimientos antes de darle un beso ligero en los labios—. Tendré que comprarlo en París.

—De momento, olvida París, no está en nuestros planes.

Ella hizo un puchero con la boca.

—No pienso hacerlo —dijo por provocarlo. Realmente, poco afectada porque en su interior, y pese a que a ratos le parecía una preocupación exagerada, compartían el mismo temor: ninguno se imaginaba la vida sin el otro. En cuanto advirtió la mirada severa que buscaba, le acarició el rostro palpando la sombra de barba que ganaba espacio en esos rasgos varoniles proporcionados y, sonriéndole, añadió—. París es nuestro, forma parte de nuestra historia y siempre nos traerá recuerdos maravillosos. Olvidarlo sería despreciar el mejor momento que vivimos.

—Nuestro mejor momento está por llegar.

Sam le echó el brazo por el hombro y la guio corriendo por la plaza sin advertir a los dos gendarmes que los observaban desde un coche. Tampoco reparó en una mujer de apariencia insulsa espiándolos a través del escaparate de una cafetería abarrotada por la repentina tormenta. Fue imposible para ninguno verla. Esa mujer, despojada de todo el glamour que tanta confianza le dio en otros tiempos y del que tanto había alardeado, sobrevivía acumulando inquina mientras planeaba vengarse. Nada ni nadie lograría detenerla.

Capítulo 55

SAM ENTRÓ EN EL Salón Azul buscando a Camille y se quedó inmóvil ante la mesa preparada para la cena de Nochevieja. Le parecía elegante gracias al impecable mantel de lino, a la vajilla blanca de porcelana fina con un delicado borde dorado que reflejaba la luz de las velas, la cubertería de plata reluciente y copas colocadas con precisión. En el centro había un camino de mesa de encaje en tono crema, dos jarrones pequeños de cristal tallado con flores silvestres, lavanda y algunas ramas verdes que creaban una sensación de naturalidad y romanticismo.

Pensando que tal despliegue merecía más formalidad en su indumentaria, a esas horas se le veían manchas de pintura en todas partes, salió hacia el dormitorio. No había rastro de Camille, y supuso que estaría en la cocina ultimando la cena. Era lo que solía hacer cuando estaban solos. Margueritte dejaba la comida casi terminada y ella hacía los aperitivos y emplataba, usualmente, con sencillez. En cambio, esa noche sus planes eran bien distintos. Se había tomado muchas molestias para celebrar por todo lo alto la primera Nochevieja que iban a pasar juntos. No podía decepcionarla, aunque le supusiera hacer cábalas frente al armario para elegir qué ponerse sin recurrir a ningún traje.

Tras unos minutos de dudas, había colocado encima de la cama un pantalón chino gris de corte recto y una camisa celeste. Iba al baño para darse una ducha cuando recibió una llamada del inspector Gilles. Lo saludó con cordialidad, creyendo que el inspector pretendía felicitarles el Año Nuevo.

—*Igualmente, Sam, aunque el motivo de mi llamada no es social. Le llamo para comunicarle que hace un par de horas hemos encontrado el cadáver de Philippe Béziers en las ruinas de su bodega*.

—¿Cuándo había vuelto? —preguntó de mal talante.

Al inspector no le extrañó demasiado la falta de interés acerca de la muerte de Béziers.

—La policía británica nos informó el veinticinco que estaba en Saint Pancras intentando coger el Eurostar hacia París. Decidimos dejarlo para detenerlo en suelo francés, pero no llegó a bajarse del tren en la estación de París. Creemos que lo secuestraron en el mismo tren y lo sacaron de la estación ocultándolo en alguna caja de transporte.

—Me da igual cómo entrara en Francia, inspector, si seguía vivo o ya estaba muerto. Lo que no me da igual es enterarme ahora. ¿Por qué no hemos sabido nada?

Al oír el tono airado de Sam, el inspector también dejó el amable:

—Estábamos llevando a cabo una operación muy delicada, la señorita Saunier-De Rosier no ha corrido peligro en ningún momento, no había motivo para inquietarla.

—No estoy de acuerdo con usted. En París le perdieron la pista, ha aparecido en su bodega… ¿Saben quién lo ha matado?

Benoît Gilles guardó silencio un instante.

—Solo le he dicho que ha aparecido muerto.

—Inspector, entiendo que estén investigando, pero no me tome por tonto. Si lo secuestraron la semana pasada y ha aparecido muerto hoy, está claro que lo han ejecutado. ¿Quiere compartirlo o espero a enterarme por el cauce oficial?

—Yo soy su cauce oficial —admitió con pundonor—. *No sabemos mucho de momento, la brigada forense está recabando pruebas en la bodega. Pero usted tiene razón, ha sido una ejecución típica de la mafia. Ha aparecido maniatado, con signos de golpes por todo el cuerpo, los ojos vendados; y un disparo certero en la frente*.

Sam soltó un leve resoplido.

—Le agradecería que cuando se lo cuente a Camille le ahorre los detalles escabrosos.

—Lo intentaré, pero si ella pregunta tengo la obligación de responderle.

Sam elevó las cejas.

—¿Y por qué me ha informado a mí primero?

El inspector sonrió. No iba a decirle que él era más vehemente, impulsivo, ni que le imponía menos respeto porque con ella no lograba quitarse el complejo de inferioridad.

—Porque acordé con usted mantenerlo informado si había novedades.

—¿Cuándo se lo dirá a Camille?

—Si no les importuno, mañana; pero si usted quiere adelantarle algo, no tengo inconveniente.

—Es posible que la noticia nos fastidie la noche, pero no me parece correcto saberlo y no decírselo; buscaré el momento adecuado. Por cierto, ahora que Béziers ya no es una amenaza, ¿nos mantendrá la vigilancia?

—Dejaremos la patrulla unos días, hasta tener la seguridad de que verdaderamente la señorita Saunier-De Rosier no corre ningún peligro. No sabemos lo que Béziers había tramado para pagar sus deudas.

—¿Cree que esa gente intentará conseguir el dinero de Camille?

—No sería lo habitual, porque Béziers ha pagado con su vida, y Romo no sacó del robo lo que esperaban; pero no lo descarto porque, como le he dicho, no sabemos lo que Béziers les ha podido contar. Dejemos la vigilancia hasta tener la certeza de que ya no es objetivo de nadie.

—Su esperanza de atraparlos parece nula.

—No es nula, pero es muy baja; estas organizaciones funcionan siempre con el mismo modus operandi cuando se trata de ajustes de cuentas: dos o tres hombres localizan al objetivo, lo secuestran, lo martirizan para hacerlo sufrir, después lo ejecutan y huyen a refugiarse a su base de operaciones. Estoy casi seguro de que estos llevan bastantes horas fuera de nuestros radares.

Sam lo escuchó durante unos minutos, pensando que debía ser frustrante trabajar sabiendo que nunca llegarían a cerrar los casos. Luego, se desearon una feliz noche y convinieron verse al día siguiente por la tarde. Cuando cortó la llamada, tiró el móvil en la cama y fue al baño.

Frente al espejo, se observó el rostro y se lo acarició distraídamente unas cuantas veces. Decidió afeitarse, pese a las pocas ganas de adecentar su imagen tras la conversación con el inspector. Después se metió en la ducha. Bajo el potente chorro no oyó a Camille llamarlo desde el salón. Estaba digiriendo la muerte de Philippe Béziers, pensando cómo la digeriría ella.

Cuando apareció por el salón, toda la preocupación que le tensaba la cara se esfumó al ver a Camille. Irradiaba el tenue fulgor de las velas con aquel vestido plateado. La tela insinuaba su esbelta silueta en una caída delicada, con elegantes pliegues en el escote. Estaba magnífica, sin embargo, solo una emoción conseguía mantenerlo inmóvil: amor, un inmenso amor, tan grande que lo abarcaba todo, tanto como mirarla y ver el resto de su vida frente a sus ojos.

—Soy un privilegiado —dijo acercándose.

—Y un impuntual —reprochó de buen humor, rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Qué has estado haciendo hasta ahora? Y no me digas afeitándote, eso es evidente.

—Algunas cosas —habló evasivo, todavía no era el momento de que supiera lo que el inspector le había contado—. Tú no has perdido el tiempo, la mesa te ha quedado preciosa.

—Espero que el menú también te guste…

Sam le dio un beso en los labios, y se los relamió al apartarse.

—Me encanta.

Ella le dedicó una de sus sonrisas bonitas. No quería enturbiar la noche con las artimañas de Didier, pero no podía mantenerlo en secreto mucho más tiempo. Y aunque la idea había sido impedir a toda costa cualquier encuentro en caliente entre ellos, desde que lo despidió llevaba dándole vueltas a cómo contárselo cuando detestaba la avaricia, la deslealtad y los engaños; puntos clave para temer su reacción.

—El vino está abierto —dijo Camille antes de salir a la cocina—, sírvelo y pon algo de música.

Un poco después, sentados a la mesa, la conversación sobre el excelente vino derivó hacia otros asuntos. Sam le ofreció una reseña bastante genérica de todo lo que había hecho aquel día, que ya tenía la lista completa de las obras vendidas en la exposición y que estaba emocionado con los nuevos proyectos. Camille, por su parte, le contó cómo iba la elaboración de la nueva cosecha, cómo había preparado la comida con Margueritte, en qué se basaron para elegirla, y que no pudo hablar con Madeleine tras varios intentos. Ambos esperaban para compartir sus noticias mientras las suaves melodías de Lana del Rey recreaban aún más la atmósfera romántica.

—Tengo que contarte una cosa —empezó diciéndole Camille, decidida a hablarle de Didier —. Hace unos días descubrí…

Dejó la frase en el aire al escuchar las voces altas de varios hombres discutiendo.

—Quédate aquí —ordenó Sam al ponerse en pie.

Salió al jardín en dirección al arco de la muralla. Con las prisas no había cogido el abrigo, el frío en mangas de camisa era hiriente. Siguió el eco de una voz fuerte que reconoció al instante.

En cuanto vio a los dos gendarmes de la patrulla impidiéndole el paso a Didier, las malas formas de este y los insultos que profería hecho un energúmeno, aceleró el paso para evitar que la situación ya bochornosa se convirtiera en crítica. La paciencia de los gendarmes se intuía escasa.

—No se preocupen —dijo Sam, esbozando una ligera sonrisa.

Los dos hombres, uno bastante más mayor que el otro, hicieron un gesto casi marcial con las cabezas y se retiraron hacia el coche.

—No he venido a verte a ti —escupió Didier, y perdió un poco la estabilidad cuando traspasaba el arco.

Sam disimuló su asombro componiendo una expresión neutra. No esperaba verlo aquella noche, tampoco lo había visto nunca con tan mal aspecto y, mucho menos, ebrio.

—Camille no puede salir, y tú no estás en condiciones de entrar —dijo al detenerse en el jardín. Hasta ahí le permitía pasar, y solo por cortesía hacia los gendarmes. Bastante duro era de por sí estar fuera de sus casas esa noche familiar como para, encima, tener que lidiar con borrachos maleducados—. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No te necesito ni la necesito a ella para nada. Tengo trabajo donde y cuando quiera. Pero no va a deshacerse de mí fácilmente…, no voy a permitirlo.

—¿Qué estás diciendo?

Sam pensó que el alcohol le había nublado la razón.

—No puede dejarme después de todo lo que he hecho por ella, por su maldito negocio — masculló sin dejar de clavarle unas pupilas negras, despiadadas y tercas— ¡Los vinos son míos!

¿Me oyes? ¡Míos! ¡Sin mí la bodega no es nada!

La explosión de rabia instaba precaución.

—Didier, no estás bien. Vete a tu casa y mañana hablas con Camille para resolver lo que os haya pasado.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que puedo hacer o dejar de hacer? Tú no tendrías que estar aquí, ¿tú vas a darme consejos? —preguntó sin ocultar un odio brutal, provocador. Él, el hombre que ocupaba su lugar, ¿se atrevía a echarlo? Ese odio lo instigó a acortar más la distancia con los puños apretados—. No tendrías que haber vuelto.

Sam vio con claridad la intención y se zafó del golpe girando bruscamente la cabeza. Luego Didier le gritó algo incomprensible y frunció el rostro. El gesto y la pasividad parecieron ofenderlo y trató de soltarle otro puñetazo.

—Para darme deberías estar sobrio y, sobre todo, saber pelear. —Sam lo sujetó del cuello y, tras zarandearlo, lo apartó dándole un empujón—. Lárgate antes de que me arrepienta.

Didier contenía su ira a duras penas, tanto como el equilibrio recorriendo el camino hacia la salida. Pero cuando estaba a punto de llegar al arco, algo en su interior volvió a azuzarlo. No podía irse así. Todo le había fallado. ¿También iba a perder el orgullo que le quedaba?

En la calma de aquella noche estrellada, Sam volvía sobre sus pasos por el jardín. Estaba molesto, se sentía engañado, y necesitaba respirar en soledad unos minutos antes de pedirle una explicación a Camille. De pronto notó el agarre de una mano en el brazo y se giró en un impulso de vértigo para quedar enfrentado a Didier, estaba tan cerca que no vio a los dos gendarmes corriendo hacia ellos. Sin pensarlo, le atizó en la cara el golpe que había intentado evitar.

Didier se tambaleó aturdido y retrocedió unos pasos tocándose la nariz, donde le chorreaba un hilo de sangre. Cuando volvió a mirar a Sam, tenía la cara desfigurada por la furia, parecía a punto de estallar mientras maldecía al percibir su indiferencia. Levantó los puños para contraatacar, justo cuando los gendarmes se echaron sobre él sin una pizca de lástima.

El gendarme de más edad, con una eficacia extraordinaria, lo sujetó impidiendo que se revolviera a traición. Miró a Sam y, en tono paternal, le reprochó:

—No tenía que haberle permitido entrar.

—Ha encontrado lo que venía buscando. —Sam miró a Didier de manera despectiva—. Háganme el favor de sacarlo de aquí.

—Voy a denunciarte —siseó Didier. La sangre en el rostro lo dotaba de un aspecto horrendo, pero no era consciente—. Voy a denunciarte —repitió aún feroz.

—Perfecto, y no olvides que hay testigos.

Didier insinuó una sonrisa cínica al menear la cabeza negando. Los gendarmes compartieron una mirada de hastío. Luego, el más joven lo obligó a dar la vuelta para emprender el camino de la derrota bien escoltado por ellos.

—¡Te vas a arrepentir de esto! —amenazó girándose antes de traspasar el arco de piedra—. ¡Y la desagradecida de la marquesa va a perderlo todo! ¡¿Me has oído?! ¡Todo! ¡La voy a dejar en la miseria!

Echando hiel por la boca, encaminó sus airados pasos por la calle empedrada para alejarse de aquel rancio castillo donde su ambición y sueños tocaban fondo. Todo había sido en vano: el sacrificio de tantos años, la servidumbre, frustración y el violento despecho que le retorcía las entrañas con una dosis de veneno letal y ya le incitó a cometer un acto perverso cuyo alcance no calculó bien.

De nuevo, su conciencia le llevó a recordar el accidente planificado en ausencia del irlandés. De haber salido bien nadie habría cuestionado su liderazgo en la bodega, incluso podría haberla comprado. Sin embargo, ahí estaba, derrotado, en una situación precaria, siendo testigo del desmoronamiento de su vida, y con solo una última baza por jugar: desaparecer. Era su única salvación antes de afrontar la cuantiosa demanda de Camille y de ser involucrado en el accidente por la gendarmería, porque eran concienzudos y pronto llegarían a él.

Sam, que continuaba en el jardín pese al frío, encontró una serenidad hipnótica para apaciguarse y repasar la sorpresiva visita de Didier. A los pocos minutos entró al vestíbulo, y se estremeció por el cambio de temperatura.

Camille lo abordó impaciente.

—¿Qué ha pasado?

—Didier ha venido a felicitarte el Año Nuevo. —Sonrió irónico, pendiente al gesto descompuesto de ella—. ¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó elevando la voz. Camille bajó la cabeza. Sin ánimo para excusas, añadió—. Las cosas no funcionan así. ¿Dónde está aquí la confianza que íbamos a tener? Porque no la veo por ninguna parte… Resulta que tienes problemas con ese tío, y parecen graves, pero te los callas en vez de compartirlos conmigo. ¿Qué ha hecho para que lo hayas despedido?

—¿Podemos seguir hablando en la mesa?

Sam se tomó unos segundos.

—Tenemos otro asunto pendiente.

Esto último desconcertó por completo a Camille. Lo siguió hasta el salón en un silencio sombrío, presentía algún desastre. Recordó casi todas sus charlas de esa noche y nada le hizo sospechar ningún problema entre ellos. ¿Qué podía haber cambiado en tan poco tiempo?

—¿Qué tenemos pendiente? —preguntó nerviosa nada más sentarse en la mesa.

—Tú primero. Lo mío es un alivio.

Al escucharlo, lo observó muy seria. Sin embargo, por dentro sintió un golpe emocional que casi la lleva a lanzarse a sus brazos para quitarle el enfado con un beso arrollador. Recobrada la confianza, empezó a contarle de manera cronológica todas las andanzas de Didier. Incluyó también las sospechas de François sobre un posible despecho amoroso. No tenía intención de obviar ningún detalle; solo la pura y cruda verdad.

A medida que avanzaba, podía notar cómo la tensión de él disminuía. En esos ojos de mirada limpia que no se apartaban de los suyos distinguió una mezcla de sorpresa, incredulidad y, finalmente, cuando las palabras ya cayeron como losas liberándole el pecho, comprensión y ternura.

—Gracias por contármelo —dijo acariciándole la mano.

—Es tu turno.

—Mañana, ya te he dicho que lo mío es un alivio para los dos; no desperdiciemos más

tiempo. —Sam dejó la silla y cogió la botella de champán que habían preparado para brindar por el nuevo año—. ¿Te apetece ir a la capilla?

La respuesta a priori era fácil, había varias razones negativas de peso para rechazar la oferta: el frío a esas horas, deterioro del lugar o la falta de comodidades. Pero ninguna fue suficiente para tentarla cuando la noche volvía a ser de ellos en todo su esplendor. Sin responder, sonrió misteriosa.

A Sam le bastó. Había visto el deslumbrante brillo de la plata bailando en su mirada. Magia recuperada de altas expectativas. Además, para él suponía recibir el Año Nuevo juntos flanqueados por solemne historia, arte, despojados de corazas y, lo principal, fieles a la promesa inquebrantable de confianza absoluta.

Capítulo 56

CAMILLE EXAMINABA EL busto de jade como si fuese la primera vez que lo veía. Estaba feliz. Lo sostenía con verdadero cuidado. Miró el patrón geométrico de la base, un auténtico trabajo artesano de marquetería, refinado, que recordaba al arte oriental. Pese a esperar su devolución le parecía un milagro volver a tenerlo. Mientras tanto Sam ejercía de anfitrión amistoso con el inspector, le cogió la trenca y la colocó en una percha del pequeño guardarropa del vestíbulo, interesándose por cómo estaba pasando la Navidad.

—El trabajo no da tregua, pero anoche pude cenar con la familia —comentó cuando recorrían el corredor—. Tengo entendido que usted tuvo un altercado con Didier Vontoux, ¿va a denunciarlo?

—No, estaba borracho y pagó conmigo su mal perder. Pero no se librará de las acciones judiciales que vamos a emprender contra él por la malversación que ha hecho en la bodega.

—Me ha sorprendido bastante, lo tenía por un hombre honesto. Tiene buena reputación en el pueblo.

—La avaricia corrompe, inspector —dijo Sam tras abrir la puerta de la biblioteca y cederles el paso—; y si le une el despecho, el resultado es la combinación ideal para sacar a relucir lo peor de las personas.

Benoît Gilles asintió pensativo. Tenía una intuición prodigiosa que en raras ocasiones le fallaba, por eso solía dejarse guiar por ella. Hasta aquel momento no había incluido a Didier Vontoux en su lista de sospechosos del extraño accidente que sufrió Camille. Y para descartarlo debía incluirlo; máxime cuando no había nada contra Philippe Béziers ni Romain Vaux. Él pudo ser el encapuchado que pinchó la rueda en el aparcamiento de la bodega, estaba en el sitio y tenía el motivo. Lo confirmaría en cuanto localizaran al aprendiz del taller de Battie. París era grande, el enjambre idóneo para escabullirse durante algún tiempo. Un tiempo limitado, porque nadie era

invisible eternamente.

Camille colocó el busto en la esquina de la mesa y, tras sentarse, comentó:

—Imagino que le habrán hecho todas las pruebas pertinentes para encontrar al asesino de Romo, ¿no?

—En el jade solo encontramos huellas de Philippe Béziers —respondió, cruzando las piernas. Advirtió la mirada de ella a sus trilladas botas de piel y de inmediato descruzó las piernas para ocultar los pies todo lo que pudo debajo de la silla. Camille frunció un poco el ceño, fue consciente del gesto, y le asombró—. Tenemos pruebas para pensar que se reunieron en el bosque con intención de repartir el botín o contabilizarlo. Pudieron discutir, porque en Romo hallamos signos de forcejeo y pelea, y es más que probable que en un descuido Philippe acabase con él. No encontramos evidencias de otras personas en la escena…

—¿Y tienen algo más sobre la muerte de Philippe? —preguntó Camille.

El inspector y Sam intercambiaron una mirada breve. Fue una muda comunicación de agradecimiento.

—De momento, no. Lo ejecutaron en un ajuste de cuentas, como le expliqué al señor O'Malley.

—Puede llamarme Sam con Camille delante, inspector —interrumpió—. Ya nos conocemos bastante para tanto formalismo, ¿no le parece?

Camille sonrió. Sabía cómo le molestaban esas muestras de respeto hechas por cortesía o mera tradición.

—Tutéenos, inspector —dijo ella con amabilidad—. Prácticamente ya somos amigos.

Benoît Gilles estaba tan descolocado que tardó unos instantes en decir:

—No puedo, es una norma. Pero no tengo inconveniente en llamarles por sus nombres si voy a lograr que se sientan más cómodos.

—Usted y yo no empezamos con buen pie —reconoció ella—; pero hemos ido progresando hasta una relación más que aceptable gracias a su buen trabajo.

—Intento hacerlo lo mejor posible —habló un poco ruborizado, no solían halagar su trabajo

—, a veces con más acierto y otras con menos. Solo espero atar pronto los cabos sueltos. Por desgracia, dudo que pueda recuperar el resto de las joyas que le sustrajeron. Como le comenté, es muy complicado por el mercado negro. Y acerca de los asesinos de Philippe Béziers, más de lo mismo; dar con ellos sin pistas sería casi un milagro.

—Los asesinos de Béziers deberían importarle a su madre —soltó Sam dejando patente una buena dosis de indiferencia—. ¿Ha aparecido?

—No. Nos hemos puesto en contacto con todos sus familiares conocidos, incluso hablamos con Madeleine Cluzet —añadió, dirigiéndole a Camille una mirada que podía interpretarse como compasiva—, pero nadie sabe nada de ella. Usted y la señora Dumond son las últimas personas que la vieron.

—Muy sospechoso, ¿no cree? —tanteó Sam—. Yo sigo pensando que ella fue la que echó el diazepam en el agua, ella fue la cómplice de Romo en el robo. ¿Por qué si no lleva desaparecida desde entonces? No huyes si eres inocente.

—No esté tan seguro, Sam. Puede tener miedo. Es para tenerlo después de que le hayan quemado la bodega y hayan matado a su hijo.

La sensatez les imbuyó de silencio, agradable, reflexivo.

—¿Cuándo será el funeral? —preguntó Camille con intención.

—La autopsia puede tardar dos o tres días. Y tendremos vigilado el cementerio —agregó, logrando una ligera sonrisa de ella—. Pero no creo que cometa el error de asistir… No seremos los únicos vigilando.

Sam apreció esa determinación. Estaba convencido de que Juliette podía haber perdido la razón tal y como le sucedió a su hijo. También, al verse sin todos sus bienes, cómo su vida se había hecho añicos, estaría rumiando en exceso sobre esas calamidades. El regusto amargo de la venganza podía haberse aliado con un sentimiento de falsa justicia para hacerle daño a Camille, porque, según ellos, era la amiga despiadada que los había dejado a merced de su desdicha.

—Intente encontrarla, inspector; esa mujer puede ser peligrosa.

La voz de Sam sonó amable, pero Camille percibió tanta preocupación que se quedó

paralizada. A partir de ese momento apenas volvió a hablar. Estuvo dispersa recordando algunas charlas con Juliette, interpretando ciertos comentarios acerca de su madre o abuelo que, pese a parecerle mordaces en su momento y no darle importancia, ahora cobraban otro significado: perversa envidia.

Después se reprochó no haber hecho caso a las personas que de verdad la querían, ¿cuántas veces le advirtieron que no se fiase de ella?, y terminó lidiando con la única emoción que trataba de evitar: el miedo.

Capítulo 57

CAMILLE ENTRÓ EN LA cocina para llenarse un vaso de agua. La ausencia de Margueritte le resultó un alivio, se ahorraría otra monserga antes de volver a la biblioteca. Después de una semana difícil, llevaba toda la mañana siguiendo las instrucciones de su abogado: recopilar facturas, contratos, y cualquier documento que implicase a Didier en la malversación. Y lo que había descubierto no pintaba nada bien. Algunos de esos documentos se remontaban a la época de su abuelo; por tanto, la deslealtad venía de lejos y ella no había sido la única confiada.

Distraída miraba el jardín por la ventana mientras bebía sin poder evitar la tristeza de la decepción.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Margueritte al verla de espaldas.

—Tomarme un descanso —respondió sin volverse—. ¿Dónde has estado? —Al no recibir una respuesta, Camille se giró para verla colocando naranjas en un frutero—. ¿Has ido a comprar?

—No, las naranjas me las ha regalado Michel. Son de su huerto, ecológicas como a ti te gustan…

Camille la observó fijamente. Conocía bien esos pequeños ojos oscuros, sagaces y poco permisivos al engaño. La rehuían incómodos.

—Has ido al funeral de Philippe, ¿verdad?

—No —exclamó—, ¿cómo puedes pensar eso de mí? —preguntó ofendida. Camille alzó las cejas—. ¿Dónde está Sam?

—En el estudio. Margueritte, ¿qué pasa?

—Madeleine ha vuelto, nos hemos visto y hemos estado charlando unos minutos.

—¿Está en mi casa?

—Sí. Nunca le has pedido las llaves.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó sin ocultar su enfado.

Margueritte le apretó una mano huesuda en el brazo.

—Sé que tienes un millón de razones para mantenerla alejada de ti, pero si tuvieras una sola razón para que volviera a tu vida, por ejemplo: el cariño que sentías por René, ¿no sería suficiente para perdonarla?

—Para eso debería verme como una mujer adulta.

—Lo hace, Camille. No permitas que unas sombras oscurezcan toda la luz, no es justo para ninguna.

Camille navegaba entre emociones contradictorias.

—¿Qué te ha dicho para que hayas cambiado de opinión sobre ella?

—Por primera vez he visto su verdadera cara, y me ha sorprendido mucho. Creo que todos en mayor o menor medida hemos cometido errores, pero sería tremendamente injusto no rectificar cuando se es consciente de estar haciendo las cosas mal.

—Yo no he hecho las cosas mal con ella, no te atrevas a insinuarlo cuando sabes cómo ha intentado aprovecharse de mí.

—A veces no se tiene más remedio que obrar mal, por circunstancias fuera de nuestro control…

—Margueritte, basta —habló elevando el tono—. Deja de defenderla; no soporto ni una palabra más.

—Pues tendrás que hacerlo porque la verdad solo tiene un camino.

Camille no entendía esa postura, ese cambio radical después de años dándole la razón; pero por respeto a su edad y porque estaba cansada prefirió una honrosa huida a más confrontamiento.

En ese mismo instante, Sam dejaba el pincel sobre la mesa para atender la llamada del inspector. La conversación empezó con la cordialidad habitual, hasta que Benoît Gilles le contó acerca de la detención en París del becario que había trabajado en el taller de coches de Jean Battie.

—Para nuestra sorpresa ha reconocido la manipulación de los frenos sin demasiado esfuerzo.

Necesitaba dinero y no lo dudó.

—Todos tenemos necesidades, pero no por ello perdemos los escrúpulos.

—Se ha intentado justificar diciendo que no fue su intención atentar contra la vida de Camille, que solo pretendía asustarla. Pero eso no lo eximirá de enfrentarse a una condena larga por homicidio en grado de tentativa, ya está en manos de la fiscalía.

—Camille se presentará como acusación particular —dijo convencido.

—Hay algo más, Sam. Siempre habíamos pensado que Philippe Béziers fue quien le encargó el trabajo; sin embargo, ha reconocido a otra persona. No sabía su nombre, pero lo ha identificado sin lugar a duda mediante unas fotografías —comentó sin intención de añadir que fue idea suya enseñarle las fotos siguiendo su instinto policial—. Ha sido toda una sorpresa por la vinculación laboral que mantenía con la familia Saunier-De Rosier.

—Didier Vontoux —murmuró Sam, sintiendo un golpe de furia.

—El mismo. No tardaremos en detenerlo.

—Entiendo que ha desaparecido del pueblo.

—Usted fue la última persona que lo vio...

—Si hubiese intuido que estaba detrás del accidente, no habría salido de aquí por su propio pie.

—Lo entiendo, pero es preferible que usted esté al margen de cualquier altercado con él. No va a tenerlo fácil entre rendir cuentas por la gestión de las finanzas de la bodega y ahora por esto.

—Encuéntrenlo pronto, inspector, al menos para estar tranquilos.

—No creo que vuelva a acercarse a Camille, al menos hasta el juicio por los asuntos financieros. Y sobre su implicación en el accidente, estoy seguro de que lo negará todo para que el becario cargue con toda la culpa. Tendremos que emplearnos a fondo para implicarlo porque hay pocos rastros que lo impliquen.

—Confiamos en usted, inspector.

Benoît Gilles esgrimió una ligera sonrisa antes de despedirse.

Sam soltó un largo bufido acercándose a uno de los ventanales del desván.

El día soleado a pesar del frío tenía unos colores limpios cuyos matices resplandecían imperturbables. Sobre todo, el azul del cielo se extendía como un vasto lienzo sobre los campos, colinas y los viñedos desnudos ordenados en hileras creando cuadros en la tierra de tonalidades ocres pasando por verdes infinitos.

De repente, la entrada del Jeep a gran velocidad captó su interés. Frenó de manera brusca delante de la puerta principal para que la figura oronda de Michel Rosignol saliese corriendo. Eso aún le intrigó más. Luego, vociferó llamando a Camille.

No pasó ni un minuto cuando ella apareció. Sam no podía oírlos hablar, pero no le hizo falta para adivinar la gravedad de la situación al ver a Camille negando con la cabeza mientras Rosignol no dejaba de gesticular. Al momento, se montaron en el coche y salieron del castillo en dirección a la bodega.

Sam llamó a Camille, sin obtener respuesta. En el vestíbulo coincidió con Margueritte. Tenía los ojos llorosos y la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado?

Capítulo 58

CAMILLE NO PODÍA dejar de llorar después de comprobar que habían perdido toda la cosecha del año y, lo que era peor, todas las madres que conferían el carácter, aroma y el sabor único de sus vinos. Esos sedimentos llevaban años en las barricas, años pacientes para llegar a la excelencia que por arte de magia había desaparecido.

El tumulto en la bodega no apaciguaba la rabia. Entre insultos y gritos Michel Rosignol daba instrucciones para vaciar las barricas de roble. Estaba tan enfadado que ni siquiera vio a Sam cuando entró corriendo en la sala de almacenaje.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Sam abrazando a Camille.

—¿Cómo? —repitió con el gesto mudado por la tristeza—. ¿Cómo se han estropeado cien barricas de doscientos veinticinco litros a la vez? ¿Cómo o por qué?

En el tono de ella se advertía poca predisposición a la tolerancia.

—Estoy intentando comprender qué ha pasado —comentó sosegado, siendo consciente de que le tocaba a él mantener la frialdad.

—Pues es fácil. El mayor fraude de mi vida ha decidido arruinar la bodega. Ha estado aquí a primera hora, cuando todavía no había llegado Michel, y se ha dedicado a ir a las barricas de crianza para echarles ácido acético una a una… No solo ha arruinado la cosecha de manera irreversible, sino que también hemos perdido las madres de las barricas. Michel cree que podremos recuperar las barricas, pero este año lo hemos perdido por completo.

—¿No había almacenaje en los depósitos de acero?

—Habíamos vuelto a hacer el trasvase la semana pasada. Solo podemos comercializar “los reserva”, pero ya sabes que son un porcentaje muy pequeño de la producción.

—Entiendo que las pérdidas van a ser importantes…

—Sam, la bodega está arruinada —habló con dureza—. No tenemos negocio directo ni

online, no tenemos vinos.

—No puedo creer que Didier haya hecho algo así. ¿Has hablado con la policía?

—Sí, por supuesto. Hemos presentado una denuncia, pero pueden pasar semanas antes de que lo detengan, y eso ya no nos va a resolver la ruina.

—Hace un rato he estado hablando con el inspector, precisamente, de Didier, de las pocas posibilidades de poder detenerlo por… —vaciló—, porque el becario de Jean Battie lo ha identificado como el hombre que le pagó para manipular los frenos del Jeep… Pero ahora…

Durante un instante Camille procesó la información. Para su maltrecho raciocinio, no le sorprendió. Nada le sorprendería ya de ese hombre. Si bien, volvió a hacerse la pregunta que llevaba semanas atormentándola: ¿por qué la odiaba tanto?

—Ahora ha conseguido hacerme daño de verdad…

—Esto es un daño material, Camille; es cierto que el golpe financiero es brutal, y también el emocional, pero el accidente podría haber sido una tragedia…

—Tienes razón —comentó conciliadora—; pero esto va a dañar seriamente la reputación de la bodega.

—Ahora es pronto, necesitamos tiempo para pensar en cómo superarlo. Intenta mantener la calma para que la ira no os desborde —comentó haciéndole una ligera caricia en el rostro—, tenéis que pensar con sensatez… Michel está muy cabreado, y eso no ayuda a manejar bien la situación…

—Lo sé, pero no puedo decirle nada. Está destrozado. Ha dedicado su vida a esta bodega, y verla en este estado es como perder una parte de sí mismo.

—Si hay algo en lo que pueda ayudar, ya sabes que estoy aquí.

Sam le dio un beso en la frente. Estaban abrazados cuando llegó el inspector Gilles acompañado de varios gendarmes. De manera suave, Sam se apartó para tenderle la mano.

—Esta vez no hay dudas sobre la implicación de Didier —comentó el inspector.

—Espero que lo encuentren pronto —dijo Camille—, no debe estar muy lejos.

—No se preocupe, lo detendremos antes de que acabe el día. No tiene escapatoria.

—Él ya ha ganado, inspector —comentó Sam.

—No lo veo así. Tiene por delante una larga temporada en prisión. Ustedes podrán empezar de nuevo, incluso mejorar; él, sin embargo, solo puede regocijarse en el daño que ha causado y eso solo engendra dolor.

—Tiene el dolor que ha querido tener gracias a su ambición, no quiero saber nada de él —sentenció Camille—. Su existencia nos ha costado muy cara a todos.

—A todos —admitió el inspector—. Esperemos que a partir de ahora la justicia sea firme haciéndole pagar por sus delitos.

—Esa es mi gran motivación —dijo Camille con desprecio.

Sam bajó la mirada. No esperaba menos, aunque le sorprendió el tono rotundo. Le habría gustado advertir más disposición a empezar de nuevo, no solo ira que la estancaría en una espiral de decepción.

Capítulo 59

CAMILLE ESTABA EN la biblioteca mirando abstraída el busto de jade. Tenía un buen motivo para sentirse un poco menos preocupada, unas horas antes habían detenido a Didier intentando entrar en Italia; si bien, solo le había supuesto un pequeño consuelo moral. Habían pasado dos días y no lograba ver cómo remontar cuando faltaban nueve meses para cosechar de nuevo. Y eso era solo la base. Lo realmente complicado sería encontrar las proporciones adecuadas para continuar con la marca. Gracias al desastre solo disponían de un estocaje limitado de botellas en fase de envejecimiento, de unos vinos caros con una clientela selecta que representaba un pequeño porcentaje de los beneficios. Esto la obligaba a elegir entre dos decisiones arriesgadas: cerrar hasta la nueva cosecha o mantener la bodega con otros recursos económicos. Esto último podría permitírselo gracias a las inversiones de su abuelo, entre rentas de patrimonio y dividendos en activos obtenía anualmente unos beneficios más que generosos.

—Voy a comprar materiales —comentó Sam al entrar—. ¿Me acompañas?

—No, tengo cosas que hacer.

Sam elevó las cejas.

—Puedes pensar viniendo conmigo. Te vendrá bien salir un poco.

Camille le sonrió sin ganas.

—Aquí encuentro la calma para pensar en el futuro, no insistas, por favor.

—¿Has hablado con tu abogado?

—Sí, está preparando nuestra acusación; todos los delitos conllevan sanciones penales.

—¿Y la aseguradora? ¿Has conseguido algo nuevo?

—No, pueden pasar semanas o incluso meses hasta que me indemnicen. Es probable que ni siquiera llegue antes de la siguiente cosecha… No sé si cerrar hasta entonces o aprovechar el tiempo modernizando la bodega y el negocio en general…

—Por los empleados no te preocupes, todos entienden que no eres responsable de esta situación. Si decides cerrar, piensa que volverán en verano con energías renovadas —comentó animoso.

Ella volvió a sonreírle, tristemente.

—Me preocupa no ser capaz de elaborar los mismos vinos —reconoció antes de suspirar con amargura—. A mi abuelo le costó años dar con la proporción perfecta de uvas, con los tiempos de fermentación y envejecimiento… Podemos intentar replicarlo, pero las madres de las barricas eran fundamentales para darles cuerpo… Didier ha estropeado el corazón de la bodega…

—El corazón de la bodega eres tú. —Sam habló solemne—. No vas a perder la denominación de origen, tienes las vides y conoces a la perfección el proceso de elaboración, cuentas con la ayuda de personas muy cualificadas con años de experiencia elaborando vinos… Olvida las añadas de tu abuelo, eran de él… —La observaba severo, convincente—. Crea las tuyas a tu gusto, sin madres antiguas ni nada que las recuerden, desde cero, sintiéndolos tuyos por completo… —Sonrió cariñoso—. Comprendo que la aportación aromática de las barricas es única, pero lo importante es la personalidad del viñedo. Márcate el reto de elaborar vinos que sepan a fruta, a minerales, a flores, y a madera, pero sin que la madera enmascare su auténtica singularidad: ese terruño del *château* que tanto adoras.

Camille lo miraba ausente, aún escuchando el eco de su voz, mientras sentía cómo esas palabras calaban en su interior. Era posible. Era su sueño. Era un desafío enorme. Dejó asomar una sonrisa sincera, bonita, y se acercó a él.

—Gracias por darme perspectiva cuando solo veo oscuridad —dijo al sujetarle las manos, ya con la decisión tomada de mantener la bodega abierta—. Si tú estás a mi lado, soy indestructible.

Sam recordó la fría tarde de febrero que él mismo le dijo esas palabras antes de llevarla por primera vez a su apartamento de Montmartre. Se inclinó sobre ella y le habló en un susurro:

—Estoy a tu lado y siempre lo estaré, aquí, en París o en cualquier sitio.

Le rozó los labios en una de esas caricias cargadas de ternura.

—¿Sabes dónde estoy ahora mismo? —preguntó Camille.

—Haciéndome feliz.

La sonrisa socarrona no diluía la verdad en sus ojos. Ambos habían recordado aquella primera vez, más enamorados, más combativos, convencidos de que juntos podían superar todos los obstáculos que la vida les deparara. Abrazados fortalecieron su unión, sosegados como la débil luz del sol llenaba de calidez aquel vetusto espacio.

El sonido alegre del móvil de Camille apresuró la separación. Sam dejó la biblioteca sin convencerla para que le acompañara y sin sospechar que la llamada fastidiaría el optimismo renovado de ella.

—Quédate el tiempo que quieras —ofreció a Madeleine tras un saludo parco, después de comprender que veladamente estaba pidiéndole permiso para seguir en la casa del pueblo—, no la uso ni tengo intención de hacerlo.

—*¿Podemos tomar un café para hablar? Llevamos mucho tiempo sin vernos*.

—Estoy muy ocupada. Supongo que estarás al corriente de lo que ha hecho Didier.

—*Sí, y lo siento mucho. No debes estar pasándolo bien*.

—No está siendo una temporada buena, entre tus parientes y Didier me habéis copado la paciencia y la tranquilidad.

Madeleine cerró los ojos ante el reproche.

—*Me gustaría aclararte algunas cosas, Camille, de mis primos* —matizó sin que en el tono se percibiera ironía—. *Creo que, para poder juzgarme, deberías tener toda la información*.

—No soy nadie para juzgarte, ni quiero saber nada más sobre tu familia —agregó desdeñosa —; los muertos, muertos están, y de los vivos no quiero saber nada; cuanto más lejos estén de mí, mejor.

De pronto el silencio pudo palparse como una masa densa, transparente, rodeándolas a pesar de la distancia. Madeleine notó la humedad de una lágrima en la mejilla cuando la comunicación se cortó. El dolor de años sometida a un chantaje vergonzante la sumió en el conformismo, hasta recordar la razón de su regreso. «Camille oirá lo que tengo que contarle», se repitió como un mantra reconfortante. Había llegado el momento de poner a cada uno en su sitio. Incluida ella

misma, aunque saliera mal parada. Un poco más a esas alturas ya no le importaba.

Camille tuvo un ligero remordimiento al salir de la biblioteca. Había sonado cruel cuando solo pretendió disuadirla de una visita innecesaria. No olvidaba la falta de cariño en su infancia, el engaño ni el interés y la manipulación. Según sus parámetros, prefería no volver a verla para evitar reabrir una herida que no cicatrizaba.

—Margueritte, voy a subir al estudio —anunció asomándose a la cocina. El intenso olor de un guiso impregnaba el aire de un aroma apetitoso—. Qué bien huele…

La mujer sonrió satisfecha, acercándose a los fogones para meter en la pesada olla roja de hierro fundido una cuchara de madera.

—Estoy haciendo *daube* —dijo tras aspirar el olor de la carne de toro con verduras—, a Sam le gusta mucho —añadió meneando la cuchara.

—Todo lo contundente le gusta, es así de dramático —habló contenta yendo a la escalera.

Le resultaba grato percibir cómo Sam se había ganado el cariño y respeto de todo el personal. En poco tiempo los empleados del castillo y la bodega, gentes muy diferentes por edades, algunas bastante tímidas como Dominique, le mostraban un aprecio sincero que él correspondía con simpatía, sin esfuerzo aparente a pesar de las confusiones que a veces tenían por el idioma, siendo él mismo, con una capacidad innata para tratar a cada uno de la manera apropiada, con amabilidad, interesándose por sus necesidades o por sus habilidades, observándolos con esa mirada escrutadora y sensible capaz de detectar detalles imperceptibles para los demás.

Fue esa sensibilidad la causante de paralizarla delante del lienzo en el que estaba trabajando. La había atraído como un campo magnético nada más entrar en el desván. Era el retrato de ella y el marqués que nunca terminó. Además de estar cargado de juegos de luces y sombras, descubrió que había añadido detrás de la mesa dos cuadros con las imágenes de su madre y de su abuela Sophie. Ese detalle las incluía con honor en la composición. Ambas en el esplendor de la vida, ambas con miradas felices. Camille sonreía contemplándolo sin apenas darse cuenta. Al fin, Mathieu Saunier-De Rosier estaba rodeado de las mujeres más importantes de su vida, las que más le hicieron sufrir, pero, sobre todo, las que más amó.

El crujido de la madera del suelo a su espalda puso fin a la contemplación. Volvió la cabeza y, de manera automática, se quedó sin aliento observando a Juliette. Toda ella era el vivo reflejo de alguien en pleno desplome personal.

Capítulo 60

CAMILLE NO SE MOVIÓ del sitio, a la expectativa. Un escalofrío le erizó la piel cuando se le acercó. Saltaba a la vista que Juliette no estaba bien. Tenía unas ojeras oscuras, profundas, y las mejillas tan pálidas como un espectro. Iba enfundada en un traje chaqueta beige, arrugado; y el pelo recogido en un moño que dejaba visibles el enjambre de canas que ya no se molestaba en ocultar. Sujetaba con fuerza un pequeño bolso de piel negra.

—¿Cómo has entrado?

—Conozco esto mejor que tú… Juego con ventaja.

Camille apretó los dientes.

—¿Qué quieres?

—Te advertí, te dije que no olvidaría tu traición.

Juliette la observaba con el destello de la locura vibrándole en las pupilas.

—¿Traición? —preguntó Camille recobrando el valor—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa?

Juliette sonrió perversa y en un abrir y cerrar de ojos sacó una pistola del bolso. Al verla apuntándole a tan corta distancia, el corazón de Camille emprendió una carrera vertiginosa.

—Nunca has sabido nada —habló con tanto desprecio que le tembló el labio—, te has creído por encima de todos ignorando los sueños de los demás… Rechazaste a Philippe empujándole a la muerte; a Didier, cuando se merece todo esto más que tú… A mí, que he estado siempre a tu lado… Eres sin duda hija de tu madre… —Juliette afianzó mejor la pistola entre las manos, pesaba—. ¿Pero sabes una cosa? Ha dejado de importarme todo. Ya no tengo nada ni a nadie. —Sonrió con amargura—. La vida es así de injusta…, no recompensa el esfuerzo si a cambio no hay un pecado. Y tú vas a ser el mío…

Camille podía percibir el peligro con un aturdimiento poco agorero.

—Mi madre hoy estaría muy triste si viera lo que estás haciendo.

La voz suave enmascaró bien el miedo.

—Nunca me perdonó. Era tan rencorosa como su padre.

—¿Qué no te perdonó? —preguntó sin descuidar un instante el arma—. Me has contado que fuisteis buenas amigas…

—Yo se lo conté todo al marqués. Quería que sintiera lo que es no tener nada. La pobreza es la mejor escuela para apreciar el valor de las cosas.

—Me dijiste que erais amigas… Incluso me devolviste unos vestidos de ella… —A esas alturas no dudaba de que su madre nunca se los prestó—. Pero veo que solo me has contado una sarta de mentiras…

—Los amigos están para decir la verdad y ayudar, exactamente, lo que yo hice: le bajé los humos y le di la oportunidad de vivir su amor en libertad. Deberías agradecérmelo; gracias a mí, tú estás aquí. La pena es que te has convertido en una copia de tu madre… Ahora te toca asumir las consecuencias.

—Estás aquí para darme otra lección, ¿no? No has venido porque eres mala ni vengativa. Has venido porque tú te crees con el poder de ordenar el mundo según tus valores, ¿verdad?

—No te enfades, Camille, no te sienta bien…

—Si me conocieras, sabrías que no estoy enfadada; estoy triste. Las personas como tú me dais pena. Debe ser muy frustrante vivir envidiando a los demás… Pero cada uno elige cómo vivir su vida…

—Eso no es cierto —exclamó—. Tú no tenías nada y ahora lo tienes todo, ¿por qué? ¿por qué tú sí y yo no? ¿Eh? ¿Por qué?

—Porque soy hija de mi madre, nieta de mi abuelo —replicó con orgullo—, porque nunca le he hecho daño a nadie, porque me esfuerzo en mejorar en vez de lamentarme, porque…

—¡Cállate! —cortó furiosa—. Deberías haber muerto hace dos años en el bosque. Romo perdió la ocasión perfecta de destruirte para siempre.

Tras escucharla, a Camille se le descompuso el rostro.

—Fuiste tú… —musitó después de racionalizar que sus sospechas acerca de Romo habían

sido ciertas—, y tuviste la sangre fría de preocuparte por mí…

—Philippe lo planeó, no voy a atribuirme un mérito que no me corresponde.

—¿Por qué?

Juliette soltó una carcajada.

—Cosas de hombres… Si me hubiese consultado, le habría quitado la idea de la cabeza —contó, recordando aquellos días. Ella ya tenía clarísimo que hiciera lo que hiciera Philippe nunca sería marqués—. Solo sirvió para echar al pintor, y luego una cosa llevó a la otra…

Camille tenía un nudo en el estómago.

—Mi abuelo murió…

—¡Sí! Igual que Romo y mi hijo. Todos han muerto por tu culpa o por culpa de tu madre. Las dos habéis sido unas mentirosas. Tú le diste esperanza a Philippe, y ella me mintió… ¡No había nada dentro! ¡Nada! —gritó fuera de sí—. ¡Romo robó para nada! Philippe no tuvo otra opción —dijo bajando el tono, aturdida por los pensamientos que se le agolpaban y pretendían salir atropelladamente—. O lo mataba o lo mataban a él… Para nada… No pudo pagarles… ¿Dónde está? ¡Dímelo! ¿Dónde está?

Camille había convertido los ojos en dos rendijas sin dejar de observarla. De nuevo Juliette parecía furiosa por el veneno que le corroía la sangre.

—Has perdido por completo la razón. No sé de qué hablas.

—¡Dímelo! —exclamó apuntándole con seguridad—. No voy a irme hasta que me lo digas.

—Por favor, Juliette, no te compliques más las cosas —rogó impostando suavidad en el tono —. Vas a cometer otro error cuando ya no te queda nada. Déjame buscarte ayuda.

—Las buenas palabras no van a servirte. Dime ahora mismo dónde está el anillo del rey.

Camille estaba conmocionada. Ni siquiera miró la pistola.

—¿Qué anillo? No sé nada de ningún anillo.

—El de Luis XIV. ¿Dónde está? ¡Lo necesito!

—No lo sé. Por mucho que insistas, no puedo darte información de algo que desconozco.

—¡Si no encuentro ese anillo, estoy muerta! ¡Dime dónde está! ¿No entiendes que es

realmente importante? Tengo que encontrarlo o me matarán como mataron a mi hijo.

—Tú ya estás muerta; no tienes salvación… —Camille negó con la cabeza después de comprender que había estado dentro de un complot sin tener la más mínima idea—. Habéis causado mucho dolor, y no te parece bastante…

Juliette sonrió maliciosa, con desprecio.

—Nunca —siseó.

El chasquido al liberar el seguro de la pistola anunció un disparo inminente. Camille retuvo el aire en los pulmones.

—¡Aléjate de ella! —gritó Madeleine entrando al desván corriendo.

Juliette cambió de blanco y no vaciló al disparar. Madeleine cayó como una piedra. El impacto en el suelo fue tremendo. Al momento la sangre la rodeaba.

—¡No! —Camille se arrodilló a su lado—. ¡Mamá! ¡Mamá, abre los ojos!

Con pesadez, Madeleine sonrió un poco. De nuevo la había llamado “mamá”.

—Gracias —musitó.

Capítulo 61

UN MÉDICO JOVEN de estatura elevada y aspecto severo examinó las pupilas de Madeleine bajo la atenta mirada de Camille, que incluso exhausta tras las monótonas jornadas en el hospital no se había apartado ni un momento de aquella cama. Gracias al buen pronóstico que le dio el médico al concluir el examen y le repitió antes de salir cerrando la puerta tras de sí esa mañana estaba más animada.

Madeleine muy pronto recuperaría el conocimiento que perdió por la fuerte conmoción al caer contra el suelo cuando Juliette le disparó. Por suerte, la bala le pasó cerca del corazón y no hubo lesión en ninguna arteria. También, los servicios de emergencia la atendieron en el mismo castillo. Llegaron en tropel con el inspector Gilles, que detuvo a Juliette en el jardín mientras intentaba huir. Desde entonces estuvo dos días bajo arresto en Pertuis; luego había acabado encarcelada a la espera de juicio.

Para Camille era un alivio, aunque no dejase de repetirse de forma obsesiva que debería haberle hecho más caso a su primera impresión sobre ella. Fue horrorosa, incluso lo habló con su abuelo, y sin embargo le permitió entrar en su vida. «¿Por qué no fui más prudente?»

En medio de aquel castigo, trató de encontrar una postura cómoda en el duro sillón de la habitación. Notaba la espalda rígida, pero no se lo había dicho a nadie. Tenía el firme propósito de estar presente cuando Madeleine despertara. Era lo mínimo que podía hacer por ella después de haberle salvado la vida. Todavía no se explicaba cómo tuvo la intuición de aparecer en el momento adecuado. Incomprensible teniendo en cuenta que rechazó reunirse con ella para tomar café.

Pasó un cuarto de hora antes de que al fin Madeleine volviera del limbo.

—Mimille… —susurró Madeleine notando una sequedad en la boca que le arañaba hasta la garganta.

—Hola, mamá —saludó con ternura acercándose a la cama para sentarse en un lado—.

¿Cómo estás? —preguntó al sujetarle la mano.

—¿Qué me ha pasado?

Madeleine miraba alrededor desorientada.

—¿No lo recuerdas? —Camille frunció las cejas al verla tragar saliva. El médico le había dicho que se recuperaría sin secuelas, aunque la pérdida del conocimiento se estaba alargando demasiado y eso no era un buen síntoma—. Viniste al castillo hace cinco días…

Madeleine cerró los ojos, recordando cómo irrumpió en el desván después de la llamada angustiosa de Margueritte. Sintió pánico al saber de lo que era capaz Juliette.

—Cinco días…

Camille sonreía pendiente de ella, atenta, con ternura.

—Sí. Perdiste el conocimiento y te han operado —anunció, y desvió un instante los ojos al soporte metálico con algunas bolsas de medicinas y suero—. Pero vas a ponerte bien, solo tienes que ser obediente. —Camille le habló con un poco de ironía, recordando su nula querencia a estar quieta. Al ver cómo las pupilas de tono miel se encharcaban, le apretó más fuerte la mano —. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—Juliette es mala persona, iba a dispararte… —dijo tras aceptar que Camille le secara las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Pero tú lo impediste, mamá, me has salvado la vida. Estoy en deuda contigo.

—No digas eso. Tú no tienes ninguna deuda conmigo —habló efusiva a pesar de su fragilidad—. Yo debí ser sincera contigo hace mucho tiempo.

—No es necesario hablar ahora, no te esfuerces —agregó al verla muy cansada.

—Debo hacerlo, tengo que quitarme esta carga de vergüenza que lleva tanto tiempo amargándome.

—Tanto a ti como a mi abuelo os he perdonado.

—Tu abuelo era consecuente consigo mismo. Le costó perdonar a su hija y aceptarte, pero cuando lo hizo fue totalmente sincero. En cambio, yo no lo fui ni al tenerte ni cuando te perdí. Si hubiese sido sincera, nos habría ahorrado muchos disgustos. —Madeleine suspiró—. Como ya

sabes, Romo, Juliette y yo somos primos… Y he tenido la desgracia de sufrirlos a cada uno a su manera desde que el marqués nos pidió que te adoptásemos. En cuanto Romo se enteró, empezó a chantajearme; solo descansé de él durante los períodos que estuvo en prisión… No me dejó otra opción que presionar a tu padre para que le pidiera el dinero al marqués.

—Por eso tenía tan mala imagen de ti —dijo Camille casi como reflexión en voz alta.

—Tampoco me molesté en sacarlo de su error, eso habría significado más problemas con Juliette —admitió apenada.

—¿Romo también la chantajeaba?

—Lo dudo, ellos se llevaban bastante bien, se usaban mutuamente. —Hizo un gesto desdeñoso con la boca—. Tengo la certeza de que fue ella la que le habló de ti para que me chantajeara. Así se lo quitó de encima...

—El otro día me dijo que Philippe y Romo estuvieron compinchados cuando me asaltó en el bosque.

Madeleine cerró los ojos unos segundos.

—Aquello me machacó la cabeza —dijo tras un corto silencio—, pensé que yo lo habría podido evitar si le hubiese dado el dinero que me pidió; pero no pude…, estaba en Normandía. Tenía prohibido verte y pedir absolutamente nada.

—¿El abuelo te prohibió verme? —preguntó apretando el ceño.

—Mi momento contigo había terminado, era su turno —afirmó, entornando los ojos—. Siempre me quedará la pena de no haber sido mejor madre para ti. Como poco, que me tuvieras el mismo cariño que sentías por tu padre… Perdóname, no supe gestionar darte amor sabiendo que un día desaparecerías.

Era la primera vez que Camille se ponía en su piel, la primera vez que justificaba su frialdad.

—Cuando murió el abuelo…

—Romo se volvió más osado —dijo cortándola—. Ya no se conformaba con sumas de dinero asequibles, pretendía mucho más… —No se atrevió a hablarle de las amenazas, contra las dos.

Camille ató cabos. Lo que ella interpretó como una intromisión en su vida para manipularla y

aprovecharse de su solvencia económica, en ese momento, adquiría otra magnitud.

—¿Por qué me ocultaste que Juliette y tú erais primas? —preguntó curiosa. Lograba entender que a Romo lo ocultara porque era un delincuente, ¿pero a ella?

—A ella le avergonzaba nuestro origen humilde. Engañó a Roger cuando lo conoció, le contó una milonga sobre sus padres… Creo que le dijo que se había criado con una tía rica porque sus padres habían muerto cuando ella era muy pequeña. Se construyó un pasado sin lazos familiares a su medida, y cualquier persona que pudiera desmentirlo se convertía de manera automática en su enemigo…

—¿El abuelo sabía que erais primas?

—No. Imagino que nunca habría firmado el acuerdo con nosotros si lo hubiese sabido, fue una de esas casualidades asombrosas de la vida. Tu padre y yo vivíamos en París, llevábamos muchos años sin saber nada de ella. Conocimos al marqués por los méritos profesionales de tu padre; por eso nos ofreció cuidarte, le daría trabajo a tu padre sin levantar sospechas mientras podía verte crecer… —Madeleine suspiró fatigada—. Antes de instalarnos en el pueblo contigo, no sabíamos que su marido y tu abuelo eran amigos. Lo supimos unos meses después…, cuando por primera vez fuimos conscientes de su maldad… —Notaba cómo las fuerzas la abatían, pero se removió para espabilarse—. Cuando se enteró de que René había empezado a trabajar para el marqués hizo todo lo posible para que lo despidiera, criticaba todas sus decisiones con el único propósito de manchar su reputación. Menos mal que tu abuelo era un hombre de negocios y entendía que tan mal no debía hacerlo si incrementaba los beneficios…

—Es posible que Roger le hiciera caso a ella —comentó Camille con maldad—. Así han acabado.

Madeleine sonrió asintiendo.

—Su interés era el que era, mantener ocultas la sarta de mentiras que la rodeaba. Un día coincidió en el castillo con René y le amenazó, le dijo que como se le ocurriera hablar con el marqués ella iría a buscarte al colegio para decirte quién era tu madre biológica. Tenía por costumbre amedrentar como defensa.

Mientras la escuchaba, Camille estaba poniendo orden a algunas cosas que en su día le parecieron anécdotas y no les dio importancia. Por ejemplo: la animadversión que Juliette siempre mal disimuló hacia Margueritte. Sin duda, porque Margueritte sospechaba que escondía algo. Volvió a recordar todas las advertencias de ella que ignoró, y a sentirse idiota. Le debía una disculpa. En cuanto regresara al castillo hablaría con ella.

—¿Por qué Juliette conocía el acuerdo con el abuelo? No fue muy inteligente contárselo —dijo Camille en voz baja.

—No sé cómo se enteró, ni René ni yo se lo dijimos. Llegamos a pensar que fue el mismo marqués. Tal vez se lo contara a Roger en algún momento de debilidad… El vino a veces desata la lengua… Supongo que ella al principio se sorprendería, luego lo usó para protegerse —dijo con indiferencia, sintiendo la garganta reseca—. ¿Puedes darme un poco de agua?

—Claro —respondió amable. Cuando le acercó el vaso de agua a los labios, Madeleine rozó su mano—. Has esperado demasiado para sincerarte. Durante mucho tiempo no solo he pensado que no me querías, sino que también solo estabas interesada en el dinero —habló con dulzura.

—Lo sé. Y no espero que olvides todo el sufrimiento que te he causado, pero sí que me perdones. Me gustaría poder verte de vez en cuando, porque te echo de menos.

Camille creyó vislumbrar un destello de arrepentimiento en los ojos de Madeleine, innecesario cuando la comprensión ya había diluido el poco rencor que le quedaba.

—Yo también quiero verte, y también te he echado de menos —reconoció cariñosa.

Madeleine la observó un largo instante, emocionada.

—Cuando te veo así me cuesta creer que seas la misma persona que crie —habló con sentida nostalgia recordando a la niña tímida que siempre andaba devorando cualquier libro que cayera en sus manos mientras lidiaba con su mala conciencia, no por no quererla, porque siempre la había querido, sino por no demostrárselo como hizo René. Los ojos se le habían vuelto a llenar de lágrimas, lentas, pesadas como sus torpes movimientos al limpiárselas. Poco después, siguió hablando—. Ya no te queda rastro de inseguridad… No sé si todas las adversidades y los errores que cometimos contigo te han fortalecido el carácter, pero de lo que no tengo duda es de que los

has afrontado con entereza y con una serenidad ejemplar. Yo… —titubeó—, te admiro mucho, Mimille.

Camille sonrió.

—No dejo de tener problemas. Cuando creo que voy a tener una racha tranquila, vuelve a surgir algo. Pero bueno… —No tenía ganas de hablarle del desastre de la bodega, pero le notó un sutil cambio en la mirada. Bien conocido. Esas vetas melosas, severas, tiempo atrás la habrían empujado a sincerarse para evitar enfados. En cambio, le reconoció parte de razón al decirle que se había fortalecido. No flaqueó escondiendo sus temores bajo buenos modales y ternura—. Ya nos pondremos al día. Ahora lo importante es que te recuperes bien.

—Lo haré —convino sonriendo un poco. Luego adoptó una expresión solemne y, dándole unas palmadas animosas en la mano, aseguró—. Tú también superarás la envidia, el odio y la impotencia de quienes nunca te merecieron; lo harás.

No hizo falta nombres, todos fueron explícitos por sus acciones.

El sonido breve de una campana en el móvil de Camille desvió la atención de las dos. En cuanto leyó el mensaje de Sam preguntando por el estado de Madeleine, le anunció escuetamente la buena noticia.

—Háblame de él —incitó Madeleine cómplice.

De forma inmediata, en la mirada de Camille refulgió la felicidad.

Capítulo 62

Ansouis, julio de 2019

LA EXTRAORDINARIA LUZ veraniega iluminaba el vestíbulo y, con precisión, el nuevo retrato que colgaba de la pared. Para Camille era imposible pasar por delante de ese lienzo sin detenerse a contemplar la maestría de haber convertido la ilusión en realidad. Cada vez descubría algún detalle nuevo que le llamaba la atención, como el reflejo de la cristalina luz solar en la superficie de la mesa, en los labios sonrosados de Anne o el leve roce de un dedo de su abuelo en la mano de ella en un gesto cariñoso. Esto último nunca ocurrió mientras posaron. Solo durante los descansos su abuelo la tranquilizaba al creer que estaba tensa por la incomodidad de posar, cuando verdaderamente toda la tensión de aquellos días la motivaba su propio conflicto interior por haberle ocultado su identidad a Sam.

Estaba todavía perdida en esos recuerdos lejanos cuando Margueritte apareció por el pasillo andando a paso rápido, con un trapo de la cocina colgado del delantal.

—Camille, vas a tener que hablar con Marie —dijo enfadada, refiriéndose a la nueva chica del servicio que había empezado a trabajar en el castillo dos semanas atrás. Desde el primer momento no le había gustado su actitud extrovertida, y algo dispersa que la llevaba a cometer errores tontos como equivocarse en el orden de las tareas domésticas, porque tenían una planificación inquebrantable para ella, o, como le contó en ese instante, en replicar la lista de la compra, porque le suponía tener desabastecida la despensa con algún ingrediente primordial para sus recetas—. No sé ya cómo decírselo, le pido chalotas y compra cebollas, le pido dos kilos de manzanas y trae uno… Así es imposible cocinar…

Camille disimuló una sonrisa espontánea al verle la cara avinagrada, no podía echar más leña.

—Luego la busco y se lo comento, no te agobies. ¿Le digo a Dominique que vaya a comprar lo que realmente necesitas? —preguntó amable.

—No hace falta, ya me apañaré; pero no lo dejes pasar.

Camille afirmó en silencio. Pensaba que, pese a no reconocerlo, Margueritte se había impregnado tanto de la intransigencia de su abuelo que la había hecho suya para el manejo marcial del castillo.

—Voy a ir al viñedo dentro de un rato —anunció mientras la mujer se quitaba el trapo del delantal—. He llamado a Sam, pero tiene el teléfono apagado; debe estar en uno de sus paseos inspiradores. Si lo ves, díselo.

Juntas se encaminaron al pasillo hablando de la planificación de la boda, prevista en cinco días. Sería una celebración íntima a la que solo habían invitado al clan O'Malley al completo, a Madeleine Cluzet y al trío de ancianos al que tanto le debían, y por supuesto iban a hacerla en la capilla. De nuevo, un espacio seguro desde que terminó la restauración a finales de mayo. Mantuvieron la austeridad original, pero ahora con un toque de esplendor que realzaba la conexión entre lo divino y lo terrenal. Y el retablo, gracias a un taller que les recomendó François, volvía a lucir magnífico honrando la pompa artística de la época.

Para Camille la capilla era el vínculo más fuerte del castillo entre el pasado y el presente, su logro más importante hasta la fecha. Lo próximo sería la elaboración de sus propios vinos, asegurando así la sostenibilidad económica del castillo y preservando también su tradición vinícola.

Tras varios intentos por sosegar los nervios de Margueritte, claudicó dejándola desahogarse sin prestarle mucha atención. Mostraba una inseguridad increíble para sus años. Desconfiaba de los proveedores locales, del taller de costura que estaba confeccionándole el vestido de novia; del jardinero, que llevaba treinta años trabajando ahí; también, estaba en su punto de mira el resto del personal del castillo. Incluso el sacerdote que oficiaría el enlace tenía el fallo de haber nacido bretón, algo muy peyorativo según ella porque llevaban la rebeldía en la sangre. Nadie se libró de caer en la tortura de un perfeccionismo que rayaba la obsesión además de resultar mortalmente cansino.

Al dejarla en la puerta de la cocina, Camille soltó un suspiro de alivio. Le agotaba lidiar con ella de manera paciente sin permitir que la arrastrara a su torbellino. Esto solía sobrellevarlo; en

cambio, aquella mañana consiguió inquietarla con el vestido.

Entró en la biblioteca y, tras sentarse en la mesa, llamó al taller de costura. Mientras la modista le contaba que ya tenían hechos los arreglos de la última prueba, jugueteaba con el busto de jade admirando el brillo de las vetas verdosas.

—*Las flores en la falda han sido un acierto* —comentó la modista—, *crean la sensación de un bosque mágico.…*

De repente, Camille suspendió la base del busto para observar las diferentes maderas de unos patrones geométricos únicos: un círculo oscuro con cinco puntas en el centro, una tira diagonal y cuatro piezas como triángulos repartidos por los laterales; el bosque mágico. Esas habían sido las palabras para sentir en el cerebro un clic que la llevó a un recuerdo concreto.

Atropelladamente precipitó varios halagos a la mujer para despedirse. A continuación, fijó la vista en la cajita de la base del busto recordando lo que hasta ese momento había permanecido arrinconado en su memoria. Ella tendría unos diez años, visitó el castillo como otras veces siempre acompañada de René. Aquel día estaban en esa misma habitación con el marqués cuando René tuvo que salir a hacer unas gestiones. El marqués se ofreció a hacerle compañía, le mostró el busto y le contó que escondía un compartimento secreto que solo ellos sabrían cómo abrir.

Cerró los ojos para escuchar de nuevo la voz cariñosa de su abuelo guiándole las manos: «—*Esta caja es un bosque mágico, Camille. Dentro vive un león majestuoso con su melena como cinco rayos de sol, pero solo se puede llegar a él a través de una danza alrededor de las formas y de cinco números encantados. No olvides que en este bosque el orden no existe; los primeros serán los últimos y los movimientos son las formas.*»

Camille examinó con detenimiento el lateral de la caja. Los símbolos de los patrones definían los números por similitud. Halló rápidamente el número dos y, antes de intentar mover esa tablilla con forma triangular, espiró para calmar sus nervios. En cuanto empezó a deslizarla siguiendo la propia forma del número, a la derecha, sintió que se apoderaba de ella la excitación de los desafíos. Siguió hacia abajo, a la izquierda, de nuevo abajo y por último a la derecha. El

sonido de las piezas al conectarse con precisión tenía un timbre suave que le causaba un placer indescriptible.

Los movimientos se fueron complicando conforme las piezas encajaban, requería cierta habilidad usar las dos manos con delicadeza para deslizarlas a la vez, pero no pensaba abandonar ni siquiera equivocándose. Por suerte, esto último no sucedió. Pudo completar la danza en unos pocos minutos hasta que le tocó mover la pieza número uno, la diagonal. Se tomó un instante. Esa pieza era la clave para que el mecanismo encajara.

Sonrió contenta tras oír el clic metálico.

Pasados unos segundos la voz de su abuelo volvía a resonarle en la cabeza mientras tenía vívida su imagen como si estuviera ahí con ella: *«—Finalmente, todos los números encantados miran al león. Este sonríe, ocupa su lugar de Rey Sol y, con suavidad, abre la cámara. Ninguno sabe cómo lo ha conseguido, es su real secreto* —dijo el marqués llevándose el dedo índice a los labios en señal de silencio.*»*

A Camille se le llenaron los ojos de lágrimas cuando tuvo delante la caja abierta y sacó la pequeña bolsa de terciopelo negro que contenía un anillo tan opulento como deslumbrante.

—Siempre has estado aquí…

El anillo era muy antiguo, una obra maestra de joyería para la ostentación. Tenía un peso considerable, de oro macizo, con diamantes engastados y un rubí enorme que proporcionaba un contraste cautivador con los diamantes y el oro.

Exultante de felicidad, supuso que gracias al extraordinario camuflaje de las piezas de madera el compartimento había pasado inadvertido para Romain Vaux y Philippe Béziers porque ni siquiera apreciaron el valor del jade. Lo usaron como arma dando cuenta de su absoluta ignorancia. ¿Pero y la policía? Posiblemente, porque se limitó a lo que le interesaba: recoger muestras de sangre del busto.

Sin dejar de darle vueltas entre los dedos, creyó que el anillo estaba destinado a permanecer oculto en el castillo. Si no, ¿por qué motivo su abuelo lo habría guardado con tanto celo? ¿Acaso su procedencia no era lícita? ¿O podía ser que algún antepasado hubiese tenido el cometido de

custodiarlo para protegerlo? Todo era posible, y nunca sabría la verdad. Lo único claro, por las pistas en la caja, la descripción de su abuelo y los rubíes que solían asociarse a la realeza y la nobleza, fueron dos cosas: pudo pertenecer al Rey Sol y su valor era incalculable.

Tuvo la tentación de llamar a François, quizá pudiera aclararle algo. Sin embargo, pronto prefirió seguir con el secreto y volver a guardarlo en la cajita bien custodiado bajo la dureza del jade. Ese era su sitio y ahí permanecería.

Media hora después, paseaba entre los viñedos bajo un sol de justicia. Aquel era su oasis particular de renovación y serenidad. Sus pasos resonaban sobre la tierra reseca marcando un ritmo pausado. A medida que avanzaba, los viñedos se extendían a ambos lados del sendero, sus hojas vibraban con la danza sutil de una brisa cálida. Se ajustó el sombrero de paja al pararse delante de una cepa. A simple vista las uvas aún no habían alcanzado la maduración, pero cortó una con cuidado y la probó atenta a todos los matices de su sabor. Como pensaba, demasiado ácido. Y esa cosecha debían realizarla en el momento justo porque entre sus planes estaba mezclar los procesos de elaboración tradicionales con las técnicas más innovadoras y para eso necesitaba uvas de la mayor calidad posible.

Siguió caminando, pensativa, inmersa en la ilusión del renacer de la antigua bodega fusionando de una manera tangible el peso de la historia con el presente.

De forma natural, lo hacía con frecuencia, se agachó para coger un puñado de tierra. Aspiró hondo el intenso olor impregnándose de la fragancia de ese suelo primitivo. Fue en ese preciso instante cuando sintió una pausa en el tiempo, como si el universo mismo hubiera detenido su curso para permitirle saborear plenamente el aroma embriagador de su vino soñado. Con ese sabor tan puro en la boca pudo precisar los tiempos de fermentación necesarios y hasta la duración de la crianza.

Cuando dejó caer la tierra de sus manos, otra vez ese día sintió una inmensa felicidad; al fin sabía cómo elaborar su propio vino.

En la distancia del camino vio una figura masculina acercándose como un espejismo brillante. No tardó en distinguir los andares de Sam. Poco después, con una sonrisa serena,

aceptó un beso en los labios y un ramillete de flores silvestres.

—Llevo un rato buscándote —dijo Sam sin rastro de reproche.

—Y yo un rato esperándote —replicó simpática—. Tengo que darte dos noticias importantes.

—Si son sobre la boda no quiero saber nada más —comentó con fastidio—. Margueritte me ha reventado la cabeza.

Camille contuvo la risa. Era un consuelo no ser la única que la sufría.

—No tienen nada que ver —dijo en un tono casi de superioridad, solo por crearle expectación —. Mis noticias son extraordinarias, dos secretos que hoy han visto la luz.

Al decirle esto, percibió la curiosidad en unas pupilas tan celestes como el cielo que los cobijaba. Dos mariposas danzantes revolotearon ansiosas entre ellos, tejieron su propio hechizo y prolongaron el silencio por un breve lapso hasta marcharse con la brisa.

—¿Qué secretos son esos? —preguntó Sam intrigado.

Camille sonrió enigmática, sopesando prolongarle el misterio unos minutos más.

—Invítame a comer y te los cuento, por mucho que intentes averiguarlos no vas a conseguirlo.

Fue el cebo perfecto.

La mirada de Sam resplandeció, le sujetó la mano y comenzaron a andar por el camino, ya entonces su prodigiosa mente estaba sumida en el sublime reto de la creatividad.

Avanzaban en silencio mientras la cálida brisa mecía las hojas de aquellas frondosas vides. La magia del entorno parecía alimentar la imaginación de él, era inspiradora, fluía como un torrente inagotable y le invitaba a crear el escenario perfecto sobre un lienzo en blanco.

—Estás muy callado —dijo Camille cuando llegaron al final del camino.

Él se detuvo, y le dedicó una de esas miradas penetrantes llenas de promesas.

—Acabo de imaginar mi próximo cuadro.

—¿Salgo yo?

Una sonrisa radiante se dibujó en los labios de Sam.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a las dos mujeres que me han ayudado a dar la forma final a esta novela: Marisa y Loreto. Teniendo en cuenta que acabarla me ha costado dos años, su paciencia ha sido encomiable. También, a mis hijas; porque cada vez son más mayores y por lo tanto más conscientes del sacrificio que me exige escribir después de muchas horas dedicada a mi otra faceta profesional. Sobre todo, muchas gracias, Elenichi, por tu implicación en mis redes sociales. Reconozco que soy mala hasta haciéndome fotos. Así que contar con una adolescente predispuesta a crearme contenido ha sido una bendición.

Gracias a Rosa Gutiérrez, porque sabe captar como nadie las ideas un tanto abstractas que a veces le doy para las portadas. Y, como siempre, muchas gracias a ti lector; si eres nuevo, por haber confiado en mí, espero no haberte defraudado (si lo he hecho, intentaré que no vuelva a ocurrir). Y, si eres de los fieles, gracias infinitas por haberme elegido después de tanto tiempo.

Gracias de corazón a todos, seguiré colándome en vuestras vidas siempre que queráis.

R.A.M.

Málaga, diciembre de 2023

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *La Marquesa de Saint-Rémy*, tiene publicadas entre otras: *Indestructible, Ivory Manor (trilogía), Trébol rojo, Un recuerdo indestructible, Boreal Róis (trilogía), Lágrimas esmeraldas, En honor a la verdad, La señora Pinkerton y sus demonios, Lilas en el bosque, La fragancia de lo infinito, El rumor de tus besos, Las Perlas de las Reinas, Jamás no será siempre, Kronborg, Aquella playa desierta y Buenos presagios*. Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, las novelas de Rosa Alcántara atrapan por su lectura fluida, por personajes con profundidad, un ritmo trepidante sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, suspense y, por supuesto, amor.

Páginas de interés

https://www.rosaalcantaramenendez.com

https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/

Instagram: rosa_alcantara_menendez

Contacto: rosaalcant@hotmail.com

© Rosa Alcántara Menéndez 2024

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright.*

---

[1] Mo shíorghrá (irlandés): mi amor eterno.

[2] A chuisle (irlandés): pulso mío, pero se emplea cariñosamente y sugiere: cariño, corazón mío.

[3] Póg mé, a ghrá (irlandés): bésame, amor mío.

[4] mo ghrá (irlandés): mi amor

[5] Essay on beauty: Ensayo sobre la belleza.